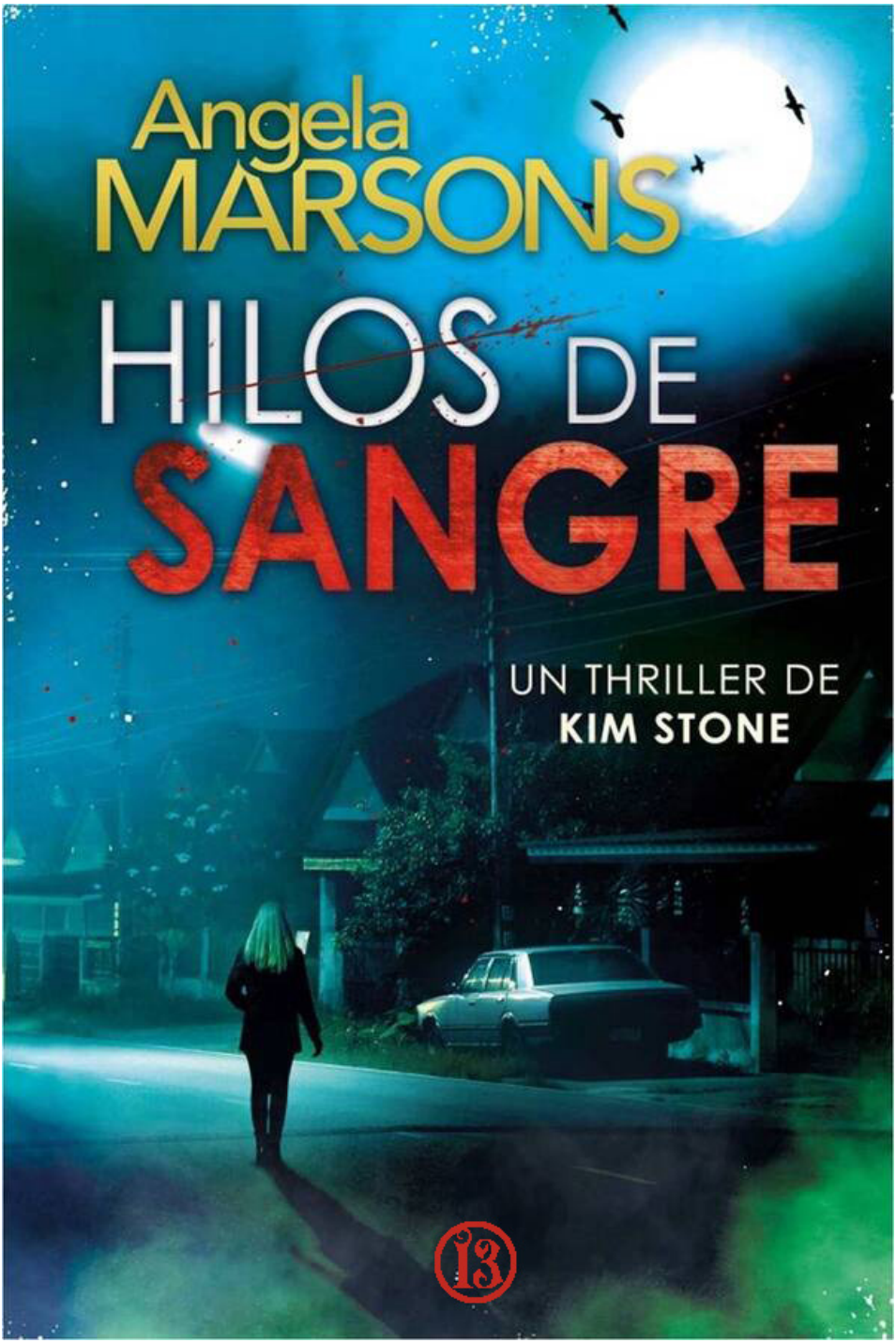
Angela MARSONS

HILOS DE SANGRE

UN THRILLER DE **KIM STONE**



La víctima ha recibido una sola puñalada, precisa, en el vientre; y, a primera vista, cualquiera diría que ha sido un robo frustrado. Una trabajadora social, madre cariñosa, se ha perdido en un acto de violencia sin sentido. Pero, para la detective Kim Stone, las cuentas no cuadran.

Cuando una drogadicta local aparece asesinada con una herida idéntica, Kim intuye que se enfrenta al mismo homicida. Ahora bien, no hay nada que relacione a las víctimas, salvo la fría y calculada naturaleza de sus muertes; así que este podría ser su caso más difícil hasta la fecha.

Mientras busca desesperadamente al retorcido autor, Kim recibe una escalofriante carta que pondrá bajo amenaza su concentración en el caso.

La doctora Alex Thorne, la sociópata a quien puso tras las rejas, está decidida a golpearla donde más le duele. La pondrá cara a cara con la mujer responsable de la muerte de su hermano: su propia madre.

Mientras crece la cuenta de los cadáveres, Kim y su equipo dejan al descubierto una red de oscuros secretos que los acercan cada vez más al asesino. Y un miembro de su equipo podría estar en peligro de muerte; pero, esta vez, a Kim quizás no le queden fuerzas para salvarlo…

Angela Marsons

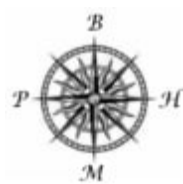
Hilos de sangre

Kim Stone
5

Título original: *Blood Lines*
Angela Marsons, 2016
Traducción: Jorge de Buen Unna, 2023

-

Revisión: 1.0



16/05/2023

Este libro está dedicado a Beau David Forrest,
cuya vida se truncó trágicamente.

Si alguna vez caminó entre nosotros un ángel verdadero,
fue él. Su espíritu estará con nosotros siempre.

Prólogo

Prisión Drake Hall
Tiempo presente

La doctora Alexandra Thorne estaba sentada a la mesa cuadrada que separaba las dos camas individuales.

Había exigido que ese mueble de segunda mano fuera suyo.

Cassie, su compañera de celda, apenas podía leer y escribir, así que ese escritorio improvisado no le servía de nada.

Una vez, esa estúpida había colocado una pila de ropa en el lado derecho de la mesa. Bastó una sola mirada de Alex para que la pila fuera rápidamente trasladada abajo de la cama.

Cuando arrastró la silla para acomodarse, Alex sintió que la pata derecha se bamboleaba. Estos malditos muebles baratos eran tan poca cosa como la gente que la rodeaba.

Si estuviera en su despacho, en Hagley, sus piernas se deslizarían bajo un escritorio de caoba; su espalda recibiría la caricia de una silla ejecutiva de cuero curtido; una alfombra de pelo largo amortiguaría sus pies; sus ojos descansarían en costosas pinturas, entre los muchos lujos que se había currado con tanto ahínco y que tanto merecía.

Pero todo eso se lo habían arrebatado.

Sostenía en la mano un bolígrafo Bic por el que había puesto su firma y una hoja A4 de papel rayado que podía rasgarse si apoyaba el boli en exceso.

Pero, de frente a la pared blanca y lisa, podía convencerse a sí misma de que estaba en cualquier hostal o en una habitación de hotel barata. No es que alguna vez hubiera estado en un lugar así,

pero era capaz de extender hasta ese punto su imaginación. El persistente aroma del perfume barato, mezclado con el olor corporal, hacía más viva la ilusión.

Había muchos a quienes culpar por el rumbo que su vida había tomado; aun así, culpaba solo a una persona: una persona que no se había apartado mucho de su mente desde el último momento que pasó junto a ella.

Alex estaba resentida por el hecho de que nadie hubiera visto el valor de sus experimentos. Si le hubieran dado más tiempo, habría sido capaz de aportar un descubrimiento de importancia a la comunidad de la salud mental. Su único error había sido elegir sujetos de mala calidad que, sin poder evitarlo, la habían defraudado.

Una vocecita le recordó que había sido una imprudencia permitir que su fascinación por cierta inspectora detective la distrajera de su objetivo.

Pero había llegado la hora de volver a conectarse.

Un estremecimiento de emoción la recorrió entera cuando apoyó el bolígrafo en el papel y escribió las dos palabras que lo cambiarían todo:

QUERIDA KIMMY:

Capítulo uno

Kim Stone oyó pasos detrás. No se volvió. Aceleró su andar al ritmo de los latidos de su corazón. No podía saber cómo de cerca estaba él. Los pasos del hombre se habían sincronizado con los suyos.

Tropezó.

Hizo un alto.

Un transeúnte cualquiera habría continuado con normalidad, la habría adelantado o corrido para ayudarla.

Él no hizo nada de eso.

Kim se enderezó y siguió caminando. Los pasos reanudaron, solo que más cerca. Ella no se atrevía a mirar atrás.

Rápidamente estudió el lugar. A las once y media de la noche, había poca gente en los alrededores de la zona comercial por donde había tomado un atajo.

Mientras se adentraba en el núcleo del polígono, el sonido del escaso tráfico dominical se oía cada vez más distante. La luz de las farolas de la calle no llegaba tan lejos.

A la izquierda tenía una hilera de pequeñas casas, no más grandes que cocheras. A su derecha había un callejón que corría entre una compañía de cierres de acero y una planta procesadora de alimentos. No tenía más de metro y medio de anchura, pero conducía directamente a la carretera principal.

Dobló por ahí.

Los pasos seguían detrás.

Aumentó el ritmo y se concentró únicamente en las luces al otro extremo. Correr no era una opción. Con esos tacones de diez centímetros, sería como un niño pequeño tratando de dar sus primeros pasos.

Ahora, las pisadas se aceleraron detrás de ella.

Mientras se aproximaba a la mitad del callejón, aceleró otro poco. El sonido de su propia sangre retumbaba en sus oídos.

Los pasos se detuvieron. Una mano la cogió del pelo corto y negro y la estampó contra la pared.

—¿Qué…?

Sus palabras se vieron interrumpidas cuando un puño se le estrelló en la boca.

El labio inferior de Kim estalló.

Una mano cubrió su boca.

—No se te ocurra gritar, puta de mierda, que te mato.

Kim trató de sacudir la cabeza para decir que no lo haría, pero su nuca fue a dar contra la pared. Los ladrillos nudosos se le encajaron en el cuero cabelludo.

Él miró a uno y otro lado y, después, a ella. Sonrió.

—De todos modos, nadie te va a oír.

Kim calculó que el tipo medía un metro ochenta, lo que le daba una ventaja de cinco centímetros de estatura.

Trató de patearlo, pero él usó su propio cuerpo para presionarla contra la pared. Con el pene tan erecto que le tensaba los pantalones, presionó el vientre de Kim.

Ella dominó las náuseas y trató de soltar los brazos. El hombre se rio y la inmovilizó con más fuerza. Los brazos y las piernas de Kim se agitaban inútilmente ante el peso entero del tipo contra su pecho.

Un golpe en la sien le borró la visión por un segundo.

Sacudió la cabeza y miró fijamente el rostro de alguien que, bien lo sabía, tendría unos veintitantos años. La expresión del joven era triunfante y divertida.

—Escucha, cariño, simplemente nos vamos a divertir un poco…

—Por favor, por favor, no…

—Eh, venga, todas las putas sois iguales. Sabes que te mueres de ganas.

Él se agachó para lamerle el cuello por un costado. A Kim, la sensación de esa lengua en su piel le produjo asco. Se revolvió contra el tipo. Él se rio, volvió a lamerla y le dio un mordisco bajo la oreja.

—Sí, sí, te encanta, ¿o no, guarra?

Kim forcejeó, pero la tenían aprisionada contra la pared. El tipo se llevó la mano a la cremallera.

—Querida, esta es tu noche de suerte.

Las palabras que ella estaba esperando oír, ni más ni menos.

Proyectó la cabeza hacia delante y lo golpeó justo en medio de la nariz. La sangre brotó de inmediato. Kim aprovechó la ventaja para darle un rodillazo en las pelotas y cogerlo por la muñeca derecha, la cual giró hasta sentir que algo se rompía. Él aulló de dolor y se echó al suelo. Su mano libre iba de la entrepierna a la nariz.

Llegó el sonido de dos pares de botas desde cada extremo del callejón. Bryant y Richards fueron los primeros en aparecer, seguidos de cerca por Dawson y Barnes.

—Gracias por venir, chicos —dijo ella mientras Dawson inmovilizaba al hombre por los pies.

—¿Estás bien, jefa? —preguntó Bryant.

Ella asintió y se dirigió a Richards, que traía un pequeño maletín de médico.

—Toma una muestra de aquí, del cuello —dijo. Solo por si, acaso, el tipo llegara a hacerse el difícil. La saliva había quedado depositada en el cuello de Kim y ahora les pertenecía.

Richards sacó un hisopo de algodón y lo pasó por el área que ella le indicaba.

Entonces él se fijó en su labio.

—Déjame echar un vistazo…

Ella apartó el rostro y se limpió la sangre con la manga.

Luego se inclinó hacia la escoria responsable de siete violaciones en los últimos tres meses. En seis de ellas no habían quedado rastros físicos, pero con la séptima no había sido lo suficientemente rápido, lo que les dio una muestra de ADN con qué trabajar.

Esa última frase, la de la «noche de suerte», la había usado con todas sus víctimas, y era lo único que ella esperaba oír antes de actuar. Los ojos del tipo estaban llenos de dolor y odio. Ella le sonrió.

—Por lo que veo, sí que fue mi noche de suerte, después de todo, amiguito. Y alguien te tendría que haber dicho que el coito interrumpido no es un buen método.

Dawson y Richards disimularon su regodeo con súbitos ataques

de tos.

Ya lo tenían atado de los tobillos. Cuando hicieron lo mismo con las muñecas, el joven gritó de dolor.

Y, mientras ella se alejaba, iba sonriendo. Sí, sí, este trabajo estaba terminado.

Capítulo dos

Los envoltorios de hamburguesas cubrían los cuatro escritorios de la sala del Departamento de Investigaciones Criminales, en Halesowen. A su regreso de la operación, Kim había recogido la comida para llevar.

Solo Dawson seguía comiendo: alguna clase de revoltijo. La cuchara de plástico raspó el recipiente de cartón antes de que el detective se diera por vencido.

—Salud, jefa —dijo.

—¿Todos vuestros apuntes están al día? —preguntó ella, y fue recompensada con tres afirmativos movimientos de cabeza. Los detalles del caso ya estaban en sus cuadernos—. Si ya terminaste, Kev, es hora de hacer la limpieza, y te toca.

—Un momento, ¿por qué él? —preguntó Bryant.

—Porque él fue el primero en llegar hasta mí en el callejón —dijo mientras le lanzaba a Dawson un rollo de papel de cocina.

Aunque ya era más de la medianoche, Kim había insistido en que todos volvieran a la comisaría. Después de un trabajo de alta tensión como ese, no funcionaba bien lo de volver a casa. La adrenalina y las emociones todavía recorrían sus cuerpos. Debía haber un período de repliegue antes de que los niveles volvieran a la normalidad.

Esto era una descompresión.

El caso había quedado resuelto y las siete mujeres violadas dormirían más tranquilas sabiendo que su abusador ya no andaría por las calles.

Dawson cortó dos hojas de papel y empezó a limpiar la pizarra. Era todo un ritual borrarla cada vez que cerraban un caso, disfrutar de la satisfacción de limpiarla por completo. Cada pasada de papel

por la pizarra era una señal de que otra escoria ya no estaba suelta. Y ella disfrutaba del simbolismo de todo ese ejercicio.

Mañana completarían sus declaraciones y continuarían con el proceso de los interrogatorios. Esta era una noche para disfrutar del resultado de su trabajo.

Kim se apartó del escritorio de reserva y comenzó a recoger los envoltorios. Bryant estaba en medio de un impresionante bostezo justo cuando el teléfono de su jefa empezó a sonar.

Ella leyó el nombre de Woody y salió del cuarto del escuadrón para ir a la poco iluminada oficina general.

—¿Señor? —dijo al teléfono.

—Te pedí que me informaras justo en cuanto concluyera la operación, Stone.

—Estaba a punto de llamarlo, señor —dijo ella, e hizo una mueca—. En este momento, Martin Copson ya está bajo custodia y…

—Vale, eso ya lo sé, Stone. Acabo de hablar con el sargento a cargo. No tengo toda la noche para esperar tus llamadas.

Ella frunció el ceño. Venga, si él ya estaba enterado, ¿por qué molestarla ahora?

—Jack me dijo también que tienes la cara bastante colorida.

Ella gruñó. Maldito Jack, el de la recepción. Ahora Kim sabía lo que se avecinaba.

Se preparó.

—Habíamos acordado, creo, que Stacey sería el señuelo y que tú y los demás le servirían de apoyo.

—¿De verdad que acordamos eso, señor? —preguntó inocentemente.

—No te hagas la tonta conmigo, Stone. Sabes perfectamente que eso fue lo que convinimos. —Dio un profundo suspiro—. Es una agente de policía, y también una mujer joven. Tienes que dejarla hacer su trabajo.

—Sí, señor, por supuesto —protestó—. Fue solo un simple malentendido.

La línea se quedó en silencio y Kim no hizo ningún esfuerzo por llenarla. Siguió paseando por el oscuro lugar, sin decir una sola palabra. Si él había creído, aunque fuera por un minuto, que ella dejaría a esta joven de veintitrés años intentar atrapar a un violador

tan perverso y brutal, el hombre no la conocía tan bien como pensaba.

Había supuesto que podría librarse de la reprimenda. Su jefe, aunque ya estaba de vacaciones, no había podido resistirse a hacer esta última comprobación antes de llevarse a su nieta de viaje por unos días. Todo tenía que haber quedado en el olvido para el momento de su regreso.

—Lo discutiremos a mi regreso.

O tal vez no.

—¿Quiere que me ocupe de algo mientras usted esté fuera, señor? ¿Darle agua al gato? ¿Cuidar sus plantas? —le ofreció generosa.

—Mira, Stone, entre toda la gente del mundo, tú eres en quien menos podría confiar para alimentar algo mío o darle agua. Gracias por la oferta, pero la limpiadora ya lo tiene todo bajo control. Y no te olvides de tener al superintendente informado todos los días mientras yo esté fuera.

—Sí, señor —dijo ella, poniendo los ojos en blanco.

—Escuché esos ojos en blanco, Stone —dijo él, e hizo una pausa —. A vosotros dos os daré la oportunidad de… mmm… hacer buenas migas durante mi ausencia.

Kim abrió la boca para replicar, pero su jefe ya había colgado con una risa de fondo.

Suspiró y regresó al salón. Hizo un alto dos pasos antes de entrar.

—Con toda franqueza, Stace, debiste haber visto a la jefa en esos tacones altos. Ella…

—¿Ella qué, Kev? —preguntó Kim mientras entraba. Se apoyó en el marco de la puerta—. Continúa, por favor.

Él negó con la cabeza.

—*Na, na*, ya he terminado. Ni siquiera me acuerdo de lo que iba a decir.

Bryant, que podía leerla mejor que nadie, reprimió una sonrisa.

Kim se cruzó de brazos.

—¿En serio? Bryant, dale los zapatos a Kev.

Bryant buscó algo detrás de él y obedeció.

Kim inclinó la cabeza.

—Stacey es una persona más bien visual. Estoy segura de que

valorará la demostración.

Él pasó la mirada de ella a los zapatos y de regreso.

—¿De verdad me estás pidiendo que…?

—Tú empezaste —dijo Kim.

Él miró alrededor en busca de apoyo. Stacey enarcó una ceja y Bryant se recostó en su silla.

—Qué coñazo vosotros dos —dijo, y se quitó los zapatos y los calcetines.

Apoyándose en el archivador, se esforzó en meter los pies parcialmente en los zapatos.

—Ay, mierda —dijo mientras trataba de dar un paso sin soltar el archivador.

A Kim la hizo pensar en alguien que, en un intento de patinar en hielo por primera vez, fuera renuente a soltarse de la barrera.

—Cinco libras si consigues llegar hasta aquí —dijo Bryant, y sacó un billete del bolsillo.

Dawson sonrió.

—Ja, por un billete tuyo de cinco libras, los usaría el día entero.

De pronto, puso un pie delante del otro, se tambaleó y estuvo a punto de desparramarse por toda la sala.

Para Kim, era como si acabara de salir de una película de zombis verdaderamente mala. Tenía los brazos extendidos al frente, ya fuera para equilibrarse o para amortiguar una caída.

Cayó sobre el escritorio de Bryant y tendió la mano.

—Lo que es justo es justo —dijo Bryant, y le entregó el billete con una palmada.

Dawson, implorante, se volvió hacia ella.

—Quítatelos —dijo Kim, sonriendo.

—Maldita sea, a mí también me estaba empezando a gustar —dijo Stacey.

Dawson le entregó los zapatos a Kim.

—En serio, jefa, mis respetos.

Ella los deslizó bajo el escritorio.

—Vale, chicos, es hora de cerrar…

Su teléfono sonó en el escritorio. Frunció el ceño mientras lo cogía.

—Stone —contestó lacónica.

Mientras escuchaba la voz al otro lado de la línea, podía sentir

cómo su ceño se fruncía más profundamente.

—Vale, entendido —dijo, y colgó.

Suspiró hondo.

—Venga, borrad las últimas instrucciones; al menos, para uno de vosotros. Es hora de echarlo a suertes, porque la sala de control acaba de entregarnos un cadáver.

Capítulo tres

A cuatrocientos metros de ahí, Bryant se dejó guiar por los fuegos artificiales azules en el cielo nocturno. Un anuncio muy bonito para el horror que había debajo, pensó Kim.

No lo habían echado a suertes en la sala del escuadrón. Bryant mandó a los chicos a la cama y se subió al coche con ella.

El tráfico redujo la velocidad y Kim alcanzó a ver, en la encrucijada, a un policía que desviaba a la gente de la escena del crimen.

Por cada automovilista que obedecía sin hacer preguntas, otros tres exigían explicaciones, en tanto que seis más intentaban echar un vistazo.

El área conocida como Colley Gate estaba situada en la A458, que unía Halesowen con Stourbridge. Aunque el tráfico disminuía por la noche, la carretera nunca estaba completamente vacía. El camino principal conectaba carreteras secundarias que llevaban a la tristemente célebre urbanización de Tanhouse.

Tiempo atrás, Kim había respondido a muchas llamadas que la llevaron a Tanhouse. Durante los años ochenta, la comunidad de residentes se había visto afectada por el abuso de estupefacientes, la rapiña, el vandalismo, la delincuencia automovilística y muchos actos violentos. Una gran parte de todos esos males había emanado de tres edificios: el Kipling y el Byron, que habían sido demolidos en 1999, y el restante, la casa Chauser, que había sido renovado. La misma semana en que el proyecto quedó terminado, un hombre fue asesinado a puñaladas.

Kim recordaba la tienda de comestibles que se había instalado en uno de los edificios. Era tal el nivel de la delincuencia, que el tendero había rehusado abrir las puertas de noche y atendía a sus

clientes por la ventana, a través de una escotilla.

Llegaron al perímetro exterior, que estaba flanqueado por tres coches patrulla, dos agentes y media docena de conos.

Abrió la ventanilla y exhibió tanto la placa como la cabeza. El policía quitó un cono y le hizo señas de seguir.

—Allá vamos, de nuevo —murmuró Bryant mientras apagaba el motor del Astra Estate. Rodeó la furgoneta de Keats y examinó la escena mientras una llovizna cálida comenzaba a caer. Ese día de otoño había sido brillante, con una temperatura cercana a los veinte grados, y todavía pasaba de los diez a esas primeras horas de la mañana.

El coche, un Vauxhall Cascada de un año de antigüedad, estaba aparcado en un apartadero, frente a una hilera de tiendas que daban a la carretera principal.

De los nueve locales, solo tres no estaban cerrados: un restaurante de comida china para llevar, una oficina de correos y una lavandería.

Enfrente, pero dentro de la zona acordonada, tenían un *pub* que, por fortuna, se había vaciado unas cuantas horas antes. Kim prefería arreglárselas sin público en directo.

Mientras se aproximaban al coche, una voz familiar llegó a sus oídos.

—Ah, qué guay, mi detective favorito. ¿Cómo estás Bryant?

Ella cogió las zapatillas azules que colgaban de la mano del diminuto forense y se lo quedó mirando.

—Bryant, en el más allá serás recompensado por tu…

—Keats, estoy esperando —dijo ella.

—Venga, inspectora, ya no tienes la menor gracia.

Nunca había sido divertida, pensó ella mientras se mordía los labios para no soltar el centenar de réplicas mordaces que se le estaban ocurriendo.

El forense, que pesaba unos setenta y seis kilogramos, estaba totalmente mojado. Su coronilla apenas llegaba a la altura del mentón de Kim.

—La víctima es una mujer de cincuenta años, pocos más, pocos menos, elegantemente vestida, y le han dado una sola puñalada: en la parte baja del tórax, del lado izquierdo.

Kim asintió y se dirigió a un lado del coche.

Un joven con gafas se interpuso en su camino. Al momento, ella se acordó de Harry Potter.

Ella dio un paso a la izquierda. Él la siguió.

Ella dio un paso a la derecha. Él la siguió.

Por un instante, Kim sopesó la posibilidad de cogerlo y apartarlo del camino, pero escuchó de nuevo la voz de Keats.

—Inspectora detective Stone, le presento a mi nuevo asistente, Jonathan Bullock.

Los miserables días colegiales del chico destellaron frente a ella como una película.

Con el dedo corazón, el aprendiz se subió las gafas por la nariz y entrecerró los ojos, como si ese dedo que se aproximaba lo hubiera cogido por sorpresa. Extendió la mano y abrió la boca.

—No, no, Jonathan —dijo Keats, interponiéndose rápidamente —. Lo mejor es no mirarla a los ojos ni dirigirte a ella así, sin más. Es como la mayoría de los animales salvajes: impredecible.

Kim pasó a un lado para llegar a la puerta del pasajero.

El coche estaba rodeado de técnicos de mono blanco. Uno espolvoreaba el tirador, mientras otro tomaba el último par de fotografías de los interiores.

Se apartaron con una señal de asentimiento.

Lo primero que Kim notó fue el olor. La sangre fresca, muy abundante, se hizo presente en la forma de un olor metálico. Pero, por muy penetrante que fuera, lo prefería al tufo dulzón y enfermizo de la sangre en descomposición.

Giró la cara hacia un lado y aspiró una gran bocanada de aire. Volvió a concentrarse en el interior y en hacer una valoración desde arriba. Las fotografías de la escena del crimen la ayudarían más tarde, pero la prioridad inicial era memorizar la escena. Sus sentidos nunca habían sido tan agudos como en ese momento.

El cabello de la mujer estaba teñido en un clásico tono castaño, aunque unas trazas de gris, en las sienes, indicaban que había llegado la hora de retocarlo. El elegante corte de pelo terminaba un par de centímetros por debajo de la mandíbula. La frente lisa mostraba apenas unas líneas que otrora, animadas por la vida, se habrían estirado y contraído. Pero ya no más, pensó Kim con tristeza.

El rostro de la mujer aún conservaba los restos del maquillaje

aplicado al empezar el día. Los colores se habían ido desgastando y desvaneciendo desde la mañana. Se alcanzaba a ver una mancha de rímel debajo del ojo izquierdo; un roce distraído al final del día, tal vez; de camino a casa, cuando la apariencia importaba un poco menos.

Tenía los ojos bien abiertos y los labios apenas separados. Un profano habría dicho que parecía sorprendida, pero los muertos solían verse así. Una vez que el corazón deja de latir, los músculos menguan y vuelven a su posición de reposo sin conservar el recuerdo de la última expresión. La irrevocabilidad de la muerte estaba en los ojos. Cerrados, habrían parecido apacibles, serenos.

En los lóbulos de las orejas llevaba, centrados, pendientes de perla. Alrededor de la garganta, una simple cadena de oro con un pequeño rubí en forma de corazón que reposaba sobre la piel.

Cuidadosamente metido bajo el cuello de una sencilla blusa blanca, se veía un cárdigan de cachemira rosa pastel.

La mirada de Kim continuó hacia abajo. Hizo un alto y giró:

—Keats, ¿alguien ha tocado a esta mujer?

El forense se colocó detrás de ella.

—Solo yo, para determinar dónde estaba la herida. Y así fue como la encontré, exactamente.

Asintió y continuó con la exploración. Movió el cárdigan un poco para observar la extensión de la herida. Una mancha carmesí coloreaba la blancura de la blusa. El lugar por donde el arma había entrado estaba señalado por un simple desgarro en la tela.

Kim bajó el cárdigan y siguió adelante.

De la cintura abajo, la mujer estaba enfundada en unos pantalones negros de buena calidad. Los zapatos eran de salón, elegantes, aunque funcionales. Había un bolso Burberry en el hueco para los pies del asiento del pasajero.

Extendió el brazo y cogió el bolso mientras Bryant reaparecía a su lado.

Si bien no había parejas oficiales en el equipo, los dos trabajaban juntos con frecuencia. Así lo quería el jefe.

Bryant se encargaba de limitar los daños. Tenía buenos modales y habilidades de socialización. Y eso era conveniente. Ella no tenía que pedirle que localizara a la persona que encontró a la víctima. Él sabía qué hacer; y, durante la charla, mostraría el nivel adecuado de

empatía y consideración. Ella iría automáticamente a ver a la víctima. Por suerte, los muertos ya no podían sentirse agraviados.

—Un chino. Estaba cerrando el negocio, jefa —dijo—. No vio llegar el coche.

Kim asintió.

—Vale. Pídele detalles de todos los clientes que recuerde. —Miró en todas direcciones y evaluó los alrededores—. Localiza a los dueños del *pub* y haz lo mismo. Alguien tuvo que haber visto u oído algo.

Él se dio la vuelta y ella reanudó la exploración del bolso.

Aunque Kim no solía llevar uno, muchos de los contenidos generales parecían estar ahí. Echó otro vistazo dentro del coche, al manos libres. El costoso móvil todavía estaba ahí.

Kim alcanzó a sentir, más que ver, una figura que se deslizaba a su lado.

—Adelante, Keats, ¿qué sabes? —preguntó ella.

—Con toda certeza, puedo confirmar que está muerta. —Ella alzó una ceja—. ¿Sabías que, hace mucho tiempo, en la infancia de la ciencia, había varios métodos muy interesantes para comprobar la muerte? —Kim se quedó esperando—. Entre otros, tirones de lengua o de pezones, enemas de humo de tabaco o la inserción de atizadores calientes en varios orificios corporales.

—Nada grandioso, si tienes el sueño pesado —observó Kim.

—Qué maravilla la invención del estetoscopio, digo yo —murmuró Keats.

—Vale. ¿Y qué tal si me dijeras algo que yo necesite saber? —presionó Kim.

—Supongo que ha sido una hoja de doce a quince centímetros, una sola puñalada, muerte casi instantánea.

Kim ya había adivinado todo eso. No había sangre en las manos; la mujer no se las había llevado a la herida.

Harry Potter se acercó y se acomodó las gafas.

—¿Un robo de coche, inspectora?

Keats movió la cabeza de un lado al otro y susurró:

—Vaya, te dije que no…

—No hay problema, Keats. Deja que el chico hable —dijo ella.

Keats habló a espaldas de Kim:

—Vete de aquí, Jonathan, aléjate mientras puedas.

Él no hizo caso a su nuevo jefe.

—Solo estoy diciendo que eso es lo que parece. Me refiero a que es un bonito coche y…

—Y sigue aquí —dijo ella.

Keats gruñó y se alejó.

—¿Alguien habría importunado al randa?

Ya tenía la lengua cargada y lista para disparar, pero se contuvo cuando vio al chico tragar hondo y recordó que su apellido significaba «toro castrado».

Señaló con el rostro la puerta del pasajero, que seguía abierta.

—En primer lugar, nunca uses la palabra *randa*. En segundo lugar, echa otro vistazo.

Mientras él miraba, Kim siguió hablando.

—Todas las joyas estaban en su sitio, incluyendo el Rolex en la muñeca. El móvil sigue allí, igual que la cartera dentro del bolso. ¿Alcanzas a distinguir algo más? —preguntó. Él negó con la cabeza —. No tiene puesto el cinturón de seguridad. El coche está bien estacionado y ella mira ligeramente hacia la izquierda. ¿Y ahora?

La boca del joven se había quedado ligeramente abierta; aun así, negó con la cabeza.

—El coche está equipado con OnStar —dijo, y señaló el panel de control de tres botones. El de la derecha era rojo y decía «SOS». Cualquier activación habría sido recibida en el centro de control de Vauxhall, en Luton, y la policía habría sido informada.

El joven pareció entenderlo todo.

—¿Era alguien a quien ella conocía?

Satisfecha de haberle enseñado algo, era hora de hablarle con toda claridad.

—Escucha, si quieres ser detective, sé un detective; si no, enfócate en el trabajo que has venido a hacer. A los investigadores no nos gusta nada que nos digan cómo hacer nuestro trabajo.

Él asintió, tragó y se acomodó las gafas, todo al mismo tiempo. El chico era un multitarea.

Esta era una lección que él debía aprender rápido y ella se la había dado en privado. Eso no es lo que habría hecho cualquier otro investigador con autoridad. Lo habría humillado hasta hacerlo entender. De todos modos, el rubor en la cara del muchacho permaneció en la mente de Kim mientras él se daba la vuelta.

—Ah, y, Jonathan… —Él se volvió a ella—. Que hagas bien tu trabajo nos ayuda a hacer el nuestro. —Sonrió—. ¿Lo has entendido?

Él le devolvió la sonrisa, asintió y se alejó.

Kim se concentró otra vez en el bolso. Sacó de ahí una cartera de cuero marrón claro que contenía billetes y monedas, una tarjeta del dentista con una cita para la próxima semana, un talonario de cheques y una pequeña bolsa de cosméticos.

También sacó el carnet de conducir.

—Vale, Deanna Brightman, veamos qué podemos averiguar acerca de ti.

Capítulo cuatro

Al verla, sintió que el odio lo recorría entero.

Ella puso un pie en el suelo e inclinó la potente motocicleta hacia la derecha. Con facilidad, pasó la pierna izquierda por encima de la máquina, aunque llegó a sentir un gran cansancio en todo el cuerpo mientras empujaba la moto dentro de la cochera.

A él no le importaba su cansancio.

Había estado ahí desde las nueve de la noche, cuando ella salió, y seguía ahí cuando el faro solitario volvió a aparecer por la calle casi a las dos.

Y, durante todo ese tiempo, por su cerebro daba vueltas y vueltas una sola cuestión:

«Quítate el casco —le ordenó en silencio—. Déjame mirar ese rostro. Déjame contemplar a la puta fría y egoísta que eres». Aunque nunca habían estado juntos, la conocía. Ella había salvado a gente del diablo y ahora él tenía al diablo dentro de la cabeza.

Él solo deseaba saber algo, quería preguntar una cosa antes de desatar la rabia que ahora dirigía solamente hacia ella.

El abuso infantil que había moldeado su vida era culpa de ella.

Esa voz dentro de su cabeza era culpa de ella.

Su impotencia para liberarse era culpa de ella.

La inmundicia de su alma era culpa de ella.

La pregunta finalmente escapó por sus labios, no más que un susurro:

—¿Por qué no me salvaste?

Capítulo cinco

Kim entró en la casa sin hacer ruido y sin saber con certeza a quién esperaba no molestar. Al único ser vivo dentro de su casa no le importaba que pasaran de las dos. Ya estaba en la puerta, moviendo la cola.

—Hola, chico, ¿cómo estás?

Recogió la correspondencia y, con la mano libre, acarició la suave cabeza negra de Barney. Al pasar junto al sofá, se detuvo y tocó el lugar donde solía sentarse. Había un área caliente del tamaño del perro.

Una vocecita le recordó que una de las primeras reglas, después de que ella recogiera a Barney del albergue de perros, había sido «no en el sofá». Si mal no recordaba, la regla había durado alrededor de treinta y cinco minutos.

A las reglas «no te daré de comer con la mano» y «dormirás en tu propia cama» tampoco les había ido mucho mejor.

—Llévame —dijo mientras él caminaba a su lado.

Él se adelantó a la cocina y se sentó frente al armario de las golosinas.

Barney tenía debilidad por los masticables. Ella sacó la caja y los contó.

—Sí, vale —dijo, y devolvió la caja a su sitio. Más temprano, ese mismo día, eran siete; ahora quedaban seis. Charlie, que vivía a dos puertas de distancia, visitaba a Barney mientras ella estaba en el trabajo. Se llevaba al perro a su casa cuando Kim salía durante períodos largos. Desde la muerte de su esposa, con quien había compartido cuarenta y cuatro años, Charlie y el perro se hacían compañía. Sin embargo, a pesar de que Kim hablaba a su vecino con dulzura acerca del peso de Barney, Charlie seguía mimándolo

hasta la saciedad.

Abrió la nevera y sacó una zanahoria.

Habría jurado haber visto un encogimiento de hombros perruno mientras Barney se llevaba la zanahoria a la alfombra, a su lugar habitual de masticar.

Mientras llenaba de agua la cafetera, podía oír los dientes haciendo crujir la verdura. El agua se filtraría por el café molido mientras daban un paseo nocturno. La bebida estaría perfecta a su regreso.

Por suerte, el calor húmedo y pegajoso del verano había quedado atrás. Las temperaturas de finales de septiembre se habían estancado en torno a los quince grados. Perfectas.

Hojeó la correspondencia mientras Barney seguía en plena lucha con la zanahoria.

La factura del gas, un extracto bancario y un tercer sobre que la hizo fruncir el ceño.

Era blanco y liso y tenía el nombre y la dirección escritos con esmero por el frente. No recordaba la última vez que había recibido una carta manuscrita.

El matasellos era de Staffordshire. No conocía a nadie en Staffordshire.

Abrió el sobre con una expresión de curiosidad. De inmediato, a través del papel delgado, Kim pudo ver que la única hoja estaba escrita a mano. La expresión de desconcierto se le congeló en el rostro cuando leyó las primeras dos palabras.

Sus dedos soltaron el papel, como si estuviera en llamas y el fuego saltara hacia ella. La hoja, agitándose, aterrizó en la barra del desayuno.

Sus ojos seguían fijos en esas dos palabras. Y solo podían provenir de una persona.

Kim se apartó de la barra del desayuno y caminó de un lado al otro.

De pronto, se sintió transportada al año anterior y a su primer encuentro con la doctora Alexandra Thorne, la psicópata.

Kim usaba la palabra *maldad* con mucha moderación, incluso en el trabajo. Era demasiado general, demasiado fácil de aplicar a gente que hacía cosas malas, pero, en el caso de Alex Thorne, la expresión no hacía justicia a la naturaleza despreciable de la mujer.

Se conocieron durante una investigación, la del asesinato de un violador convicto, y la mujer había hecho que a Kim se le encendieran de inmediato todas las alarmas. Fue una batalla imposible, incluso para ella, convencer a cualquiera acerca de la malevolencia de esa hermosa, enigmática y encantadora mujer. Descubrir los experimentos enfermizos y repugnantes de Alex le había exprimido cada gramo de determinación. Y había estado cerca de perder la cabeza en el proceso.

Durante esa batalla, hubo un momento en que poco faltó para que cayera en las tinieblas, cuando Alex le arrojó a la cara los peores recuerdos de su infancia, dejando al descubierto todas sus vulnerabilidades. Se sintió tentada a dejarse vencer. Y, sin embargo, consiguió resistir. Si pudo mantenerse alejada de la perdición, fue solo por la voluntad de exponer las verdaderas honduras de ese mal que moraba dentro de la mujer.

La mayoría de la gente pensaba que el encuentro con Alex había sido, tan solo, un caso más, y, en ocasiones, ella misma trataba de convencerse de que era cierto. De vez en cuando, funcionaba.

Cogió la hoja de papel sin mirarla y la arrugó hasta hacerla una bola, como si el solo leer las palabras pudiera transportarla a ese momento.

La arrojó a la papelera. La bola rebotó en la tapa y fue a dar al rincón.

Había sobrevivido a una batalla con la doctora Alexandra Thorne. No estaba en absoluto segura de ser capaz de lograrlo otra vez.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un grito que le heló la sangre.

Capítulo seis

Barney fue el primero en llegar a la puerta principal. Ella apartó de su camino ese dispositivo ladrador y salió de la casa.

Escuchó que alguien, a su izquierda, gritaba las palabras «quítame las manos de encima».

Corrió al final de la calle, que empezaba a iluminarse con las luces de los dormitorios. Las cortinas se movieron y las puertas delanteras se abrieron, aunque nadie hizo el menor ruido.

Kim miró hacia donde había venido el grito y vislumbró una forma oscura apoyada en el farol. Otra sombra rodeó la esquina, al final de la calle, y desapareció.

Un gruñido bajo sonó de la primera silueta que, tambaleándose, avanzaba dos pasos.

—Maldito cabrón —gritó antes de caer de rodillas.

En segundos, Kim llegó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Oye, ¿estás…?

—Vete al carajo —gritó ella, sacudiéndose violentamente.

Bajo la luz del farol, Kim pudo ver que la chica tenía poco menos de veinte años y que el color de su cabello era una mezcla de rubio y verde. Llevaba una gruesa capa de maquillaje, sobre todo, alrededor de los ojos, uno de los cuales empezaba a inflamarse. Al día siguiente, sería un ojo a la funerala.

—¿Te robó el bolso? —preguntó Kim.

La chica le dirigió una mirada obscena.

—Joder, zorra, ¿quieres largarte de aquí antes de que te rompa el culo a patadas?

Kim la miró de cerca. Dos de sus nudillos estaban enrojecidos por rozaduras. Empezaban a asomar marcas en el lado derecho de su mandíbula.

Por un instante, Kim consideró la posibilidad de ir tras el tío, pero hacía mucho que había volado.

—¿Te golpeó en alguna otra parte?

La chica rezongó hacia ella.

—No te lo repetiré. Estoy bien. Ahora, vete a la mierda.

Kim retrocedió un paso y estuvo a punto de marcharse. Ser servicial no era lo suyo, pero algo le había llamado la atención.

—Estás sangrando —dijo. Una perfecta línea roja empezaba a descender por el cuello de la chica.

—Sobreviviré —dijo, y se limpió distraídamente—. Y eso es mucho más de lo que se puede decir de ese gilipollas, si es que lo vuelvo a ver.

—Podrías necesitar unos puntos de sutura —dijo Kim.

—Señora, ya le dije…

Kim levantó las manos en señal de rendición. A algunos no les gusta que los ayuden.

—Como quieras —dijo, y se dio la vuelta para marcharse. En las últimas horas había aprehendido a un violador en serie y había asistido a una escena criminal horrible y sangrienta. El día ya había sido lo suficientemente largo.

Sacudió la cabeza ante la actitud irritante de la chica. Se dirigió a casa. Sin duda, ella podría cuidarse sola.

Dos pasos más adelante, oyó un golpe sordo detrás.

Se volvió a mirar.

La chica estaba tumbada en el suelo.

Kim gimió en voz alta mientras daba media vuelta para regresar.

Capítulo siete

—¿Qué coño…? —gritó la chica, y se sentó como impulsada por un resorte.

—Tranquila —dijo Kim, y le puso una mano firme en el hombro huesudo.

La joven se apartó, hundiéndose bajo su mano, y la miró directamente. Entrecerró los ojos.

—Eres la perra que no se largó cuando…

—Soy la perra que te traje a mi casa cuando te desplomaste en el suelo, chica ruda —le espetó Kim. La joven la miró acongojada—. ¿Cómo te llamas?

—Gemma —escupió. Se sentó y empezó a balancear las piernas.

—¿Eres un poquito espinosa, no lo crees? —le preguntó Kim mientras recogía las toallas antisépticas que había usado para limpiarle los nudillos cuando estaba inconsciente—. ¿De verdad valía la pena luchar tanto por un bolso? —le preguntó.

Gemma daba la impresión de estar bastante golpeada. Miró alrededor mordazmente.

—Para ti, es fácil decirlo.

—Es justo —admitió Kim, aunque el tipo pudo haberle hecho mucho más daño.

La joven se llevó la mano atrás de la oreja.

—Es solo esparadrapo —le explicó Kim—. Déjatelo ahí hasta mañana.

Gemma puso los ojos en blanco.

—¿Qué mierda? ¿Eres enfermera?

—No, y no creo que necesites una. Supongo que el desmayo fue más por el sobresalto que por alguna herida, aunque, si te doliera la cabeza…

—Para ya de joder, señora, déjame en paz.

Para lo menuda que era y la poca carne que le forraba los huesos, tenía muy mala actitud.

Kim se guardó una sonrisa. Había cierta familiaridad en la chica, algo que reconocía bien.

Según su experiencia, la actitud era como una segunda piel: crecía para ocultar algo. Normalmente, no aparecía sin un motivo. Kim pudo notar que Gemma buscaba sus zapatos.

—Están del otro lado del sofá. Tu abrigo cuelga junto a la puerta.

En segundos, Gemma ya se había puesto de pie. Enterró los pies en las zapatillas mugrientas y se dirigió a la puerta.

Kim no hizo el menor esfuerzo por detenerla. Había reaccionado a toda esa situación simplemente porque estaba ahí. Había cumplido con su deber de ciudadana responsable.

—Escucha, si pudieras identificar al tipo, danos una descripción…

—¿Danos? —dijo ella, y se volvió con ojos de asco—. ¿Eres una puta pasma?

Kim se tragó el enfado.

—Soy agente de la policía y…

—Adiós —dijo ella, cogió su abrigo y se dirigió a la puerta principal.

La corriente de enfado de Kim se convirtió en diversión.

Vaya, cómo le gustaban las chicas duras.

Capítulo ocho

14 de diciembre de 2007

Querido diario:

Vaya, hoy lo he hecho, por fin. Aún no puedo creer lo sencillo que ha sido. Llevaba meses idealizando el momento y, al final, ha sido mucho más fácil de lo que creía.

Todavía no sabría decir cuándo las fantasías se convirtieron en un plan. Es algo que simplemente ha ocurrido. En un instante pensaba si no sería estupendo hacer algo así, y, de pronto, sin darme cuenta, ya estaba en el cuándo.

Conservé el secreto durante todo el día. Hubo un momento en que quise contárselo a alguien, compartir la emoción, la ilusión, pero no lo he hecho, porque lo quería todo para mí. Era mío.

Ella era mía.

Cuando el día estaba por terminar, una mecha había encendido todos mis sentidos, era una combustión que recorría cada centímetro de mi piel. No habría podido detenerme, ni siquiera intentándolo. Mi cuerpo y mi mente reclamaban a gritos la satisfacción con la que yo había soñado. Y la primera parte del plan ha funcionado.

Fue impresionante. Yo era impresionante.

Sé que la sonrisa fue lo que lo logró. Es una sonrisa perfeccionada a lo largo de los años. Tengo una cara bonita, lo sé. La gente me mira y sonrío. Para eso uso la sonrisa que he practicado, la que me ha llevado por la vida. Ella me ha dado todo lo que he querido, me ha sacado de problemas. Me han dicho que es cautivadora.

Personalmente, prefiero la de verdad. La sonrisa que se siente natural en mi cara, la que dice que estoy ganando. Mi sonrisa favorita.

La ejecución del plan ha sido dolorosa en su simplicidad. Me ofrecí a llevarla a casa, sonreí, miré abajo y, luego, arriba, otra vez, con una pregunta en los ojos.

Ella vaciló.

Mi sonrisa se volvió trémula.

Ella asintió.

Dio resultado.

Durante el viaje, llegó un momento donde había qué decidir. No acerca de lo que yo estaba haciendo, eso nunca estuvo en cuestión. Era ir a la izquierda, a su casa, o a la derecha, a la mía.

Quiso ir a la izquierda. Yo no.

Nadie la oyó gritar.

Capítulo nueve

—Bien, gente, vamos a ello —dijo Kim en cuanto estuvo reunida con el equipo en la sala del escuadrón—. Stace, ¿ya están impresas las fotos de la escena del crimen?

Stace asintió y se levantó. Fue a la pizarra y las pegó con cinta. La primera era una toma de la cabeza. La otra exhibía una vista más amplia del interior del coche.

Kim esperó a que Stacey volviera a sentarse antes de empezar.

—Nuestra víctima se llama Deanna Brightman, mujer de cuarenta y siete años, subdirectora de Servicios para la Infancia del Consejo de Dudley.

—¿Una sola puñalada, jefa? —preguntó Dawson, que se puso de pie para mirar la foto.

Kim asintió.

—Pulcra —dijo, y se sentó de nuevo.

Y fue así como la investigación tomó su primer aliento. La pizarra ya tenía un nombre y una fotografía. Esta mujer acapararía la atención del equipo hasta encontrar quién le había quitado la vida. En la pizarra, las imágenes les servían para concentrarse. Pocas de sus víctimas se quedaban como un simple nombre.

—No hay heridas de resistencia y no tenía puesto el cinturón de seguridad. —Se dirigió a Stacey—: El cuerpo ligeramente…

—¿Alguien a quien conocía? —Se adelantó Dawson.

Kim lo miró con los ojos entrecerrados.

—Gracias por eso…, Stacey —dijo.

—Uf, lo siento —dijo él, y sonrió a su colega a través del escritorio.

A Kim le gustaba sacarle la información al grupo, en vez de dársela a dedo todo el tiempo. Tenía la esperanza de que, algún día,

ellos dirigieran sus propios equipos.

—Eso parece —confirmó—. No hubo el menor intento de hacerlo parecer un robo.

Kim siguió contemplando la foto un segundo más, con un pensamiento a medias rondando su cabeza.

—Es casi como si no hubiera habido emoción —dijo Stacey de pronto.

Kim asintió. Se preguntaba si alguien más habría captado sus pensamientos.

No hubo rabia. No hubo ira. No hubo puñaladas repetidas que enviaran un mensaje. Ningún movimiento frenético de una mano incapaz de detenerse.

Parecía haber cumplido su función.

—Bueno, alguien la quería muerta y está muerta, así que yo diría que aquí hay suficientes emociones para nosotros —opinó Dawson.

Eso era algo que Kim no podía debatir. Había habido suficientes sentimientos para que el asesino le clavara un cuchillo y le quitara la vida. Pero, aun así, había algo que la incomodaba.

Volvió a enfocar su atención.

—Kev, la autopsia será a las once y, para entonces, quiero que todos los clientes de la comida china para llevar y del *pub* que está frente al apartadero hayan sido interrogados.

—Epa, jefa —dijo Dawson—, creí que, tal vez, ya que el gato estaba fuera, los ratones…

—Kev, el único gato del que deberías ocuparte está justo aquí —dijo, enarcando una ceja. Las vacaciones de Woody no eran excusa para no dar lo mejor de sí mismos ni para abordar con poco vigor la monstruosa tarea de conseguir declaraciones tanto del *pub* como del restaurante.

Ciertamente, entrevistar a cada persona de ambos negocios era una tarea imposible, pero, si apuntaban al ciento por ciento y conseguían un noventa y cinco por ciento, ella quedaría razonablemente satisfecha. Apuntar al ochenta por ciento y recibir menos significaría la pérdida de un montón de testigos potenciales.

Y, por ahora, no había mucho más que hacer. No tenían otra cosa que una mujer respetable, de mediana edad, con una sola puñalada. Las personas a quienes de verdad necesitaban ver eran las

más cercanas a ella.

—Jefa, ¿merece la pena hacer un llamamiento de testigos en vez de…? —preguntó Dawson.

—No —contestó ella.

—Pero ¿mientras esto está fresco? —insistió él.

—No a estas alturas, Kev —dijo ella con paciencia.

Un llamamiento de testigos tan prematuro les traería cientos, si no es que miles, de llamadas, todas las cuales habría que atender de inmediato. También significaría divulgar detalles del caso que ella no estaba dispuesta a hacer públicos. La familia había sido informada hacía apenas unas horas.

—Stacey, empieza verificando si en el área hay alguna cámara de seguridad en la que podamos confiar. Kim sabía que era poco probable. Los costosos sistemas de vigilancia habían sido reemplazados con cámaras falsas a partir de una serie de actos vandálicos y del robo de los equipos. Las persianas de metal eran más baratas. Pero bastaba con la imagen de una sola cámara, así que, de todos modos, merecía la pena comprobarlo.

—Me pongo a ello, jefa —dijo Stacey.

A veces, Kim comparaba el comienzo de la investigación con una rosa solitaria. Uno por uno, iban desprendiendo los pétalos alrededor del pistilo, hasta llegar al núcleo del caso.

Y era hora de arrancar el primer pétalo.

—Bryant, coge tu abrigo. Nos vamos a ver a la familia.

Capítulo diez

En el centro de visitas, la doctora Alexandra Thorne aguardaba pacientemente la llegada de su abogado.

Se tomó algo de tiempo para analizar el entorno y darse cuenta de que habrían podido enviarla a peores lugares.

Drake Hall estaba ubicada en Staffordshire. Había albergado a trabajadoras de la industria de las municiones durante la Segunda Guerra Mundial. En los años sesenta fue una prisión para varones, pero pasó a ser femenina a mediados de los setenta. En marzo de 2009 la habían rediseñado para convertirla de semiabierta en cerrada. Con el paso de abierta a cerrada, había mantenido un ambiente bastante relajado, régimen que permanecía prácticamente igual. Las prisioneras podían circular libremente dentro del recinto.

Las instalaciones tenían capacidad para 345 reclusas repartidas en quince casas. La mayoría de las habitaciones eran individuales, aunque había unas cuantas dobles. Alex estaba agradecida de que le hubieran asignado una doble. Su plan dependía de ello.

Una silueta apareció por detrás de la cafetera y Alex afianzó la sonrisa. «Tiene buen aspecto», pensó, mientras el hombre avanzaba de buen talante. Él tenía mejores motivos que ella para sonreír.

El cuerpo de cincuenta y tres años era delgado y bien entonado. Alex se preguntó ociosamente si él querría comparar su gimnasio con el de ella.

Había contratado al bufete Barrington and Hume y tendría el privilegio de ser representada por el propio señor Donald Barrington. Y no podía ser de otra manera, pensó, dado lo que estaba pagando.

Ella se levantó y le estrechó la mano, encantada de estar a la altura del hombre en cuanto a vestimenta. El traje de raya

diplomática Savile Row del abogado hacía juego con el jersey Chanel y los pantalones Dior de Alex. Las prisioneras de Drake Hall tenían permiso de llevar su propia ropa.

—¿Cómo estás, Alexandra? —preguntó él, haciendo lo posible por no dar la impresión de que se sentía incómodo.

Alex bajó la mirada.

—Ahí voy tirando, Donald. —Un poco de compasión no le haría daño a nadie. Extendió el brazo y le tocó apenas la mano—. Gracias por ponerme en contacto con Melvyn Trotter. Es muy bueno.

Donald asintió y colocó su portafolio Asprey sobre la mesa.

Donald le había recomendado a Melvyn Trotter, un detective privado. A Alex le había costado una fortuna, igual que el hombre que tenía delante, pero, a diferencia de Donald, Melvyn había empezado dando resultados. Donald aún tenía que demostrar su valía, y solo podría lograrlo con una apelación seguida de un veredicto de «no culpable».

—Ya tenemos fecha para el juicio: el diecinueve de noviembre.

Alex ocultó la rabia que la traspasaba. Otras seis semanas en este maldito lugar por un simple error de juicio.

No era que no pudiera hacer frente al encarcelamiento; era capaz de resistir cualquier cosa, pero no quería. Echaba de menos su casa victoriana de tres plantas en Hagley; echaba de menos su BMW deportivo; echaba de menos la buena comida y los polvos ocasionales con desconocidos guapos.

—¿Y cuál es el plan? —lo desafió, preguntándose si el abogado tendría, de verdad, alguna estrategia.

Para ella, no había más que una opción: no culpable, seguida de la libertad inmediata y la vuelta a su vida previa. Se acomodó el cabello rubio detrás de la oreja. Lo traía más largo de lo que habría querido, pero por ningún motivo se lo haría cortar en la cárcel.

—Estamos haciendo todo lo posible, Alexandra —dijo él, tratando de aplacarla.

—Eso espero, Donald. —No obstante, el hombre no daba la impresión de estar sudando la gota gorda. Y tampoco parecía tener una estrategia en la punta de la lengua.

Alex había calculado los costes de que la defendiera el abogado de la reina. Sus ahorros estaban sufriendo una paliza, pero serían fácilmente repuestos en cuanto su libertad y su buen nombre

quedaran restaurados.

Incluso pensaba en la posibilidad de vender su adorado BMW Z4, pero solo si era absolutamente necesario.

—Date cuenta, Alexandra, que la conclusión de esto no es previsible.

Alex lo entendía y solo esperaba que el abogado no estuviera buscando un poco de dinero extra. El brillo de sus gemelos con incrustaciones de diamantes le dañaba los ojos.

—Pero eres el mejor, ¿no es así, Donald?

Él sonrió en señal de reconocimiento, mostrando unos dientes perfectos y resplandecientes.

—Tenemos que enfrentar un par de desafíos. El primero es el hecho de que Ruth Willis volverá a testificar en tu contra. No tienes ni idea de lo que eso perjudicará nuestro caso.

Ruth Willis había sido un sujeto de investigación muy prometedor en el experimento que ella había planeado al terminar el doctorado en psiquiatría.

Siempre se había sentido fascinada por los límites de la consciencia; entre otras cosas, porque ella no tenía ninguna. Como la psicópata que era, había nacido sin la habilidad de sentir remordimientos. Eso significaba que podía cometer cualquier acto sin sentirse culpable. Y también significaba que no sentía ningún apego por otros seres vivos. Desde pequeña había aprendido que sus sentimientos no funcionaban igual que los de las personas normales. Tenía acceso a las emociones primarias, pero no a las de nivel superior. Nunca sentiría el amor ni lo entendería, en ninguna de sus formas, y eso le sentaba a la perfección.

A cualquier pobre tonto que cogiera desprevenido, podría provocarle una vida entera de suplicios, con toda facilidad y sin sentir compasión en ningún momento. Esa carencia no le impedía vivir, en absoluto, pero la hacía sentir fascinación por la forma en que la conciencia regía a la gente. Había elegido a varios pacientes para que tomaran parte en su experimento. Y ellos habían participado en una ignorancia dichosa.

Ruth Willis fue la primera. Víctima de una violación brutal a los diecinueve años, había entrado en la esfera de Alex unos cuantos años después, tras haber intentado suicidarse. Eso fue después de descubrir que su atacante estaba libre.

Alex trabajó con ella durante meses, manipulando sus emociones hasta que, finalmente, la hizo pasar por un ejercicio de visualización. Como secuela, Ruth siguió los pasos del ejercicio al pie de la letra y terminó matando a su atacante.

Perfecto. Eso era, exactamente, lo que Alex había querido que hiciera. La psiquiatra no había tenido ninguna duda de que Ruth cometería el asesinato. Su interés se centraba, más bien, en cómo se percibiría a sí misma después, y la zorra estúpida aún se sentía culpable. Tras el horror del ataque que había sufrido y del impacto permanente que eso había tenido en su existencia, seguía sintiéndose culpable de haber apagado la vida de su violador.

Para Alex, la complejidad de las emociones humanas era una constante fuente de asombro y diversión.

Ya tenía un plan para Ruth.

—¿Y qué ocurriría si Ruth Willis no testificara en mi contra? —preguntó Alex.

Donald suspiró ante los desafíos restantes.

—Aun sin el testimonio de la señorita Willis, todavía tendríamos el de la inspectora detective.

—Lo veo poco probable —murmuró ella.

—¿Perdona?

—Nada.

Ella sabía, desde el principio, que ni siquiera el mejor equipo jurídico del país podría conseguir que la absolvieran de conspiración para provocar un asesinato. Incluso el equipo de O. J., habría tenido dificultades, y, por ese motivo, contrató su propio seguro. Había hecho bien en trazar sus propios planes; el equipo jurídico había doblado las manos.

Se puso de pie, le dio las gracias a Donald y salió de la habitación.

Si sus planes funcionaban, y ella no esperaba otra cosa, Ruth dejaría de ser un problema y la inspectora se convertiría en una piltrafa balbuceante en Grantley, junto a su madre. Pero antes se permitiría un ligero entretenimiento a costa de la mujer.

La primera vez que se reunieron, Alex se había sentido intrigada por la lobreguez que emanaba de la agente de la policía. Quería explorar esa oscuridad, exponerla.

Y la había expuesto.

Ya una vez había empujado a la inspectora detective Kimberly Stone al borde dela locura. Quería asegurarse de volver a hacerlo.

Esta vez no cometería ningún error.

Capítulo once

La casa de doble fachada quedaba detrás de una alta hilera de árboles que la separaban del tráfico de Mucklow Hill y de la carretera que llevaba de Halesowen a Quinton.

Un sendero de gravilla blanca daba paso a una entrada de coches de ladrillo rojo. No se veía la menor mancha de aceite antiestética que estropeara la perfección. A cada lado de una puerta de roble oscuro, aparentemente pesada, había soportes de los que colgaban cestas en cabal simetría.

En la primera plaza de las tres de la cochera había un Range Rover blanco y, a un lado de este, un coche deportivo verde. Fuera, expuesto al ambiente, se podía ver un Vauxhall Corsa rojo que, a juzgar por las abolladuras, había perdido más de una batalla.

—¿Y este pobre matarife estará jugando al escondite? —preguntó Bryant mientras detenía su propio Astra Estate a un lado.

—No es de ellos —dijo Kim, convencida. Ni siquiera un coche de hacer recados llevaría tantas cicatrices.

—¿Cuánto le calculas? —preguntó Bryant.

Era a lo que solían jugar cuando iban de visita a las casas de los ricos.

—Entre un cuarto y medio —dijo ella.

Bryant asintió en señal de que estaba de acuerdo antes de levantar la aldaba de cabeza de león y dejarla caer, dos veces.

A la puerta acudió, casi de inmediato, una mujer baja y regordeta de unos cuarenta y cinco años. Su cabello era un casco de rizos apretados que se encanecía en las sienes. En su rostro sin maquillar brillaban unos ojos enrojecidos.

Kim le mostró la placa mientras Bryant empezaba con las presentaciones. La puerta se abrió del todo para dejarlos entrar

incluso antes de que él terminara.

El amplio espacio del vestíbulo estaba realzado por unas enormes baldosas de piedra que alternaban en colores: marrón y crema.

Había tantas puertas que Kim aguardó hasta recibir instrucciones.

—Están en el salón —dijo, y señaló el pasillo.

—¿Y usted es…? —preguntó Bryant, bajando la mirada a un rostro que estaba unos buenos treinta centímetros por debajo del suyo.

—Anna, ama de llaves a tiempo parcial.

Kim se dirigió hacia la puerta que le habían indicado mientras Anna desaparecía por el fondo de la casa. La mujer parecía ir pisando con suavidad para no perturbar a los dolientes.

En esa habitación, oscurecida por las cortinas cerradas, había tres personas.

—¿Señor Brightman? —dijo Kim, dando un paso adelante.

Él asintió e hizo el intento de ponerse de pie, pero Kim le pidió que permaneciera sentado.

Daba la impresión de que se derrumbaría en cualquier momento. Su tez seguía desprovista de colores. Ella se imaginó que el color, al oír la noticia, se le había ido de la cara, simplemente, y que no encontraba el modo de volver.

Se sentó enfrente, y solo entonces dejó que su mirada recorriera el resto de la habitación.

La mujer que estaba sentada al lado del señor Brightman era tan parecida a la difunta que Kim tuvo que reprimir el quedarse boquiabierta.

—Soy Sylvie, la hermana de Deanna —dijo ella en cuanto captó la mirada de Kim.

—Perdone, el parecido es…

—No hay problema, detective —dijo medio sonriente—. Siempre ocurre así. Deanna era la más joven. Solo por un año.

Kim no pudo eludir el recuerdo de la cara de la mujer del coche. La comparación con los músculos apagados, la piel adormecida, los ojos vidriosos y la boca floja. Esta réplica casi exacta tenía la animación que su hermana jamás volvería a tener.

El pelo de Sylvie era un par de tonos más oscuro que el castaño

de Deanna, en tanto que su nariz era ligeramente más ancha.

—Esta es mi hija, Rebecca —presentó. Solo hacía falta el nombre para completar el cuadro. Era evidente que la belleza de la mujer había pasado a su hija. Por la espalda de la chica caía suelto un largo cabello negro y brillante. Sus ojos verdes quedaban resaltados por el delineador negro.

Al oír su nombre, ella levantó la cabeza, esbozó una sonrisa, y volvió a agacharse sobre el teléfono.

Si acaso lloró, había derramado las lágrimas antes de maquillarse los ojos.

—Lamentamos mucho su pérdida, señor Brightman —dijo.

Él levantó la cabeza como forma de gratitud por esas palabras que no significaban nada para él. Se irguió en el centro del sofá. Estaba vestido con una camisa blanca arrugada y unos pantalones negros. El hombre ni siquiera había hecho el intento de meterse en la cama o de cambiarse de ropa desde el día anterior.

—Sé que esto va a ser difícil, pero necesitamos hacerle algunas preguntas —dijo Kim.

—Claro —susurró él.

—Usted ya ha sido informado de las circunstancias en que…

—Fue un robo de coche, ¿o no? —interrumpió Sylvie.

Kim frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, no fue así.

Tanto el señor Brightman como su sobrina se volvieron a ella sorprendidos, pero Kim siguió con la mirada en el rostro del esposo. Las gruesas cejas oscuras cayeron.

—¿No fue…?

—No. No ha sido un acto de violencia al azar, señor Brightman. De hecho, creemos que su esposa conocía al atacante.

Sylvie jadeó con horror y se acercó unos centímetros al señor Brightman. Rebecca tragó hondo y, poco a poco, volvió la mirada a su teléfono, aunque Kim, de reojo, podía notar que la chica no apretaba ningún botón.

Kim continuó:

—¿Sabe si alguien tenía problemas con su esposa, señor Brightman? ¿Se le ocurre algún nombre?

La confusión y el horror pugnaban por dominar su rostro.

Sylvie levantó la barbilla.

—Por favor, espere un momento, detective. Deanna… —Sylvie dejó de hablar al ver que Anna entraba en la habitación.

—Esto… Estamos discutiendo asuntos familiares, Anna —dijo, señalando la puerta con la cabeza.

Anna no le hizo caso.

—¿Alguien quiere una bebida? ¿Café, té?

Todos dijeron que no. Con la mirada, Mitchell Brightman censuró la descortesía de Sylvie en cuanto el ama de llaves salió del lugar.

—Señor Brightman —dijo Kim, mirando únicamente al hombre —, necesito que lo piense, de verdad. Cualquier cosa podría ser útil para nosotros. Incluso algo pequeño.

—Con franqueza, no se me ocurre nada. Deanna no era una persona conflictiva. Ella no molestaría…

—¿Y qué hay de aquel escándalo en el trabajo? —preguntó Rebecca, volviéndose a su tío.

Kim sintió que, al hablar, la chica se erizaba molesta. El hombre no se volvió a mirarla.

Kim sí.

—¿Qué escándalo? —preguntó Bryant.

—¿Lo de esa pequeña que murió en una finca? —dijo Rebecca, frunciendo unas cejas perfectamente delineadas.

—¿En Hollytree? —preguntó Kim.

Rebecca asintió.

Kim se volvió hacia Mitchell Brightman.

—¿Estaba involucrada en ese caso?

Kim había visto las noticias. Trudy Parsons era una niña de tres años que había pasado la mayor parte de su corta vida en la lista de vigilancia de los Servicios para la Infancia. Su madre tenía problemas con la bebida y estaba bastante dispuesta a entregar a Trudy cuando no podía cuidarla. Aparte, se había echado un novio a quien no le gustaba oír niños llorar.

En un arrebato de ira, mientras estaba en la licorería, Shirley Parsons golpeó a su hija en la cabeza con tal fuerza que la niña nunca recuperó el conocimiento.

El juicio se había celebrado la semana previa y había generado una oleada de indignación, puesto que todo el mundo culpaba a los servicios sociales.

Mitchell Brightman asintió.

—El asunto no era suyo, pero Deanna estaba a cargo de todo el departamento.

Sylvie movió la cabeza de un lado al otro.

—¿No crees que alguien pudo haber culpado a Deanna por lo que hizo esa maldita hija de puta?

Kim se encogió de hombros. Tenían que tomarlo en cuenta. ¿Cuán implicada había estado Deanna en el caso? ¿Habría reconocido a alguien de la familia?, ¿le habría permitido subirse a su coche?

—Señor Brightman, ¿puede decirme que hacía Deanna conduciendo tan tarde esa noche?

Otra vez, Sylvie se adelantó.

—Estaba…

—Sylvie, por favor… —dijo el señor Brightman antes de volverse hacia Kim—. Anoche, Deanna fue a un restaurante italiano con un par de colegas. Se trataba de un regalo sorpresa para una de las chicas, que cumplía años. Llamó a eso de las seis y dijo que no le apetecía mucho ir. Yo le dije que le haría bien —continuó. Kim alcanzó a detectar ironía en su voz.

—¿Por qué? —preguntó Kim—. ¿Por qué le dijo que eso le haría bien?

Él hizo una pausa y lo pensó un poco.

—No lo sé, en realidad. Son cosas que uno dice, ¿o no? Ella había estado un poco abatida desde el juicio. —Negó con la cabeza —. Pobre niña. Pero nunca había fanfarrias cuando Deanna salvaba a alguien.

Kim lo entendía a la perfección. Las cosas no eran muy diferentes en la policía. La gente se interesaba solo en los que lograban escapar.

—¿Y a qué hora debía volver a casa?

—A las once, once y media —dijo.

Kim no estaba segura de qué más podría sacarle al señor Brightman mientras Sylvie estuviera por ahí. La mujer parecía decidida a responder la mayoría de las preguntas que le hicieran a él.

Kim se puso de pie.

—Mi colega le hará unas cuantas preguntas más mientras voy a

por un vaso de agua, ¿está bien?

Hizo una seña de asentimiento a Bryant. Él sabía qué preguntar.

Salió de la sala y caminó en la misma dirección que Anna había tomado después de dejarlos entrar. Al pasar, vio una sauna a la izquierda y un lavadero a la derecha. Finalmente, llegó a una cocina muy amplia.

Los armarios blancos eran austeros y asépticos. La cocina ultramoderna no parecía combinar con la personalidad cálida de la casa. Kim vio todo reflejado en las puertas de los armarios. Sobre la placa de cocción encajada en la isla central, había una campana extractora suspendida.

El ama de llaves estaba de espaldas cuando Kim entró en la cocina. La mujer no se movió ni dejó de mirar hacia fuera por la ventana.

Kim tosió.

Mientras se volvía, Anna se limpió una lágrima de la mejilla.

—Lo siento —dijo rápidamente—. ¿Se le ofrece algo?

Kim se adentró más en la habitación.

—Solo un vaso de agua.

Anna buscó en uno de los armarios superiores y sacó un vaso. Lo llenó con agua y se lo dio.

—Gracias —dijo Kim, y miró sobre el hombro de la mujer.

El fregadero estaba lleno de espuma jabonosa y la vajilla chorreaba en el escurridor de acero inoxidable.

—¿Aquello no es un lavavajillas? —preguntó, y miró a la izquierda.

Anna asintió.

—Nunca lo uso. Primero tienes que limpiar las cosas, y nunca he visto una máquina que venga con todo el trabajo duro ya hecho.

Kim estaba de acuerdo. Ella también tenía uno y nunca lo usaba, durante la misma razón.

—Así que usted ha trabajado con la familia, ¿por…?

—Casi un año.

—¿Y está aquí todos los días?

Anna negó con un movimiento de cabeza.

—Tres mañanas.

Kim hizo una pausa.

—El señor Brightman parece encantador.

—Lo es.

—¿Tienen hijos? —preguntó Kim, que ya se había dado cuenta de que no había fotos que no fueran del él y su esposa.

Anna negó con la cabeza.

—Habría sido una madre estupenda. Fue una tía maravillosa para Rebecca.

Kim se sorprendió. La chica no parecía particularmente afligida.

—¿Pasaban mucho tiempo juntas?

De pronto, Anna se volvió a ella.

—Inspectora, ¿en qué momento empezará a preguntarme lo que ha venido a preguntarme?

Kim sonrió ante la franqueza de esa afirmación. Qué bien, le gustaban las cartas sobre la mesa.

—¿Cómo era el matrimonio? —preguntó.

—Fuerte —contestó Anna de inmediato—. Le puedo decir que se amaban mucho.

—¿No había problemas?

—No diría eso. Cada matrimonio tiene sus altas y sus bajas, pero ellos parecían haber superado algunas cosas y estar ya del otro lado.

—¿Qué me dice de Sylvie?

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Anna.

—¿Cómo era su relación?

—Complicada.

—Continúe —la instó Kim.

Anna pareció incomodarse.

—Es raro, porque estaban de lo más unidas. Han estado solas desde que sus padres murieron, cuando eran adolescentes. Solo se tenían la una a la otra. Aun así, también había una extraña rivalidad entre ellas. A ninguna parecía gustarle que la otra tuviera la sartén por el mango. Cuando murió el esposo de Sylvie, Deanna prácticamente se mudó a su casa. Hizo todos los arreglos para el funeral, todo. Se enojó mucho el día que Mitchell le preguntó cuándo pensaba volver a casa.

Kim almacenó esa información.

—¿Y Rebecca?

—Por lo que he visto, no es una mala chica. No es que venga muy a menudo, pero tiende a no decir nada cuando su madre está presente. Habrá notado que Sylvie controla todas las

conversaciones.

—Eso intenta —la corrigió Kim. La boca de la mujer se torció ligeramente—. Vale, Anna, muchas gracias. Ha sido de gran ayuda, y si tan solo pudiera preguntarle…

—Aquí está mi dirección completa. Y mi número telefónico. Y, por si necesita saberlo, estuve en un espectáculo de Sally Morgan en el Wolverhampton Grand. Solo para ahorrarle algo de tiempo.

Kim cogió el papel y se lo echó al bolsillo.

—Me gusta la eficiencia —dijo con una sonrisa—, y ni siquiera tuve que pedírselo.

—Veo la tele, detective —dijo Anna con toda seriedad.

Kim estuvo a punto de comentarle que el verdadero trabajo de la policía no tenía nada que ver con los programas de la tele, pero cambió de opinión. Ese tipo de revelaciones solían provocar desengaños.

La reunión había sido fructífera, pensó. Anna sabía mucho de la unidad familiar y de sus matices, cosa que no la sorprendía. De hecho, era la razón por la que había optado por hablar con la mujer.

El servicio doméstico solía volverse invisible para los ocupantes de una casa grande. Y los trabajadores se enteraban de mucho. Los buenos no se andaban con cotilleos.

—Ah, inspectora, en caso de que quiera saber algo más, solo pídamelo. Le diré lo que sea, con tal de que atrapen a ese maldito. Deanna era una mujer encantadora. No se merecía esto.

Kim asintió y tomó nota de la oferta de ayuda.

Dadas las extrañas corrientes de fondo de esta familia, tenía el presentimiento deque iba a necesitarla.

Capítulo doce

—¿Qué opinas? —le preguntó a Bryant en cuanto salieron de la casa.

—Extraña dinámica, a decir verdad —contestó él.

—Así que ¿dónde estuvieron anoche?

—El esposo se quedó en casa, en el estudio, trabajando hasta tarde. Está procesando a un chico de Hollytree por robo a mano armada en una gasolinera de Pensnett. En este momento, su testigo estrella está apenas «casi seguro» de que el chico fue quien lo cometió.

—¿Es fiscal de la corona?

—Sí, no se hicieron con esta casa gracias a su trabajo.

Y Kim tomó nota de que Deanna también era una funcionara pública.

—¿Dónde estuvieron Sylvie y su hija?

—Ambas en casa. Sylvie, viendo la tele, y Rebecca, en su habitación.

—Mmm…

—Así son ahora las cosas, jefa. Si tienes suerte, te toca un gruñido de tus hijos en la mesa de la cena. Y, si insistes en que no haya móviles, eso es tan malo como compartir sus fotos de bebés en su página de Facebook.

Kim lo miró inquisidora. Demasiado detalle.

Él sonrió.

—Yo no te digo más digo.

En ese momento, Laura, la hija de Bryant, estaba instalada de forma segura en la Universidad de Loughborough, estudiando unas cuantas *ologías* que Kim no recordaba del todo. Pero era una buena chica.

—¿Qué dice el ama de llaves?

—Un espectáculo de Sally Morgan en Wolverhampton.

Él asintió.

—Mi señora quería ir, pero ya no había entradas. O eso le dije. —Soltó una risita.

—¿Estás de coña?

Él negó con la cabeza.

—No logrará sacarme ninguna otra cosa que la clase semanal de danza.

—Joder —dijo ella.

—¿Te sorprende que le haya dicho una mentirijilla?

—No, lo que me sorprende es que sigas dándome municiones de ese tipo para que yo las use en tu contra.

Él lo pensó por un minuto.

—Tienes razón. Entonces, ¿qué sigue? —preguntó él, por cambiar de tema.

—Llamaré a los otros para saber qué han averiguado con los tipos del *pub* y la comida para llevar. Vamos a las oficinas de Deanna, en Dudley. Tú conduces.

Sacó el móvil e hizo una pausa.

—Bryant…

—¿Sí, jefa?

Ella siguió mirando el teléfono y, finalmente, movió la cabeza de un lado al otro.

—No tiene importancia.

Por un momento, se había sentido tentada a contarle lo de la carta que había recibido de Alex, pero cambió de opinión. Decírselo sería concederle una importancia mucho más grande de la que esa carta merecía.

La apartó de su mente y puso sus pensamientos a trabajar en Deanna; en qué había sucedido, exactamente, anoche, en ese restaurante italiano.

Capítulo trece

Alex observaba la celebración de la fiesta juvenil. Melanie Jackson había sido liberada después de haber cumplido una condena de dos años y medio por tráfico de heroína. A Alice Tromans, que estaba en el cuarto año de diez por una cadena de robos a mano armada, le habían dado permiso de preparar una gelatina para celebrar.

Joder, qué cosa tan fabulosa.

A diferencia de esas criaturas lastimosas, Alex no tenía ninguna intención de pasar toda su penitencia en ese hoyo infernal. Con un buen comportamiento, su sentencia de doce años se reduciría a siete u ocho. De todos modos, eso no iba a ocurrir, reflexionaba, mientras vigilaba a quien formaba parte integral de la siguiente fase de su plan.

Los guardias habían acordado que la reducida cocina de la casa era demasiado pequeña, así que les habían dado permiso de hacer la fiesta en la sala de visitas. No había serpentinas decorando las ventanas enrejadas que corrían a lo largo de toda la pared; no había globos colgando del techo de azulejos manchados ni regalos de fiesta en las mesas fijas que llenaban la habitación.

Aunque la fiesta era para Melanie, Tanya Neale ocupaba el centro del escenario, mientras, entre exclamaciones, se desenvolvían los lamentables regalos: un paquete de ositos de Haribo, una pinza de pelo usada y un libro de crucigramas.

Como si percibiera su atención, Tanya se volvió y la miró directamente. Alex, sin miedo, aguantó su mirada. Entre esas paredes no había nada que la atemorizara.

—¿Qué coño miras, puta? —gritó Tanya, con voz cantarina.

Todos los pares de ojos cayeron sobre Alex. La psiquiatra sonrió.

Tanya se volvió hacia su cuadrilla y se puso de pie. Caminó parsimoniosa hasta Alex, con ojos amenazadores. A pesar de su estatura diminuta, la mujer era toda músculos sólidos e imponía respeto a quienes la rodeaban.

Apoyada en la máquina expendedora, Alex seguía con los brazos cruzados, despreocupada. Tanya hizo un alto a treinta centímetros de ella. La doctora Thorne le sacaba unos buenos veinticinco centímetros.

—Que qué coños miras, ya te he dicho, zorra.

Alex se encogió de hombros y no contestó nada. Se limitó a observar el pelo rubio y grasiento de la mujer. Desde el borde del ojo derecho de la reclusa corría una fina cicatriz que bajaba por la mejilla y terminaba en la comisura de la boca.

En sus dedos, cerca de los nudillos llenos de marcas, tenía tatuajes caseros hechos con pluma y bolígrafo. En la mano derecha decía *fuck*, y en la izquierda, *off*, con un signo de exclamación en el meñique. «Puesto que la puntuación importa», pensó Alex.

Tanya se agarró uno de los pechos y lo acarició.

—¿Quieres un poco de esto, perra?

Alex no estaba segura de si esta mujer de treinta y tantos años tenía que recurrir a la jerga de los gánsteres cada vez que abría la boca. Estuvo a punto de reír a carcajadas, pero se contuvo. No era el momento. Toda la sala se había quedado quieta y no quitaba el ojo al desarrollo de una posible tragedia. Alex podía sentir la tensión mientras las mujeres giraban en sus sillas esperanzadas en distraerse con una pelea. La riña duraría unos cuantos minutos, pero las tendría entretenidas durante.

Todo el parloteo de fondo había cesado. Un guardia vigilaba desde un rincón de la sala. Cualquier altercado entre las dos quedaría en el registro para los agentes de inteligencia, y a Alex no le convenía que nada entre ellas fuera a dar a los informes.

—Quizás más tarde, cariño —le contestó Alex—. Solo tendremos que esperar y ver.

Alex rodeó a la mujer y se alejó de la máquina expendedora.

Para su fortuna, Tanya la dejó pasar y volvió a la fiesta. Dijo algo al sentarse y todo el grupo rio. Dos de las reclusas miraron en dirección de la psiquiatra mientras se reanudaba la cháchara de fondo. Ahora necesitarían otro tema de conversación.

Por el rabillo del ojo, Alex observó que todo ese intercambio había sido presenciado por Natalya Kozlov. Se volvió a ella. A Natalya nada le habría gustado más que verla molida a golpes. Hoy no, le dijo Alex con los ojos. Natalya le dedicó una mirada de desprecio y se dio la vuelta.

Cassie, su compañera de celda, puso dos cafés sobre la mesa.

—Todavía no puedo creer que haya matado a tres hombres —dijo, y dirigió la mirada a Tanya.

Alex asintió y tomó un sorbo de café. Ella sí podía ver por qué, sabía por qué. El investigador que le había recomendado su abogado había hecho un *dossier* de todas las reclusas de su ala. Sabía qué condena cumplía cada una, su situación familiar y el historial desde su ingreso en la prisión.

Nadie en ese lugar suponía un reto para ella. En pocos minutos había analizado a Cassie y le estaba dando el tratamiento correspondiente.

La mujer era una introvertida visual con tendencia a la amabilidad; una típica personalidad del tipo B que vivía con un bajo nivel de estrés. Trabajaba a un ritmo persistente y era de naturaleza creativa y reflexiva.

Leer a Cassie había sido fácil: la foto de sí misma con sus dos hijas sobre la que sollozaba cada noche; el cuaderno de dibujo y las revistas de arte que cada mes le traía su madre.

Al ofrecerle su amistad, había establecido una conexión instantánea. Los manipuladores siempre entienden las debilidades de sus objetivos. La de Cassie era la hipersensibilidad, algo que la convertía en una solitaria, anhelante de una amiga especial.

Para ganarse su confianza, Alex había usado una técnica llamada *espejeo*. Comenzaba con la imitación de los ademanes: rascarse la nariz, cruzar las piernas. Era una forma de comunicar al subconsciente el parecido, con lo que se fomentaba una confianza instantánea.

Enseguida, había empezado con charlas informales con el fin de averiguar el tipo de personalidad. Era una técnica que usaba la gente de mercadeo para definir los motivadores. Cassie había caído instantáneamente en la categoría amarilla, por lo que se dejaría llevar por la compasión. El verde era para la gente detallista; el azul, para la familiaridad, y el rojo, para la competitividad.

Durante, Alex había escuchado a Cassie hablar de sus niñas y de la vida perfecta que tenían juntas, y en ningún momento le había recordado que estaban en la cárcel.

Lentamente, la psiquiatra le había sonsacado detalles de ciertas prisioneras, datos que el detective privado no le había podido conseguir. Pero el proceso había sido lento. En ocasiones, Cassie se sentía abrumada por la culpa de estarle contando cosas.

En un momento dado, Alex comenzó a apartarse, con lo que dejó a Cassie confundida y desamparada. Lo que hacía era crear impredecibilidad a través de refuerzos positivos intermitentes, con lo que le provocaba un ansia subconsciente por atención positiva: Cassie había comenzado a perseguirla para obtener reacciones positivas.

Y se las había dado.

Entonces, Cassie le contó todo.

Muchas de las cosas que le dijo la habían ayudado a refinar sus métodos de ataque, y Tanya Neale no era la excepción. Ya sabía lo que le gustaba, lo que no le gustaba y, sobre todo, lo que más le importaba.

Cassie seguía observando a la mujer.

—¿Sabes? Llevo aquí veintisiete meses y nunca he hablado con ella. Me da demasiado miedo.

«Por supuesto que te da miedo», pensó Alex. Cassie era un alma bondadosa que, tras haberse enganchado con las metanfetaminas, había tomado malas decisiones. Era una mujer ejemplar para el sistema. Dedicaba su tiempo en la prisión a desintoxicarse y se había unido a todos los clubes y grupos de trabajo que había podido. Su audiencia de libertad condicional estaba prevista para la semana siguiente.

Cassie se movió con inquietud mientras veía la tonta fiesta.

—No puedo esperar a que me toque mi turno de salir. Unos pocos días y me reuniré con ellas.

«Mmm, probablemente no», pensó Alex, mientras movía la cabeza de arriba abajo. Desafortunadamente para Cassie, la mujer era parte integral de la siguiente fase del plan maestro de Alex. Un asunto del que esta tonta sin carácter no estaba enterada.

Melanie Jackson, la compañera de celda de Tanya Neale, abandonaría la cárcel en cualquier momento, lo que significaba que

Tanya, la reclusa más temida, tendría una celda para ella sola.

Alex apretó el puño en torno a los sobres de sal que llevaba en el bolsillo. Era hora de empezar a jugar.

Capítulo catorce

Kim condujo a Bryant a las oficinas de los Servicios para la Infancia, en la calle de St. James, en Dudley.

Entraron en un ambiente de sombría conmoción.

Las oficinas eran una planta abierta. Los escritorios estaban en cubículos divididos por mamparas que llegaban a la altura del pecho. Por fuera, las barreras parecían divisiones; por dentro, tableros de anuncios.

Unas cuantas cabezas se alzaron para mirarlos mientras se dirigían a un despacho de cristal situado a la izquierda, en la parte superior. Mientras avanzaban, Kim alcanzó a oír unos moqueos.

El despacho aún tenía la placa con el nombre y el título de Deanna Brightman.

Una mujer de treinta y tantos años, de pelo corto y rojo, se levantó a recibirlos.

—Soy Lorna Fisher, la asistente personal de Deanna —dijo, extendiendo la mano.

Kim se la estrechó e hizo las presentaciones.

La mujer miró el escritorio.

—Me han pedido que limpie todo —dijo, y negó con la cabeza —, pero, simplemente… —Parpadeó, en un intento por alejar las lágrimas que la amenazaban—. Por favor, discúlpeme, agente. Todavía estoy tratando de procesar lo ocurrido. —Señaló con la cabeza más allá del cristal—. Todos estamos tratando.

Kim la entendía. No era el tipo de noticias con las que esperabas encontrarte al llegar al trabajo. Los cambios de plazos, sí; el aumento de la carga laboral, sí; las reuniones improvisadas, también; todo eso, sí. El asesinato de tu jefa, no tanto.

—Ni siquiera tengo ganas de estar aquí —dijo con franqueza.

Por un momento, Kim se preguntó si se refería al trabajo o a ese sitio, es decir, el despacho de la jefa muerta, al lugar donde estaban sus pertenencias. Kim pudo ver una fotografía de Deanna y Mitchell vestidos para algún asunto de etiqueta. Había una pelota antiestrés, no muy distinta a la que Woody tenía siempre sobre su escritorio, solo que esta estaba estampada con un emoticono. A la derecha de una alfombrilla de ratón decorada con un suricato había un posavasos cuadrado con dibujos de Schreky Burro.

—Más tarde llegará un gerente interino —dijo.

—¿Usted no puede ocupar el lugar? —preguntó Kim. Como asistente de Deanna, era probable que esta mujer conociera el trabajo mejor que nadie más.

Lorna negó con la cabeza.

—No es lo mío, inspectora. Algunas personas han nacido para tomar las decisiones difíciles, mientras que otras han nacido para apoyar a quienes toman las decisiones difíciles. Deanna era de las primeras, y yo, definitivamente, de las segundas.

—Ya veo —murmuró Bryant.

—¿Ella tomó todas las decisiones en el caso de Trudy Parsons? —preguntó Kim con cordialidad.

Lorna tragó saliva.

—Créame que todavía tenemos pesadillas con esa pequeña. —Se estremeció—. Sin importar en qué escritorio haya estado ese asunto, hemos fallado como departamento —dijo con sinceridad.

Kim no pudo evitar que esta mujer le cayera bien. Le gustaba la gente que no intentaba eludir sus responsabilidades ni se ponía a señalar con el dedo a los demás. Por la misma razón, no estaba de acuerdo en que se responsabilizara a los individuos por tragedias como esa. Entendía, mejor que nadie, que los niños pueden salirse del radar. Su propia madre, aunque mentalmente inestable, había sido una experta en el despiste y los subterfugios a la hora de ocultar la verdad ante un trabajador social sobrecargado de trabajo.

—¿Y la participación de Deanna?

—Fue mínima. Teníamos reuniones, por supuesto, y los casos individuales se discutían y evaluaban, pero Deanna se puso en primera línea cuando todo salió a la luz. Y no hizo ningún intento por evadir las responsabilidades ni por tratar de culpar a… —Sus palabras se fueron perdiendo mientras miraba a Kim, a Bryant y de

vuelta a Kim—. Espere, no creen que la muerte de Deanna esté relacionada con eso, ¿o sí?

La detective percibió cómo la palabra con eme se le atascaba en la garganta. Se encogió de hombros.

—Debemos explorar todas las vías de investigación. Había mucha gente enojada con su jefa.

—Supongo —dijo con reticencia—. Creo que todos hemos dado por hecho que fue una especie de robo de coche que salió mal.

Kim se preguntaba si anoche el mundo entero había escuchado a Bullock, el aprendiz de Keats. Todos tenían asumido que alguien había ido tras el coche de Deanna.

—Esa es otra de las vías que estamos explorando —afirmó Kim, y prosiguió—: ¿Puede hablarme un poco de Deanna?

A menudo, la persona del trabajo difería de la persona del hogar, por lo que prefería tener una visión completa.

Lorna sonrió y las lágrimas anegaron sus ojos. Esta vez no hizo el menor esfuerzo por quitárselas parpadeando.

—Probablemente ya han escuchado esto muchas veces, pero era encantadora. Siempre esperaba que la gente trabajara con ahínco, pero era capaz de detectar si alguien estaba trabajando con demasiado ahínco. Todos hemos recibido la formación, por supuesto. El estrés laboral es torrencial en este trabajo, solo que ella no necesitaba un curso de formación para descubrir las señales. Simplemente mantenía los ojos abiertos.

«Siempre encontraba formas de ayudar y apoyar al equipo, ya fuera con un café rápido fuera de las oficinas, una salida de noche para estrechar vínculos o una nueva iniciativa para abordar el equilibrio entre el trabajo y la vida privada. No eran necesariamente los métodos enumerados en el manual de manejo de equipos, pero entendía a la gente y trabajaba con personalidades individuales. Supongo que lo que le estoy diciendo es que no dirigía por números, como hace mucha gente por aquí».

Kim empezaba a hacerse una idea clara de la mujer. Mientras más hablaba Lorna, parecían ir quedando cada vez menos ideas con respecto a los motivos del asesinato.

—Por ejemplo, ni siquiera se desprendía de su viejo teléfono, por si alguien quería ponerse en contacto con ella —dijo Lorna con una sonrisa triste.

%—¿Qué viejo teléfono? —preguntó Kim. El *smartphone* de Deanna estaba en el coche.

—Un Nokia verdaderamente viejo. Cuando lo actualizó, la red no pudo transferir el número. Ese móvil lo usaba como trabajadora social hace años y era el número que tenían sus padres y demás parientes. Nunca se deshizo de él. Le preocupaba que alguien le pidiera ayuda y que la línea estuviera muerta. Lo convirtió en un teléfono de prepago y lo llevaba consigo todo el tiempo.

—¿Seguía recibiendo llamadas? —preguntó Bryant.

—A veces —dijo Lorna, con aspecto pensativo—. Aunque hace un par de días mencionó que, al parecer, lo había perdido en algún lugar. Creía que pudo haberse salido de su bolsillo en la peluquería.

Este asunto del teléfono era algo que necesitaban rastrear de inmediato.

—¿Tiene el número? —preguntó Kim.

Lorna negó con la cabeza.

—Ese móvil ya llevaba mucho tiempo fuera del sistema cuando empecé a trabajar para ella. Yo siempre usaba el número nuevo; el otro ya no se lo daba a nadie. —Bryant sacó una libreta y garabateó algo.

—¿Anoche hubo una celebración?

Lorna asintió.

—¿Eso sucedía a menudo?, ¿estas noches fuera? —continuó Kim.

Lorna lo pensó por un minuto.

—Quizás una vez al mes encontrábamos motivos para salir a comer algo: el cumpleaños de alguien, una despedida, una bienvenida —dijo irónica.

—¿Y anoche?

—Ah, fue el cumpleaños de Amanda. El gran cuatro cero.

—¿Y hubo ahí algo fuera de lo normal?

Lorna frunció el ceño.

—¿Se refiere a Deanna? —Kim asintió, pensando que eso era bastante obvio.

—Nada en absoluto, inspectora, porque Deanna ni siquiera estuvo ahí.

Kim se recostó en la silla, miró a Bryant y supo que él estaba pensando exactamente lo mismo que ella.

¿Dónde diablos había estado Deanna Brightman?

Capítulo quince

—Así que ¿dónde coño estuvo? —preguntó Bryant por los dos en cuanto se subieron al coche.

Kim ni siquiera se molestó en contestar. Eso era algo que tendrían que averiguar.

Cogió el móvil y marcó el número de Stacey.

—Stace, a ver si puedes encontrar algo acerca de un segundo móvil. Aparentemente, Deanna tenía un Nokia para sus contactos viejos.

—Vale, vale.

—E investiga rápidamente a Sylvie Drummond, su hermana, y al ama de llaves a tiempo parcial, Anna Mills. Finalmente, busca cualquier cosa obvia acerca del caso de Trudy Parsons, el que estuvo recientemente en las noticias. Aunque la niña murió el año pasado, algo pudo haberse removido en el caso judicial, y Deanna estaba en primer plano, cargando con la mayor parte de la responsabilidad.

—Entendido, jefa —confirmó Stacey.

—¿Tienes alguna noticia de Kev?

Nada, todavía. Ha localizado a un par de testigos que viven a tiro de piedra del *pub*. En este momento se dirige a ver a Keats, pero irá al *pub* en cuanto termine. —Stacey hizo una pausa—. Está cabreado, jefa.

Eso no sorprendió a Kim. Rastrear a cada persona que había estado en el *pub* y en el restaurante de comida china para llevar era una tarea mastodóntica.

Pero ese era su trabajo.

En el instante en que colgó, sonó el teléfono.

—Inspectora detective —dijo una voz familiar.

—Keats, ¿de verdad que me estás llamando por tu propia iniciativa? —preguntó ella—. Aunque sé que me echas de menos, Dawson acudirá a la autopsia de…

—Puede que quieras venir. A lo mejor tengo algo que mostrarte.

—Keats, me encantaría decirte que tengo una mejor oferta, pero no es cierto, así que vamos para allá.

Una invitación de Keats tenía que significar algo, sin duda.

Y ella esperaba que así fuera.

Capítulo dieciséis

Ruth Willis había pasado la mayor parte del día tratando de sobreponerse a la sensación de ansiedad que la había despertado una hora antes de las siete y media, la hora de apertura. Esa sensación la había acompañado en cada uno de sus movimientos, junto con el lacerante dolor de no entenderla. Tal vez, si entendiera las causas, el revoltijo en su estómago desaparecería.

Normalmente, no estaba demasiado atenta al estado de ánimo de sus compañeras de Eastwood Park. Las emociones intensificadas tienen altas y bajas a lo largo del año, como las mareas. Se incrementan en los días festivos, en Navidad y en la época familiar, y se calman una vez que esos días han pasado. Queda el alivio de haber dejado atrás otra «ocasión». Ese sentimiento viaja por el aire como una corriente invisible. La frustración acumulada pasa de persona en persona y es una receta para cocinar problemas.

En ese momento parecía haber una inquietud entre muchas de las reclusas, una energía nerviosa que irradiaba de sus cuerpos hacia las paredes, suelos y techos confinantes y regresaba a ellas. No era el caso de Ruth.

A diferencia de la mayoría de las reclusas, no tenía un calendario en la pared que marcara los días faltantes para su liberación. No la torturaba la pérdida de la libertad cada día que pasaba.

Había matado a una persona y estaba pagando el precio.

Ruth se había cuidado de mantener la cabeza abajo desde su encarcelamiento, hacía un año. Tenía por delante cinco más de condena y esperaba cumplirlos sin incidentes. Saldría de la cárcel tres semanas antes de cumplir los veintisiete.

Había aceptado agradecida la decisión del tribunal de reducir su

sentencia en cuanto las manipulaciones de Alexandra Thorne quedaron al descubierto.

Como siempre, cualquier pensamiento sobre Alex le provocaba una mezcla de emociones. Detestaba no haber sido más que un peón en el juego de la psiquiatra. Abominaba que Alex hubiera conseguido manipular sus fantasías más sombrías acerca de asesinar a su violador. Despreciaba su propia debilidad, la que la había llevado a cometer un crimen y quitarle la vida a un hombre. No podía sentir pena por la muerte de ese hombre; le había cambiado la vida para siempre, pero él tenía una madre que lo echaba de menos, una madre que no había hecho nada malo.

Se sentía orgullosa de haberse enfrentado a la maldad pura de la mujer en un tribunal, de haber contado la historia, cada pequeño detalle, y haber permitido que un jurado tomara la decisión.

Aun así, enfermizamente, una parte de ella echaba de menos el vínculo que había creído que tenían.

Alex era capaz de atraparte. Su belleza y encanto, cuando se dirigían a ti, eran tan gratificantes como abrumadores.

Ruth había empezado a estudiar psicología y manipulación en un esfuerzo por aprender más acerca de sus propias debilidades y vulnerabilidades. Muchas veces había sacudido la cabeza, pasmada, al leer ejemplos perfectos de una docena de técnicas que Alex había usado para controlar su mente. Ruth comparaba su propia conciencia con un coche vacío que había estado aparcado, listo para circular. Y Alex había encendido el motor para conducirlo.

Ruth sabía ahora que una de las nociones tácticas primordiales, y más importantes, para un control mental indetectable era encontrar una víctima que tuviera un objetivo, para ejercer sobre ella una influencia subliminal.

Ah, y en el mundo de Alex nada de eso faltaba. Todas sus víctimas y pacientes querían una sola cosa: curarse.

La relación se había convertido en una especie de matrimonio abusivo. Alex la había colmado de elogios y afecto cada vez que Ruth hacía las cosas bien, pero se los negaba cuando no estaba a la altura.

La psiquiatra había diseñado las sesiones de manera que la paciente tratara de complacerla sin parar. Ruth no siempre estaba de acuerdo con todo lo que le decía, pero asentía, como debía ser,

con tal de que la agradable Alex no se fuera.

Y, aun así, a pesar de que ahora sabía cuán malvada era la mujer, seguía echando de menos esos días.

Había llegado a sentir que Alex era la única persona que la entendía. Eran ellas dos contra el mundo. Había compartido más con su psiquiatra que son sus padres.

Le recordaba a *Matrix*, la película. ¿Qué tiene de malo la ignorancia más absoluta cuando eres inmensamente feliz? ¿Así que no estoy comiendo un verdadero filete? ¿Y qué? De cualquier modo, lo estoy disfrutando. Agradeció con una plegaria silenciosa que Alex estuviera en Drake Hall, y no ahí, en Eastwood Park.

—Ruthee —dijo una voz desde la puerta.

La sorpresa inicial de Ruth fue sustituida por el deleite cuando Elenya, con timidez, entró en la celda de Ruth llevando un libro en la mano.

Esta mujer, dos años menor que Ruth, procedía de un pequeño pueblo de Ucrania y estaba cumpliendo una condena de tres años por participar con seis miembros de su familia en un robo a mano armada. Al igual que ella, quería cumplir su punición y salir ilesa. Hacía solo dos semanas, había admitido que no sabía leer ni escribir, y Ruth había accedido a instruirla. Elenya estaba adquiriendo una tremenda comprensión del inglés y, con franqueza, Ruth disfrutaba enseñándole.

—Entra —dijo Ruth, y le hizo espacio en la cama.

Se sentaron juntas, con la espalda pegada a la pared.

—Terminé el capítulo dos yo solamente —dijo Elenya.

—Yo sola —la corrigió con una sonrisa.

Elenya frunció el ceño.

—Sí, eso dije.

Ruth le pidió que abriera el libro.

Esto era, exactamente, lo que necesitaba para sacudirse la sensación de incomodidad.

Capítulo diecisiete

A Kim no la molestaban las visitas a la morgue. Ninguno de sus miedos residía ahí.

Lo único que veía era el metal frío y duro y su simplicidad. Por supuesto, entendía los fines de esas instalaciones, pero tanto ella como el forense estaban haciendo lo mismo: ambos buscaban respuestas de Deanna Brightman. Él trataba de desmenuzar el cadáver; ella, la vida. Buscaban pistas.

Dawson estaba de pie a un lado del fregadero metálico, lo más alejado posible del cuerpo alrededor del cual Keats se movía con destreza.

Aunque Dawson asintió en dirección de Kim, la inspectora podía ver que estaba un poco molesto de que Keats la hubiera llamado para hablarle del pelo, dado que él era el detective asignado a la autopsia. Sin embargo, como se trataba de un acontecimiento importante en el caso, Kim habría estado más que mosqueada si no la hubieran llamado.

Entendía que Dawson estuviera hambriento de asumir responsabilidades, de conducir sus propias investigaciones. Lo entendía porque ella misma se había sentido invadida por ese entusiasmo, por las ganas de demostrar su valía. No obstante, confiaba en que el oficial al mando reconocería el momento justo.

Aún estaba por ver si Dawson tendría la misma confianza en ella.

—¿Dónde está tu mini yo? —preguntó Kim a Keats mientras echaba un vistazo alrededor, en un lugar donde no podría esconderse nadie.

—Lo mandé a por café —admitió Keats.

—¿Al bar? —preguntó Bryant.

—No, sargento, más lejos. Mucho más lejos.

—¿Es un poco *pesao*? —preguntó Bryant.

—Es muy brillante, muy curioso y hablador. Mis silencios no necesitan relleno.

—Te entiendo, Keats —dijo ella—. Algunos trabajamos mejor solos.

—Ejem —intervino Bryant.

Kim sonrió y no le hizo caso.

—¿Qué has averiguado?

—Mandamos a toxicología el contenido del estómago. No había mucho ahí dentro, así que llevaba tiempo sin comer.

Kim sabía que el proceso completo de la digestión, desde la descomposición de la comida hasta su conversión en una pulpa líquida, podía durar de veintidós horas a cuatro días. Por lo general, solo se necesitaban dos horas para que la comida pasara del estómago al intestino delgado.

Por suerte, no se necesitaba el contenido del estómago para establecer la hora de la muerte, puesto que ya se tenía una anotación bastante precisa de eso. De todos modos, Keats enviaría el escaso contenido, junto con fluidos oculares, para detectar cualquier droga que la víctima hubiera ingerido durante las horas previas a su muerte.

Así que, adondequiera que la mujer hubiera ido anoche, no había sido por comida.

—¿Actividad sexual reciente?

—Nada obvio —dijo él, y fue a por una bandeja que tenía a los pies de la camilla.

—Esto es lo que quería mostrarte.

Ella entornó los ojos y frunció el ceño.

—Más cerca. Ahí está.

Kim cogió la prueba y la puso contra la luz.

Contenía un solo pelo.

Por fin, Dawson se acercó a ella y echó un vistazo. Kim no estaba segura de si él la había estado esperando para dejarse engatusar como un niño malhumorado. Si ese era el caso, el detective no la conocía tan bien como debía.

—¿Con el folículo? —preguntó esperanzada a Keats.

Él asintió.

Podrían obtener un perfil completo del ADN. El tallo del pelo no contiene ADN nuclear, pero a menudo es útil en casos policíacos de abuso de drogas. Actúa como un diario secreto y ha desenmascarado a muchas personas que juraban haber guardado la abstinencia.

—¿Dónde estaba?

—Justo dentro del cárdigan.

Kim sintió una emoción crecer en su estómago. El pelo pertenecía a alguien que había conseguido estar muy cerca de la mujer. Ahora, todo lo que necesitaban era un sospechoso.

—¿Algo más? —preguntó Kim.

Él negó con la cabeza.

—Todo parece relativamente sencillo. Una sola puñalada, cuyas medidas estarán en el informe que recibirás hoy mismo, más tarde. —Hizo una pausa y miró por encima de las gafas—. Así que, inspectora, este parece un caso bastante simple para una detective de tu calibre.

Kim le dirigió una mirada antes de darse la vuelta para salir. Según su experiencia, eso no existía.

—Ah, y una última cosa, inspectora. No había heridas de vacilación en ninguna parte del cuerpo.

Kim hizo un alto junto a la puerta. A menudo, ese tipo de marcas aparecen cuando el asesino tiene que armarse de valor para asestar el golpe letal.

Esa era una señal de que el homicida no había estado nervioso en absoluto.

Capítulo dieciocho

Alex colocó cuidadosamente el recipiente de agua en la mesita de noche y comprimió los dos sobres de sal que llevaba en la mano cerrada.

Las luces se apagaron.

Cassie dejó a un lado su novela de Sophie Kinsella y se puso de espaldas. Como la celda no tenía ventanas hacia el mundo exterior, quedó sumergida en una oscuridad total. Pero Alex conocía de memoria los movimientos de Cassie. En este momento estaría mirando el techo, con la esperanza de que sus párpados cayeran y dar el día por suprimido.

—¿Sabes, Alex? Cuanto más se acerca algo, más parece detenerse el tiempo —murmuró.

—Sé a qué te refieres —concedió Alex. Deseaba que la estúpida simplemente se quedara dormida. Esta noche era la noche.

—Es solo que, ya sabes, estaré con ellas en unos cuantos días, pero cada hora es como una semana.

Alex sonrió en la oscuridad. Una persona con conciencia habría sentido una pizca de culpa por lo que estaba a punto de ocurrir, pero ella no. Había sido bastante afortunada de haber nacido sin un estorbo de esa magnitud.

—Qué extraño, pero este lugar ha sido el punto de inflexión que yo necesitaba. Tengo veinticinco años y mucha vida por delante. Estoy limpia y, finalmente, podré ir a casa a cuidar de mis hijas como es debido.

—Mmm —murmuró Alex. «Por supuesto que podrás». Con cuidado, rompió el borde superior de cada bolsita y vació la sal en el agua.

—Perdona —dijo Cassie—. He sido muy insensible.

—Está bien —contestó Alex—. Me alegra que tengas unas hijas por quienes volver a casa. Miró hacia donde sabía que estaba su propia foto, pegada con cinta a la pared. No necesitaba luz para recordar al hombre bien parecido ni a los dos niños rubios que la miraban. Podía recordar sus rasgos perfectamente.

—Nunca hablas de ellos, ¿verdad?

No, Alex nunca hablaba de su esposo ni de sus dos hijos. La fotografía hacía todo el trabajo por ella. Era una imagen hermosa de su familia, quienes habían muerto en un accidente de coche hacía cuatro años. La historia era terriblemente triste. Era conmovedor el relato de los seres queridos que volvían a casa después de haberle comprado un gran ramo de flores por el día de las Madres. Era poético que las flores hubieran quedado diseminadas sobre los cuerpos de sus hijos muertos. Era muy emocionante que en el bolsillo del esposo hubiera un medallón grabado con sus iniciales entrelazadas.

Y habría sido así de conmovedor si fuera verdad. Era una foto recortada de un catálogo y ella no se había casado nunca. La imagen le había dado un gran servicio en su vida previa. Adornaba su escritorio, apuntando sutilmente hacia la silla que usaban sus pacientes. Una familia daba la impresión de bondad, de estabilidad. Y había funcionado.

En la oscuridad, Alex movió la cabeza de un lado al otro.

—Sigue siendo muy doloroso.

—Lo lamento, Alex. Debe de ser terrible…

—Estoy bien, con toda franqueza —la interrumpió. Esa voz compasiva era gratificante, pero molesta, también. Lo único que necesitaba era que esta idiota tan crédula se quedara dormida.

Había otra fotografía, solo que esa permanecía escondida, con cubierta de plástico, dentro de un libro de bolsillo. Y esa sí que tenía un significado para ella. Era de dos niños pequeños, una niña y un niño, gemelos. Y sería el catalizador que traería a Kim de vuelta a su vida.

Hizo a un lado ese delicioso pensamiento. Por ahora, tenía trabajo que hacer.

Alex se puso de lado, clara indicación de que la charla había concluido. Se quedó acostada, contando, y llegó a setecientos antes de que cambiara el lento y rítmico sonido de la respiración de

Cassie.

Se escondió bajo las sábanas y extrajo su herramienta preferida: un pisapapeles robado de la biblioteca. Envolvió con la mano ese objeto que se sentía sólido y pesado entre sus dedos. Respiró hondo y contó. Al llegar a tres, se golpeó con el pisapapeles la cuenca del ojo izquierdo. El dolor le recorrió la sien y la frente y le llegó a la nariz. Para no hacer el menor ruido, apretó los dientes. El impacto inicial se calmó rápidamente, seguido por la inmediata hinchazón del ojo. En pocos minutos empezaría a aparecer un hematoma. Perfecto.

Deslizó la mano por debajo de la cintura de su pijama y la apoyó a la derecha del ombligo. Se pellizcó la piel con el pulgar y el índice y apretó con fuerza. Hizo lo mismo en otras dos áreas hasta que el dolor le picó los ojos. Incluso en esa oscuridad podía distinguir las tres manchas rojas en su piel.

Lentamente, se sentó y giró hasta que sus piernas quedaron a un lado de la cama. Buscó el vaso de agua y se tomó de golpe la mitad. El resultado fue inmediato. Se dobló por en medio y vomitó en el suelo.

Cassie se revolvió.

Alex repitió el proceso.

—Alex, ¿qué tienes? ¿Estás…?

—¡Ayúdenme! —gritó. Golpeó la puerta con los puños—. Que alguien me ayude, por favor, rápido.

Cassie se levantó de golpe, despierta al instante.

—¿Alex…?

La psiquiatra golpeaba y gritaba.

—Que alguien me ayude, por favor, quítenmela de encima.

Cassie saltó de la cama. Alex oyó que el pie de Cassie se resbalaba en el vómito.

—¿Qué diablos…?

—Ayúdenme…

Alex podía sentir la confusión de su compañera de celda. Estaba apenas despierta, de pie en un charco de vómito, con una mujer loca que gritaba pidiendo ayuda. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo.

«No tendrá que esperar mucho para recibir una explicación», pensó Alex, puesto que ya oía pasos retumbando por el pasillo.

Abrió de golpe la puerta un policía regordete y de cara roja llamado Beckett. Las luces se encendieron.

—Madre santa, ¿qué ha sucedido? —preguntó un segundo policía al ver el ojo hinchado de Alex.

La psiquiatra se apartó de Cassie, quien permanecía desconcertada en medio de la celda.

—Simplemente me atacó, sin ningún motivo. Yo estaba durmiendo y desperté, y ella estaba de pie a un lado de mi cama. —Como si el cardenal no fuera suficiente, Alex se bajó el pantalón del pijama—. Me golpeó en el vientre con tanta fuerza que vomité.

Los custodios se miraron entre sí.

Cassie negaba enérgicamente moviendo la cabeza.

—Yo no fui, de verdad. Les juro que no le hice nada. Estaba durmiendo cuando oí…

—Por favor, tienen que alejarme de ella. Estoy aterrorizada —dijo, apretándose el tronco con los brazos—. Se ha vuelto loca. Por favor, aléjenme de ella.

El policía regordete la cogió suavemente del antebrazo y la sacó de la celda.

—Venga conmigo. La llevaré al servicio médico.

Alex se dejó guiar por el pasillo. Siete metros más allá, se zafó del agarre del guardia.

—Me han puesto en una celda con una puta lunática. Tengo un abogado carísimo a quien esto le va a encantar. Quiero ver al alcaide inmediatamente.

Capítulo diecinueve

Dawson se detuvo en un aparcamiento al lado del *pub* y se quedó sentado por un momento. Hacía una hora que la jefa los había dejado ir, después de una rápida reunión de puesta al día. Él había hecho lo posible por ocultar que seguía doliéndole que Keats hubiera socavado su autoridad, o la falta de ella, durante la autopsia.

Sabía que nunca le había dado al forense ningún motivo para desconfiar de él con respecto a la información, pero, como solía suceder con la mayoría de la gente, el forense había preferido tratar directamente con su jefa. Y esas cosas eran convenientes si querías una vida fácil, pero ese no era su caso.

A veces se preguntaba si su jefa confiaba en él. Sabía que había días en que la sulfuraba cuestionándolo todo, pero, si ella de verdad quería que dejara de hacerlo, tendría que pedírselo. Desde un punto de vista imparcial, sabía que era un petardo. Podía escuchar su propia voz fastidiando cuando ya se había tomado una decisión, y a menudo se cabreaba, pero había veces en que simplemente no estaba de acuerdo con las decisiones de su jefa.

Stacey parecía ser la chica de oro, siempre. Se las arreglaba para descubrir, en la extracción de datos, aquella pepita de oro que hacía avanzar los casos. Y él respetaba las habilidades de su compañera, la quería bien, pero, a veces, se sentía como el último chico en ser elegido para el partido de fútbol.

Lo que quería era que, de vez en cuando, su jefa se fijara en él.

Y ese era el motivo por el que estaba aquí, de vuelta en el *pub*, horas después de que todo el mundo se hubiera ido a casa. Aquí podría estar, quién sabe, alguno de los que estuvieron anoche; uno de esos que pasan muchas noches en el bar.

Se aflojó la corbata, a pesar de que eso no lo haría parecer menos policía que si entrara con su antiguo uniforme.

—Oye, tío, ¿tienes un segundo? —oyó decir mientras se acercaba a la puerta.

Se volvió a ver a un chico de alrededor de veinte años vestido en un chándal de Adidas. Su rostro, de la mitad para abajo, estaba cubierto de acné. De inmediato, Dawson se compadeció. Había tenido el mismo problema. Y había sido gordo.

—Sí, colega —dijo.

—¿Tienes una nota para el *Dudley Star*?

Dawson lo miró de arriba abajo.

—Es pitorreo, ¿verdad?

El chico sonrió de forma chulesca y extendió la mano.

—Bubba Jones, aprendiz de reportero del crimen.

Dawson no le estrechó la mano.

—Joder, colega, hasta Frost tiene más tacto. —Frunció el ceño —. ¿Y dónde está Frost?

—Está rastreando una historia en Manchester. ¿La conoces? —preguntó.

—Vaya que sí —dijo Dawson.

—¿No es fabulosa? He estado haciéndole sombra por unas cuantas semanas, desde que salí de la universidad.

Dawson no estaba seguro de si «fabulosa» sería la primera palabra que saldría de su boca para describir a la reportera, así que ahí lo dejó.

—¿Y Bubba es tu verdadero nombre? —preguntó con el ceño fruncido.

El chico se encogió de hombros, todavía con la misma sonrisa ridícula pegada a la cara.

—Es mi seudónimo, y creo que me hará notar.

Dawson caviló un poco si debía darle su opinión al respecto, pero decidió no hacerlo.

—Así que ¿quieres charlar o qué?

—¿Qué? —preguntó Dawson, y trató de pasar por delante de él.

—¿Qué dices?

El detective no iba a molestarse en darle explicaciones.

—No quiero hablar. Apártate de mi camino —gruñó.

—Podría ayudarte, tío: hacer correr la voz, quizás un

llamamiento o…

—Hazte a un lado, colega —dijo Dawson, y lo apartó con el codo. De verdad que no tenía tiempo para esta estupidez.

Entró al bar, a un muro de charlas encendidas. No tenía la menor duda de cuál era el tema de conversación.

Si había algo aquí, él lo encontraría. Ya era hora de demostrarle a su jefa que estaba equivocada.

Capítulo veinte

Kim cogió su taza y entró en la cochera. Barney la seguía de cerca.

Se apoyó en la encimera y observó el desorden que tenía en el suelo. Algunas personas optan por relajarse en una ventosa tarde de otoño, sentadas en el patio con una copa de vino, mientras contemplan las flores, las ramas o cosas así; otras dejan que el oscuro canto de los pájaros les arranque de la piel las penurias del día. La elección de Kim era quedarse en la cochera a contemplar una explosión de partes de motocicleta.

Las cavilaciones sobre el caso revoloteaban en su cabeza. Había algo en la muerte de Deanna Brightman que no tenía sentido para ella. Ya había visto víctimas de homicidio con una sola puñalada, y siempre hubo un claro derrotero para la investigación: un asunto de violencia doméstica, negocios con drogas, incidentes relacionados con pandillas; incluso un atraco o una pelea. Pero este caso no encajaba bien en ninguna de esas categorías, y eso la tenía incómoda. No parecía haber ningún motivo para asesinar a Deanna Brightman. Agitó la cabeza al recordar la pertinente ocurrencia de Kev: «y está muerta». Eso era inexorable.

Los motivos estaban en algún lugar.

Suspiró y rodeó la sábana que protegía el conjunto del escape sobre el suelo de hormigón. Quería arrodillarse y perderse entre el cromo sin complicaciones. Pero seguía levantando la cabeza hacia la pared que separaba la cochera de la cocina y del cajón donde todavía estaba la carta. Por alguna razón inexplicable, no había sido capaz de deshacerse de ella.

En parte, tenía un inevitable sentimiento de curiosidad acerca del contenido de ese sobre incendiario, pero su encuentro con Alex

estaba metido en una caja, almacenado en los recovecos de su memoria. Tal vez, la cuestión se filtraba ocasionalmente en forma de pregunta: cuán cerca había estado de perder la cordura. Y, cuando la pregunta saltaba, Kim simplemente la repelía.

Abrir esa carta sería más que abrir una carta; sería abrir un portal. Alexandra Thorne estaba segura en la cárcel, purgando una condena por las muertes que había provocado. Y eso era todo lo que Kim necesitaba saber.

Decidida, volvió a la cocina y revisó la correspondencia que había recogido al pasar.

Nada fuera de lo común…, hasta que llegó a la última. Era un sobre marrón con ventana. El nombre de Kim estaba escrito a máquina. Pero lo que llamó su atención fue el matasellos; el sobre había viajado desde Chester.

Su única conexión con Chester era el centro Grantley Care, un nombre seductor para la unidad psiquiátrica que había albergado a su maldita madre durante los últimos veintiocho años.

Nunca le habían escrito.

Un leve temblor asaltó sus dedos mientras le daba la vuelta al sobre. En el expediente de su madre había una instrucción: solo debían ponerse en contacto con Kim en caso de que su madre falleciera.

Por alguna razón, había supuesto que sería una llamada telefónica. Esperaba oír a Lily, la mujer con quien había hablado durante casi veinte años.

Hizo una pausa antes de romper el sobre para abrirlo. Desplegó la única hoja de papel y respiró hondo antes de empezar a leerla.

Trataba de prepararse para lo que estaba a punto de conocer. Un ramalazo de emoción recorrió su cuerpo, aunque era una emoción sin nombre. No era dolor, no era una sensación de pérdida, no era arrepentimiento, ni siquiera un atisbo de tristeza. Tampoco era alivio ni regocijo. Se sentía intensa, expectante.

Sus ojos exploraron la carta en busca de palabras clave, como *muerte, funeral* o *condolencias*.

Frunció el ceño al no encontrar ninguna, pero se tropezó con cosas como *libertad condicional* y *audiencia*.

Dio vuelta a la página en busca del dibujo de una cara de payaso o alguna explicación para esta broma de mal gusto. Volvió al frente.

El logotipo marrón en relieve de Grantley le dijo que la comunicación era auténtica.

Podía sentir la cabeza moviéndose de un lado al otro, como si esa negación física pudiera borrar la carta.

Cómo diablos podía estar ocurriendo esto, se preguntaba, y de inmediato cogió el teléfono.

—Maldita sea —gruñó. Era como si su pulgar rehusara a quedarse en el botón el tiempo suficiente para detectar su huella dactilar. Necesitaba poner un alto a esto, no podía permitir que esa mujer saliera de ahí en ninguna circunstancia.

Kim empezó a pasear por la habitación con el teléfono en la mano. ¿Qué demonios había cambiado? Su madre jamás había pedido que la dejaran salir de Grantley. De hecho, había tenido episodios violentos justo antes de cada dos audiencias, con lo que se aseguraba el encarcelamiento perpetuo.

Kim no sabía que su madre hacía eso deliberadamente para mantenerse encerrada hasta que esa psicópata que era Alexandra Thorne se lo dijo.

—No, mierda —dijo cuando sus piernas hicieron un alto y sus ojos se dirigieron hacia el cajón de la cocina.

Experimentó una súbita sensación de hundimiento al recordar la carta de ayer. Era totalmente imposible que estas dos intrusiones en su vida fueran una coincidencia.

Respiró profundamente, dos veces, antes de volver a poner el pulgar en el botón. Esta vez, la pantalla se iluminó. Perfecto.

Dio la espalda al cajón de la cocina. Podía lidiar con una sola perra malvada a la vez.

Buscó el número de Grantley Care y lo presionó.

En ese momento, las instalaciones estarían en modo nocturno; aun así, le cogerían el teléfono. Eso sucedió al tercer timbre.

—Soy Kim Stone —dijo—, pariente de Patty Stone. —La palabra «hija» no le salía de la boca—. ¿Está Lily?

—Lo siento, pero Lily ya rara vez trabaja en el turno de noche. ¿La puedo ayudar en algo?

Kim habría querido echar mano de una voz entrenada en seducción, perfectamente modulada. Pero la charla no daba para eso.

—Recibí una carta —empezó Kim, blandiendo el papel en el

aire.

La mujer dudó por un segundo, pero se recompuso.

—¿Acerca de la audiencia de libertad condicional? Siempre informamos a la familia cuando…

—¿Y ella es consciente de esto? Quiero decir, mi… ¿Patty sabe de esto? Nunca ha permitido que ninguna se lleve a cabo.

—Lo sé —dijo la mujer con una sonrisa en la voz—. Nosotros también estamos sorprendidos. Tanto las evaluaciones médicas como las psicológicas presentadas a la junta de libertad condicional han sido positivas durante los últimos siete años. Durante el encarcelamiento, ha habido una sustancial mejora en la salud mental de su madre. Solo los arrebatos ocasionales han sido…

—¿Y ya no ha habido ningún acto súbito de violencia? —preguntó Kim. Su estómago se retorcía más y más con cada respuesta.

—Ninguno en absoluto —dijo—. Su madre ha sido la paciente perfecta. Se porta bien, es agradable, es servicial. Un verdadero deleite.

Kim podía sentir las náuseas revolviéndole el estómago. El mundo estaba perdiendo el equilibrio y ella no podía hacer nada por evitarlo.

Su madre era malvada hasta la médula, y Kim nunca creería algo diferente. No le importaba quién la había valorado ni vigilado ni por cuánto tiempo. Solo Kim había soportado la crueldad y los abusos que brotaban de su madre con absoluta facilidad. Y había vivido las consecuencias de los actos de esa mujer.

—Debería sentirse orgullosa —dijo la voz con entusiasmo—. Todos sabemos que los cambios en su comportamiento han sido gracias a usted.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Kim. Ella no había cambiado absolutamente nada desde el día en que descubrió dónde estaba su madre. Toda su implicación en la vida de esa perra asesina se limitaba a llamar por teléfono una vez al mes para asegurarse de que todavía estuviera dentro.

—Sí, todo ha sido por usted. Todo cambió desde el día en que Patty empezó a recibir sus cartas.

Kim ya no pudo escuchar más. La carta y el teléfono fueron a dar al suelo.

Capítulo veintiuno

15 de diciembre de 2007

Querido diario:

Hoy la he tocado. Tuve que hacerlo.

El placer ha sido doloroso y exquisito a la vez. Mis dedos tocaron su nuca cuando le quité la mordaza que la mantuvo callada durante la noche.

Yo le había dado instrucciones de antemano: haz cualquier ruido y te mueres.

Y me escuchó.

Su pelo se enredó en mi mano, sedoso y suave, con aroma a jazmín. Conozco el olor del jazmín, es uno de los favoritos de mi madre. Se sentía tan suave como el pelo de un recién nacido. Lo acaricié maravillado. Lo olí y lo froté en mi mejilla.

Tan guay.

Noté cómo mi excitación crecía mientras tiraba de él, con fuerza, y sentí su brusca aspiración, un leve gemido de dolor y una mirada instantánea de disculpa.

Había hecho un sonido.

Lo dejé pasar. Solo por esta vez.

Vacié el zumo en su boca. Goteó deliciosamente por las comisuras de sus labios, hasta su barbilla. Era asqueroso y erótico al mismo tiempo. Lo limpié y sentí el cálido terciopelo de su labio inferior. Se estremeció con mi contacto. No de deseo, sino de miedo. Bien. Prefiero el miedo.

Apreté su labio entre el pulgar y el índice, como si estuviera exprimiéndole un grano. Aumenté la presión hasta que la carne suave y dócil se inundó de color y se puso carmesí entre mis dedos.

Ella se retorció para no gritar. Estaba aprendiendo las reglas del juego.

Qué bien.

Le hablé de la búsqueda. Me senté a su lado y susurré tiernamente a su oído. Le dije que sus padres ya no creían que estuviera con un amigo. Se sentían preocupados, aterrados. Le dije que no había salido en las noticias nacionales. Después de todo, llevaba solo un día desaparecida, y no era lo suficientemente importante. Le dije que su foto había salido en las noticias locales y en la portada del Dudley Star. La esperanza apareció en sus ojos, pero la ahuyenté. Niña tonta. Nadie la encontraría, nunca. Ya no necesitaba preocuparse. Tenemos mucho tiempo para pasarlo juntos.

Mientras yo seguía musitando a su oído, mis labios rozaron el rubio vello de su lóbulo. Sentí el éxtasis recorrer mi cuerpo.

Pero no fue suficiente. La experiencia solo hizo que me sintiera hambriento, desesperado por más. Quería tocar, apretar, torturar y poseer cada minúsculo trecho de ella.

Y mañana lo haré.

Tengo que hacerlo.

Capítulo veintidós

—Vale, chicos, ¿qué tenemos?

—Una creciente lista de clientes desmemoriados —dijo un Dawson taciturno. La sonrisa posterior llegó un segundo más tarde de lo debido.

—¿Los tienes a todos? —preguntó Kim.

Él se encogió de hombros.

—Debo de estar muy cerca. Ya han estado saliendo los mismos nombres por cuarta o quinta vez.

—¿Algo que festejar con respecto al restaurante de comida china para llevar? —preguntó Kim.

—Ha sido mucho más difícil, jefa.

Kim lo entendía. El *pub* era un lugar donde la gente se reunía y socializaba. Era el negocio local. Había un elemento de memoria por asociación. Mientras los clientes rebuscaban en sus recuerdos, podían señalar quién se había sentado aquí y quién estaba jugando al billar o a los dardos; quién estaba en la tragaperras; quién había bebido mucho y se había puesto belicoso. No serían capaces de proporcionar nombres completos, pero quizás un sobrenombre o un apodo que provocara el recuerdo de alguien más. Al final, la red se cerraría.

Lo del restaurante era diferente. Entras, ordenas, recoges tu orden, te vas. Poca gente habría reparado en Elton John tocando el piano en una esquina.

—Buen trabajo, Kev. Sigue así.

De toda la gente que había estado por ahí esa noche, se necesitaba uno solo que recordara una cara, una forma, lo que fuera.

—Stace, ¿y los teléfonos?

—Sí, ayer debe de haber sido un día lento, puesto que dos de las redes han confirmado que la gente estaba donde dijo que estaba. Los registros telefónicos de Anna y Sylvie deben llegar más tarde, hoy mismo, pero seguimos esperando el permiso de Rebecca y Mitchell.

Kim frunció el ceño. Tenían que haber llegado ayer. Bryant les había pedido a todos que informaran a sus proveedores para no tener que conseguir órdenes judiciales.

Bryant se encogió de hombros, dando a entender que no tenía ni idea de por qué Mitchell y Rebecca no lo habían hecho.

—Vale, nos encargaremos de eso. Stace, mientras esperas la llegada de los registros telefónicos, quiero que indagues un poco en la situación financiera de los Brightman. Esa casa no ha salido de los salarios de esos dos funcionarios.

—Me pongo a ello, jefa.

—De acuerdo, chicos, seguid así —dijo mientras caminaba hacia el Tazón.

Entró y cerró la puerta. Sacó el teléfono y dio la espalda a las miradas curiosas. Le cogieron la llamada al segundo timbre.

—Con Lily…, por favor —dijo Kim.

Los dedos de su mano izquierda ya estaban tamborileando en el escritorio.

—Kim, qué gusto oírte —dijo la cálida voz que no había cambiado en años.

—¿Qué coño está sucediendo? —explotó Kim.

Lo frustrante de la situación se había intensificado con las horas de oscuridad, mientras ella no podía hacer otra cosa que pasear, sentarse, preparar café y pasear otro poco. Y ahora estaba deambulando una vez más.

Se había convencido de que una llamada a Lily, su único contacto en Grantley, enderezaría todo el desorden. Lily le aseguraría que esa carta había sido un error, que no era más que un lapsus administrativo. Y entonces podría volver a respirar.

—Perdona, Kim, por favor, sé más…

—La carta, la carta acerca de la audiencia de libertad condicional. Es un simple error, ¿no es así? —El silencio, al otro lado de la línea, encendió las ansiedades de su estómago. ¿Dónde estaba la risilla tranquilizadora, las cálidas palabras pacificadoras,

la declaración de que había sido un error y que nunca más volvería a suceder? Esperó—. ¿Lily…?

—No es un error, Kim.

La inspectora detective se desplomó en la silla mientras un miniterremoto le movía el suelo bajo los pies.

—Pero ¿cómo? O sea, ¿por qué?

—Tus cartas han tenido un profundo efecto en tu madre, Kim. Estoy encantada de que finalmente hubieras…

—Yo no las hice —gruñó Kim, tratando de entender.

—¿No hiciste qué?

—No escribí ninguna carta, Lily. Yo no las envié. —Ahora, entre las dos se hizo un silencio lleno de confusión.

—Pero yo las leí. Hablabas de perdón, de segundas oportunidades, de volver a empezar.

Con cada pensamiento, las náuseas iban trepando por su estómago. Más valía que en el infierno tuvieran puesta la ropa invernal antes de que las palabras salieran de su boca.

—No fui yo —repitió Kim.

—Todas iban firmadas por «tu hija querida». ¿Estás segura de que no…?

—No —repitió.

—¿Ninguna? —preguntó Lily, llena de dudas.

Por lo visto, Lily estaba enfrentando grandes dificultades para digerir esa información.

—No —le espetó Kim.

—Entonces ¿quién?

—Tengo una muy buena idea —dijo Kim, mirando el sobre que había traído al trabajo.

Se hizo un silencio entre las dos.

—¿Lily? —dijo Kim, preguntándose si la mujer seguiría en la línea.

—Es que… No sé qué decir.

Kim podía sentir las dudas en la voz de la mujer. Negó con la cabeza ante la noción de tener que convencerla de que esas cartas no provenían de ella.

—Lily, hemos hablado montones de veces a lo largo de estos años. ¿Alguna vez he pronunciado algo parecido a las palabras *perdón* o *volver a empezar*?

—Vaya, no, pero pensé que, quizás, habías llegado a un punto de tu vida en que…

—No he llegado —dijo Kim cortante. Vale, se dijo a sí misma, el que su madre tuviera una audiencia de libertad condicional no era un error. El plan A había fracasado. Ahora tocaba el plan B: cómo detener esto—. ¿Cómo pudiste permitir que esto sucediera, Lily? —dijo, acusadora—. ¿Por qué no te consultaron?

El siguiente silencio conducía hacia algo que Kim no quería escuchar.

—Fui consultada, Kim. Y yo, con toda sinceridad, recomendé su liberación.

La detective miró a un lado y al otro en busca de la mano que acababa de abofetearla.

—¿Que tú qué?

—Está lista, Kim. He sido una de sus principales cuidadoras durante más de dos decenios. Merece que sus últimos años…

—Por lo que ha hecho, merece que la hiervan hasta que la carne se le despegue de los huesos; pero, por lo visto, tenemos puntos de vista diferentes acerca de la justicia —dijo Kim. Escuchaba la amargura de su propia voz.

Por alguna razón, percibía la aprobación de Lily como un pinchazo. Aunque nunca se habían visto en persona, Kim sentía que, de alguna manera, Lily era una aliada, que entendía lo que su madre había hecho. Esa Lily estaba de su lado.

—¿Por qué demonios no me informaron? —preguntó.

—En su expediente hay una nota. Dice que solo nos comuniquemos contigo si se muere. Tú pediste, específicamente…

—Sé lo que pedí —dijo Kim, en breve—, pero, de seguro, el que recomendaran su liberación justificaba una llamada telefónica.

Kim no podía decidir cuál de las dos estaba siendo menos razonable.

—Kim, si tan solo vinieras y vieras…

—Tengo que irme —dijo, y colgó.

Ese contacto ya había sido más extenso que la llamada habitual para asegurarse de que la perra malvada de su madre siguiera encarcelada bajo todas las medidas de seguridad. Negó con la cabeza. Su madre fuera de la cárcel no era algo que su mente fuera capaz de negociar.

De pronto, el mundo a su alrededor parecía distinto. Ya no era un lugar que pudiera entender. A su alrededor se había levantado una nación extranjera y el paisaje había cambiado por completo.

Y ella sabía que todo esto era obra de una mujer.

Abrió la mochila y sacó el sobre.

Lo giró entre las manos, detestando la inteligencia de la mujer que lo había escrito. Alex sabía que ahora le sería imposible no tomarla en cuenta.

Levantó el pie y lo apoyó en la papelera mientras rasgaba el sobre para abrirlo.

Al sacar la única hoja de papel, su pie daba golpecitos en la tapa de la papelera, reflejando la inquietud de estar en contacto con la mujer que la había llevado tan cerca del límite.

Inhaló profundamente y comenzó a leer. Sus propios pensamientos iban interrumpiendo las palabras en blanco y negro.

QUERIDA KIMMY:

Esa puta sabía que la única persona que la llamaba así era su madre.

ESPERO QUE ESTA CARTA TE ENCUENTRE BIEN.

(Mentirosa).

TE HE ECHADO DE MENOS Y ME HE SENTIDO DECEPCIONADA DE QUE NO HAYAS VENIDO A VISITARME. SOBRE TODO, DESPUÉS DE NUESTRO ÚLTIMO ENCUENTRO A UN LADO DEL CANAL, DONDE HABLAMOS LARGAMENTE ACERCA DE TU MADRE. YO ESTABA SEGURA DE QUE HABÍAMOS AVANZADO Y LLEVADO NUESTRA RELACIÓN A OTRO NIVEL.

(¿Recuerdas ese momento en que casi te puse de rodillas?).

SÉ CUÁN IMPORTANTE ES PARA TI EL BIENESTAR DE TU MADRE. HE ESTADO PENDIENTE DE ELLA, PUESTO QUE TÚ HAS ESTADO UN POQUILLO OCUPADA.

(Fuiste una estúpida al quitarle la vista a ese balón).

ESTOY SEGURA DE QUE, A ESTAS ALTURAS, HABRÁS ESCUCHADO QUE SE SIENTE LO SUFICIENTEMENTE BIEN COMO

PARA ACUDIR A SU PRÓXIMA AUDIENCIA DE LIBERTAD CONDICIONAL. ESTOY SEGURA DE QUE LA IDEA DE QUE TU MADRE SEA UNA MUJER LIBRE TE HA EMOCIONADO MUCHO.

(Ojalá que estas noticias te hayan jodido la cabeza).

ESCRIBIRME CON TU QUERIDA MADRE HA SIDO UNA EXPERIENCIA MUY GRATIFICANTE, HA AYUDADO A LLENAR MIS DÍAS, AUNQUE SABES BIEN QUE SIEMPRE SOY CAPAZ DE ENCONTRAR EL MODO DE DIVERTIRME.

(Y todo gracias a mí).

ENTRE ESTAS PAREDES HAY MUCHAS POBRES ALMAS QUE PUEDEN BENEFICIARSE DE MI EXPERIENCIA.

(De seguro recuerdas exactamente lo que puedo hacer).

PERO LOS CONOCIDOS Y LAS CARTAS TAN SOLO PUEDEN SERVIR PARA LLENAR UNA PARTE DEL DÍA. LAS VISITAS PERSONALES DE MIS BUENAS AMIGAS SIGNIFICARÍAN MUCHO MÁS.

(Ven a verme o la gente sufrirá).

SI TE SOBRA ALGO DE TIEMPO, ME ENCANTARÍA TENER LA OPORTUNIDAD DE COMPARTIR CONTIGO ALGUNOS DE LOS PENSAMIENTOS DE TU MADRE, PROBABLEMENTE MÁS TEMPRANO QUE TARDE.

(Que sea ahora mismo).

COMO SIEMPRE, CON CARIÑO, ALEX.

De una palmada, Kim puso la hoja en el escritorio y trató de contar el número de mensajes velados que había en esa breve carta, pero el que gritaba con más fuerza era el que la remitente quería que escuchara:

«Tengo los conocimientos que necesitas para mantenerla encerrada».

Kim se sintió acorralada.

Su último encuentro con Alex había sido provocado tras el asesinato de un conocido violador. Kim había sido la única en sentir

que esta mujer estaba implicada en el crimen y, al final, se comprobó que tenía razón. Algunos meses de manipulaciones y un ejercicio de visualización habían impulsado a la víctima a matar a su violador de cuatro puñaladas.

Alex usaba a los ocupantes de un centro de rehabilitación para perfeccionar sus técnicas de manipulación. Un joven casi había matado a golpes a un compañero después de pasar unas horas con Alex, mientras que otro había intentado matar a su exesposa y a su nuevo marido. Pero el acto final, el más despreciable, había incluido a una madre que sufría de psicosis postparto y a su pequeño hijo.

Kim se estremeció. Podía recordarse a sí misma insuflando aire al pequeño cuerpo inerte del niño.

Y todo en nombre de la experimentación.

Sí, sí, Kim sabía muy bien de lo que Alexandra Thorne era capaz, y había jurado no volver a acercarse a ella.

Soltó un taco cuando su pie hizo volar la papelera de un lado al otro de la habitación.

Capítulo veintitrés

Alex se sentó en la silla de metal justo a la derecha del despacho del alcaide. Podía entender lo que había escuchado por ahí: que estar en ese lugar no era muy distinto a esperar un rapapolvo del director del colegio. Pero Alex no se sentía así. Había provocado la reunión y la controlaría.

Su *dossier* contenía una sección voluminosa sobre el señor Roger Edwards. La carrera del hombre estaba lejos de ser estelar. Su historia laboral se leía como una danza: un paso adelante, dos atrás y muchos de costado.

Aunque no conocía al alcaide, su información le decía que era ineficiente y que, tras varios intentos de promoción fallidos, se había asentado como el polvo en la prisión de Drake Hall, donde pasaría los próximos dos años remando hasta jubilarse.

La puerta se abrió.

—Entra, por favor, Alexandra.

Alex se erizó al pasar junto a él. Aunque era poco más de las nueve de la mañana, detectó en él un leve olor corporal.

Se sentó a un lado del escritorio. Había dos fotografías enmarcadas: una de una mujer rubia insulsa con una hija muy poco agraciada; la otra, del doble de tamaño, de él mismo con un pastor alemán. Alex supuso que eso lo decía todo.

Él se escurrió alrededor del escritorio y se sentó. El material de su chaqueta azul marino se tensaba alrededor de sus hombros. La psiquiatra se preguntó si este hombre, hacia el final de su carrera, también estaba tratando de estirar su vestuario.

—Siento no haber podido atenderte ayer, Alexandra, pero estuve todo el día en una reunión con el jefe de Inspección.

Alex gruñó por dentro. No había ninguna necesidad de dar

explicaciones, pero el ego del hombre lo exigía. Ella estaba molesta y muy poco impresionada.

—Señor Edwards, no creo que nos conozcamos de nada, así que le agradecería que dejara de tutearme.

Le sostuvo la mirada. Él cambió de color, pero no dijo nada.

Bien, se alegró de que al tipo eso le hubiera quedado claro.

No se rebajaría a ser tratada como si tuviera algún parecido con el resto, las lamentables idiotas que había dentro de esas paredes. Este tipo podría ser el gran sabueso de esta perrera, pero ella a los grandes sabuesos se los comía en el desayuno.

Él abrió las manos y sonrió con sinceridad.

—Así que ¿quiere decirme qué sucedió, exactamente?

—Sí. Fui salvajemente atacada por una de sus reclusas y me altera profundamente que me hayan puesto en una situación tan peligrosa. —Se tocó el ojo hinchado para aumentar el efecto.

—Sí, qué asunto tan extraño. —Echó un vistazo al expediente que tenía sobre el escritorio, en busca de un nombre—. Cassie Yates ha sido una prisionera modelo. ¿Puede entender que no había manera de prever un ataque tan brutal?

Alex entrecerró los ojos.

—No estoy segura de que mi abogado vaya a estar de acuerdo con usted en este punto, señor Edwards. Si usted no ha sido capaz de sospechar de que una de las personas a su cargo podía actuar de una manera tan agresiva, entonces usted no había profundizado lo suficiente en su psique; porque, claramente, ocurrió.

Él no podía cuestionar el estado del rostro de la psiquiatra. Ese rostro lo miraba fijamente.

—Bueno, sí, ya lo veo, pero ¿está segura de que usted no hizo nada que…?

—¿De verdad, señor Edwards? —explotó Alex—. ¿De verdad va a tratar de culparme por este ataque?

La cara del hombre se puso un poco más roja. Él levantó las manos.

—No, no…

—En realidad, suena como si estuviera tratando de culparme, señor Edwards, y eso quedará muy claro en las cartas que pienso escribir al jefe de Inspección con respecto a la seguridad de estas instalaciones.

Cuando Alex empezaba a preguntarse quién había sido llamado a ver a quién, vio el pánico aparecer en los ojos del alcaide. Sí, era hora de que este hombre se diera cuenta de que no estaba tratando con una de las muchas indeseables que se alineaban de pared a pared en ese lugar. Bajo su supervisión, esa cárcel había caído del séptimo al segundo lugar en incidentes agresivos entre las prisioneras. Ella sabía muy bien que la carrera del hombre no soportaría un nuevo escándalo; esa era una parte integral de su plan.

—Tranquilícese, señorita Thorne, creo que este incidente merecería una discusión más extensa.

—No tenemos nada más que discutir. Usted ha fallado en su obligación de protegerme de una criminal peligrosa y lo que intento es asegurarme de no volver a quedar en una posición vulnerable.

La revelación empezó a manifestarse en el rostro del alcaide. Este cogió un lápiz y empezó a agitarlo entre sus dedos.

—Ajá, entiendo, señorita Thorne. ¿Lo que usted quiere es que la pongamos en una celda individual para que nada de esto vuelva a ocurrir?

La sonrisa de suficiencia divirtió a Alex. «¿De verdad este tipo pensaba que ella era tan fácil de entender?». Negó con la cabeza.

—No, señor Edwards, eso no es lo que quiero, en absoluto. —Sonrió por primera vez—. Tanto Tanya Neale como yo tenemos camas libres. Lo que quiero es que Tanya se mude conmigo.

Se sintió recompensada cuando el hombre dejó caer el lápiz sobre el escritorio y se quedó boquiabierto. El alcaide esperó largos treinta segundos antes de volver a hablar.

—¿Quién se cree para venir aquí a exigir algo? Permítame recordarle que, en estas instalaciones, usted es una prisionera y…

—Y no he recibido protección —dijo Alex, adelantándose en la silla—. Esto es algo que tanto los periódicos como el jefe de Inspección escucharán en caso de que usted no haga lo que yo quiero. —Se tomó un momento para sonreír—. Y, mientras escribo las cartas, es posible que, inadvertidamente, me refiera a cierto incidente, aquel en que se silenció una queja formal después de que usted le hubiera tocado las tetas a una joven prisionera.

Alex se recostó en la silla y cruzó las piernas mientras saboreaba el colorido del rostro del alcaide. Este sacó la lengua en un leve

movimiento, como un dardo, a pesar de sus esfuerzos por mantener el contacto visual.

—¿Cómo se atreve a amenazarme…?

—No lo estoy amenazando, señor Edwards. Mis abogados tienen en su poder una declaración escrita de la prisionera en cuestión, así como instrucciones mías de usarla.

Ah, gracias, Cassie, pensó Alex. Ella era, sin duda, un regalo que seguía dando bienes.

Como quien se ahoga, el hombre vio pasar frente a sus ojos su estilo de vida, su pensión y un montón de explicaciones.

Se enderezó antes de hablar.

—Déjeme ver si lo he entendido. Usted ha sido objeto de un ataque brutal por parte de una de nuestras prisioneras más apacibles ¿y ahora solicita compartir la celda con la mujer más peligrosa de toda la cárcel?

—Sí, señor Edwards, eso es, exactamente, lo que yo quiero, y le agradeceré mucho que haga los arreglos a la mayor brevedad.

Capítulo veinticuatro

—¿Estás bien, jefa? —preguntó Bryant.

—¿Por qué no habría de estarlo? —preguntó ella.

—Ah, responder una pregunta con otra es el número uno de tus recursos para desviar las cosas, lo que me dice que tengo razón. Por lo general, dirías «ocúpate de tus propios asuntos, Bryant».

—Ocúpate de tus propios asuntos, Bryant.

—Sí, dos frases más tarde, además de que yo te di la línea. Por otra parte, tu pie izquierdo no ha dejado de dar golpecitos.

Ella lo asentó de inmediato en el espacio para los pies.

—¿El príncipe está bien? —dijo, refiriéndose a Barney y la forma en que ella lo trataba.

—Por supuesto, ¿por qué?

—Porque la última vez que te vi así de distraída fue cuando tuviste que llevarlo a los veterinarios para que le hicieran un empaste.

—Fue una extracción —aclaró ella.

—Sí, pero…

—Háblame del caso, Bryant —dijo. Los pensamientos sobre su madre y Alex retumbaban dentro de su cabeza.

Él se la quedó mirando antes de seguir el consejo.

—¿Qué piensas del dinero?

Kim se encogió de hombros.

—Una herencia de alguna de las familias, posiblemente, o alguna ganancia inesperada, pero, sin duda, de alguna parte les llegó una inyección de efectivo.

—No tienen hijos, empero. Así que el ingreso disponible es bastante alto.

—Han vivido en esa casa durante quince años. Es posible que el

trabajo de Deanna hubiera tenido una paga mayor que los cuarenta y dos mil de Mitchell, pero ella fue promovida hace apenas cuatro años, así que, cuando compraron la casa…

—Zoopla dice que pagaron casi un millón por ella —dijo Bryant.

—¿Quién coño es Zoopla? —preguntó, aunque después cambió de parecer. No quería enterarse—. No hay manera de que sus salarios sumados bastaran para conseguir una hipoteca por un precio cercano a ese.

—Aunque ella tenía un puesto de alta responsabilidad —propuso Bryant.

—Aun así, era una funcionara, y ambos sabemos lo que eso significa —contestó Kim. Por lo que ella sabía, no serían más de setenta mil al año. Una cantidad insuficiente para una casa como esa.

—¿Qué sabemos de los registros telefónicos? —preguntó Bryant —. ¿Hay alguna explicación de que el esposo hubiera retrasado el permiso?

—Por lo que a él respecta, omisión por distracción, diría yo. No hay ninguna duda de que la quería mucho. Está deshecho.

—¿Ya lo estamos descartando? —preguntó Bryant, sorprendido.

—No estamos descartando a nadie. La aflicción puede ser fingida.

—¿Qué me dices de…?

—Vale, Bryant, basta —dijo Kim, interrumpiendo la siguiente pregunta—. Te pedí que me hablaras del caso, no que condujeras una segunda sesión informativa.

—Madre santa, este viaje en coche me recuerda a esos días, hace pocos años, en que llevaba al cole a una adolescente gruñona. Dime algo, papá. No me hables, papá.

Una risa escapó de los labios de Kim mientras se detenían frente a la casa de los Brightman.

No se sorprendió de ver el Mazda deportivo de Sylvie aparcado exactamente en el mismo lugar que ayer.

El Corsa de Anna también estaba ahí, lo que dio a Kim una idea.

—Ve a hablar con Mitchell y Rebecca. Yo hablaré con Anna —le indicó Kim.

Bryant la miró extrañado. No necesitaban el permiso de Anna. Ya lo tenían, y su coartada había sido comprobada. El teléfono de

Anna se había conectado con una torre a exactamente tres mil doscientos metros del Wolverhampton Grand, así que él no entendía por qué su jefa quería interrogarla otra vez.

Especialmente cuando los otros tres eran quienes, posiblemente, tenían algo que ocultar.

Capítulo veinticinco

Bryant entró en la misma habitación donde había tenido lugar la charla el día anterior. Aparte del cambio de ropa, el tiempo podría haberse detenido.

Hoy, las cortinas estaban abiertas, revelando una pared de vidrio que se extendía por todo el salón. La vista comprendía el centro de Halesowen y, al otro lado, las impresionantes colinas de Clent. De haber podido contemplar esa vista todas las tardes, Bryant, encantado, habría quitado de la pared la televisión de grandes dimensiones.

Mitchell Brightman iba vestido de vaqueros claros y una camiseta de *rugby* de cuello abierto. De su parte superior sobresalían unos cabellos cortos, hirsutos y negros, en tanto que su barbilla estaba cubierta de vello incipiente. Bryant supuso que una afeitada era un paso demasiado grande. Probablemente, lo más que el hombre podía hacer, hasta ese punto, era tomar una ducha rápida y vestirse. El propio Bryant no estaba seguro de si podría hacer siquiera eso, si acabara de perder a su esposa. Tampoco era que se lo fuera a decir nunca.

Bryant reconocía que, para ser un hombre de poco más de cincuenta años, Mitchell Brightman era muy atractivo. Podía imaginar a mujeres de todas las edades sintiéndose atraídas por un hombre así, aunque ningún indicio sugería que él hubiera fomentado ese tipo de atenciones.

—Es útil que estén de vuelta aquí tan temprano —dijo Bryant con gentileza a Sylvie y Rebecca—. Me facilita el trabajo.

Rebecca se sentó en la misma silla, con las piernas colgando por el apoyabrazos y balanceándolas hacia delante y hacia atrás. De su parte, no hubo el menor acuse de recibo. Sus ojos no se apartaron

del móvil.

—No, no, nos hemos quedado a dormir —respondió Sylvie—. Hay habitaciones de sobra, y yo solo me he puesto algo de Deanna. Éramos de la misma talla, más o menos.

Mitchell se volvió a mirar a Sylvie como si ni siquiera se hubiera dado cuenta. Y el fugaz enfado le dijo a Bryant que, ciertamente, no le habían pedido permiso.

Una nueva tristeza recorrió los ojos de Mitchell mientras el hombre veía los pantalones pescador azul claro y la blusa floreada que llevaba Sylvie.

Bryant no pudo evitar sentir un leve disgusto en la boca. Sí, eran hermanas y, al parecer, muy unidas, pero aun así…

—Solo necesitaba comprobar con ustedes los permisos que hay que dar a las compañías telefónicas para que podamos…

—Ay, Dios, lo siento —dijo Mitchell, meneando la cabeza—. Se me borró de la mente en cuanto usted se marchó.

—Está bien, señor Brightman —dijo, y levantó una mano para poner un alto a las explicaciones, que, a su parecer, eran genuinas. Era algo perfectamente comprensible.

—Yo ya di mi permiso —dijo Sylvie, que hacía girar el brazalete con piedras incrustadas que llevaba en la muñeca izquierda.

Bryant asintió. Se descubrió a sí mismo preguntándose si la mujer también estaba usando las alhajas de su hermana muerta.

—¿Rebecca? —dijo Bryant. La mirada de Sylvie siguió la suya.

—¿Qué? —preguntó la chica, sin apartar los ojos del móvil.

—Rebecca —dijo Sylvie enérgica, y Bryant se lo agradeció.

Las rabietas de adolescente de su propia hija duraban un día entero. Bryant evocó, en particular, un feo despliegue de insolencias, cuando Laura tenía catorce años. Al volver de la escuela, se encontró con que su madre estaba fuera y le había dejado una nota encima de la mesa de la cocina. Él la recordaba palabra por palabra.

> QUERIDA LAURA:
> COMO HE VISTO QUE CONSIDERAS OPORTUNO HABLARME COMO SI FUERA TU SIRVIENTA Y EMPLEADA, HE DECIDIDO QUE YA NO QUIERO ESTE TRABAJO Y HE RENUNCIADO.
> TU EQUIPO DE GIMNASIA, ARRUGADO, ESTÁ EN EL MISMO RINCÓN DE TU DORMITORIO DONDE LO DEJASTE, TU CAMA ESTÁ SIN HACER Y TU CENA SERÁ LO QUE TE PLAZCA SACAR

DEL CONGELADOR Y COCINAR.

Solo habían pasado dos horas cuando Laura llamó para disculparse.

Ni él ni su esposa podían soportar los malos modales, pensaba mientras todos los ojos se dirigían a Rebecca.

—No veo por qué tengo que…

—Podemos conseguir una orden judicial, Rebecca, pero sería mejor que dieras tu permiso —dijo, exhibiendo más paciencia que la que sentía.

—Vale, entonces —dijo despreocupadamente, aunque sus pies dejaron de balancearse.

Bryant se mordió las palabras que trataban de explotar por su boca. No era su hija, no era alguien a quien pudiera hacer escarmentar. Se puso de pie.

—Eso es todo, por ahora. Gracias a los dos.

Mitchell se levantó.

—Permítame acompañarlo —dijo.

—Está bien, conozco la salida.

—No es ningún problema, detective —insistió Mitchell.

Bryant se encogió de hombros y se dirigió al pasillo, desde donde se podía ver la puerta principal.

Aun así, Mitchell Brightman venía dos pasos por detrás. Bryant abrió la puerta y salió.

—Vale, muchas gracias por su ayuda, señor Brightman.

Mitchell Brightman hundió las manos profundamente en los bolsillos y se balanceó hacia delante, apoyado en las puntas de los pies.

Bryant se preguntaba por las razones de esta escolta hasta la entrada de la casa.

Mitchell Brightman abrió la boca y le hizo una pregunta muy extraña.

Capítulo veintiséis

—¿Cómo ha estado él? —preguntó Kim a Anna en cuanto estuvieron en la cocina.

—Como era de esperar —dijo ella, cansada—. Pasa mucho tiempo mirando por las ventanas, caminando de una habitación a la otra con la esperanza de que la pena no vaya detrás de él; ocultando el hecho de que ha estado llorando —dijo mientras sumergía tazas en el agua jabonosa—. ¿Por qué los hombres hacen eso? —preguntó.

Kim se encogió de hombros y se acercó un paso.

—Necesito preguntarle algo.

—Claro que sí —dijo Anna. Colocó una taza enjabonada en el escurridor.

—¿Deanna estaba viendo a alguien?

La pregunta había estado avanzando a codazos por su mente desde que se enteró de la ausencia de Deanna en el restaurante italiano. El ama de llaves seguía con las manos sumergidas en el fregadero.

—¿Por qué me pregunta eso?

«Porque no era la persona que se suponía que era», pensó Kim. Y mentirle a tu marido acerca de tus actividades, por lo general, significaba una sola cosa.

—Tengo mis motivos —dijo Kim. Anna seguía lavando, y no dijo nada—. No me ha dicho que no.

—Inspectora, estoy aquí como ama de llaves a tiempo parcial, no como cámara de vigilancia. No observo todos sus movimientos. Deanna era una mujer muy amable y caritativa que se preocupaba mucho por su marido.

Kim notó que las lágrimas anegaban los ojos de la mujer.

—Pero usted sigue sin decir que no.

Silencio.

Kim continuó:

—No es una deslealtad a su memoria que usted nos diga cualquier cosa, con tal de ayudarnos a atrapar a la persona que la mató, especialmente si se trataba de un conocido de Deanna —explicó Kim.

Anna giró la cabeza de un lado al otro.

—No estará diciendo…

—Lo que estoy diciendo es que debemos descartar el involucramiento de cualquiera que la hubiera conocido, pero necesitamos saber dónde buscar.

Anna se secó las manos con un paño de cocina.

—No sé nada —dijo, y extendió la mano para abrir la puerta de un armario. La puerta era pesada y pareció ceder en sus bisagras.

—Qué basura de trabajo —gruñó Anna—. El tío que instaló la cocina pasó semanas aquí y el trabajo aún no está terminado. Sí, es un tipo muy atractivo, pero no es de fiar —dijo, y miró directamente a Kim.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Kim, siguiéndole el juego—. Solo por saber que no debo contratarlo, por supuesto.

—Jason *Cross*. Estoy segura de que podrá encontrarlo en las páginas amarillas.

—Muchas gracias, Anna. Muchas gracias por su ayuda.

Capítulo veintisiete

Kim encontró a Bryant apoyado en el coche.

—¿Lo conseguiste? —preguntó ella, refiriéndose al permiso.

—Y más —contestó él.

Kim levantó la mano y sacó el teléfono. Stacey contestó al segundo timbre.

—Stace, en cuanto puedas, consígueme detalles de un instalador de cocinas llamado Jason *Cross*.

Stacey confirmó que lo haría y Kim colgó el teléfono.

Bryant frunció el ceño.

—Quizás él pueda decirnos donde estaba ella la noche que murió —dijo Kim, significativamente.

—¿Se estaba viendo con el tío de la cocina?

Kim se encogió de hombros.

—Eso es lo que averiguaremos. —Con el rostro, señaló hacia la casa—. Definitivamente, el pelo que apareció en el cárdigan no era de ninguno de ellos.

—Qué interesante —dijo él—. Tal como la pregunta que me hizo Mitchell Brightman cuando estábamos lejos de las mujeres.

—¿Qué pregunta?

—Que si tendría que dar una explicación de todo lo que encontráramos en su móvil.

La mano de Kim se quedó quieta en el tirador de la puerta mientras ella se volvía a mirar a la casa.

—Bryant, ¿qué demonios hemos abierto aquí?

—Tu suposición es tan buena…

Las palabras de Bryant se perdieron con el sonido del teléfono de Kim.

Ella frunció el ceño al ver que era Keats quien llamaba. No

tenían nada pendiente.

—Stone —contestó.

—Inspectora, espero que no estés demasiado ocupada…

—Ay, no, aquí estamos Bryant y yo, relajándonos. Normal. Ya sabes cómo es esto.

—Tal como lo pensé. Bueno, quizás te gustaría pasar por donde estoy, si tienes un minuto.

—¿Me estás invitando a tu casa, Keats? —preguntó ella. Era muy raro que el forense se ofreciera a verla solo por gusto.

—Te estoy invitando a una escena del crimen, inspectora, porque creo que esto es algo que deberías ver.

Capítulo veintiocho

Alex se sentó en la cama y esperó pacientemente. La cama de enfrente estaba deshecha. Ya se habían llevado todas las pertenencias de Cassie. No habían pasado ni veinticuatro horas de que la mujer se había ido y Alex apenas podía recordar su aspecto. No tenía ni idea de dónde estaba Cassie ni de lo que le ocurriría, y lo mejor de todo es que eso se la traía al pairo.

Lo único que le importaba era el hecho de que su plan ya estaba en marcha.

Los problemas podían ocurrir, definitivamente, en el intento de orquestar lo que intentaba hacer, pero la clave radicaba en hacer porciones no mayores que un bocado.

Mordisquear pequeños trozos del problema.

Y tener paciencia.

Había querido hacer muchas cosas desde el momento en que la encarcelaron, pero qué tontería: habrían sido actos basados en la cólera, en busca de alguna pequeña satisfacción, pero sin ninguna ganancia definitiva. Así que se había sentado a pensar y a planificar. Y todo iba funcionando de maravilla.

Se oyó un sonido por el pasillo y Tanya apareció en la entrada: una bolsa de basura a las espaldas y una mirada asesina en el rostro.

Cielos, al parecer, su petición había provocado el enfado de la reclusa más temida y ruda de la prisión.

Qué pena.

—Tía, eres una puta muerta —gruñó.

Alex permaneció sentada contra la pared, pero se permitió que una sonrisa se dibujara en su rostro.

—Hola, Tanya, bienvenida a tu nueva casa.

—Vete a la mierda —dijo Tanya. Dejó caer su bolsa y avanzó hacia ella—. ¿A qué coño crees que estás jugando, zorra?

Alex se sintió ansiosa por un segundo. Esta mujer era capaz de asesinarla a mano limpia. Se obligó a conservar la calma.

—Apártate y te lo diré —dijo fríamente.

—¿Que me aparte, has dicho? —gritó Tanya. Su furia había subido todo un nivel—. Tienes suerte de que no te apuñale en este momento, maldita escoria, puta de mierda. Me apartaré cuando me dé la gana, y eso…

—Tanya, tranquilízate —la instó Alex, que no disfrutaba en absoluto tenerla encima. El olor a Weetabix con leche la empezaba a envolver.

Tanya gruñó.

—No me digas que me tranquilice, zorra. Nadie me dice lo que tengo que hacer.

De verdad, Alex quería que la mujer se apartara y la dejara hablar.

—Tanya, a ambas nos conviene que dejes de llamar la atención hacia nosotras.

Lo último que Alex quería era que los custodios percibieran algún problema entre ellas. En un instante obligarían a Tanya a mudarse otra vez.

La palabra «conviene» pareció captar su atención. Enderezó el tronco y volvió a erguirse.

—Habla rápido o te jodes en este momento —dijo.

Alex se dio cuenta de que ya tenía el control y soltó una carcajada.

—Vaya, Tanya, ten la gentileza de amenazarme con algo real. —Era de día y el lugar estaba pletórico de guardias. Ese no era el estilo de Tanya—. Esta noche tendrás tu primera oportunidad, en cuanto cierren las puertas, así que aguanta la respiración hasta entonces.

La reclusa la fulminó con la mirada.

—¿Me estás diciendo cuándo debo apuñalarte, zorra? —preguntó incrédula.

—Si nos vamos a poner apodos de animales tan pronto, prefiero «perra», y lo único que estoy haciendo es puntualizar el mejor momento para que me apuñales, en caso de que todavía quieras

hacerlo, pero no creo que lo hagas.

—¿A qué mierdas juegas, perra? —dijo.

«Algo que ni te puedes imaginar», pensó Alex, y se encogió de hombros.

—¿Qué te dijeron?

—Reubicación —escupió ella.

—Al parecer, estás atrapada aquí —dijo, y lanzó una mirada a la cama vacía—. Será mejor que te vayas poniendo cómoda.

Mientras Tanya retrocedía, iba arrastrando por el suelo los vaqueros ligeros. Su camiseta negra lisa se extendía por todo su amplio pecho.

Alex no se inmutó cuando la mujer se inclinó otra vez sobre ella, aunque ya no tan cerca. Esta, al mirar de cerca el rostro de Alex, arrugó la nariz en señal de disgusto.

—¿Esa mierdita te hizo esto? —preguntó mordaz.

—No, me lo hice yo sola —dijo Alex, que la miraba de frente.

—Estás de cachondeo, perra —dijo Tanya, con aparentes dudas.

—De hecho, no —respondió Alex con toda seriedad.

Tanya exploró la cara de la psiquiatra en busca de algún indicio de chacota.

Alex se la quedó mirando sin soltarla.

—De verdad que eres una puta perra —dijo Tanya, y dejó caer su bolsa de basura sobre la cama. «Será mejor que te lo creas», pensó Alex—. Y no me gustas ni un poquito, hijaputa.

Alex no dijo nada. Solo se quedó observando a su nueva compañera de celda golpear la mesa con sus posesiones.

—Y ni creas que nos vamos a quedar hasta tarde charlando e intercambiando historias. —Alex no necesitaba intercambiar historias. Era muy poco lo que no sabía de Tanya—. Y, a esta hora, mañana, estarás muerta —continuó sin volverse.

Alex sonrió a espaldas de quien acababa de amenazarla de muerte.

Por algún motivo, no le creía.

Capítulo veintinueve

Kim dobló a la derecha en la carretera que llevaba a la reserva natural de Saltwells. El lugar, conocido como la mayor reserva natural urbana del país, cubría un área de cien hectáreas.

En el centro de la reserva, el bosque Saltwells ocupaba cuarenta de esas hectáreas. La zona era una elección popular para las excursiones colegiales. Kim todavía recordaba que el área al oeste de Black Brook se llamaba Plantación *Lady* Dudley. Se creía que la habían llamado así en honor a *Lady* Dudley.

Se dirigían al bosque Birch, que se extendía hacia el este.

Kim aparcó el coche a treinta metros de la posada Saltwells, ocupada con clientes descontentos que, a la hora del almuerzo, estaban siendo expulsados del lugar por cuatro o cinco uniformados. La gente se dirigía a sus coches.

—Bryant —dijo Kim.

—Me hago cargo —dijo él, y se bajó del coche.

Ella puso la marcha atrás y estacionó el coche justo en medio del camino de salida. Nadie podría salir del lugar hasta que tuvieran las declaraciones de los testigos.

Cerró el coche y pegó un grito a su colega. Le arrojó las llaves, al trote, y él las atrapó con una mano. Bryant podría mover el coche en cuanto todos los testigos potenciales hubieran sido tomados en cuenta y documentados.

Se acercó al perímetro mientras un segundo uniformado llegaba a ayudar a una agente de policía en la entrada del cordón.

—Una drogata entre los arbustos —oyó que explicaba la mujer policía.

Kim movió la cabeza de un lado al otro y siguió de largo sin decir nada.

Mientras se internaba en el bosque, podía oír voces a la distancia. Atravesaba lo que se conocía como uno de los bosques de jacintos más bellos del país. En ese momento había muy pocos indicios de su floración primaveral.

Captó entre los árboles el movimiento de algo que, si no era un técnico en criminalística, tendría que haber sido un yeti. Se inclinó por la primera hipótesis y fue hacia ahí.

—Maldita sea —dijo Kim al llegar al cordón interior. No había escasez de árboles como para no poder pasar la cinta amarilla. Pasó por debajo de esta y entró en un dosel de ramas que contrariaba al sol otoñal que acababa de calentarla.

Recoger pruebas en una escena como esta era la peor de las pesadillas para los técnicos forenses: un ambiente abierto, expuesto a los insectos y otros animales. Incluso la más suave de las brisas era capaz de destruir algo que los llevaría, quizás, a resolver un crimen.

Era de todos conocido que no es posible encontrar todas las pruebas en una escena del crimen, pero habría sido bueno que los chicos tuvieran la oportunidad de dar pelea. Podrían estar aquí días enteros y no encontrar nada.

Se tomó un momento para mirar alrededor. Había senderos con marcas oficiales, así como holladeros y atajos por todas partes, ya que la gente se abría camino entre las zarzas y los arbustos. Identificar los puntos de entrada y salida sería casi imposible.

—Hola, otra vez, inspectora detective —dijo Jonathan Bullock a su lado.

—Con inspectora basta —dijo ella.

—Gracias —respondió él, como si ella le hubiera dado permiso para tutearla. Señaló con el rostro el lugar donde estaba el cadáver —. ¿Sabe qué creo? —preguntó. Ella enarcó una ceja—. Absolutamente nada —añadió con una sonrisa tímida.

Ella le devolvió la sonrisa. Le gustaban las personas que aprendían rápido.

—Ah, inspectora, qué gusto volver a verte —dijo Keats.

—¿Qué me tienes? —preguntó Kim mientras se adentraba un poco más en el círculo interior.

—Una actitud mejor que la tuya —replicó Keats.

—Esa no es una gran hazaña —dijo ella. Se acercó al cadáver.

Bajó la mirada hasta encontrarse la que tuvo que haber sido una cara bonita, ahora entre mechones de apretados rizos rubios. Kim supuso que tendría veinte años, más o menos, pero el rostro estaba devastado por cicatrices de herpes. La chica tenía las mejillas demacradas y los ojos más hundidos de lo debido. Había en ese rostro un aire de tristeza que Kim no alcanzaba a desentrañar.

—¿Drogadicta? —preguntó en voz baja, mientras se espantaba una mosca de la oreja.

Keats asintió.

—Tiene pinchazos recientes entre los dedos del pie.

Por lo común, era una señal de que la consumidora era de larga duración. Los adictos a la heroína se inyectaban en diferentes lugares por diversas razones. A veces, debido a que las venas se les estrechaban en otros puntos, y a veces, para ocultar el hecho de que se seguían inyectando. Fuera cual fuera el motivo, era una forma dolorosa de meterse drogas en el cuerpo.

—¿Eres consciente de lo que haces, inspectora? —preguntó Keats con una expresión de desconcierto.

Ella entrecerró los ojos.

—¿De qué hablas?

Apenas esas palabras habían salido de su boca, se dio cuenta de que acababa de abrirse a un bombardeo de tópicos.

—Tocar a la víctima —dijo él. Se quedó mirando la mano de Kim que, enfundada en un guante azul, descansaba en el hombro de la mujer. La voz del forense era más baja que de costumbre—. Lo has hecho en todas y cada una de mis escenas criminales. Solo quería mencionarlo.

Kim no se había dado cuenta. Sentía verdadera compasión por esta pobre chica, aunque sospechaba que la joven no era asunto suyo.

—¿Por qué querías mostrármela? —preguntó—. Esta chica no se parece en nada a mi víctima. No hay ninguna similitud…

Dejó de hablar mientras él levantaba lentamente la camiseta negra.

El cuerpo demacrado, asolado por los efectos de la heroína, tenía una sola puñalada que parecía haber sido copiada del cuerpo de Deanna Brightman.

Dos víctimas de apuñalamiento en la misma cantidad de días y

con la misma herida, exactamente.

Se quedó mirando a Keats.

—No hay marcas de vacilación y las medidas son exactamente iguales.

Kim suspiró hondo. Habían pasado dos días de esa semana y estaban a solo un cadáver de perseguir a un asesino en serie.

Capítulo treinta

Mientras salía del bosque, Kim se sentía envuelta en tristeza por la niña muerta. Como percibiendo su estado de ánimo, el sol otoñal desapareció detrás de una densa nube gris.

Al igual que en la escena criminal de Deanna Brightman, no se había hecho ningún esfuerzo aparente por obstruir la investigación. La víctima ya había sido identificada y alguien necesitaba saberlo.

Se detuvo en la línea de acordonamiento. Los agentes, el hombre y la mujer, le sonrieron cuestionadores, preguntándose qué la había hecho detenerse.

No les devolvió la sonrisa. Fijó la mirada en la mujer policía.

—La «drogata en el bosque» se llama Maxine Wakeman y tiene veintidós años. Su cabello es rubio, y sus ojos, marrones. Tiene una marca de nacimiento en el hombro. Recibió en el abdomen una puñalada que la hizo desangrarse hasta morir. Lleva en la muñeca un brazalete hecho a mano y las uñas de sus pies están pintadas de color rosa bebé. —Kim siguió mirando fijamente los ojos de la mujer, saboreando la vergüenza que vio en ellos—. Pensé que usted debería saberlo.

No le dio ninguna oportunidad de responder. Dio media vuelta y se marchó. Llegó junto a su compañero justo cuando este estaba apartando el coche del camino.

Bryant asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Sabías que Saltwells se llama así por los baños termales de aguas salobres que había a un lado de la posada Saltwells? Aparentemente, el agua salina brotaba de las minas y la gente venía a bañarse pensando que tenía propiedades curativas.

—No lo sabía, pero puedo vislumbrar lo importante que ese dato es para nuestro caso —dijo ella con sorna.

—Nadie vio nada —señaló Bryant al salir del coche—. Pero tenemos los detalles de todos. —Fue hacia el banco—. La señora del caniche fue quien la encontró. Todavía sigue bastante conmocionada.

Kim podía imaginárselo.

—La agente Perks se va a quedar con ella hasta que llegue Dawson.

A veces era bueno que Bryant la conociera así de bien. Tenían otras pistas que seguir, pero esta testigo necesitaba ser interrogada con profundidad y gentileza. Ella misma habría llamado a Dawson.

—Así que ¿es nuestro tío o no? —preguntó Bryant.

—Es difícil saberlo con certeza, pero la herida es idéntica a la de Deanna. Lo que no coincide son las víctimas.

—¿Un imitador? —preguntó Bryant, y se apoyó en la puerta del coche.

—Los detalles no han sido revelados a la prensa —dijo Kim—. Eso hace que lo del imitador sea poco probable. Además, lo del asesinato de Deanna no llegó a los periódicos hasta anoche, en tanto que la hora aproximada de defunción de nuestra nueva víctima ha sido las diez y media de anoche. No es mucho tiempo como para planificar un asesinato copiado.

—Pero ¿nuestras víctimas no tienen nada en común? —dijo Bryant.

—Excepto la herida —dijo Kim. Sacó el teléfono.

—Sí, ahí está eso —dijo Bryant.

—Estaba a punto de llamarte —dijo Stacey cuando contestó el teléfono.

—Habla.

—Tengo la dirección de Jason *Cross*, pero me falta averiguar dónde está trabajando hoy.

—Dame el número de sus oficinas —le pidió Kim. Se lo leyó a Bryant, quien lo introdujo en su propio móvil.

—Gracias, Stace. Ahora necesito la dirección de una Maxine Wakeman.

—¿Y esta es…?

—Una segunda víctima, probablemente —dijo Kim.

—¿Es cachondeo?

—A ver qué puedes averiguar —dijo Kim, y colgó—. Dame tu

móvil —le dijo a Bryant.

—¿Por qué?, ¿qué ha hecho el tuyo para ofenderte?

No le hizo caso y presionó la tecla para llamar al número que Stacey le había leído.

Le cogieron la llamada al segundo timbre.

—Servicios de instalación de cocinas Jay.

—Hola —dijo Kim, alegre—. Soy Amelia, de la tienda de fontanería. Jason me llamó para hacernos un pedido urgente de un grifo mezclador y estoy tratando de localizarlo, pero creo que anoté mal el código postal, porque, al parecer, me estoy saliendo del área. —Hubo un momento de vacilación—. Mire, no se preocupe —dijo —. Si no puede decírmelo, regresaré a la tienda y esperaré a que me vuelva a llamar…

—Aguarde un minuto. Está trabajando en Wombourne —dijo la mujer, y le dictó el código postal.

Kim le dio las gracias y colgó en el momento en que Dawson se detenía a su lado.

Era hora de averiguar si Deanna estuvo haciendo algo que no debía.

Capítulo treinta y uno

Alex deambulaba por la biblioteca poniendo mucha atención, pero lo que buscaba no era un libro; era una ubicación. Regresó a la entrada y volvió a mirar el interior.

Sus ojos fueron directamente a las cuatro sillas alrededor de una pequeña mesa cuadrada de comedor.

Se sentó en la silla que daba la espalda a la puerta. Aparte de ella, la biblioteca estaba vacía. Ese establecimiento gestionado por la municipalidad estaba abierto todos los días. Había un grupo de lectura de poesía, libros de cuentos para madres y grupos de lectura dominical. Por suerte para ella, el gong de la cena estaba a punto de sonar, lo que significaba que las hordas ya estarían gravitando hacia el comedor, como si la alimentación fuera todo un acontecimiento digno de disfrutarse.

Arqueó la espalda y apoyó la cabeza en las manos, los dedos en el pelo.

A los pocos minutos, escuchó el inconfundible sonido de unos zapatos baratos que chirriaban por el suelo pulido. No llevaban prisas ni rumbo fijo, solo un andar uniforme y relajado. De patrulla.

Alex se inclinó hacia delante y empezó a hacer que su espalda temblara apenas. Enterró las uñas en su cuero cabelludo.

Las pisadas se detuvieron a unos siete metros de distancia.

—¿Alex, estás bien?

La psiquiatra sonrió tras las lágrimas que lentamente se acumulaban en sus ojos. Era Katie. Perfecto.

Enterró las uñas un poco más, pero no contestó.

—¿Qué pasa?

Alex negó con la cabeza levemente y siguió así hasta que una lágrima rodó por su mejilla.

—Alex, ¿qué ocurrió? —preguntó Katie. Se sentó junto a ella.

—No es nada —respondió balbuciendo y levantando la cabeza.

Notó la inquietud en el rostro de Katie. Ah, nada como explotar la preocupación materna y el circo hormonal de una madre primeriza.

—No parece que sea nada —dijo con amabilidad, y le tocó el antebrazo.

Alex hizo una inhalación profunda y dramática.

—Es por mi hermana. Acaba de tener una pequeña, pero, cuando la llamé ayer, me dijo que estaba pensando en llamar una ambulancia. Un sarpullido con fiebre, me dijo. Y ahora no puedo comunicarme con ellos.

—Estoy segura de que todo estará bien —dijo Katie, tranquilizadora.

—Mi sobrinita —sollozó, moviendo la cabeza—. No dejo de imaginarla llorando de dolor. Su carita sonrosada contraída en agonía. Los puños cerrados y el llanto…

—Ahora, en este momento, trata de no pensar en eso —dijo Katie—. Estoy segura de que todo estará bien.

—¿Cómo no pensar en ella, Katie? —preguntó, deslizando esa referencia al nombre de pila—. ¿Cómo te sentirías? Si tuvieras que venir a trabajar y tu pobre bebé estuviera mal y no pudieras cargar con tu móvil para enterarte. Así es como me siento. —Hincó las uñas más hondo—. A estas horas podría estar muerta, por lo que sé —dijo Alex. Dejó que el volumen de su voz se elevara casi hasta la histeria.

—Tranquilízate, Alex —dijo Katie, mirando alrededor.

—Pero sabes qué se siente, ¿o no? —preguntó la psiquiatra, consolidando el problema compartido. La tenía prácticamente en la bolsa—. Una vez dentro de estas paredes, no tienes ni la menor idea de lo que ocurre con tu bebé…

—Lewis —completó Katie, servicial.

—Lo mismo me pasa con la bebé Kirsty. No sé nada. Cualquier cosa podría ocurrirle y yo no me enteraría —dijo suplicante.

—Nosotros nos enteraríamos —dijo Katie con toda seriedad.

—Por supuesto. —Alex asintió y esbozó una sonrisa irónica—. Tu hermana llamaría a las oficinas y ellos te pondrían…

—No —dijo ella, palpándose el bolsillo—. Yo lo sabría de

inmediato.

«Sin duda», pensó Alex, que veía al ratón correr directamente hacia el gato, tal como lo había sospechado. Ninguna madre flamante permanecería incomunicada mientras su bebé estuviera al cuidado de alguien más, independientemente de lo que mandaran las normas.

Evidentemente, Katie era de esas personas que podían elegir cuáles reglas se podían romper y cuáles no. Perfecto.

Había reglas reales, como no entregar tu tarjeta de acceso a una reclusa, no introducir drogas ni alcohol… Todo el mundo sabía que esas no podían quebrantarse. Pero llevar un móvil mientras estabas de guardia… Vaya, ¿cuál era el daño?

Era una regla de tipo muy distinto, ¿o no? Y acababa de dar esa información gratuitamente.

Alex dejó que la comprensión se reflejara gradualmente en sus ojos. Asintió lentamente, en una especie de «bien por ti». Con una sonrisa trémula le comunicó que quedaría como un secreto.

—Me da gusto que puedas estar en contacto. Yo simplemente lo siento mucho por mi hermana. Está sola, ¿sabes? No tiene un esposo que la ayude. Nuestros padres murieron hace años. —Alex hizo acopio de más lágrimas—. Solo nos tenemos la una a la otra, y yo ni siquiera puedo estar ahí para ayudarla.

Alex notó que Katie echaba un vistazo a la puerta. Ninguna persona había pasado por ahí durante su conversación.

«Díselo con toda claridad», pensó Alex.

—Lo que daría por saber que mi hermana y su pobre bebé están bien.

Katie se llevó la mano al bolsillo y sacó un viejo iPhone.

—Toma —susurró, y le pasó el teléfono oculto bajo su mano—. Corre, ve detrás de esa estantería y llama. Un minuto.

—¿Me estás…?

—Solo hazlo —dijo Katie, y apretó el teléfono contra su mano.

Alex cogió el móvil y se dirigió al área que le habían sugerido. Entretanto, Katie se levantó y fue hacia la puerta.

Alex sonreía mientras tecleaba cierto número que había memorizado seguido de la palabra que alguien esperaba del otro lado.

El destinatario ya sabía lo que significaba «hazlo».

Capítulo treinta y dos

El código postal que habían obtenido sobre el paradero de Jason *Cross* fue suficiente para conducirlos a las doce residencias que abarcaba. Localizar en esa calle la furgoneta rotulada no significó un gran desafío.

—No es un mal ambiente para trabajar —observó Bryant. Kim estuvo de acuerdo.

La casa, al igual que la de los Brightman, era grande y se encontraba en una zona acomodada.

—Tiene clientes estupendos —dijo Bryant mientras aparcaba justo detrás de la furgoneta.

—Debe ser muy bueno en lo que hace —contestó Kim tras bajarse del coche.

—Tiene que ser —concedió Bryant.

La puerta principal estaba abierta de par en par, alineada con la parte trasera de la furgoneta, para facilitar el acceso. Entraron directamente.

Este recibidor era incluso más amplio que el de la casa de los Brightman. Y mucho más opulento. Todo el espacio estaba envuelto en temas dorados. La barandilla ornamentada de la amplia escalera tenía incrustaciones de oro. Había huecos con jarrones en las paredes, todos decorados con oro. Había una impresionante mesa de cristal con bordes de oro. Los marcos de fotografías que se alineaban en la pared estaban hechos de oro.

Kim tenía la sensación de estar entrando en una tumba egipcia sin descubrir.

La nariz arrugada de Bryant lo decía todo: la casa de los Brightman estaba decorada con gusto; esta, no.

El sonido de la radio los condujo a la parte trasera de la casa.

Llegaron a la entrada de una cocina grande en total desorden. Cada espacio disponible estaba ocupado por armarios blancos brillantes parecidos a los que habían visto antes. Como una isla abandonada en medio de la habitación, había una cocina de seis fuegos.

Kim estaba a punto de gritar cuando oyó un taco en voz baja que provenía de debajo el doble fregadero, en una esquina.

—Jason *Cross* —dijo Kim.

—Sí, soy yo. Deme un minuto.

La ausencia de sorpresa le reveló que el tipo sabía que iban a venir.

Bryant avanzó un paso y se dio cuenta de que el trayecto no sería fácil, así que retrocedió.

—Te tengo —oyeron decir antes de que crujiera el fregadero.

Jason *Cross* emergió y les sonrió.

De inmediato, Kim se sintió impresionada por lo apuesto que era. Lucía una camiseta negra con el logotipo de la compañía. También sus pantalones eran negros y parecían tener un bolsillo en cada ángulo. El hombre medía uno ochenta y tenía la constitución física de un trabajador. Kim podía ver cómo los músculos de los brazos tensaban las mangas cortas de su camiseta.

La belleza de su rostro quedaba enfatizada por los iris de un azul claro y brillante que, desde el otro lado de la habitación, parecían transparentarse. Su pelo era rubio entreverado con los mechones claros del sol de verano.

Si en cada persona hay una imperfección, Kim supuso que la de este hombre estaba escondida en algún lugar bajo la ropa.

—¿Me habéis traído el grifo mezclador que no pedí? —preguntó con una sonrisa ladeada que parecía una expresión natural de su rostro. Kim entendía cuán seductora podía ser esa sonrisa. Le mostró su identificación.

—Queremos hacerle un par de preguntas sobre Deanna Brightman.

Su rostro se oscureció ligeramente mientras sacaba un paño del bolsillo trasero y se limpiaba las manos.

—Desde luego.

Se apoyó en el mueble del fregadero y cruzó los brazos.

—¿Usted hizo recientemente un trabajo en la casa de Deanna? —preguntó Kim.

—Sí, estuve ahí de forma intermitente durante un par de meses. Deanna no quería muchas interrupciones en ningún momento, así que tuve que hacer la cocina por etapas.

—¿Como esta? —preguntó Kim, deliberadamente, por algo que le llamó la atención en esa respuesta.

Él negó con la cabeza.

—No, la señora Richmond se ha ido a Kenia a un safari de dos semanas y quiere que esto esté terminado a su regreso.

Ajá, tal como lo había pensado. Kim inclinó la cabeza, inquisitiva.

—Disculpe, pero he notado que se ha referido a Deanna por su nombre de pila; en cambio, tratándose de esta clienta, ha usado un apelativo más formal. ¿Por alguna razón en particular?

Él se encogió de hombros antes de coger el paño y limpiarse las manos otra vez. Parecían limpias.

—Algunos clientes prefieren un trato más informal. Y yo estuve en esa casa durante algún tiempo.

—¿Ustedes dos tuvieron un trato familiar?

—Charlamos —admitió él—. Era una dama muy sociable.

Y, desde el punto de vista de Deanna, había peores personas con quienes pasar el tiempo, sospechó Kim.

—¿De qué?

Una vez más, cruzó los brazos. Jason *Cross* estaba exhibiendo un patrón bastante revelador.

—De muchas cosas, inspectora.

—¿Así que ustedes dos se hicieron buenos amigos, señor *Cross*?

El hombre se sonrojó.

—¿Hay algo que quiera saber de mí, inspectora? —dijo, y la miró fijamente.

Ella no vaciló. No dejaba pasar invitaciones así de atractivas.

—¿Usted se acostaba con Deanna Brightman?

—Absolutamente no —replicó de inmediato. No se veía agitado, esa pregunta no lo había puesto a la defensiva. No parecía enfadado de que su profesionalismo hubiera sido puesto en cuestión. Era simplemente una negación rotunda que había estado esperando ofrecer.

—¿Alguna vez estuvo en el coche de Deanna Brightman? —preguntó.

—Absolutamente no, nunca —respondió moviendo la cabeza—. No habría tenido ningún motivo.

Otro «absolutamente» no. Y un «nunca» adicional.

—¿Estaría dispuesto a darnos una muestra de su ADN? —preguntó ella.

—En cuanto vea la orden judicial, inspectora —respondió con brevedad. Su abierta sonrisa inicial ya lo había abandonado.

—Sería muy conveniente para nosotros no tener que llegar a eso —dijo Kim. Lo observó coger de nuevo el paño, darse cuenta de lo que estaba haciendo, y meter las manos en dos de los muchos bolsillos delanteros de su pantalón.

—También sería muy útil que pudieran aprehender a alguien por ese asesinato dentro de las primeras cuarenta y ocho horas, pero no seré yo.

Kim sabía que la emisión de una orden judicial, con lo poco que tenían, era disparar con los ojos cerrados. Si Woody no estuviera de vacaciones, quizás, pero, sin él, no tenía ninguna posibilidad.

—Señor, *Cross*, ¿es usted casado?

Él asintió.

—Felizmente —matizó sin ninguna necesidad.

—¿Tiene hijos?

—Sí, un niño de siete años.

Kim asintió.

—Eso es mucho que perder.

El hombre cogió el paño por tercera vez.

—No tengo ninguna intención de perderlo, inspectora, así que, si no tiene nada más…

—¿Dónde estuvo el domingo por la noche, señor *Cross*? —preguntó directamente.

—En casa, viendo la televisión.

—¿Y su esposa podría verificar eso?

—Estuve solo. Ella y Donnie fueron a casa de mi suegra.

—Mmm… —dijo Kim.

Arrojó el paño a un lado.

—Inspectora, no me gusta el rumbo que está tomando esta conversación. Creo que deberían marcharse.

Sus cejas se juntaron. Empezó a negar con la cabeza antes de darse cuenta de que estaba contestando la pregunta.

—Por favor, váyanse —repitió.

—He terminado, señor *Cross*, por ahora, pero, por favor, no se aleje demasiado. Tengo el presentimiento de que volveremos a hablar.

—No iré a ningún lado —dijo, y les dio la espalda.

Bryant suspiró hondo cuando estuvieron fuera, bajo un lloroso sol vespertino.

—Maldita sea, jefa. Esto se ha puesto álgido con mucha rapidez. ¿Crees que pudiste haber ido un poco más…?

—Está mintiendo —dijo con rotundidad—. ¿Sobre qué cosas?, no lo sé, pero estoy dispuesta a jugarme tu pensión a que el pelo que encontraron en el coche es de él.

—No tiene exactamente el tipo de asesino, jefa.

—¿Quién coño lo tiene? —preguntó ella con seriedad.

Capítulo treinta y tres

—Dado que has interrogado al chico guapo por Maxine, supongo que lo trataremos como un solo caso —preguntó Bryant cuando estuvieron en el coche.

Kim lo pensó por un momento. Para ella, era la primera vez. En todos los demás casos de asesinato en que había trabajado había habido algo en común entre las víctimas. Por ahora, lo único que tenía para vincular a ambas era la forma en que habían muerto.

Deanna Brightman era una mujer de mediana edad con un trabajo de alta responsabilidad y una familia cariñosa. Maxine Wakeman, de veintidós años, drogadicta, era conocida entre el equipo del barrio como una prolífica ladrona de tiendas. De esa manera alimentaba su adicción.

—Bryant, con toda franqueza, no estoy segura.

Estaba dejando esa pregunta circular por su subconsciente, como una visión, cuando Alex apareció en sus recuerdos. O, más bien, se hizo más clara en su mente. La mujer había estado acechándola ahí durante todo el día.

El contenido de la carta seguía dando vueltas, provocando estragos en su memoria. Kim trataba de encontrar una caja donde ponerlo, pero eso todavía no estaba funcionando. La intrusión de esa mujer le estaba provocando demasiadas emociones. Por lo general, ella era capaz de mantener todo empaquetado y aparte hasta que se decidía a pensar en ello. En lo que respecta a Alex, parecía haber una hemorragia, un emborronamiento de los bordes.

—¿En qué piensas? —preguntó Bryant con tal de llenar el silencio.

Ella no respondió. En realidad, a él no le habría gustado la respuesta. Lo que ella sabía que tenía que hacer habría obligado a

Bryant a llenar los formularios necesarios para que la partieran en dos. No, cuanto menos supiera él por el momento, mejor para ella.

Pasaron el resto del recorrido en un silencio fácil hasta que Bryant detuvo el coche frente a una terraza en una calle repleta de coches.

—¿Estás seguro de que esta es la dirección correcta?

No estaba segura de qué la había impulsado a preguntar eso. Tal vez, el hecho de que todas las casas que habían visitado hasta el momento eran de gente acomodada.

La calle Plant quedaba detrás de la biblioteca Cradley Heath, la cual se ubicaba en la carretera de Reddal Hill. En la parte alta de la calle había un parque pequeño y un campo abierto. Este se usaba a menudo como atajo para numerosas urbanizaciones que tenían cerca una escuela primaria.

—Aquí es —confirmó Bryant.

Les abrió la puerta una mujer de unos cuarenta y cinco años. Tenía el pelo negro y mostraba, alrededor de las sienes, señas de habérselo teñido recientemente.

Su uniforme verde era el de una auxiliar de hospital.

—¿Señora Wakeman? —preguntó Kim.

La mujer lucía una sonrisa abierta y ajena a toda sospecha. Asintió alegremente. Kim detestaba estar a punto de borrar la sonrisa del agradable rostro de esta mujer.

—Hemos venido por Maxine…

—¿Mi hija? —preguntó.

Kim asintió y la mujer se apartó.

—Pasen, por favor.

Entraron en una pequeña habitación que tenía dos sillones, una estufa de gas y un aparador cubierto de figuras de porcelana Capodimonte. La señora Wakeman continuó a través de un minúsculo pasaje que llevaba a un estrecho tramo de escaleras.

Llegaron rápidamente al fondo de la casa, a una cocina pequeña decorada con cosas brillantes. Kim se dio cuenta de que, si hubiera medido la longitud de la casa en pasos, no habría contado más de trece.

—¿Cómo está? —preguntó la mujer, entusiasmada.

Kim miró a Bryant en busca de una pista. ¿Quién diablos creía esta mujer que eran?

Lentamente sacó su identificación y se presentó a sí misma y a su compañero.

La señora Wakeman parecía confundida.

—Lo siento, creí que venían de la clínica.

Kim no sabía por qué la mujer había pensado semejante cosa, pero las campanas de alarma se dispararon en su cabeza.

—Señora Wakeman, ¿puedo preguntarle cuándo fue la última vez que vio a su hija?

—Vaya, hace tiempo ya, pero sigue siendo mi niña. Bueno, mi hija… Ya sabe a qué me refiero.

Kim no tenía ni idea de a qué se refería, y empezaba a tener dudas de que la mujer fuera capaz de contestar preguntas.

—Señora Wakeman, creo que debería sentarse y decirnos cuándo fue la última vez que vio a Maxine.

La mujer hizo lo que le pidieron. Miraba del uno al otro. Su expresión seguía siendo abierta y servicial.

—Hace algunos meses que no la veo. Usaba mucho el móvil; incluso me escribió unas cuantas veces mientras estaba en la clínica, pero hace tiempo que no sé nada de ella. —Finalmente, las dudas y preocupaciones conquistaron su rostro—. Sigue metida en las drogas, ¿verdad?

—Señora Wakeman, ¿puede decirme por qué lleva tanto tiempo sin ver a su hija? —preguntó Kim con suavidad. Sabía que necesitaba entender todo antes de arruinar la vida de esta pobre mujer.

—Bueno, el césped siempre es más verde, ¿no es así? —respondió.

—¿Qué césped? —preguntó Kim, que se sentía intrigada por los enigmas con los que esta mujer parecía comunicarse.

—Le dije la verdad hace muchos años, ¿sabe? En cuanto fue lo suficientemente mayor para entenderla. No tenía el menor interés; no le importó; no hasta que cumplió los dieciséis años y empezamos a tener todo tipo de problemas. Para entonces, pensaba que el mundo había sido inventado únicamente para ella. Su boca tenía una respuesta para cada pregunta, y peleábamos como perros y gatos —dijo, como si eso lo respondiera todo.

—Continúe, por favor —la animó Kim al darse cuenta de que eso era lo mejor que podía hacer. Le daría a la señora Wakeman

unos cuantos minutos de normalidad antes de que el mundo se le derrumbara alrededor.

—Para entonces, ya había incursionado en las drogas. No en las fuertes, no creo, pero sí era algo suficiente para cambiar a la Maxine que yo había conocido. Pues bien, mientras más intentos hacía por apartarla de las cosas malas, más se rebelaba en mi contra, más peleábamos. Ahí fue cuando empezó a mostrarse interesada por lo que le había dicho.

—¿Y eso era? —dijo Kim, llena de paciencia. Todavía se guardaba la terrible noticia que destrozaría a la mujer.

—La identidad de su verdadera madre. Nosotros adoptamos a Maxine cuando tenía siete meses de edad.

—¿Y Maxine se fue a vivir con ella? —preguntó Kim.

La señora Wakeman asintió.

—En ese momento, no me importó, de verdad. Pensé que a las dos nos haría bien un descanso. Desde la muerte de su padre, cuando ella tenía ocho años, estuvimos solas. Tratábamos de salir adelante, nada más.

«Y yo tenía la esperanza de que su verdadera madre fuera capaz de ayudarla con el problema de las drogas. Ella podía permitirse enviarla a un centro privado de rehabilitación y lograr que la curaran de una vez por todas».

Kim no hizo ningún comentario acerca de la puerilidad de esa afirmación. Si tan solo se tratara de eso…

—Por supuesto, nunca pensé, ni por un minuto, que estaría lejos tanto tiempo. Creí que regresaría al cabo de unas cuantas semanas y que volveríamos a empezar. —La tristeza en su expresión no dejaba lugar a dudas. El estómago de Kim descendió otro poco mientras se guardaba por unos minutos más la noticia que había venido a darle.

La señora Wakeman siguió hablando:

—Llamé a su madre biológica un par de veces, pero solo obtuve respuestas completamente insustanciales y una promesa de que me llamaría pronto.

—¿Así que usted conoce a la madre biológica? —preguntó Kim, estupefacta.

La señora Wakeman puso los ojos en blanco.

—Sí, vaya, la conozco, y es posible que usted también la conozca. Sale en la televisión casi todos los días.

Kim estaba satisfecha. Podrían dar el siguiente paso y hablar de la madre biológica de Maxine, pero, antes, no le quedaba más remedio que romperle el corazón a esta pobre mujer.

Miró a Bryant y descubrió, reflejado en sus ojos, su propia contrición.

Cogió la mano de la mujer.

—Señora Wakeman, me temo que he venido a traerle muy malas noticias…

Capítulo treinta y cuatro

Kim aceleró la Kawasaki Ninja a cien kilómetros por hora y se lanzó por el carril central para adelantar dos camiones cisterna y una autocaravana. Volvió al carril lento un centenar de metros antes de tomar el desvío y salir de la M6.

El viaje la estaba ayudando a despejar algunas de las telarañas tejidas por el derroche de tristeza de la señora Wakeman que tanto ella como Bryant habían presenciado. La madre se había culpado a sí misma de todos los males. Para sorpresa de Kim, no había habido arranques de rabia contra la madre biológica; esos vendrían después, razonó.

Kim no podía evitar sentir tristeza por el hecho de que Maxine Wakeman hubiera considerado oportuno salir a buscar algo más de lo que ya tenía. ¿Qué significaba, realmente, un certificado de adopción? En un mundo ideal, tendría que significar que la nueva madre y la hija quedarían ligadas para siempre. Pero no era así. Ese certificado había convertido a la señora Wakeman en una cuidadora hasta que hubo una mejor opción a la mano.

¿Y qué decir de la madre biológica? ¿Merecía una segunda oportunidad con la hija que había entregado? Kim no estaba tan enceguecida como para pensar que no había razones genuinas para entregar un hijo al Estado. Diablos, ella habría querido que su propia madre lo hubiera hecho… Pero, de seguro, la entrega debía tener un carácter definitivo. A lo hecho, pecho. No había vuelta atrás.

Estos pensamientos habían estado zumbando en su cabeza desde que ella y Bryant empezaron a alejarse de la casa, solemnes, aún sumergidos en la nube de penas de la mujer. Kim había dado el día por terminado. A la mañana siguiente volverían sobre el caso de

Maxine Wakeman.

Su paseo vespertino con Barney había sido interrumpido por otros pensamientos. Sentía como si tuviera el cerebro dividido por la mitad. En una mitad tenía la claridad de un día de verano. Estaba concentrada, motivada y determinada a unir las piezas del rompecabezas y encontrar quién había matado a Deanna Brightman y, posiblemente, a Maxine Wakeman. La otra mitad era gris y oscura y estaba llena de pensamientos y sensaciones que no quería.

Y fueron esas las cavilaciones que la trajeron aquí, pensaba Kim mientras aparcaba la motocicleta fuera de la cárcel Drake Hall.

Había sentido cómo la decisión se gestaba en su interior mientras iba en el coche con Bryant, más temprano. Y por eso no le había revelado sus pensamientos, pero el viaje en sí había estado plagado de indecisiones: cada salida de la autopista era una invitación a volver a la seguridad de la casa y a la ignorancia.

Volver a entrar en liza con Alex era arriesgar mucho más de lo que estaba dispuesta a perder. Pero sabía que la psiquiatra estaba detrás de los cambios súbitos de su madre, y la idea de que esa mujer pudiera quedar libre algún día estaba mucho más allá de lo tolerable.

No estaba tan sorprendida como habría sido natural de que Alex volviera a estrellarse con su vida. Una pequeña parte suya siempre había sabido que no había presenciado lo último de esa mujer taimada y sin sentimientos. Durante su último encuentro, Kim se había dado cuenta de que Alex estaba obsesionada con ella. Había averiguado todo sobre ella. Con toda su perversión, Alex probablemente sabía más que nadie acerca de aquel horror, terror y dolor que había sido su niñez. Había investigado cada hecho de crueldad, abuso y negligencia y había intentado usar cada uno de esos hechos para volverla loca.

Alex había dicho que sentía una especie de vínculo entre ellas y que la renuencia de Kim a acercarse más a alguien las unía de algún modo. Pero Kim no veía ninguna similitud entre las dos, ningún retorcido vínculo. Nada de nada.

Pudo haber dado media vuelta, pasado por alto las provocaciones de Alex y confiado en el sistema; confiado en que la junta de libertad provisional vería la verdad y rechazaría la liberación de la mujer. «Pero ahí está Lily», decía una vocecita

dentro de su cabeza. Esa mujer, la única en quien Kim había visto una aliada, estaba ahora engañada, burlada. No podía arriesgarse a que la junta de libertad provisional viera las cosas del mismo modo.

¿Y si los miembros de la junta vieran tan solo una mujer agradable de poco más de sesenta años, contrita y arrepentida por lo que le había hecho a Mikey y a Kim? ¿Y si una demostración de cordura le valiera un lugar de regreso en el mundo libre? En el mundo de la detective. ¿Podría Kim aprender a vivir pensando que la maldita estaba libre?

No, no podía arriesgarse. Si Alex tenía con qué ayudarla a mantener a su madre bien encerrada, no le quedaba más remedio que averiguar de qué se trataba. Y, por supuesto, tendría que pagar el precio.

Solo esperaba tener con qué pagarlo.

Capítulo treinta y cinco

Alex se deleitó con el estremecimiento de emoción que recorrió todo su cuerpo. Siguió a Katie a la sala de visitas, forzando la boca a no sonreír. Un triunfo tan precoz no tenía gracia.

Sabía que la inspectora detective tendría que venir. Kim Stone tenía muy pocas debilidades; su madre era la más grande y la más fácil de explotar. Un poco más de dificultad para hacerla venir habría sido más desafiante y entretenido, pero el juego ni siquiera había empezado.

Alex se detuvo en la entrada y rápidamente evaluó a la mujer que se encontraba junto a la ventana. Unos vaqueros negros de lona que se ceñían en las nalgas y las piernas, sin apretar; unas botas de motociclista que le añadían dos o tres centímetros más a su metro setenta y cinco de estatura; una chaqueta de cuero negro que le abrazaba el tronco.

Como sintiendo su presencia, Kim se volvió. Alex sintió un leve salto en el estómago cuando sus ojos se encontraron por primera vez desde aquella violenta lucha al borde del canal. La psiquiatra ofreció una sonrisa conciliadora que se topó con la expresión impenetrable de Kim, una pared de ladrillos. Recordaba bien esa mirada. Y vaya que la había echado de menos.

Rara vez, alguien lograba distinguir una emoción detrás de esa máscara, pero Alex había sido lo suficientemente afortunada para conseguirlo una o dos veces. Y tenía la esperanza de volver a verla.

Se dirigieron a la misma mesa en medio de la habitación.

—Luces bien, Kimmy —dijo Alex, y lo decía en serio. El cabello corto y negro de la detective se veía denso y brillante. Su piel era clara y saludable, con un poco de color de verano.

—No me llames así —gruñó, y se sentó.

Alex se sentó enfrente y sonrió. Llamarla como lo hacía su madre había sido un golpe bajo, pero un golpe, de todos modos.

—¿Qué coño has estado haciendo?

Alex se encogió de hombros.

—Un poco de lectura, un poco de cocina. Ya sabes, lo que sea, con tal de pasar el tiempo.

—Sabes a qué me refiero —le espetó Kim. Se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Alex hizo lo mismo.

—¿Por qué copias todo lo que hago? —le preguntó.

—«Vaya, cómo te he echado de menos», pensó Alex. No muchas personas podían competir con su inteligencia, y Kim Stone era, definitivamente, una de las pocas. Por eso, el tiempo que pasaban juntas era tan entretenido. Y demasiado corto.

Pero, como con todo lo relacionado con Kim Stone, cada acto le daba información de alguna clase. Sí, estaba usando la técnica de espejear y remedar para inducir afinidad. La gente se sentía instantáneamente atraída por las cosas familiares, como los patrones de respiración y del habla, la postura corporal y el lenguaje. Era una técnica que apelaba al subconsciente.

Y el hecho de que Kim lo hubiera captado a esa velocidad era un testimonio de cuán atentamente observaba cada movimiento de Alex. Eso hablaba de sus ansias, le decía que era cautelosa, que estaba en guardia.

Alex sonrió.

—Perdona, creí que estabas siendo educada, que estabas mostrando tus buenos modales e interesándote por mi salud y mi bienestar antes de ir al grano.

—Como si eso me importara un carajo. ¿Qué has estado haciendo con mi… madre?

Alex no lo podía pasar por alto. Kim apenas logró obligar a sus labios a pronunciar esa palabra. Vaya, sí que había elegido la debilidad más propicia para explotarla. Esta mujer no había avanzado en lo absoluto.

—Te echaba de menos, Kim. Después del tiempo que pasamos juntas, consolidando un vínculo de calidad, me dolió que no vinieras a visitarme y…

—Alex, déjate de gilipolleces. De verdad, no puedo digerirlas. Ni

siquiera me puedo imaginar cómo lo hiciste y, la verdad, me importa un rábano. Lo que me importa es qué le has estado escribiendo.

El cómo había sido fácil. La dirección del remitente era un apartado postal y las cartas se las traía uno de sus visitantes de confianza. El correo apenas se vigilaba. El personal echaba un vistazo en busca de palabras clave y enseguida pasaba las cartas. Otro vestigio de los días de ese centro como prisión abierta. Poco había cambiado, salvo la clasificación.

—Tu madre y yo nos llevamos bien el día en que nos conocimos —dijo Alex. Omitió el momento en que la mujer lanzó un ataque contra ella hasta arrancarle un buen mechón de pelo.

—Si mal no recuerdo, el arañazo en tu cara decía otra cosa —afirmó Kim—. Así que, otra vez, trata de convencerme.

—¿Por diversión? —dijo Alex.

Kim puso los ojos en blanco.

—Eso es más exacto, pero, aun así, sigue sin ser veraz, ya que no me incluye por ningún lado. Así que, ¿qué demonios pretendías lograr escribiéndole y haciéndote pasar por mí?

—Quería ofrecerle alguna clase de consuelo. No había sabido nada de ti y yo sentía una conexión…

—Ay, Alex, vuelve a intentarlo —dijo Kim, bostezando.

—Me interesas, Kim. El año pasado nos compenetramos mucho la una con la otra. Creo que es hora de que la perdones.

Kim echó atrás la silla y se puso de pie.

—Ya he oído demasiado. ¿Cómo te atreves a suponer que sabes…?

—Sé más que nadie, Kim, y, en realidad, tú eres consciente de eso. Por eso estás aquí. Sabes que entiendo la dinámica entre vosotras dos. Deberíamos hablar de eso alguna vez.

—Claro que deberíamos. Con café y pastelillos. Ah, espera, he olvidado algo: eres una sociópata despreciable que está encerrada aquí por causar innumerables muertes y miseria. Así que paso. Tal vez en otra ocasión.

—Creo que, por lo menos, deberías ir a verla.

—Lo que tú pienses me la suda. Ahora dime por qué querías que viniera. ¿Dónde están las cartas que ella te envió?

—En un lugar seguro —contestó Alex—. Te las daré… cuando

hayas ido a verla.

La psiquiatra paladeó el horror que apareció en la cara de Kim.

—Es obvio que los expertos se equivocaron al decir que la sociopatía no es una forma de enfermedad mental, porque es evidente que estás loca.

Alex pasó por alto el insulto. La reunión había llegado al núcleo del negocio.

—Lo digo en serio, Kim. Ve a verla y te las daré.

—Guárdatelas —dijo Kim, y empezó a apartarse.

—Ella tiene algo que tú quieres —gritó Alex.

Kim se volvió. A Alex le encantó ver esos ojos oscurecidos por el desprecio. Bien.

—Esa mujer no tiene nada que yo quiera.

Alex se puso de pie.

—Oh, sí que lo tiene. Tiene algo que te interesa mucho.

Kim entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo fui quien le dijo cómo conseguirlo.

Kim le dedicó una mirada de desprecio sin adulterar. Destilaba odio por todos sus poros.

—Anda a que te folle un pez —le gritó mientras se alejaba de la habitación.

Alex rio a carcajadas. Una calidez se extendía en su interior. Era lo más cerca al afecto a que podía aspirar una persona sin empatía. Kim Stone estaba de vuelta en su vida, y eso la hacía sentir bien.

En su primer encuentro, Kim ya le había permitido volver. Si la inspectora hubiera podido mantener el semblante frío e imperturbable con que había entrado, Alex estaría preocupada. La rabia y el desprecio que se estuvieron cocinando a fuego lento bajo la superficie habían hecho su aparición.

Muchas fueron las horas que Alex pasó planificando cómo debía desarrollarse este juego entre las dos. Habría saques y regates, además de algún gol ocasional.

En esta ocasión, no cometería los mismos errores; no subestimaría la fortaleza ni la determinación de la mujer y, desde luego, tampoco su inteligencia.

Pero, esta vez, ganaría.

La inspectora detective Kim Stone se equivocaba poco; sin

embargo, había cometido un error muy grande: no había puesto atención cuando Alex le dijo que no había terminado.

Capítulo treinta y seis

Dawson seguía vigilando cuando el último coche salió del *pub* Saltwells.

Ahora, el aparcamiento debería estar llenándose para el comercio nocturno. El lugar era bien conocido por sus comidas a precios razonables. Y la tarde era muy agradable, así que salir a tomar un rápido bocado y medio litro de cerveza era una elección natural. Pero no esta noche. El *pub* permanecería cerrado hasta que los técnicos forenses confirmaran que habían terminado. Los propietarios habían aceptado la noticia sin protestar. A nadie le gustaba perder las ventas de una noche, pero, de todos modos, pensaba Dawson, ellos también necesitaban tiempo para digerir los acontecimientos del día.

La reserva natural no era un lugar fácil de cuidar, pero los agentes de la policía permanecían estacionados en las entradas principales y en los senderos.

Se sentó en un banco y aflojó el nudo de su corbata. Consultó su reloj. Eran casi las siete. Se quitó la corbata por completo.

Le habría gustado dejar que los uniformados se encargaran de recopilar la información después de que él había interrogado a los testigos, tal como la jefa le había dicho. Pero tenía la esperanza de que alguien de ahí hubiera visto algo, y no era como si fuera a sacar algo de la clientela del bar y la tienda de comida para llevar.

Miró con pesar las puertas cerradas del *pub*. En esos momentos, un par de cervezas le habrían endulzado el ánimo.

Por alguna razón, se sentía al margen de esta investigación. Una voz le decía que le estaban dando algo en qué ocuparse, pero él sabía que la cosa no era así. Las cosas en el equipo seguían marchando como siempre. Stacey se quedaba a cuidar la casa;

mamá y papá salían a hacer todo el trabajo interesante, mientras a él lo mandaban a entretenerse.

Suspiró y movió la cabeza de un lado al otro. Siendo realista, sabía que este no era el caso, pero así era como se sentía en algunas ocasiones.

Muy en el fondo, sabía lo que quería, y de ahí manaban su enfado e inquietud. Quería tomar decisiones. Quería sentir la emoción estremecedora de haber tomado una buena o la culpa por haber tomado una mala. No tenía ningún problema con asumir las responsabilidades. Las asumiría cualquier día, en vez de esto, que empezaba a sentirse como un trabajo monótono y sin sentido.

A veces no estaba de acuerdo con su jefa, pero siempre confiaba en sus instintos y experiencia. En ocasiones trataba de contraponer su propio punto de vista, aunque era raro que consiguiera algo.

Suspiró y se levantó. Era hora de ir a casa, darse una ducha caliente y beberse un par de cervezas en el jardín. Mañana sería otro día.

A su derecha sonó un crujido. Se quedó quieto y escuchó. No había nada. Negó con la cabeza y dio un paso hacia su coche. Una vez más, oyó los roces que corrían paralelos a sus propios pasos.

Negó con la cabeza y se maldijo a sí mismo. Era pleno día y estaba en una reserva natural. Según su experiencia, eso significaba que probablemente no sería el único ser vivo en el área.

Otros dos pasos. Alcanzó a oír una nítida aspiración.

Dejó de caminar. No estaba seguro de cuáles eran los insectos, roedores o animalillos que maldecían en voz baja.

Arrancó una hoja del libro de jugadas de la jefa.

—Vale, ya puedes salir. Sé que estás ahí —dijo confiado.

Lo peor que podía pasar era estar charlando con la fauna.

De entre los arbustos surgió un tipo que vestía pantalones cortos de combate, una camisa hawaiana y una sonrisa estúpida.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó Dawson mientras miraba al joven reportero. El nombre de Bubba simplemente no llegó a traspasar sus labios.

El chico se agachó y se rascó furiosamente la pantorrilla en una marca roja que se extendía segundo a segundo. Dawson alcanzó a distinguir unos bultos blancos que germinaban en su piel.

—Solo estoy de observador —contestó.

Dawson cruzó los brazos.

—Sabes que toda el área está fuera de tus límites. Es una puta escena criminal.

—¿Toda? —preguntó, con inocencia fingida.

Dawson le dirigió una mirada. Algunos habrían creído en la ingenuidad de este muchacho; él no. Era, sin duda, un reportero entrenado, pero también un mierdecilla astuto que, obviamente, había aprendido bien de su mentora, Tracy Frost.

—¿Cómo te metiste? —le preguntó. Cualquier debilidad en el perímetro debía ser comunicada, de modo que los límites pudieran reforzarse.

—Mi abuela me habló de un atajo, uno que está justo a la salida de Coppice Lane —dijo, y se rascó otra vez.

Dawson estaba sorprendido con los motivos multicolores de la camiseta del chico. Tenía que admitir que portar una camiseta así, fuera de casa, requería cierto valor.

—Bueno, es hora de irse a casa —dijo Dawson, volviendo al sendero de tierra que llevaba a la carretera.

—¿Se trata del mismo asesino de la señora Brightman? —preguntó el reportero.

Dawson movió la cabeza de un lado al otro, maravillado. Era poco menos que ridículo que este chico creyera que, de verdad, le contestaría esa pregunta.

—Colega, ve a meterte en tus…

—Lo que no entiendo es por qué no ha habido un llamamiento para que se presenten los testigos —dijo. Se lamió los dedos y se rascó otra vez.

Dawson estaba teniendo dificultades para mantener una conversación con un tipo que parecía ahogarse entre loros. Fue a un árbol y arrancó una hoja.

—Frota esto donde te picó la ortiga —le dijo.

Bubba se lo quedó mirando.

—Esa no es una acedera.

—No tiene que serlo. Es la acción de frotarla vigorosamente lo que libera la savia húmeda de las hojas y alivia la piel.

El chico frunció el ceño.

—¿Eso te lo enseñan en la escuela de policía?

Dawson no pudo evitar sonreír.

—No, yo también tengo una abuela.

La mueca de Bubba se convirtió en una sonrisa genuina.

—De acuerdo. Extraoficialmente… —Hizo una pausa—. ¿De verdad la gente dice «extraoficialmente»? —Dawson asintió—. ¿Por qué no ha habido un llamamiento de testigos en el caso Brightman? El coche estaba aparcado en una carretera principal y frente a una hilera de comercios.

—Hay motivos, pero no son de tu incumbencia —dijo Dawson, y volvió a ponerse rígido.

—Espero que sean buenos motivos —dijo Bubba, y se encogió de hombros.

—¿Por qué lo dices?

Inclinó la cabeza hacia el bosque.

—Porque, si el mismo tipo cometió otro asesinato allá dentro, no va a detenerse, ¿verdad?

—No es así de simple. —Dawson se encrespó.

—Tal vez no; y tienes razón, no es mi problema. Pero el problema sí es tuyo.

Dawson esperaba que esa expresión no reflejara el hecho de que estaba de acuerdo con todo lo que decía el chico; ni tampoco que había intentado discutir ese punto específico con su jefa.

—La cuestión es —dijo Bubba mientras arrojaba a un lado la hoja usada y magullada— que este es uno de esos momentos en que la prensa, de verdad, puede ayudar en una investigación. Podemos llegar a más gente con un solo artículo que vosotros pasándoos los próximos dos años tratando de sacar testigos de los bares.

—Sí, vale, gracias por el consejo —dijo Dawson. Bubba siguió de frente.

—De nada. Ah, y hay algo más. Dentro de un par de días, la gente habrá olvidado dónde pasó la noche del domingo.

Bubba se encogió de hombros y se fue andando por el camino de tierra.

Dawson vaciló y respiró hondo.

—A ver, chico, espera. Ven, súbete. Yo te llevo.

Capítulo treinta y siete

Kim apenas acababa de quitarse el casco cuando oyó que golpeaban la puerta.

Negó con la cabeza y sonrió al mismo tiempo.

—Está abierto —gritó. Bajó la cremallera de las botas y se las sacó a patadas. Barney seguía saltando a sus pies, emocionado.

—¿Qué me has traído? —preguntó a Bryant cuando este entraba en el salón.

—Nada —dijo, y le dio a Barney una jugosa manzana verde.

Kim suspiró mientras veía al perro ir a su lugar favorito en la alfombra, dar tres vueltas y echarse.

—Recuerdo aquellos días en que me traías comida, café…

—Oye, tú fuiste quien decidió tener niños —dijo él, señalando al perro con la cara—, y esto es lo que pasa. Todo el mundo compra para los niños y se olvida de los padres.

—Vale. Si te vas a quedar lo suficiente para preguntarme qué me pasa y para que yo te mande a tomar por culo, puedes empezar sirviendo el café.

—¿Tiene algún sentido? Acabas de conducir toda nuestra conversación tú sola.

—Coge lo que quieras —le dijo, y subió las escaleras.

En casa, la ropa de trabajo tenía que ser desechada. Era un símbolo ritual para despedir el día. Bueno, la mayor parte del día, y tenía que admitirlo. No estaba segura de que unos vaqueros limpios y una camiseta pudieran borrar su viaje a Stafford.

Un rápido lavado de cara le bastaría hasta la hora de la ducha, antes de irse a dormir.

Encontró a su colega y amigo fuera, mirando hacia abajo con asombro.

—¿Compraste un juego de patio?

—Difícilmente podría llamarse así —dijo—. Es una mesa de bistró con dos sillas. Si me lo hubieran vendido con una sola silla, así lo habría comprado —dijo con sinceridad.

—Pero son muebles de jardín —alegó él, y colocó las bebidas sobre la mesa.

Ella miró atónita la mesa y las sillas.

—Coño, en la tienda nunca me dijeron eso —comentó con sorna.

El jardín reflejaba el interés de Kim por el espacio exterior de su propiedad. Estaba medio embaldosado, medio cubierto de césped. Había, en el fondo, una gran caja verde de almacenamiento que habían dejado los dueños anteriores.

Bryant la conocía lo suficientemente bien como para saber que, si estaba en casa, lo más seguro era encontrarla en el garaje.

Pero, a lo largo del verano, ella había notado que Barney se tumbaba en las baldosas, cerca de la casa, a olisquear pacíficamente el aire, unos cuantos minutos cada vez, antes de volver a buscarla dentro. Kim había empezado a preocuparse por que el perro tomara aire fresco, pero este no quería quedarse fuera sin ella. Claro, Bryant no debía saber nada de esto; ya la molestaba bastante con lo del perro.

Bryant se sentó y cruzó los tobillos. Barney se acomodó a su derecha, a restregarle la nariz en los dedos. Automáticamente, el detective levantó la mano y empezó a acariciar la cabeza del perro.

«*Sip*, ese es mi chico —pensó Kim—, leal a la última persona que le trajo algo de comer».

—¿Así que me vas a decir qué pasa?

—Probablemente no —dijo ella, y se sentó en la otra silla.

Ni siquiera se molestó en preguntarle cómo sabía que traía algo en la cabeza. Podía haber sido una entre cientos de pequeñas cosas que nadie, excepto Bryant, podía captar.

—¿Fue porque me metí en mi despacho? —preguntó.

—*Nop*.

—¿El hecho de que hubiera mandado a todos temprano a casa?

—Es un buen indicador, pero no, y ni siquiera fue tan temprano: eran las cuatro de la tarde y habíamos empezado a las siete.

—¿Entonces qué?

—Eso —dijo, señalando con el rostro el pie con que ella se

golpeaba el tobillo izquierdo—. Tu mente consciente no es una golpeadora de pies, pero sí lo es tu mente subconsciente.

Instantáneamente, ella dejó de darse golpecitos.

Bryant rio.

—Y ahí lo tienes: esa creencia de que puedes controlarlo, cuando ni siquiera sabes que lo estás haciendo. Volverá a dispararse en un minuto.

—Vete al carajo —dijo ella.

—Siempre podrás seguir haciendo eso de hablar sola y fingir que no estoy —sugirió.

—Entonces, ¿por qué no simplemente esperar a que te hayas ido?

—Buen punto —dijo él, mirando de frente.

Se hizo un silencio mientras Bryant seguía acariciando la cabeza de Barney.

—No es nada en lo que puedas ayudarme —dijo ella.

—Probablemente no.

—Así que no tiene ningún sentido seguir hablando de esto —añadió.

—En realidad, no —opinó él.

—Madre santa, deja de interrogarme. Mi madre está a punto de obtener su libertad condicional, ¿vale?

—Mierda, Kim. —La mano del detective se paralizó sobre la cabeza de Barney.

—Y recibí una carta de Alexandra Thorne.

Bryant se volvió de golpe.

—¿Es coña?

Ella negó con la cabeza.

—Diosssss, lo que me sorprende es que solo sea tu pie lo que da golpecitos. Vale, empieza desde el principio y vayamos lentamente. Soy viejo y necesito tiempo para procesar todo esto.

Kim respiró hondo.

—A fines de esta semana, mi madre tiene una audiencia de libertad condicional. Me lo han dicho porque yo soy su única pariente.

Él frunció el ceño.

—Pero ha estado ahí por un largo tiempo. Sin duda…

—Bryant, ni siquiera se te ocurra pensar que ha sido suficiente

—le espetó Kim. Eso sería traicionarla en exceso.

—Después de lo que ha hecho, ni tres cadenas perpetuas serían suficientes. Lo que iba a decir es que ha estado ahí por un largo tiempo, así que esto ha surgido antes, seguramente.

Kim negó con la cabeza.

—Mi madre se ha organizado algún episodio violento justo antes de cada audiencia de libertad provisional.

Él la miró inquisidor.

—¿Intencionadamente?

—Sí. Lo creas o no, Alex fue quien acopló las fechas y pudo conjeturar que mi madre se mantiene encerrada a modo de regalo para mí, porque sabe que eso es lo que yo quiero.

—¿Cómo diablos iba a saber eso? —explotó Bryant.

—Lo descubrió cuando fue de visita a Grantley, el año pasado.

—¿Alex, la sociópata, visitó a tu madre, la esquizofrénica paranoide, en un albergue para criminales dementes?

—Bryant, haz un intento y sigue el ritmo.

Él sacudió la cabeza, desconcertado.

—Solo que, esta vez, no ha habido episodios violentos y mi madre sigue adelante con lo de la audiencia —explicó Kim.

Había pensado que decir todas estas cosas en voz alta la ayudaría a poner un poco de orden en sus pensamientos. Pero el resultado estaba siendo un no rotundo.

—¿Qué la hizo cambiar de parecer? —preguntó Bryant.

Kim sonrió.

—Mis cartas. Aparentemente, mi perdón le ha dado toda una nueva perspectiva y una segunda oportunidad…

—Eeeepaaaaa, alto ahí. Estoy tratando de seguir tu ritmo, pero… espera. No me estarás diciendo que nuestra doctora loca le ha estado escribiendo cartas a tu madre como si fueras tú, ¿o sí?

Kim se encogió de hombros.

—Vale, no te lo diré, pero, en pocas palabras, sí.

—Mieeeerdaaaaaa —dijo él, y se reclinó.

Kim se puso de pie y fue a la cocina. Sacó las dos cartas del cajón y las llevó afuera. Las sostuvo en alto. Bryant las cogió sin dejar de mirarla.

—Esto no es como que a tu último proyecto del garaje le faltara un manillar y que llevaras meses tratando de conseguirlo, ¿o sí? —

preguntó él.

—No exactamente —contestó ella, y volvió a sentarse.

Ahora que las manos de Bryant estaban ocupadas con las cartas, Barney se pasó al otro lado de la mesa.

Él leyó la de Grantley y la puso sobre la mesa, boca abajo. Silenciosamente, meneaba la cabeza de lado a lado. Tras leer la carta de Alex, su quijada fue cayendo más y más.

—Maldita sea, Kim —dijo cuando hubo terminado—. Puedo escuchar las amenazas en cada una de las oraciones. —La miró a los ojos, forzándola a devolverle la mirada—. Sabes bien que no puedes ir a verla, ¿de acuerdo?

Kim no dijo nada. Esa era, sin duda, una conversación para otro día.

—Joder, Kim, ya fuiste, ¿verdad?

O quizás no. A veces deseaba que él no la conociera así de bien.

Bryant dejó caer la cabeza entre las manos y soltó un taco.

—Tenía que hacerlo, Bryant. Tenía que averiguar qué se propone.

—¿Y ya lo sabes? —preguntó enérgico—. ¿Se derritió bajo tu mirada intimidante y te lo dijo todo? —preguntó estupefacto.

—Bueno, n…

—Por supuesto que no, porque, lo que sea que esté tramando, lleva meses planeándolo, así que no te lo dirá nunca. Pero ahora has hecho lo peor que podías hacer.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Darle gusto. Cualquier plan que tenga para ti habría sido muy difícil de ejecutar si tú no participaras en absoluto.

—Pero yo quería saber…

—¿Qué? —preguntó, blandiendo el papel—. Ya lo sabías. Sabías que se estaba haciendo pasar por ti para comunicarse con tu madre. Lo que viniera después dependía de que mordieras el anzuelo.

Kim no dijo nada. Él tenía razón. Era un viaje de pesadilla y ella se había montado por su propio pie.

Cuando él volvió a hablar por fin, su voz era tranquila, reflexiva.

—¿Sabes? Cuando era niño, vivíamos junto a unos campos de fútbol. Había un pequeño edificio que servía de vestuario para los jugadores. Lo llamábamos el «pabellón».

«Las paredes se desbordaban de grafitis e insultos. Eso fue

muchos años antes de que naciera Mark Zuckerberg. La gente escribía cosas como “Paula es una zorra” o “Karen es una puta” o llevaba la cuenta de con cuántos niños se había acostado tal niña. No había nada bueno pintado en ese pabellón y, sin embargo, todas las niñas que conocí iban a inspeccionarlo cada noche. Mi hermana incluida. Una noche, entró a la casa bañada en lágrimas. Le pregunté por qué tenía que ir a leer todas las noches, y era simplemente porque ella tenía que saber. A veces, saber no lo es todo».

Kim había escuchado y lo entendía.

—Pero ¿cómo puedo prepararme para lo que viene?

—No puedes, porque ella nunca te va a decir lo que quiere.

—Quiere que vaya a ver a mi madre —le soltó Kim.

Maldita sea, él bien podría saberlo todo.

Bryant negó con la cabeza.

—No vayas, Kim.

—Dice que mi madre tiene algo que yo quiero.

—¿No te das cuenta de que ya está jugando contigo? Manipula tu necesidad de saber, de conseguir que hagas lo que ella quiere que hagas.

—Pero quiero las cartas que tiene de mi madre —dijo—. Quizás haya algo que yo pueda usar para mantenerla dentro.

—Nunca te dará nada que puedas usar. ¿De qué manera podría beneficiarse de eso?, ¿qué podría tener tu madre que tú quisieras? Si no lo has necesitado en veintiocho años, ¿es verdad que lo necesitas ahora?

Kim escuchaba las palabras. Entraban por su oído. Solo que no estaba segura de que estuvieran llegando a su cerebro.

Bryant soltó un largo suspiro. Su voz se volvió tranquila, seria.

—No te has olvidado de lo cerca que estuviste, ¿o sí?, ¿de cómo estuvo a punto de destruirte la última vez?

—Claro que me acuerdo, Bryant, yo estuve ahí. Pero ¿eso no me deja mejor pertrechado esta vez?

—Y es ahí donde radica tu problema: tienes la impresión de que llevas algún tipo de armadura.

Kim sabía lo que él le estaba diciendo. El hecho de que ella todavía no hubiera abordado sus problemas, que no los hubiera sometido a ningún tratamiento, garantizaba que seguiría siendo

vulnerable a las manipulaciones de esa mujer.

—Y, habiéndote dado un montón de consejos que nunca me pediste y que te negarás a seguir, debo darte las buenas noches.

Kim lo acompañó a la puerta. Él salió y se dio la vuelta.

—¿Habrá algo que pueda decir para convencerte de que no vayas a ver a tu madre?

Kim miró el suelo.

—Supuse que apreciarías que yo hiciera frente a algunos de mis demonios.

Bryant se llevó las manos a los bolsillos.

—Pero no lo estás haciendo, ¿o sí? No es una decisión que hayas tomado por tu propia y libre voluntad. No eres tú quien ha elegido enfrentar tus sentimientos de odio y rabia. Te han incitado a hacerlo, y eso, en sí mismo, significa que no es el momento adecuado.

Kim aceptó esas palabras. Eran suficientemente veraces. Pero la decisión estaba tomada.

Bryant seguía esperando una respuesta a la pregunta original.

Ella negó con la cabeza.

—La respuesta es no.

Él suspiró y, al llegar al límite del camino de entrada, de espaldas, agitó la mano en señal de despedida.

Todo lo que Bryant había dicho tenía sentido. Cualquiera que hubiera conocido a Alex le aconsejaría que se mantuviera alejada. Cualquiera que la conociera trataría de insistir.

Y, sí, Kim debía admitir que esa mujer estaba al tanto de todas y cada una de sus debilidades.

Pero tenía que creer que también conocía las de Alex.

Capítulo treinta y ocho

Volvió a fundirse en las sombras mientras veía salir al colega. ¿Qué estaría haciendo ahí, tan tarde esa noche?

No esperaría mucho tiempo antes de tener una respuesta.

Esta mujer había salvado gente del demonio que le hablaba en la cabeza.

Puedo hacer que quedes limpio.

Puedo hacer que olvides.

Puedo hacer que te reintegres.

Puedo devolverte tu vida.

Sabía que nunca podría escapar a Alexandra Thorne. Quizás algún día pudo hacerlo. Tal vez, si la puta que estaba al otro lado de la calle hubiera hecho el intento de salvarlo, tendría una oportunidad.

Pero el mal lo atrapaba y lo arrojaba a un lado cada vez que convenía a Alexandra Thorne, y él lo permitía. Siempre lo permitiría. Siempre lo había permitido, desde el momento en que ella le cogió la mano, sonrió dentro de su alma y le prometió quitarle el dolor.

Por supuesto, ella nunca tuvo la intención de quitárselo. Él no había sido más que un juguete, un experimento, un método para que Alexandra Thorne probara hasta dónde era capaz de llegar. Para ella, él no había sido otra cosa que un ensayo de sus propias manipulaciones.

Pero, por un tiempo, él había creído.

Había medio matado a un compañero antes de darse cuenta de que no era su tío, de que no estaba en aquel cuartucho.

El compañero simplemente lo había despertado en la oscuridad para liberarlo de la tortura de sus pesadillas. Pero las palabras del

demonio habían sido tan poderosas que él solo había visto un rostro; un rostro que él ya había destruido.

Y, en ese momento, supo que jamás estaría limpio, que jamás se reintegraría, que no se salvaría.

Había habido otras víctimas potenciales del demonio y la zorra de enfrente las había puesto a salvo.

Así que ¿por qué coño no lo había salvado a él?

Capítulo treinta y nueve

Kim apartó la mirada del curioso objeto redondo que tenía sobre el escritorio y se dirigió al despacho principal.

Desde su lugar en el borde del escritorio de reserva, seguía viéndolo con el rabillo del ojo.

¿Quién lo habría dejado junto a la puerta de su casa? ¿Era alguna clase de burla? ¿Sería Alex, con sus juegos mentales? Nadie le dejaba regalos en la entrada.

—Vale, chicos —dijo, y se volvió—, como todos sabéis, tenemos una probable segunda víctima.

Kim fue al tablero que tenía actualizado desde la primera hora; para ella, cinco minutos antes de las seis de la mañana. Había tratado de dormir desesperadamente, pero ese limbo entre la vigilia y el sueño se había llenado de visiones de su madre y Alex. Sin poder encontrar el camino para dejarlas atrás, había llevado a Barney a su carrera matutina poco antes de las cuatro.

—Se llamaba Maxine Wakeman. Una drogadicta empedernida que había estado entrando y saliendo de rehabilitación —dijo Bryant, haciéndola volver a la sala. Ni siquiera era consciente de que había dejado de hablar.

—Tenía veintidós años y era adoptada —añadió Kim—. Bryant y yo hemos hablado con su madre adoptiva, que no la había visto en un largo tiempo. Esta mañana hablaremos con su madre biológica.

—Bonita zona —dijo Stacey. Se volvió hacia Bryant y le entregó un papel con la dirección.

—La madre de Maxine es una personalidad de la televisión…, aparentemente —dijo Kim. El nombre no le resultaba conocido—. Aparece en un programa matutino como psiquiatra residente.

—¿Geraldine Hall? —preguntó Dawson. Kim asintió,

sorprendida—. Mi señora la ve todos los días. Bueno, casi todos los días. De verdad, la tía sabe lo que hace.

—Gracias, Kev —dijo Kim.

—No hay ninguna similitud entre las víctimas —dijo Stacey, frunciendo el ceño.

Kim negó con la cabeza. Sentía como si hubiera tenido esta misma conversación quince veces, y, a pesar de todo, la cuestión todavía la perturbaba.

Uno de los aspectos cruciales de toda investigación era descubrir el hilo conductor, lo que las víctimas tenían en común; el denominador que vinculaba un motivo con ciertas víctimas, elegidas aparentemente al azar. El eslabón podía ser un área, un determinado tipo físico, un rango de edad, un grupo socioeconómico, el lugar de trabajo… Cualquier cosa entre cientos. Aun así, a Kim no se le ocurría nada que pudiera vincular a Deanna Brightman con Maxine Wakeman.

—Stace, ¿qué has podido averiguar de los Brightman? —preguntó.

—Tenías razón con respecto a sus ingresos —dijo Stacey—. Hace veintiún años, alguien puso en su cuenta un depósito de seis cifras. Un año antes, Deanna entró en el hospital con un embarazo de siete meses y salió sin él.

—¿Un acuerdo por negligencia médica? —preguntó Kim.

Stacey asintió.

—Eso creo. Sigo tratando de recopilar más…

—No, eso basta —dijo Kim. Era suficiente detalle. Especialmente, si la negligencia también explicaba por qué la pareja no tenía hijos propios—. Sigue tratando de conseguir el número de ese viejo teléfono de Deanna.

Nadie lo tenía: la familia había actualizado los números. Hacía seis años que ella usaba el mismo. Para Kim, el hecho de que eso fuera lo único que faltaba debía tener algún significado.

—Y quiero que te concentres en Jason *Cross*. Quiero saber más de él. Es un mentiroso y se pone muy a la defensiva cuando lo presionas.

Stacey hizo un apunte.

—¿Kev? —preguntó Kim.

—Nada de qué informar, jefa —dijo—. Ayer interrogué a todos

en el Saltwells. Ninguno estuvo en el *pub* la noche en que asesinaron a Maxine Wakeman. También tengo una lista bastante larga de clientes que estuvieron esa noche en el *pub*.

—¿Y? —preguntó Kim, esforzándose por interpretar el estado de ánimo del joven detective.

—Empezaré con algunos de esos nombres. Llevaré conmigo fotos de Maxine, Deanna y el coche, por si alguien reconoce algo.

Kim asintió en señal de que estaba de acuerdo.

—Vale. Muy bien, como sabemos que Maxine Wakeman fue adoptada, ya es hora de que averigüemos qué tiene que decir su madre biológica.

Capítulo cuarenta

Alex despertó y echó un vistazo a la cama de enfrente.

Tanya estaba sentada, con la espalda apoyada en la pared y las sucias zapatillas deportivas colgando por el borde de la cama. Sus pies chocaban entre sí. El peine que tenía en la mano derecha golpeaba la palma de la izquierda mientras la miraba fijamente.

—Buenos días —dijo Alex, con una sonrisa agradable.

Otras personas habrían elegido permanecer despiertas, temiendo por su vida en compañía de la mujer más temida de ese lugar.

Tanya siguió mirando, como si Alex no hubiera dicho nada.

—Buenos días, Tanya —repitió Alex.

—Sabes que te voy a hacer daño, ¿sí? —dijo Tanya con toda claridad.

La psiquiatra se sentó.

—No, no lo harás —dijo con calma.

Se sintió recompensada con el bufido que había llegado a conocer en tan poco tiempo.

—Solo espera…

—¿A qué, Tanya? —preguntó Alex—. Llevo siete horas durmiendo a poco más de medio metro de ti. Si hubieras querido matarme, yo ya estaría muerta —dijo, y miró el peine que la reclusa tenía en la mano.

Alex había pasado varias horas decidiendo qué métodos o técnicas podría usar en Tanya una vez que la tuviera en la celda.

La hipnosis conversacional había sido su forma preferida de manipulación, aunque ella prefería el término *hipnosis encubierta*. Era, básicamente, el arte de inducir a la gente a cambiar de parecer o a ver las cosas a tu manera sin que ni siquiera se dieran cuenta de que estabas influyendo en ellas.

Había comenzado con ese proceso la noche anterior. Le había dicho a Tanya, una y otra vez, «no me vas a lastimar mientras esté durmiendo». Lastimarla era, exactamente lo que Tanya quería, pero había elegido no hacerlo; estaba bajo el control de su propio subconsciente. Las expresiones y la terminología que Alex había empleado aludían a algo, y ahora la reclusa quería saber de qué se trataba. No era lo mismo que la hipnosis ordinaria, que consistía en una sugestión directa. La encubierta funcionaba de manera indirecta.

Entre ambas modalidades había la misma diferencia que hay entre «toma una porción de tarta» y «esta tarta está deliciosa». Se trataba de plantar la semilla de la sugestión, de modo que la decisión de coger una porción de tarta la tomara la propia persona.

—Te escogí por muchas razones; entre ellas, tu inteligencia. No eres una estúpida. Sientes curiosidad por lo que estoy haciendo, como debe ser.

—¿A qué juegas, perra? —preguntó Tanya, entrecerrando los ojos.

—No estoy jugando a nada, te lo aseguro —dijo Alex, y se peinó—. Sé todo de ti.

—Sabes una mierda de…

—Lo sé todo, Tanya. Sé que tu madre murió cuando tenías doce años. Sé que peleaste con uñas y dientes para quedarte con tu hermana de diez años, incluso permaneciendo en el sistema sin ninguna esperanza de tener una casa de acogida ni ser adoptada, porque eran dos. Sé que protegiste a Tina todo lo que pudiste. Y, cuando fuiste lo suficientemente mayor, abandonaste el sistema y la seguiste cuidando. Pero no podías protegerla de todo, ¿o sí?

El peine ya no golpeaba contra la palma. La reclusa tenía la mano izquierda apretada contra los dientes, con los nudillos poniéndose blancos.

—¿Cuántos hombres la violaron esa noche, Tanya? —No hubo respuesta—. Fueron tres, por supuesto, ¿o no? Y tú y tu hermana los matasteis a todos, ¿no fue así?

La mujer seguía con la mirada fija, mientras el odio llenaba sus ojos.

Alex inclinó la cabeza.

—¿Y cuál de vosotras les cortó el pene antes de matarlos?

No hubo respuesta, y Alex no la necesitaba. El hecho de que Tanya y su hermana, Tina, fueran igual de despiadadas le venía suficientemente bien.

—¿Alguna vez averiguaron cuál de ellos fue el padre de Kai, tu sobrino?

Y ahí estaba la siguiente bomba. El solo soltar ese nombre entre ellas lo cambiaba todo. Lo más preciado para Tanya, su hermana y su sobrino, ahora estaban en esa misma habitación. Ya no se trataba solo de ella.

Alex seguía esperando una respuesta. Entre ellas, el aire estaba cargado. Si Tanya tenía intenciones de lanzarse por la habitación para agarrarla de la garganta, este era el momento.

La cólera por todo lo que les había sucedido, a ella y a su hermana, danzaba en esos ojos. La mano seguía bien agarrada del peine.

Alex sonrió.

—Así que lo sé todo, Tanya, pero lo más importante es que sé que tú y tu hermana tuvieron que separarse. Aunque sigues en contacto con ella.

Y esa era una parte vital del plan.

Capítulo cuarenta y uno

—¿Y qué hay del adorno del escritorio? —preguntó Bryant mientras pasaban el desvío hacia Clent Hills.

Tenía que haber sabido que Bryant descubriría el cactus en su despacho.

Otras personas preferían vestir sus escritorios para hacer más hogareño el lugar de trabajo: fotografías, ornamentos, tarjetas motivadoras de plástico con tópicos escritos. Había visto toda clase de objetos personales que, simplemente, no entendía. Era como si, para superar la jornada, las personas necesitaran acordarse de quiénes eran. Si ella tuviera que traer recordatorios de casa, sería una llave de tubo, una golosina para perro y… En realidad, no se le ocurría nada más. Y eso le parecía bien.

—Alguien la dejó en mi puerta —dijo, a modo de explicación. Era más rápido traerla consigo que volver a abrir la casa.

—Bueno, lo que quiero decir es que encaja, si me entiendes. Eres un poco…

—Bryant, no se te ocurra terminar esa frase en horas de trabajo —lo puso bajo advertencia en cuanto entendió la insinuación.

—Es de Gemma —dijo.

—¿Quién diablos es Gemma?

Kim le ofreció un breve resumen de lo que había sucedido en su casa, tras haber estado en la escena criminal de Deanna Brightman.

—Casi no las atraes —dijo él. Bajó la velocidad mientras se aproximaban a la dirección de Middlefield Lane, en Hagley.

Estar de vuelta en el viejo territorio de Alex era desconcertante, y no podía sacudirse la incomodidad de saber que la casa y el despacho de la mujer estaban a solo un kilómetro y medio de donde se encontraban.

Kim apartó ese pensamiento y se concentró en la residencia. Era, con mucho, la casa más grande y lujosa que habían visitado hasta ese día.

—Otra visita a la gente pobre y arruinada de Black *Country* —dijo Bryant.

El muro que rodeaba la casa se elevaba gradualmente. Terminaba en columnas de ladrillo de poco más de dos metros y una puerta doble.

Bryant fue al zaguán y habló al intercomunicador empotrado en la pared. La familia ya había sido informada de la muerte de Maxine Wakeman, así que las puertas empezaron a girar de inmediato.

La casa estaba pintada de blanco. Kim contó once ventanas en el nivel superior. A la izquierda había una amplia cochera.

La campanilla sonó por toda la casa.

Pasaron unos buenos noventa segundos antes de que se oyeran tacones resonar en el suelo de baldosas. Kim supuso que, si estabas en el otro extremo de la casa, ese era el tiempo que tardabas en llegar a la puerta principal.

Finalmente, la puerta se abrió, dejando al descubierto a una mujer de poco más de sesenta años que se esforzaba por dar otra impresión. Se había rellenado los labios y vuelto a estirar la piel de la cara. Kim se acordó de las flores otoñales que había visto en el bosque la tarde anterior. Casi totalmente desarrolladas, pero alargándose para alcanzar el último rayo de sol.

Sin embargo, ese cuello revelaba la edad como los anillos en el interior de un árbol.

El rostro de la mujer era atractivo, aunque estaba maquillado en exceso. El tono del labial era demasiado rojo. Los pantalones azul marinos y la blusa floreada vestían un cuerpo pequeño.

En su muñeca izquierda tintineaban tres finos brazaletes de oro.

Cuando Bryant hizo las presentaciones, Kim notó el aire de propietaria que rodeaba a la mujer.

Esta no era la madre de Maxine, pero era algo de Maxine.

Extendió la mano.

—Soy Amelia Trent, la madre de Geraldine.

Kim tomó en cuenta la conexión con el nombre de la hija, pero no con el de la nieta.

Bryant presentó sus condolencias y entraron en el vestíbulo.

La mujer apenas asintió y señaló el suelo.

—Ah, y, por favor, tengan cuidado con esta baldosa, que acaban de reemplazarla. Han tenido que traerla en avión desde Milán.

Ese vestíbulo, solo de desayuno, se habría tragado entera la planta baja de la casa de Kim, y aún le habría quedado espacio para el postre.

La escalera ascendía en espiral y conducía a un balcón mirador.

—La han traído de Marsella —dijo la mujer cuando notó que Kim contemplaba la lámpara de araña.

—Señora Trent, ¿podemos hablar con su hija? —dijo Kim. No estaban ahí para una visita guiada de la residencia.

—Por supuesto —dijo fríamente. Fue a la izquierda de la escalera.

—No sabía que ser loquero de la tele estuviera tan bien pagado —murmuró Bryant mientras atravesaban un comedor formal completamente dispuesto. Estaban bajo un vértice de cristales que parecía marcar el centro de la casa.

Kim entendía bien a qué se refería su compañero.

—Neeta, ¿dónde estás? —gritó Amelia. No hubo respuesta. Se volvió y puso los ojos en blanco—. Es nueva y todavía se pierde por la casa.

Amelia los guio a un recibidor de aspecto acogedor y cómodo. La alfombra crema cálida contrastaba con el macizo suelo de madera de roble que tenían bajo los pies. Había dos sofás de cuero color caramelo en ángulo recto frente a una chimenea de mármol. Era una habitación para acurrucarse en una noche oscura y fría.

Geraldine Hall los esperaba junto a la ventana, apoyada en la pared. Una segunda mujer estaba apalancada entre cojines en el sofá más próximo al muro. Tenía la pierna izquierda escayolada del muslo al tobillo.

Geraldine Hall era más delgada de lo que parecía en la grabación que Kim había visto la noche anterior. Mucho más delgada.

Sus extremidades eran largas y enjutas; y su rostro atractivo, aunque demacrado, parecía del tamaño equivocado para el resto del cuerpo.

Tenía los ojos rojos y apretaba un pañuelo.

—Mi hija, Geraldine Hall —dijo Amelia, como si estuviera presentando al conferenciante después de la cena—, y su amiga, Belinda Hughes.

Geraldine fue al sofá y puso una mano en el hombro de la mujer.

—Esta es Belinda, mi pareja.

Kim asintió como respuesta a la mujer que sonreía hacia ella.

En la cara de Amelia, cierta leve expresión de molestia quedó disimulada bajo una sonrisa tolerante.

—Y, pronto, esposa —añadió Belinda. Extendió el brazo y cubrió la mano de su compañera.

Sin poder evitarlo, Kim advirtió que la mirada de Amelia iba a la mano que estaba en el hombro y permanecía ahí.

—Estamos aquí por Maxine —dijo Kim, y se sentó.

Los ojos de Geraldine se enrojecieron de inmediato. La mujer quitó la mano del hombro de Belinda y sacó el pañuelo del bolsillo. Se sentó en el borde del sofá.

—Debí haberlo pensado —dijo Amelia. Una mujer de poco más de veinte años apareció en la entrada—. Neeta, ¿dónde has estado? —preguntó con frialdad.

—En el ala de huéspedes…

—No tiene importancia. Por favor, ofrece a nuestros invitados algunos refrescos.

Kim levantó la mano para decir que no.

—Café. Con leche y dos de azúcar, por favor —dijo Bryant, sonriendo a la chica.

—Lo mismo para mí —dijo Geraldine, mientras Belinda movía la cabeza de un lado para el otro.

—Chist, té verde para mi hija —corrigió Amelia. Agitó la mano para alejar a la mujer.

Geraldine abrió la boca para protestar, pero la cerró enseguida.

—¿Cuánto tiempo estuvo en contacto con Maxine? —preguntó Kim.

—Ahora son cuatro años —respondió Geraldine—. Tenía dieciocho y estaba llena de angustia.

—Y de drogas —intervino Amelia.

Kim no le hizo caso.

—¿Y cómo marcharon las cosas? —preguntó.

La sonrisa de Geraldine era triste.

—No muy bien, para ser franca. Fue una sorpresa cuando apareció en la entrada de la casa. Yo no fui precisamente amable…

—Es comprensible —dijo Amelia, frunciendo el ceño—, se supone que una adopción es…

—Ay, siento interrumpir —dijo Belinda, y movió la pierna buena hacia un lado—. Necesito ir al baño, y mis muletas… Amelia, ¿te importaría…?

Amelia lanzó una mirada fulminante a su futura nuera antes de avanzar un poco y ofrecerle el brazo.

Belinda lanzó a su compañera una mirada de complicidad. Se fue renqueando agarrada a la mano de la mujer mayor.

—Continúe, por favor —dijo Kim.

—Nos llevó un tiempo recuperarnos de ese encuentro inicial —dijo Geraldine con franqueza—. Ninguna de las dos parecía saber qué hacer ni cómo actuar; sin embargo, finalmente encontramos el modo de comunicarnos. Para ser franca, no éramos como una madre y una hija. Maxine tenía una madre, pero cada vez estábamos más unidas.

—¿A pesar de las drogas? —preguntó Kim.

—Tal vez, a causa de ellas —respondió Geraldine.

Kim se quedó esperando una explicación.

—Yo tuve problemas con la bebida al empezar mi adolescencia, inspectora. Entiendo las adicciones.

—¿Y usted trató de ayudarla? —preguntó Bryant.

—Por supuesto. Quizás yo no tenía con ella la historia ni la relación de una madre, pero, sin duda, tenía los instintos.

Kim no pudo sino maravillarse con la complejidad de las relaciones humanas; especialmente, con los vínculos entre una madre y su hija. La relación de Geraldine con su propia madre no parecía menos compleja.

La suya era la excepción. No había nada complicado ahí.

—¿Maxine parecía preocupada? —preguntó Kim.

—Inspectora, ella siempre estaba agobiada. Era solo una cuestión de niveles. En algunos sentidos, era muy joven para su edad.

—¿Alguna vez mencionó haber tenido problemas con alguien, haberse sentido amenazada? —preguntó Kim.

Geraldine lo pensó por un momento antes de asentir.

—Era una drogadicta, inspectora. La mayor parte del tiempo pensaba que el mundo entero iba a por ella.

—¿Algo en particular? —presionó Kim—. ¿Alguien que quisiera lastimarla?, ¿enemigos?

Geraldine negó con la cabeza.

—Nunca habló de nada en especial. No sé si llegó a decir algo en su casa.

—Su madre llevaba algún tiempo sin verla —intervino Bryant.

A Geraldine no le molestó que se usara ese término en relación con alguien más. Kim no pudo evitar sentir una reticente admiración por esta mujer, que aceptaba por completo el hecho de que no se había ganado el título de madre.

No veía con ninguna amargura que otra mujer hubiera asumido ese papel.

—No estaba conmigo, por desgracia, o yo la hubiera instado a ponerse en contacto. Maxine hacía esas cosas, ¿lo ve? Al principio, nos ponía una contra la otra. Usted entiende: venía a mí cuando tenía problemas en casa y volvía a casa cuando tenía problemas aquí.

—¿Cuántas veces trató de desintoxicarse? —preguntó Kim.

Geraldine se limpió los ojos.

—Demasiadas, como para llevar la cuenta. A veces, se quedaba uno o dos días; en otras ocasiones, se quedaba un par de semanas; una o dos veces estuvo a punto de completar el programa.

—¿Y ustedes seguían intentándolo? —preguntó Bryant, incrédulo.

—Por supuesto. Solo tiene que funcionar una vez.

A Kim, esa visión le pareció un tanto simplista.

Neeta llegó con una bandeja y la colocó sobre la mesita de café.

Geraldine le dio las gracias.

—Así que ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que la vio?

—Siete semanas —dijo, y su mirada se posó en el suelo.

Kim pudo percibir de inmediato cómo aumentaba su tristeza. La mujer sabía exactamente cuántas semanas; probablemente, cuántos días, y, quizás, incluso cuántas horas.

—Tuvimos una pelea —suspiró Geraldine sin levantar la mirada.

—¿Sobre qué?

Geraldine empezó a sacudir la cabeza mientras el color inundaba sus mejillas.

—Por favor, necesitamos saberlo —la urgió Kim con suavidad.

Geraldine cogió la taza de la bandeja. Si Bryant se dio cuenta de que le había cogido su bebida, en vez de la que le habían traído a ella, prefirió no decir nada.

—Maxine me preguntó si me avergonzaba de ella.

—¿Y sí? —preguntó Kim sin malicia.

Geraldine negó con la cabeza.

—No, en absoluto. Pero ella quería saber por qué aún no había conocido a ninguno de mis amigos. Quería visitarme en el estudio.

«Es comprensible», pensó Kim.

—Le dije que no, y entonces tuvimos una gran discusión. Pensé que nuestro desahogo había llegado a su culminación, pero entonces pasaron semanas sin que supiera nada de ella.

—¿Por qué le dijo que no? —preguntó Kim.

—Es difícil de explicar, inspectora, pero no tiene nada que ver con estar avergonzada.

—¿Un daño a su figura pública? —preguntó Kim.

Geraldine sonrió con ironía.

—No, eso molesta a otros mucho más que a mí. Todo tenía que ver con el engaño. Tenía que ver con retroceder y explicar a tus amigos y colegas por qué habías dicho que no tenías hijos. Hasta donde yo sabía, la había perdido para siempre, y, según eso, viví mi vida. Ella estaba aquí —dijo, señalando su pecho—, pero jamás soñé que nos encontraríamos. Yo tenía una hija en mi corazón, no en mi cabeza. Renuncié a ese derecho cuando firmé aquellos papeles y la entregué.

En esta mujer había una integridad que Kim respetaba.

Geraldine tragó saliva.

—Solo me alegra que hayamos hecho la paz antes de…, antes de…

—¿Volvió a verla?

Geraldine negó con la cabeza.

—No, no la volví a ver, pero, en un momento dado, empezó a cogerme las llamadas. Finalmente, me las arreglé para darle una explicación y comunicarle lo que había decidido. El momento de su…

—¿Decisión? —preguntó Kim.

Geraldine tomó otro sorbo de café y devolvió la taza a la bandeja cuando oyó a Belinda toser en el pasillo.

—Sí, inspectora, estaba a punto de reconocer a mi hija públicamente.

Capítulo cuarenta y dos

—Bueno, esto ha sido interesante —dijo Bryant cuando se dirigían al coche—. Geraldine es una joven de cuarenta y cuatro, ¿no crees?

—Hay una dinámica extraña ahí dentro —admitió ella—, hablando de control.

—Tú no lo haces tan mal, jefa —dijo él con una sonrisa, y ella enarcó una ceja—. Ni siquiera la dejan tomar café, así que me robó el mío —observó.

—Apenas te lo robó, para ser justos, Bryant. Es una mujer adulta en su propia casa. Ella misma ha permitido esta situación.

—Venga, jefa, las corrientes subterráneas en las familias son un poco más complicadas que eso.

—Y es una psiquiatra. Estoy bastante segura de que eso habría surgido en su formación. Así como la forma más rápida, limpia y eficaz de apuñalar a alguien.

—¿Puedes creer que…?

—Mira, los psiquiatras también son médicos de verdad. Han recibido la misma formación médica antes de decidir en qué área especializarse.

—Pero es la madre de la niña.

Kim se abrochó el cinturón de seguridad.

—Y las madres pueden matar a sus hijos.

Bryant abrió la boca para volver a cerrarla con sabiduría. Se volvió a ella.

—Sí, pero ella, apenas…

—No te atrevas a volver a decir que no parece una asesina. Mira a Ted Bundy. La mitad de los custodios y agentes de policía estaban enamorados de ese tipo.

Él asintió, aceptaba su punto de vista.

—La madre es un poco un cordero vestido…

Kim estuvo de acuerdo. Definitivamente, la mujer trataba de sobreponerse al proceso de envejecimiento y usaba para eso el dinero de su hija.

Una vez más, no era asunto suyo. Sacó el teléfono y llamó a Stacey.

—¿Jefa? —contestó ella.

—Dile a Dawson que Maxine estuvo desaparecida unas cuantas semanas. Necesitamos averiguar dónde estuvo y con quién. Pasó semanas sin que la viera ninguna de las dos madres. —Dudó—. Y a ver qué puedes averiguar del contrato de Geraldine. Quiero saber si hay alguna cláusula que hable de escándalos.

—Me hago cargo, jefa —dijo Stacey antes de que Kim colgara.

—¿A dónde vamos, jefa? —preguntó Bryant mientras las puertas de madera se cerraban tras ellos.

—Dirígete a Wombourne —dijo.

Quería volver a ver a Jason *Cross*. El hombre estaba mintiendo sobre algo; de eso estaba segura, aunque no estaba segura de sobre qué mentía.

Su actitud defensiva, mientras ella lo presionaba, había puesto los instintos de Kim al rojo vivo.

Era hora de averiguar qué sucedía si lo presionaba demasiado.

Capítulo cuarenta y tres

Alex fue avanzando en silencio con la fila de la cena. El menú consistía en pastel de carne. El hecho de que el insípido puré de patata y la carne picada recocida tuvieran un nombre era puramente aspiracional. Los guisantes eran como balas diminutas, en tanto que la salsa era un charco espeso y grasiento. Como de costumbre, comería porque lo necesitaba para sobrevivir.

Al principio, había tratado de engañar sus papilas gustativas imaginándose las ostras y la langosta que disfrutaba de manera habitual. O, incluso, las deliciosas tortillas del restaurante mexicano que estaba en la misma calle que su casa victoriana de Hagley.

Por desgracia, sus papilas gustativas no se dejaban engañar tan fácilmente, así que su goce por la comida había quedado temporalmente suspendido.

Salió de la fila de la cena y buscó un asiento solitario, apartado de los grupos.

Unas cuantas cabezas se volvieron a mirarla, como lo hacían en cada comida. Algunas eran simples miradas de curiosidad. Ella sabía que era distinta a las de ahí, y ellas también lo sabían.

Otras buscaban llamar su atención, inclinando la cabeza hacia un asiento vacío.

No estaba interesada.

La condición humana marcaba una propensión a pertenecer a un grupo. Los grupos se formaban y la gente se sentía más cómoda siendo parte de una colectividad. Los individuos se sentían atraídos hacia personas con ideas afines para vencer por la fuerza de los números.

Ella no.

No era diferente solo por esa razón. Era superior y lo sabía. Su

inteligencia superaba la de todas las camarillas juntas.

Por supuesto, todas la querían integrar en sus pequeños círculos de amistades. Era un activo para cualquier grupo. Podía hacer muchas cosas por ellos, pero ellos no podían hacer nada por ella.

Ya había identificado a la gente de la que podía servirse. No importaba nadie más; eran figurantes en la película, pagados para representar un cuerpo anónimo, como parte de la multitud.

Y, una vez que identificaba a la gente que podía serle útil, se tomaba el tiempo para entender sus debilidades y explotar sus vulnerabilidades.

Desde luego, estar encarcelada limitaba un poco su imaginación, aunque eso simplemente exigía un nivel más alto de creatividad. Ahora bien, el plan había empezado a tomar forma en su mente desde el momento en que se la llevaron esposada desde el borde del canal.

Y siempre había sabido que sus planes incluirían a la inspectora detective Kim Stone.

Desde su primer encuentro, Alex supo que sus vidas estaban entrelazadas.

Había visto la oscuridad y el odio que vivían en su interior. Había visto la cólera que danzaba permanentemente detrás de sus ojos, la expresión impenetrable que a nadie daba la bienvenida.

Su aguda inteligencia brillaba como un faro, y Alex había disfrutado el reto de ponerse a su altura. De vencerla.

Habían jugado la una con la otra, se habían atacado y danzado y, al final, peleado físicamente. Y puede que Kim hubiera ganado la primera batalla, pero la guerra no había hecho más que comenzar.

Así como Alex entendía las fortalezas de la mujer, también conocía sus debilidades, y, a Kim Stone, esas debilidades no la abandonarían nunca. Su dolor estaba tan profundamente arraigado en el pasado que era parte de su esencia. La mantenía de una pieza.

Su negativa a enfrentar los problemas garantizaba que no irían a ningún lado, y eso convenía a Alex perfectamente. La psiquiatra necesitaba el veneno que vivía dentro de Kim, necesitaba aprovecharlo, romper el sello y liberarlo hasta conseguir que corroyera a la persona.

Había soñado muchas veces con su primer encuentro, y Kim no la había decepcionado. Se permitió una sonrisa genuina, y eso era

algo que nunca se permitía.

Los pocos kilos de más le sentaban bien, y esa era la única diferencia. Su pelo negro como cuervo seguía siendo corto y desordenado. Enmarcaba un rostro que era mucho más atractivo de lo que su dueña jamás sabría. La renuencia de esa mujer a realzar con maquillaje alguno de sus rasgos la hacía mucho más atractiva. Su mandíbula fuerte y cuadrada podría haber parecido masculina, pero no lo era; solo servía para sumar intriga a un rostro intenso y complicado.

Su forma de ser no había cambiado, excepto por una cosa que, aunque pequeña, era vital: estaba en guardia, y eso llenaba a Alex de calidez donde debía haber tenido un corazón. Significaba que Kim sabía que había algo que temer, que sus vulnerabilidades estaban expuestas. Si Kim confiara en sus propias defensas, no estaría usando ese blindaje.

Por enésima vez, Alex tuvo que preguntarse cuán cerca había estado, aquel día, a la orilla del canal, de romper el débil asidero que unía a esa mujer con su cordura.

Pero, como con cualquier costra, si rascabas lo suficiente, terminabas por hacerla sangrar.

Alex puso esos deliciosos pensamientos acerca de Kim en la parte favorita de su mente cuando vio a Tanya acercarse al final de la cola de la cena.

Sus compinches estaban en el lugar de costumbre, ocupando toda una mesa en el extremo izquierdo. Habían reservado un asiento en el medio para su líder.

Alex se había sentado en el lugar más alejado, a la derecha, rodeada de asientos vacíos.

Al llegar al final de la fila, Tanya tendría que elegir entre girar a la derecha o a la izquierda.

Alex fijó los ojos en su plato. No tenía ninguna necesidad de mirar.

Tanya giraría a la derecha.

Otro bocado y su compañera de celda ya se estaba acomodando en el asiento de enfrente.

—¿Por qué coño te pusiste a fisgonear a mi hermana? —preguntó, dando rienda suelta a la pregunta que le quemaba el cerebro desde esa mañana.

«Encuentra el punto débil, controla la marioneta», pensó Alex. Para que su plan tuviera éxito, confiaba en su conocimiento de la naturaleza humana, aunque, de vez en cuando, le gustaba sentirse sorprendida.

¿Y qué si Tanya hubiera elegido dar vuelta a la izquierda y sentarse con sus amigas? Alex se habría visto obligada a encontrar otro modo, habría puesto cara al reto.

Por desgracia y por fortuna, en ese lugar no había nadie que significara un desafío para ella.

Una noche en compañía de Tanya no era suficiente para perfeccionar ninguna de sus técnicas de manipulación. Siempre lo había sabido. Para este peón de su tablero, únicamente podía usar el enfoque de la amenaza directa.

—Hay algo que quiero que tu hermana haga para mí —dijo Alex.

Tanya negó con la cabeza.

—Estás hablando conmigo, perra. A ella no la metas.

Alex negó con la cabeza.

—No puede ser. Tú no estás en el lugar correcto. Tiene que ser tu hermana.

—*Nah*, mi hermana no hará nada para nadie, perra. Mantiene la cabeza baja, está cumpliendo su condena, olvídalo.

Por supuesto que la va a cumplir, pensó Alex. Todos y cada uno de los veintitrés años.

—Lo hará —dijo Alex con calma—. Hará exactamente lo que yo quiero que haga, y, además, la instrucción llegará de ti.

Nada como la mano conductora y estimulante de tu hermana mayor, a quien quieres y en quien confías. Un toque extra, aunque vital para su plan.

Tanya cogió su bandeja y se echó hacia atrás.

—No me estás oyendo, perra. Mi hermana se mantendrá alejada de cualquier problema, saldrá y se reunirá con su hijo.

Alex sonrió.

—¿Y dónde se supone que está tu sobrino en este momento, Tanya? Me pregunto si estará sano y salvo.

Los ojos de Tanya ardieron en cuanto la mujer tuvo claro el significado de las palabras de Alex.

—Venga, Tanya —la espoleó—. Llama y averígualo.

Capítulo cuarenta y cuatro

Mientras se acercaban a la casa en Wombourne, Kim se dio cuenta de que la furgoneta rotulada no estaba ahí.

En su lugar había un flamante Golf GTI. La matrícula personalizada, JAC 247, le reveló que se trataba del coche personal de Jason *Cross*. Kim tropezó con la impresión de que era un toque un tanto egoísta para el hombre de una familia tan feliz.

Esta vez, la puerta principal estaba cerrada, lo que les negaba el acceso inmediato, pero desde la parte trasera de la casa llegaba el débil sonido de la radio.

Kim fue a un costado del edificio y se detuvo para atisbar por la ventana de la cocina.

Como presintiendo su presencia, él levantó la vista del diagrama de instrucciones que estaba estudiando. El descontento marcó todos sus rasgos. Echó un vistazo a la puerta y fue hacia allá.

No es muy rápido, pensó Kim, cuando puso un pie en el caos que parecía no haber cambiado nada desde el día anterior.

—Buenos días, señor *Cross* —dijo con amabilidad—. Me alegro de volver a verlo.

Él la fulminó con la mirada.

—Creí que ayer había dejado muy clara mi posición —dijo, y sacó el móvil.

—Tómese la libertad de llamar a su abogado, señor *Cross*. Usted es un hombre increíblemente defensivo para alguien que no ha hecho nada malo ni tiene nada que ocultar.

«Vinimos ayer a tener una conversación muy sencilla que pudo haber terminado ahí. Usted se puso bastante hostil y tuvo la osadía de mentirnos. —Miró hacia su izquierda—. Y, a Bryant, aquí presente, no le gusta que menosprecien su inteligencia. Eso lo llena

de una fogosidad que… No sé si me entiende».

—No les mentí —dijo, con el teléfono todavía en la mano.

—Sí, nos mintió —dijo ella convencida—. Y eso es lo que me preocupa.

—¿En qué les mentí, entonces? —preguntó. Dejó el teléfono sobre una caja que estaba sin abrir.

—Usted se acostó con Deanna, señor *Cross*, cosa que no me preocupa en lo más mínimo, pero sí sus razones para mentir. —Hizo una pausa—. Eso pone a Bryant a pensar si no estará usted ocultando algo más, y, cuando él empieza a indagar…

—Vale, pero solo fue una vez —dijo a regañadientes.

«Punto bueno para mis instintos», pensó Kim, ahora que el hombre finalmente lo había admitido.

Ella no contestó nada y él dejó que el silencio se alargara unos cuantos segundos.

—Lo juro, fue una sola vez —volvió a decir.

Kim seguía sin hablar. El silencio exigía un discurso y no iba a ser suyo. Como si Jason *Cross* fuera a salirse con la suya con ese nivel de detalle después de semejante confesión.

Él suspiró hondo.

—Fue mientras estaba demoliendo la vieja cocina. Hubo una fuga en el desagüe. Quedé cubierto de agua sucia y desperdicios del fregadero. Deanna insistió en que subiera y me quitara la ropa mientras encontraba algo de su esposo que yo me pudiera poner.

»Me estaba desvistiendo cuando ella entró y simplemente nos quedamos mirando. —Negó con la cabeza—. Ni siquiera recuerdo cómo sucedió, pero hubo uno de esos momentos, y lo siguiente que supe es que estábamos… —Kim seguía sin decir nada. Quería todo.

»Ambos nos dimos cuenta de que había sido un error. Ella no quería que su esposo se enterara. Me dijo veinte veces cuánto lo amaba. Me duché y, cuando salí de la ducha, mi ropa ya estaba lavada y seca. No la volví a ver. Ella me evitó hasta que el trabajo estuvo terminado. Fue su marido quien se hizo cargo de la factura».

Kim se preguntaba si el sujeto era capaz de ver la maldad en lo que acababa de decir. A Mitchell Brightman encargaron la tarea de pagarle al hombre que se había acostado con su esposa.

—No estoy convencida de que haya sido una sola vez. —Kim finalmente había tomado la palabra—. El pelo que hemos

encontrado en el coche va a ser suyo, lo sé.

Él se encogió de hombros.

—No tengo respuesta para eso. Tuvo que haberse quedado en su ropa o algo así, pero esa fue la única vez, lo juro.

Ella se lo quedó mirando un largo minuto antes de dirigirse a Bryant.

—¿Satisfecho por ahora?

Su colega enarcó una ceja.

—Por ahora —dijo.

Tras verle la cara de alivio, Kim pensó que Jason *Cross* se lanzaría a darle un abrazo a Bryant por haber dicho esas dos palabras.

—Vale, señor *Cross*, gracias por su tiempo, y no se aleje demasiado, en caso de que necesitemos hablar otra vez.

El alivio se esfumó.

Kim se encaminó fuera de la cocina y hacia el coche.

—Bien sabes que no nos está diciendo toda la verdad, ¿no es así? —habló Bryant.

—Por supuesto —escupió Kim, como si la hubiera insultado—, pero presionarlo demasiado nos llevaría a un abogado que no nos dejaría acercarnos a él hasta que tuviéramos una coincidencia de ADN.

—Joder, esto es un poco suave, suave de tu parte, después de la conversación de ayer con él, jefa.

No había nada blando en su acercamiento a Jason *Cross*. El tipo estaba ocultando mucho más de lo que compartía. Durante la reunión de ayer, ella había observado sus ademanes. La rigidez en el cuello era reveladora. Cuando estaba incómodo, levantaba ligeramente la barbilla por unos segundos, como si tratara de aclararse la garganta.

Admitir la verdad habría eliminado ese movimiento de cabeza; claro, si no tuviera nada más que esconder. Pero eso no había sucedido. Su barbilla seguía levantándose cada pocos segundos.

No, no había nada suave, nada suave en su enfoque. Se trataba, más bien, de tener todo perfectamente previsto. Eso pensaba Kim mientras su teléfono empezó a sonar.

—¿Stace? —contestó.

En el otro lado de la línea hubo una vacilación que se le encajó

en el estómago.

—¿Stace? —repitió.

—Jefa, quizás quieras volver y aparecer en la comisaría.

—¿Por qué? —preguntó, mirando a Bryant. En la voz de la agente había un elemento de temor que no le gustaba.

—Acaba de salir la edición vespertina del *Dudley Star*. No creo que te vaya a gustar ni un poquito.

Kim cerró los ojos al sentir la tormenta de mierda que se gestaba a su alrededor.

Y tenía una buena idea de dónde había comenzado.

Capítulo cuarenta y cinco

Alex estaba justo en el lado interior de la puerta cuando oyó las pisadas por el pasillo. Contó hacia atrás con los dedos:

Tres, dos, uno.

—Perra, lo mejor será que me digas dónde coño… —gritó Tanya enfurecida. Agarró a Alex por la garganta y la empujó hacia atrás.

Alex gimió cuando su espalda golpeó la puerta del armario. Maldita sea, pensó, y sus ojos comenzaron a humedecerse. Creía que ya habían superado esta parte.

La ira que había visto en Tanya palidecía al lado de la cólera palpitante que podía sentir en la mano que rodeaba su garganta.

—Suéltame o se muere —balbuceó Alex.

La mano cedió, pero no bajó.

—Si dañas un puto pelo de su cabeza, te juro que te…

—Suéltame y podremos hablar —dijo Alex—. Entonces te diré dónde está.

La mano le soltó la garganta.

—Cálmate, Tanya —le indicó Alex, frotándose el cuello—. Nadie le hará daño, siempre y cuando hagas lo que yo te diga. Ahora, siéntate y hablemos de esto tranquilamente.

Tanya retrocedió dos pasos.

—Tranquilízate tú, putísima loca. Secuestraste a mi sobrino y quieres que me calme. Mi tía está desquiciada.

—¿Llamó a la policía?

—Claro que llamó a la jodida…

—¿Y le pediste que cancelara todo como te dije?

La mujer dudó.

—Sí, pero más te vale…

—Tanya, siéntate —indicó Alex mientras se sentaba. No hablaría

mientras la mujer estuviera de pie. Sentadas en la cama, Alex recibiría alguna advertencia en caso de que Tanya hiciera otro intento de golpearla.

Se sentó.

—Tu sobrino no tiene por qué salir lastimado. Lo cuidarán y en una hora estará de vuelta en casa. Esto es una demostración, Tanya. Tienes que entender lo que soy capaz de hacer.

—¿Lo estás devolviendo?

Alex asintió. No estaba en el negocio del secuestro de niños. Era, simplemente, una lección de dominio, una demostración de que ella era quien tenía el poder.

La psiquiatra sentía que la cuestión había quedado zanjada y que era hora de ir al grano.

—¿Cómo conseguiste comunicarte con tu hermana? —preguntó.

—Ya te dije, perra, con un pelo que le toques…

¿Qué, esta mujer no era capaz de avanzar?, pensaba Alex, y se preguntaba por qué estaba tan desesperada por tener el control.

—Mira, Tanya, tienes que entender que mi inteligencia es garantía de que conseguiré lo que quiero. Ya te demostré que, incluso estando aquí dentro, puedo organizar el secuestro de tu sobrino. Mientras más rápido aceptes que yo soy quien controla esta situación, mejor para ti y para él. Quizás hoy esté pasando un día agradable, pero la próxima vez no será…

—Mi primo, Jenson. Él es quien nos visita —dijo en voz baja.

Bien, pensó Alex. La mujer le hablaba como una conspiradora para que los guardias no pudieran escucharla.

—Tienes que hacer que tu primo venga a verte. Él le llevará un mensaje a tu hermana. Es un nombre —dijo Alex.

—¿Un nombre de qué? —preguntó Tanya.

Alex se permitió sonreír.

—Es el nombre de la persona a quien tu hermana va a matar.

Capítulo cuarenta y seis

—¿En qué carajos estabas pensando, Kev? —gritó Kim al joven detective.

Dawson había hecho un alto en el aparcamiento al mismo tiempo que ella y Bryant, después de que Stacey, por instrucciones de Kim, lo citara. Stacey había vuelto a llamarla para leerle el artículo palabra por palabra.

El artículo no era un llamamiento a testigos, aunque la oración estaba ahí, enterrada entre los intentos de vincular los asesinatos de Deanna y Maxine con un negocio de drogas que había salido mal. Se refería al lugar donde había aparecido el coche de Deanna como la «madriguera de las drogas». El artículo de página entera tomaba un refrito del historial preciso del asesinato de Deanna, impreso a principios de esa semana, con titulares que eran exclamaciones sobre prostitución y consumo de drogas. ¿Y quién coño era Bubba *nosequé*?

Para el momento en que Stacey terminó de leer, la furia de Kim se había reducido al rojo vivo, pero, cuando la inspectora vio a Dawson, su cólera volvió a hervir.

Bryant había subido las escaleras y traído a Dawson al extremo más alejado del aparcamiento.

Mientras esperaba una respuesta, Kim puso las manos en las caderas.

—Me preguntaste si debíamos hacer un llamamiento a testigos y te dije que no. Recuerdas esa parte, ¿verdad? ¿El momento en que te dije que no? —dijo furiosa.

Dawson estaba enfrascado en mirar el suelo, mordiéndose el labio por dentro.

—¿Crees que alguna de las dos familias se beneficiará en algo de

esta casquería que se ha escrito? Las connotaciones vinculadas a los nombres de ambas mujeres se quedarán…

—Supuestamente, iba a ser un llamamiento a testigos —explicó de manera poco convincente.

—Vaya, eso iba a ser, sin duda —gritó enfadada—. ¿Tienes una idea de a lo que nos enfrentaremos ahora?

Él pasó el peso de un pie al otro. Kim se descubrió deseando que hubiera un taburete para desobedientes, porque Dawson permanecería en él durante el resto de ese maldito mes.

—¿Cómo carajo ocurrió esto, Kev?

—Fue ese chico —dijo con tono miserable—. El del periódico. Estuvo…

—Espera, ¿de verdad vas a tratar de culpar a un chico que no sabe nada de nada? Qué indigno de ti —dijo ella con disgusto. Dawson había metido la gamba y ella esperaba que lo reconociera.

Él movió la cabeza de un lado al otro y se miró otra vez los zapatos.

—No, jefa, la culpa ha sido mía.

—De cualquier modo, él me trae al pairo. No soy la responsable de sus actos, pero sí de los tuyos. Ayúdame con esto, Kev, ¿qué creíste que estabas haciendo?

—Solo pensé que sería una buena idea llamar a cualquiera que hubiera visto…

—Más tarde veremos cómo de buena era la idea, pero no estoy hablando de eso. Muchas veces hemos estado en desacuerdo y siempre has respetado mis decisiones.

Las manos de Dawson se hundieron hasta el fondo de sus bolsillos. Pateó una piedra.

Y no dijo nada.

Ella soltó un largo suspiro y trató de expulsar lo que quedaba de su furia. Estaba terriblemente decepcionada.

Entre ellos se hizo un silencio de un minuto y medio. Aquí había un problema y tenían que resolverlo.

—Vale, llámame Kim —le indicó ella. Él levantó la cabeza de golpe—. Venga, hazlo. Tutéame y vamos a sacarlo. Aquí, ahora mismo.

Él negó con la cabeza.

—No puedo decirte…

—Sí, sí puedes —insistió ella—. Esta conversación ya se ha apartado tanto de las directrices disciplinarias y del profesionalismo que tendríamos que aprovecharla al máximo. Ahora tutéame —dijo ella, como si le estuviera ofreciendo soltar el primer golpe.

Él desvió la mirada.

—Vale, Kim… —Frunció el ceño—. No puedo…

—Continúa —lo apremió—. En este momento no soy tu jefa, así que sácalo del pecho. Dímelo.

Un coche patrulla giró hacia la comisaría. Los policías miraron en su dirección con los rostros llenos de curiosidad.

—No los mires. Solo dímelo —dijo ella.

—Nunca trabajas conmigo. Siempre es con Bryant —escupió. En su cara apareció la sorpresa, como si no estuviera esperando que eso surgiera de su boca.

Kim estaba menos sorprendida que él.

—No te detengas.

—Es como una conclusión previsible. Estás con Bryant todo el tiempo, así que puedes verlo trabajar. Él logra impresionarte. Stacey siempre se las arregla para salir con los datos milagrosos, en tanto que a mí me toca hacer el trabajo monótono…

—¿Eso es lo que piensas, de verdad? —preguntó Kim. Se sentía, de pronto, como una madre acusada de tener favoritos.

—Tengo la impresión de que no confías en mis decisiones, no crees que pueda dirigir una parte de la investigación. Siento que me apartas a empujones solo para tenerme ocupado.

Kim agitó la cabeza con asombro.

—Aguarda un minuto, antes de que sean las cinco de la tarde y me convierta de nuevo en tu jefa. Te diré la verdad. No se trata de ti, sino de mí. Woody quiere que haga pareja con Bryant. Él tiene las habilidades que me faltan a mí. La gente lo quiere mucho más que a mí. Aporta el control de daños. Reduce la cantidad de quejas que sobre mi comportamiento, actitud y acciones llegan al escritorio de Woody. Y no solo eso, Kev, también funciona para lo que intentamos lograr. —Las cejas de Dawson se juntaron—. ¿Qué fue eso?

«Tienes unas cualidades que no se ven a menudo, y me recuerdas a mí. Tienes la habilidad de analizar rápidamente, con los pies en la tierra. En un instante puedes decidir lo que hay que

seguir y lo que hay que descartar. Eso te hace invaluable en el trabajo de campo, al interrogar a los testigos y seguir las posibles pistas. Es un sentido que nadie te puede enseñar. ¿Sabes a qué me refiero? —Dawson asintió lentamente—. Trabajas por tu propia cuenta porque yo confío… confiaba en ti…».

Él la miró muy serio.

—La he cagado, jefa —dijo.

Ella asintió y suspiró.

—Sí, Kev. De verdad que la cagaste. Bien que la cagaste.

Capítulo cuarenta y siete

Kim se dio cuenta de que Dawson quería decir más, pero se alejó a través del aparcamiento negando con la cabeza. Este no era una un buen momento. Ahora tendrían que afrontar las consecuencias de sus actos.

Dawson sostuvo la puerta abierta para una mujer que venía saliendo del edificio. Primero, Kim la vio de reojo, pero después se volvió para mirarla mejor. Venía con los hombros encorvados y la pálida cabeza rubia inclinada hacia el suelo.

—Sigue adelante —le dijo a Dawson, quien, tras mirar a la mujer, asintió—. Kerry —gritó Kim, y caminó a grandes pasos para alcanzar a la figura que se dirigía a un coche aparcado.

Kerry Hinton se dio la vuelta. Kim notó que su cara había perdido el color, excepto por los anillos rojos que rodeaban sus ojos. Así había lucido, exactamente, la noche del interrogatorio.

Era una esposa de treinta y un años, madre y profesora; la última víctima de Martin Copson.

No hubo sonrisa, pero sí un movimiento de cabeza en señal de que la había reconocido.

—¿Cómo estás? —le preguntó Kim sin poder evitarlo. Era una pregunta tan automática, especialmente si sabía la respuesta.

Kerry simplemente negó con la cabeza. Kim la entendió.

—¿Identificación de sospechosos? —preguntó.

—Sí —exhaló Kerry.

Kim ya sabía que tenían bajo custodia al hombre correcto. La identificación era un mal necesario.

—Esto debió de haber sido duro para ti…

—Duro fue aguantar su pene dentro de mí. Duro fue no haber podido detenerlo. Duro fue tratar de no perder la consciencia

cuando mi cabeza rebotaba contra el suelo.

Kim tragó saliva. Lo sabía. Estuvo sentada junto a Kerry tres horas y media inmediatamente después de los exámenes físicos.

—Duro fue estar tumbada cada noche sabiendo que ese tipo seguía ahí fuera.

—Lo sé.

Kerry frunció el ceño.

—¿Fuiste tú quien lo atrapó? —Kim asintió y la mujer le agarró la mano—. Gracias. Sabía que habías sido tú. Eso debió haberte…

—Si pudimos apresarlo fue gracias a lo que tú tuviste que atravesar, Kerry —dijo Kim con franqueza—. El ataque contra ti fue lo que nos dio su ADN. Tú lo atrapaste, no yo.

Kim podía atribuirse un crédito muy pequeño de cara a lo que esta mujer había soportado, tanto en el ataque mismo como en los sucesos siguientes y, sobre todo, en lo que la esperaba en el tribunal.

—Es muy poco consuelo por lo que has sufrido, pero, gracias a ti, esto no volverá a ocurrir. —Kerry abrió la boca para discutir, pero Kim negó con la cabeza—. Tu valentía lo ha atrapado, Kerry —dijo Kim devolviéndole el apretón en la mano—. Ahora, déjalo aquí, con nosotros. Recupera tu vida. Lo mejor que puedas.

Con un último apretón, Kerry giró y se dirigió hacia su marido, que aguardaba en el coche.

Kim se quedó esperando hasta ver cómo el coche se perdía de vista. Una parte de sí deseaba haber podido hacer algo más. Deseaba haber podido borrar toda la experiencia que Kerry había sufrido, devolverla a la normalidad. Curarla. Pero eso no era posible, y tenía que admitirlo.

Sin decir nada, se dirigió hacia las escaleras y subió a la sala del escuadrón.

Cuando entró en el Tazón, no se sorprendió de ver la luz roja de su teléfono destellando furiosamente. Tenía una idea bastante buena de quién la estaba llamando.

La pasó por alto un minuto. No iba a ir a ningún lado.

Cerró la puerta y se sentó. La luz roja se detuvo por dos segundos y comenzó a destellar otra vez.

Se sentó de espaldas al salón. Esa conversación marcharía mejor sin mirar directamente a Dawson.

Cogió el teléfono.

—Stone —contestó.

—Inspectora, soy Martha. Tengo al comisario detective Baldwin en la línea.

«Por supuesto», pensó Kim mientras murmuraba que había entendido.

Cerró los ojos para prepararse.

—¿Qué demonios está pasando aquí, Stone? —La voz atronó en su oído.

Ella apartó un poco el auricular.

—Señor, ¿podría ser un poco más…?

—No me vengas con jugarretas, no soy el director jefe de detectives Woodward.

«No, por supuesto que no lo es», pensó ella, y abrió los ojos.

—¿Debo suponer que habla del artículo que apareció en el *Dudley Star*? —preguntó.

—A menos que hayas cometido otros pu… errores importantes por aquí.

Kim preguntó por qué, de pronto, Halesowen se había convertido en «por aquí».

—No, que yo sepa —contestó, y se sintió tentada a añadir—: «pero deme tiempo».

—Sabes perfectamente bien que los llamamientos a testigos deben seguir protocolos.

—Lo sé —dijo.

—Sabes que tenemos que coordinarnos con la oficina de prensa para saber qué se puede mencionar y qué no.

—Lo sé —repitió.

—Y también sabes…

—Sí, señor. Sé que ha sido en error brutal —terminó por él.

El que estuviera totalmente de acuerdo iba desactivando lentamente la furia que corría por la línea telefónica. Era difícil mantener semejante nivel de rabia ante alguien que no se defendía.

—Así que ¿quién ha sido el responsable de esto, Stone?

—Mi equipo —contestó, agradecida de no estar viendo la cara de Dawson en ese momento.

—¿Y quién, específicamente? —presionó.

—Mi equipo, señor —repitió.

—Quiero el nombre, Stone.

—Tiene el mío, señor. Es…

—Tu equipo. Sí, lo entiendo. —Hizo una pausa momentánea y, cuando volvió a hablar, su voz era mucho más tranquila—. Entonces, solo explícame cómo ha ocurrido, Stone.

—Fue un error de comunicación, señor —explicó.

—Tiende a suceder mucho contigo, Stone —dijo escuetamente.

Ella no respondió. La tormenta había pasado.

—A partir de este momento, quiero una reunión informativa de los avances todos los días, a las cinco de la tarde, ¿has entendido?

Ella puso los ojos en blanco mientras el hombre la ataba de pies y manos.

—¿Has entendido? —repitió.

—Sí, señor —respondió antes de que él colgara.

Kim siguió con el auricular en la oreja. No tenía ninguna duda de que Dawson estaría observando cada uno de sus movimientos desde la sala del escuadrón, que querría leer la expresión de su rostro en cuanto ella se diera la vuelta.

Pero todavía no estaba dispuesta a que él le viera la cara. Seguía mostrando las señales de haber sido verbalmente azotada por su jefe temporal, que, casualmente, era el jefe de su jefe.

Pero era más que eso. Igual que a Baldwin, su furia se había ido desvaneciendo. Incluso el charco de decepción se había secado, pero quedaba un residuo que dolía como una herida. Una parte de ella había tomado las acciones de Dawson como algo personal, como una traición directa, y necesitaba tiempo para sacarse eso de la cabeza. Ese problema era suyo, no de él.

Respiró varias veces y colgó el auricular. De inmediato, se puso de pie y fue al sala del escuadrón.

—Vale, ¿qué tenemos? —preguntó desde un lado de la cafetera.

—Diecisiete pistas de gente que ha venido aquí y ciento veintiséis llamadas telefónicas —dijo Dawson con voz de arrepentimiento.

Kim se cruzó de brazos y contó mentalmente: tres, dos, uno…

—Dame unas —dijo Bryant.

Las manos de Stacey se extendieron por encima del escritorio, meneando los dedos.

—Y aquí.

Finalmente, Kim también dio un paso adelante.
—Sí, yo también cogeré unas cuantas.

Capítulo cuarenta y ocho

Ruth rio cuando Elenya le leyó la frase por segunda vez.

—No, ahí dice «ruibarbo», no «rubarbo» —explicó, imitando la pronunciación.

—Pero no tiene sentido —dijo Elenya, lo que hizo a Ruth reír más. Frustrada, dejó caer el libro.

Ruth consultó el reloj de pared. Eran las siete y media.

—Nos quedan otros quince minutos antes del cierre. Podemos terminar esta página.

Elenya suspiró con dramatismo y volvió a coger el libro.

Aunque la sensación de malestar no abandonaba a Ruth, sí que la distraía pasar un poco de tiempo con Elenya. Había buscado pistas por todas partes sin encontrar ninguna.

Mientras Elenya volvía a leer, Ruth echó un vistazo por toda la habitación.

—La princesa no sabía que la rana…

Unos cuantos grupos charlaban en la periferia, mientras un par de chicas solitarias leían o simplemente veían la televisión que, silenciosa, colgaba de un soporte en una esquina. El control remoto había desaparecido unas semanas atrás y los guardias no dejaban que nadie se acercara a subir el volumen a mano. «Riesgos para la salud y la seguridad».

—Ella se agachó y besó a la rana… puaj —dijo Elenya.

Pocas veían la televisión cuando tenían la oportunidad de socializar. La mayoría de las prisioneras tenían televisores en las celdas, los que alquilaban por semana a un precio simbólico, para que los contribuyentes no tuvieran que cargar con ello.

—La rana asaltó…

—Saltó —la corrigió Ruth, mientras veía a un grupo de mujeres

reunirse alrededor de una prisionera asiática y bajita que parecía haberse petrificado mientras se estrujaba a sí misma contra la pared. Nadie la tocó. Ruth la vio deslizarse hasta el suelo.

—Guardia —gritó Manny—. La chica se desmayó.

Manny era una de las más rudas de esa cárcel. Se llamaba Amanda, pero prefería que le dijeran Manny. Con su metro ochenta de estatura, nadie se metía con ella.

Dirigía la cocina con puño de hierro.

Ruth ya no estaba escuchando a su compañera leer. La guardia corrió hacia la joven que yacía en el suelo.

—¿Qué palabra es esta? —preguntó Elenya, reclamando su atención.

Ruth miró hacia donde apuntaba el dedo, pero un silbido del aire la sobresaltó.

A su derecha, a su izquierda y detrás habían aparecido sombras. De inmediato, Ruth comprobó si notaba algún dolor; solo que la cosa no era con ella.

La mano de Manny agarraba con fuerza el pelo de Elenya.

—Devuélvelo, puta —dijo Manny, y giró la muñeca otros noventa grados.

—Yo no tengo…

—Cogiste algo. Ahora, devuélvelo de una puta vez y nadie saldrá herido.

Elenya la miraba implorante.

—Pe… Pero… yo no…

Manny volvió a tirar de su pelo y Elenya soltó un leve grito. Ruth miró al guardia que atendía a la chica en el suelo. Trató de ponerse de pie. Podía hacer el intento de llamar la atención de la guardia. Una mano firme la cogió del hombro y la empujó hacia abajo.

—Esto aún no tiene que ver contigo, cariño, pero podría —dijo Manny, amenazadora.

Ruth miró a su amiga. Las lágrimas brotaban de las comisuras de sus ojos, aunque los tenía cerrados por el dolor.

—Elenya —dijo Ruth.

Elenya negó con la cabeza.

—Te juro que yo no cogí…

Ruth le creía. Elenya llevaba meses esperando a que le dieran un

puesto en la cocina. No se arriesgaría haciendo algo tan descaradamente estúpido.

Ruth no hacía otra cosa que mirar con sorpresa cómo podía cambiar la atmósfera. Un minuto antes, ella y Elenya estaban ocupadas con sus propios asuntos, riendo en la periferia, y ahora eran la atracción principal. El terror que las rodeaba podía tocarse. Nunca podías olvidar dónde estabas. Ni por un minuto.

—Te lo juro, yo no fui —gritó Elenya desesperada. Trataba de sacudir la cabeza, pero el apretón de Manny era muy fuerte.

—Señoritas, ¿está todo bien por aquí? —preguntó la guardia. El volumen de su voz iba en aumento, lo que reveló a Ruth que se dirigía a ellas, a pesar de que no podía ver más allá del grupo de matonas. La que tenía más cerca miró a Manny a la espera de instrucciones.

—Voy a averiguarlo, perra —susurró Manny antes de soltarle el pelo y golpearla con fuerza en la nuca.

—Todo está bien, agente —dijo Manny con voz melodiosa. La pared de matonas se dispersó.

La guardia miró a Elenya. Esta, con los ojos aún rojos y húmedos, asintió rápidamente. La guardia la miró otra vez y vaciló antes de asentir de conformidad.

De alguna manera, asentir parecía un error. De todos modos, no estaba segura de qué opción le quedaba.

La custodia les dedicó otra mirada. No era estúpida; era consciente de que algo había ocurrido, pero, si ninguna estaba dispuesta a hablar, poco se podía hacer.

Mientras la guardia iba alejándose, Ruth se preguntaba si alguna especie de sexto sentido le había dicho que algo así estaba a punto de ocurrir, que esta era la razón de su creciente ansiedad a lo largo de la semana. Ahora, la ansiedad se disolvería.

Eso esperaba.

Capítulo cuarenta y nueve

Barney se terminó la comida nocturna y la miró en busca de instrucciones. La mayoría de las noches, ella ya se habría cambiado y estaría dirigiéndose al garaje, pero ahora no estaba segura.

Casi siempre, el surtido de piezas de motocicleta ahuyentaba su mente del caso en que estaba trabajando. El rompecabezas de las partes sustituía el rompecabezas mental.

Dos cosas la seguían preocupando: la completa disparidad de las víctimas y la aparente ausencia de emociones en los ataques.

La habían hecho acudir a escenas criminales donde la furia era palpable, donde el número de las heridas, sus diferentes profundidades y longitudes denotaban el frenesí. En otras, se había herido con lentitud, premeditación y precisión, con tal de prolongar el disfrute. A veces, el lugar de la herida, alrededor de los genitales, era una pista en sí mismo. Pero este asesino no les daba nada. Una sola puñalada en cada víctima. No había carácter en esto, era casi banal. El asesino no estaba tratando de comunicarles nada. En esos ataques no había ningún mensaje qué encontrar.

Sus pensamientos se desviaron hacia Dawson, quien probablemente seguía en su escritorio leyendo las numerosas pistas que, a partir de ahora, los perseguirían hasta el final del caso. El volumen se reduciría, pero las llamadas seguirían desviando su atención hasta el día en que se produjeran las detenciones. Con lo que tenían hasta el momento, Kim ni siquiera podía imaginarse cuándo llegaría ese día.

Los primeros pensamientos hacia su colega se diluyeron, aunque no desaparecieron. Todos habían acudido a los teléfonos para ayudarlo, pero, cuando él solicitó que lo dejaran solo, ella, con un movimiento de cabeza, pidió a Bryant y Stacey que lo dejaran en

paz. Esperaba que la lección hubiera quedado bien aprendida.

Y luego estaba Alex.

Por mucho que deseara apartarla de su mente, no se borraban ni la reunión ni el hecho de que la psiquiatra se hubiera entrometido en el asunto de su madre. Las palabras de advertencia de Bryant seguían saltando en su mente como bocados de cómic.

Desde aquel episodio al borde del canal, Kim se había convencido a sí misma de que Alex no la conocía tan bien como pensaba. Sin embargo, esta reunión de veinte minutos había sacudido los cimientos de esa creencia.

No debía sentirse sorprendida con la audacia de la mujer haciéndose pasar por ella para comunicarse con su madre. Su último encuentro le había enseñado que, con Alex, no había fronteras. Lo único que esa mujer consumía eran sus propios deseos y necesidades. Y eso daba pie a otra pregunta: ¿qué más querría Alex de ella? Una vez había tratado de quebrantar a Kim y había fallado. ¿Y, ahora, qué? ¿Y qué tenía su madre que Kim pudiera querer?

—Maldita sea —dijo en voz alta. Porque, a pesar de las incontables advertencias de Bryant, no le quedaba más remedio que averiguarlo.

Capítulo cincuenta

El tipo dio un paso atrás cuando se abrió la puerta de la cochera.

Ella sacó la motocicleta que él había visto hacía apenas una hora. El casco colgaba del manillar. Esta vez, el rostro de la mujer estaba al descubierto. Por un momento, el hombre se quedó transfigurado ante su expresión. Trató de apartar la mirada, pero no pudo. Había en ella una belleza que él no esperaba.

Ella hizo un alto y respiró antes de coger el casco.

Sus movimientos eran indecisos. Él sentía que una fuerza la impelía a avanzar mientras algo la estaba reteniendo.

Pero había más. Algo que traspasaba la distancia entre los dos.

No era visible. Él no podía oírlo, tocarlo ni olerlo, y, de cualquier modo, ahí estaba.

No pudo dejar de mirar a la mujer que pasaba la pierna sobre el asiento y arrancaba la motocicleta de un pisotón.

La motociclista avanzó hasta el fondo de la calle y se detuvo.

Miró hacia un lado y al otro. El corazón del hombre estuvo a punto de detenerse cuando los ojos de ella se posaron en él.

Por un segundo, él creyó que sus miradas se habían encontrado.

Pero no fue así. Ella veía por encima de él, como si él no hubiera estado ahí. Y, de alguna manera, él no existía, nunca había existido.

* * *

Su tío había entrado a su habitación por primera vez cuando él tenía cinco años. Ese era su primer recuerdo real. Todo lo anterior había sido borrado por el terror y la confusión de aquella primera

noche; y, después, todo había quedado coloreado por ese momento.

No recordaba haber tenido una infancia marcada de la misma manera que las de los otros niños. No había navegado por paisajes donde los picos eran las fiestas de cumpleaños y las vacaciones, mientras que los valles eran las derrotas en el fútbol y las decepciones en Navidad.

Desde que tenía cinco años, su tío se metía a su dormitorio para violarlo. Los años posteriores fueron un nubarrón.

Para él, lo único claro era el abuso. Se había convertido en su todo. Su infancia pasó en una larga y tediosa cuenta desde la primera vez que aquello ocurrió; la primera vez que lloró hasta el punto de vomitar. La primera vez que pensó en matarse de alguna manera. La primera vez que se dio cuenta de que sus plegarias nunca serían respondidas. Y, finalmente, la primera vez que se dio cuenta de que él mismo podría acabar con esa tortura.

Su duodécimo cumpleaños marcó el cambio, señaló el momento en que él supo lo que tenía que hacer. Fue el día en que se miró en el espejo y se dio cuenta de que ya no tenía los rasgos físicos del pequeño que todavía se acurrucaba en su interior. Casi sin darse cuenta, ya medía más de un metro sesenta y estaba embarneciendo.

El plan había empezado a tomar forma y era asombroso en su sencillez. Él era capaz de detenerlo. Tenía el poder. No le importaban las consecuencias. Nada podía ser peor. Se guardó esta certeza en el corazón hasta la siguiente oportunidad.

Y, cuando esta llegó, él ya estaba listo.

Sacó de debajo de la almohada el cuchillo de cocina.

—No pensarás apuñalarme —se mofó su tío con una sonrisa.

Y sabía que su tío tenía razón. Dejó caer el cuchillo a un lado de esa cama que había sido una cárcel durante siete años. El primer golpe dio en la sien derecha y tumbó de lado al tío.

Ya no quería la velocidad del cuchillo. Quería sentir cada golpe y cada patada. Quería sentir la muerte de ese hombre en la punta de los dedos, porque, entonces, él se enteraría. Sabría, de una vez por todas, que aquello había terminado.

Después, bajó las escaleras y se sentó a esperar. Sus padres, que regresaban del teatro emocionados y sonrojados, entraron a la casa. Ese estado de ánimo los abandonó en cuanto lo vieron sentando en el filo del sofá, con las manos cubiertas de sangre seca.

Les explicó todo. Ellos lo escucharon conmocionados, horrorizados, y, al final, incrédulos. Ni los exámenes médicos invasivos fueron suficientes para convencerlos. Sostenían que su hijo había estado «experimentando» con otros chicos del colegio.

Él siguió muriendo por dentro. Habiendo sido juzgado como un adulto, fue sentenciado a pasar doce años en una institución para menores.

Solamente había tratado de que los abusos terminaran de una vez, pero, por supuesto, eso no había ocurrido. Había perdido todo y, aun así, el final no llegaba.

Hasta que fue a dar a la casa Hardwick: el único lugar donde había podido dormir sin sentir el terror nocturno.

Y, entonces, había conocido a la doctora Thorne: el demonio dentro de su cabeza.

Por supuesto, la inspectora detective no lo había visto. Era una persona inexistente. No era otra cosa que la suma de todo lo malo que le había sucedido a lo largo de los años. En él no había personalidad; ni un me gusta ni un no me gusta; solo un profundo odio por todo.

Incluyendo a Kim Stone.

Capítulo cincuenta y uno

Dawson tachó otro nombre de la lista. Cuatro más y terminaría. De manera cortés, una hora antes había pedido a los demás que se marcharan. Estaba agradecido por su ayuda, pero, mientras el reloj seguía avanzando más allá de la hora de salida, su incomodidad ante los inconvenientes provocados había crecido de manera exponencial. Era su error y a él le correspondía arreglarlo.

No tenía ninguna duda de que seguirían llegando pistas y de que las próximas serían tan inútiles como todas las que había atendido y rechazado.

Su mirada se desvió hacia el Tazón, y la vergüenza volvió a quemarlo por dentro. Sabía que su jefa había sido apaleada por el Súper y, aún así, ella había elegido tragarse todo. La conocía; sabía que ella no habría revelado el nombre de quien había metido la pata. De todo corazón, habría preferido que sí lo hubiera hecho. Contra toda lógica, no le preocupaba la opinión que el Súper tuviera de él; la de su jefa directa era prioritaria, por mucho. Y él no sabía si la herida podría curarse.

En apariencia, ella había sido la de siempre. Había hecho llamadas junto con el resto del equipo, pero faltaba algo; algo se había fracturado: cierta razón que la hacía mirarlo menos mientras hacían su trabajo. Notaba en el rostro de su jefa algo que prefería no ver.

Se le revolvió el estómago de pensar que sabía de qué se trataba.

Soltó un pesado suspiro y cogió el teléfono justo cuando este empezaba a sonar.

—Dawson —contestó.

—Tengo aquí a una mujer que dice que leyó el artículo del *Dudley Star* en línea. Quiere hablar contigo —dijo Jack, el

recepcionista.

«Estupendo, otro visitante», pensó. Esa noche no podría ir a casa.

—Bajo en un minuto —dijo.

Tomó un sorbo de café frío y se dirigió a la puerta. En las escaleras venía pensando en qué pila tendría que archivar esta entrevista una vez terminada.

Tal vez iría a dar a la pila de los «ay, lo lamento, me equivoqué de noche»; o bien, a la pila de «era un Mazda, un Audi o un MR2 en el apartadero». Incluso habían tenido un testigo que insistía en que era un Bentley.

Decir que había aprendido la lección era atenuar las cosas. Estaba sucediendo, exactamente, lo que su jefa había dicho que ocurriría: el llamamiento había traído testigos con mala memoria, en vez de ceñirse a la gente que, según se sabía, había estado en el área.

Puso su clave en la recepción y asintió hacia Jack.

La mujer, de poco más de cincuenta años, tenía la cabeza llena de un ordenado pelo canoso. Vestía de uniforme azul oscuro y zapatillas de plástico gris.

—Soy el sargento detective Dawson. ¿En qué puedo ayudarla?

Ella extendió la mano.

—Soy la señora Lawson, enfermera del hospital privado Colman Hill. Estoy aquí por lo del incidente del domingo por la noche.

Dawson le devolvió el apretón seco y firme.

—¿Vio usted el coche? —preguntó esperanzado.

—No. No vi nada el domingo por la noche —explicó ella. En ese momento, Dawson supo en qué pila aterrizaría este testimonio—. Pero no me hace falta verlo —dijo—. En cuanto leí el artículo supe exactamente de qué coche se trataba.

—¿Cómo? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Es el coche de mis sueños, sargento. Tengo exactamente ese coche en casa, en mi pizarra de deseos. Lo veo todos los días antes de ir al trabajo.

Dawson aún no sabía hacia dónde conduciría esto.

—Así que usted sabe que era un Vauxhall…

—Venga, no era un Vauxhall simplemente, ¿o sí, sargento? —preguntó—. Era un flamante Cascada Elite convertible, con asientos

delanteros calefactados, llantas de aleación de dieciocho pulgadas y programa OnStar. Cuesta alrededor de treinta mil.

Dawson no pudo evitar que una cansada sonrisa se escapara de su boca.

—Le he dicho que es el coche de mis sueños —repitió—, y uno no ve muchos de esos en Colley Gate.

—Así que ¿qué me puede decir, exactamente, señora Lawson? —preguntó con amabilidad.

—Puedo decirle que, por lo general, lo conduce una mujer atractiva de cerca de cincuenta años; pero, lo que es más importante, puedo confirmar que ese coche ha estado aparcado en ese mismo lugar muchas veces.

Dawson ocultó su sorpresa. Este no era un dato que hubiera surgido antes. La noche en la comisaría seguía extendiéndose, pero, esta vez, ya no le importaba.

Un nuevo dato era como una inyección de pura adrenalina.

Esta era una mujer que recordaba detalles.

Sonrió mientras abría la puerta interior.

—Señora Lawson, ¿le importaría seguirme?

Capítulo cincuenta y dos

El edificio no era lo que Kim había supuesto, o esperado, para ser franca.

El camino de grava la había guiado desde la carretera principal, serpenteando a lo largo de cuatrocientos metros entre dos filas de robles nudosos, hasta dejarla al borde de un césped cuidado a la perfección. Había bancos desperdigados por un área que se usaba como campo de bolos. La estrella del espectáculo era una estructura imponente de ladrillo rojo que seguía reteniendo su aspecto dieciochesco, con unas altas y estrechas ventanas formadas por cristales más pequeños.

La casa Bardsley era un ala del centro de cuidados Grantley. Ubicada a seis kilómetros al este del centro de Chester, albergaba a los malhechores dementes. Por fuera no mostraba ningún signo de la locura interior.

Había pequeños grupos desperdigados por los jardines, pero era la casa en sí la que la había dejado sin aliento y con la bilis en el fondo de la garganta.

Detuvo la motocicleta frente a la señal de aparcamiento de visitantes y se quitó el casco.

Lanzó una buena y larga mirada al centro de cuidados que había alojado a su madre durante los últimos veintiocho años. Ahí, en los alrededores de donde vivía su madre, la traición a la memoria de su hermano la quemaba por dentro.

De pronto, recordó el día en que le arrebataron de las manos el cadáver de Mikey.

Lo había tenido agarrado del brazo con fuerza hasta que, suavemente, alguien le fue abriendo los dedos uno por uno. Él llevaba dos días muerto, y, sin embargo, la niña dentro de Kim

seguía esperanzada en que los adultos pudieran salvarlo.

Había gritado cuando lo apartaron de su lado. Aunque el cuerpo del niño ya no tenía el calor de la vida, sino el del radiador, al faltar él, los dedos de Kim se habían sentido despojados. En sus súplicas porque no se lo llevaran, sus gritos de niña de seis años le habían perforado sus propios oídos. Con el sufrimiento del último adiós, aquellos gritos de tortura terminaron por convertirse en sollozos incontrolables.

En ese momento, había deseado morir. Quería ser arrastrada con su hermano y estar juntos eternamente.

Y, entonces, se la había tragado la negrura.

Pasó dos semanas en el hospital hasta que le repusieron la salud. El equipo médico tuvo que trabajar duro para salvar una vida que no quería ser salvada.

Recordaba haber sido tan cercana a Mikey que casi podía tocarlo. Su rostro pálido y atemorizado se vislumbraba en la distancia mientras ella se esforzaba por alcanzarlo, por reunirse con la mitad tierna, amorosa y dulce de sí misma.

Y, hasta la fecha, la cólera, la furia al rojo vivo que la recorría no le daba reposo.

La empujaba por la espalda para expulsarla de la paz que la llamaba como una pesadilla recurrente.

Era la rabia lo que la mantenía viva. Así había sido siempre.

Cuando estuvo bastante fuerte, un desconocido sin rostro, de cabello rubio rizado y sonrisa fatigada, la sacó del hospital.

Tras un corto e impersonal traslado en coche, Kim quedó depositada en el Fairview Hall, a las afueras de Tividale.

La casa infantil era nueva y fea: una funcional losa de hormigón gris que surgía del suelo. Las ventanas diminutas estaban remetidas profundamente en la trama del edificio, como botones de cojín.

Una fundición, a la izquierda, despedía humo gris de día y de noche. A la derecha había una maloliente planta de reciclaje.

El interior no era cálido, ni siquiera bajo el sol de junio.

Tras una breve conversación, la entrega estaba completa.

Bienvenida a casa.

La hicieron caminar por pasillos no muy distintos a los que había dejado atrás, en el hospital, y la depositaron en un dormitorio del segundo piso. Tenía una ventana demasiado alta como para

alcanzarla.

Dos de las camas tenían dueñas. Las mesillas de noche estaban repletas de fotografías, bisutería, un bloc de notas, unas gafas. En la tercera no había nada.

La mujer puso una bolsa sobre la cama. Kim sabía que contenía prendas de ropa.

No sabía de dónde habían salido, pero sí que no eran de ella. Ella no tenía nada.

Se hundió bajo la mano que la tocó en el hombro.

—Te dejo para que te instales —le dijeron.

En ese momento, Kim supo que jamás podría instalarse. Y eso no había cambiado.

Y ahora contemplaba estos alrededores tranquilos, la señal que apuntaba hacia el «parque de los Ciervos». Le costó trabajo tragarse la ironía: a ella la habían depositado en la austeridad funcional de Fairview, en tanto que a su madre la traían aquí para cuidarla en la tranquilidad y grandeza de la casa Bardsley.

Cuando estaba a punto de entrar en la puerta marcada como «Recepción», oyó una voz detrás.

—Hola, ¿puedo ayudarla?

Kim no tuvo que girar para saber que era Lily quien la llamaba, la mujer con la que había hablado por teléfono durante dieciséis años.

A pesar de la traición, mientras se volvía hacia la voz familiar, no pudo evitar que en su rostro se formara una sonrisa.

La mujer llevaba un blusón colorido, que le caía suelto sobre sus generosas proporciones, y unos pantalones negros lisos. Tenía el pelo corto teñido de castaño. De cada una de sus orejas colgaba un pendiente con forma de búho.

«Esta es una mujer hecha para tener nietos», pensó Kim sin poder evitarlo.

Era fácil imaginársela cocinando el almuerzo de cada domingo, empeñosa y hábil, para una horda de niños y bebés.

—Kim Stone —dijo, y le ofreció la mano.

Una lenta sonrisa empezó a dibujarse en la cara de la mujer. No hizo caso a la mano extendida y avanzó hasta envolver a Kim en un abrazo grande y cálido.

—Kim, me alegro tanto de que hayas venido —dijo, y finalmente

se apartó—. Después de todos estos años…

La detective sabía que esas palabras no eran un reproche. Lily llevaba mucho tiempo pidiéndole que la visitara, a lo que ella se había negado rotundamente.

No quería admitir que estaba ahí solo para averiguar si su madre tenía algo que ella pudiera desear.

—Solo he…

—No importa. Ahora estás aquí —dijo con calidez.

Y, ahora que estaba allí, no tenía ni idea de lo que había pensado, de cómo se desarrollaría todo esto. Su plan consistía en llegar, coger lo que quiera que fuera aquello y volver a casa. Los detalles habían sido imprecisos.

¿Cómo tomar algo de una mujer cuya mera existencia había sido una persistente patada en el estómago?

El mero hecho de saber que estaba en esa área le provocaba dolores de mandíbula. Pero quizás no tenía que hacer las cosas personalmente; quizás Lily podía hacerlas por ella.

—Sígueme para que podamos hablar un poco —dijo Lily, y entró en el edificio.

La recepción no era como el vestíbulo de un hospital, sino un área sembrada de cómodos sillones, con algunas mesas diseminadas aquí y allá. Las paredes estaban salpicadas de apacibles acuarelas con paisajes de la región. Sobre la cámara de vigilancia, un altavoz reproducía una suave música de flautas.

Kim hizo un alto y miró alrededor.

—Bonito lugar —dijo en voz baja.

Lily se detuvo junto a ella y siguió su mirada alrededor del vestíbulo.

—Lo fue, hace muchos años. ¿Conoces la historia? —Kim negó con la cabeza—. La casa Bardsley fue construida por la familia Bardsley, que la habitó durante doscientos años. En ese tiempo, hubo siete asesinatos, un suicidio y una maldición según la cual ninguna mujer instalada aquí viviría más allá de su cumpleaños cuarenta.

—La séptima y última generación Bardsley estuvo tonteando con la maldición hasta que la esposa murió por una enfermedad a la tierna edad de treinta y siete años. En 1887 se mudaron a una cabaña de granjeros y donaron la casa al ayuntamiento, con la

creencia de que ese acto caritativo barrería para siempre con la maldición.

Kim no creía en maldiciones, pero esa sí que era una gran historia.

Lily continuó:

—Hoy usamos solo la cuarta parte del edificio. No recibimos más dinero que ninguna otra institución del estado y nos asignan el presupuesto según el número de internos. Nos esforzamos todo lo posible, pero la cláusula de «prohibido vender» en la donación impide que el ayuntamiento reciba beneficios de la venta de los edificios o los terrenos. El señor Bardsley no quiere que ninguna otra familia tenga el mismo destino que la suya.

Kim tenía la esperanza de que su expresión reflejara sus sentimientos. No había ido a hacer un recorrido turístico.

—Ven, charlemos —dijo Lily.

Kim la siguió a lo largo de un pasillo desierto y se detuvo junto a una puerta con código de seguridad.

Un rápido giro a la izquierda y se encontraron en un pequeño despacho con un único escritorio pegado a la pared. No había archivadores, pero sí dos estantes en la pared más larga. Estaban atiborrados de libros de texto y revistas médicas. Algunas listas de turnos con variaciones, rellenadas con bolígrafo rojo, estaban dispersas sobre la mesa.

—Maldita administración —dijo, y las apartó a un lado. Kim se sentó en la silla que estaba a la izquierda del escritorio. Era como una visita médica.

—Así que, ¿qué te ha traído por aquí, Kim? —preguntó Lily, mirándola de frente.

A pesar de la cálida bienvenida, Kim entendía que la prioridad de Lily eran las personas que estaban a su cargo, sus pacientes. Después de años de intentar convencerla para que visitara a su madre, se sentiría naturalmente suspicaz ante esta súbita aparición.

—Las cartas —dijo Kim.

Lily frunció el ceño.

—Ah, sí, estamos tratando de llegar al fondo del asunto. ¿Estás completamente segura de que no las escribiste tú?

Kim enarcó una ceja. Sí, estaba segura.

—Ya no tenemos los sobres, como para comprobar los

matasellos, pero ni yo ni el resto del personal recordamos haber detectado nada sospechoso. ¿Tienes idea de quién ha hecho esto?

—No —dijo Kim de inmediato.

Había pasado demasiadas horas de su vida tratando de explicar la maldad de Alexandra Thorne. No podía soportar la idea de enfrentarse de nuevo a miradas de incredulidad.

—Hay algo que no entiendo: es evidente que las cartas estaban redactadas para provocar un efecto positivo —dijo Lily.

«Vaya, ni siquiera podrías empezar a entender cuán equivocada estás», pensó Kim. Alex sabía que, por el bien de Kim, era imperioso que la madre permaneciera en ese lugar, aunque Kim ahora se estaba enterando de que no era el tipo de institución que había tenido en mente todos esos años.

Vale, quizás no se había imaginado a su madre encadenada a la pared de una mazmorra húmeda, oscura y maloliente, adonde, un par de veces al día, le pasarían deslizando una bandeja de metal. Pero tampoco se había imaginado la grandeza de una casa señorial rodeada de gente genuinamente cariñosa y compasiva.

Kim podía sentir que en los ojos de la mujer persistía la sombra de una duda.

—Nunca le perdonaré lo que hizo, Lily —dijo Kim en voz baja. Hizo un alto para preguntarse por qué esta mujer pensaba que iba a mentir—, pero ¿podré verlas? —preguntó.

Lily negó con la cabeza.

—Si tú no las escribiste, entonces no tienen nada que ver contigo. Son propiedad privada de tu madre.

Kim se preguntaba por la ley de los Derechos Humanos, que daba tanto poder a una perra esquizofrénica y asesina.

Lily se volvió a ella.

—Me parece que te sorprenderías si te encontraras con ella. Ha cambiado de manera tan agradable desde que tus… las cartas empezaron a llegar, que hay dentro de ella una nueva paz.

—No quiero que tenga paz —explotó Kim. Por una sencilla razón, el odio y la furia no eran, en este momento, menos que lo que habían sido entonces: Mikey seguía muerto.

—No puedes hablar en serio —dijo Lily, bajando la voz, esperando, obviamente, que Kim hiciera lo mismo.

Pero no lo hizo.

—Su estado de ánimo no significa nada para mí. No me importa cómo se siente ni qué piensa. Mi único deseo es que esa mujer permanezca aquí hasta el día de su muerte, para que ya no pueda hacerle daño a nadie.

—Pero este ya no es el lugar adecuado para ella —dijo Lily con suavidad.

—Siempre será el lugar adecuado para ella. Lo que no entiendo es, simplemente, cómo puede existir la posibilidad de que salga —dijo Kim, con franqueza, aún arraigada en la incredulidad de que el mundo entero no estuviera de acuerdo con ella—. Has leído su expediente, sabes lo que ha hecho.

Kim leyó la compasión en el rostro de la mujer.

—Claro, sé lo que hizo, pero no puedo permitir que ese conocimiento influya en el nivel de atención que recibe. Otras personas han tomado las decisiones acerca de su crimen y su castigo. Y la enviaron aquí. No está en mí juzgar la equidad del sistema. Mi trabajo es tratar de rehabilitarla y dejarla lista para su reinserción en el…

—Pero ha atacado gente de aquí —dijo Kim enfurecida—. ¿Qué te hace pensar que encajará en la sociedad?

—Kim, tranquilízate. Hace muchos meses que no muestra el menor signo de violencia. Ha sido una paciente modelo.

Kim habría preferido el término *reclusa*.

Lily continuó:

—Creemos en la rehabilitación. No encerramos a la gente y tiramos la llave. Esperamos ayudarlos a mejorar. Si no, el setenta por ciento de lo que hacemos sería una completa pérdida de tiempo. Si no, tendríamos que matarlos tras la sentencia.

Kim prefirió no responder. La idea le sonaba bien.

Lily se inclinó hacia delante.

—Tal vez, si te reunieras con ella, si la vieras por ti misma.

Kim no dijo nada.

Muchas veces había soñado con encontrarse cara a cara con su madre, pero el escenario terminaba siempre con sus manos apretando el cuello de la mujer, exprimiéndole hasta el último aliento.

—¿Alguna vez podrías darle una oportunidad? —preguntó Lily, inclinando la cabeza.

Kim tan solo negó con la cabeza. Mikey había sido todo para ella. No pasaba ni un día sin que se imaginara la vida con él. Perdonar a la mujer que lo había matado reduciría la enormidad del sufrimiento de su hermano y su posterior muerte.

Lily abrió la boca para decir algo más, pero, al ver la expresión de Kim, se contuvo.

Puso las manos sobre las rodillas.

—¿Qué te parece si te muestro el lugar donde está? Podríamos empezar por ahí. No necesitas hablar con ella, si no te apetece.

Kim dudó, pero terminó asintiendo.

Siguió a Lily de regreso por el pasillo hasta salir por la puerta principal, en vez de dirigirse hacia el aparcamiento de grava.

La mujer dobló a la izquierda y caminó a lo largo de la terraza frontal hasta la esquina de la casa.

Había cuatro señoras ocupadas en un pequeño *green* de golf. Un rápido vistazo le dijo a Kim que ninguna de ellas era su madre.

Se volvió a Lily en busca de una aclaración cuando escuchó un sonido que se le metió dentro y envolvió su corazón con un puño de hielo.

La risa era más suave de lo que recordaba, menos maníaca que la que se había estado reproduciendo en su cabeza durante los últimos veintiocho años. Pero la recordaba bien. La había oído cada vez que la maldita conseguía burlarla y acercarse a Mikey. Había aprendido a temer ese sonido. Esa risa significaba que le mujer estaba ganando.

—Tu madre es la que…

—Sé cuál es —dijo Kim sin ninguna emoción.

Sus ojos habían seguido ese sonido que aún la perseguía, hasta conectarlo con una mujer delgada de pantalones de algodón azul pálido y camiseta color cereza.

El pelo negro, que la propia Kim había recibido como un regalo, ya no le llegaba hasta la mitad de los omóplatos. Estaba completamente blanco y terminaba en su nuca.

Kim sintió que la bilis le llegaba a la garganta mientras observaba a su madre hacer un pequeño baile de victoria.

Una risita escapó de Lily, la mujer que tenía a su lado. Kim se daba cuenta de que estaban observando dos imágenes completamente distintas: Lily quería ver a la mujer feliz y relajada,

pero Kim detestaba cada segundo de eso. Cada risa, sonrisa o momento en paz era un insulto a su hermano muerto.

Los pensamientos giraban en su mente a tal velocidad que se preguntó si su cabeza no empezaría a rotar también hasta alejarse volando.

Se obligó a seguir observando a la mujer que se acercaba a una compañera, la que tenía más cerca, para demostrarle el movimiento exacto con que había golpeado la pelota. La vio ponerse a un lado de ella y acomodarle las manos en el palo de golf.

Kim no podía concordar esta figura con la de quien la había esposado, junto con su hermano, a un radiador encendido en medio de un verano sofocante. Esta no podía ser la mujer que había vertido sus propios medicamentos en la bebida de Kim para adormecerla y poder ponerle las manos encima a su hermano.

Las drogas habían sedado a la niña, pero no hasta dejarla inconsciente. Ella se había echado contra la puerta del baño mientras su madre trataba de sacarle el diablo a su hermano.

Al final, había trepado por el pedestal de porcelana hasta ponerle el tapón al lavabo. Con los dos grifos completamente abiertos, había esperado a que el agua se desbordara. Pasó diez minutos llorando de frustración hasta que el señor Randall, el del piso de abajo, subió a denunciar la fuga.

Mikey había llegado hasta ella a trompicones, como un borracho, con el cerebro aún reverberando en la cabeza. Esa noche, Kim había descubierto que podía permanecer despierta con la ayuda de un alfiler.

Se tumbaba a un lado de su hermano, con el alfiler apuntando a su propio brazo. Si llegaba a relajarse, el pinchazo agudo en la carne la despabilaba. Ese día también había aprendido a llevar la cuenta de los tranquilizantes de su madre, tanto por la mañana como por la noche.

Y ahora estaba en este lugar, mirando a una extraña jugar alegremente al golf.

¿De verdad podía hacer esto?, se preguntaba a sí misma. ¿Podía estar tan cerca de esa mujer sin provocarle ningún daño físico? ¿Podía tragarse el odio y la amargura con tal de averiguar qué tenía su madre que ella pudiera querer?

Esta imagen surrealista de su madre jugando al golf y riendo con

sus amigas en los terrenos de una gran finca era casi imposible de soportar. Aun así, por un momento fue capaz de ver la escena a través de los ojos de Lily. Esta descripción, precisamente, era lo que había hecho a Lily opinar que esta mujer podría tener una vida productiva en el exterior. Pero Lily no había conocido a la mujer de antes: la oscuridad de sus ojos, el odio en el rostro cruel y los escupitajos que brotaban de su boca cuando se refería a Mikey con nombres terribles, crueles y horrendos.

Kim miraba fijamente su nuca, deseando que la mujer sintiera todo el odio que la consumía por dentro.

El aliento se le atascó en la garganta cuando la mujer empezó a volverse. Sintió que el corazón se le aceleraba al posar sus ojos en ese rostro que conocía tan bien.

La mirada de la madre se dirigió a Lily. Levantó una mano, pero el movimiento se detuvo a la mitad. De la otra mano cayó el palo de golf.

En los ojos de su madre, Kim percibió el reconocimiento, seguido de la sorpresa.

Por un momento, se enzarzaron exactamente en la misma batalla de toda la vida. Kim sintió que los años se le escapaban mientras los ojos de una y otra permanecían fijos.

Los ojos de la madre se suavizaron con esperanza, ternura, amor.

Y, mientras daba un tímido paso hacia delante, Kim tuvo una certeza absoluta.

Tuviera lo que tuviera su madre, no valía la pena.

Dejó que su rostro reflejara cada molécula de repulsión antes de volverse e irse de ahí.

Capítulo cincuenta y tres

El viaje de vuelta desde Grantley fue un borrón. Kim se sorprendió al encontrarse en Halesowen.

El nuevo rostro de su madre estaba por todos lados. Y esa sonrisa, esa puta sonrisa. ¿Cómo se atrevía a sonreír? ¿Cómo era capaz, siquiera, de tener una sonrisa?

Su mente seguía guardando el mismo último recuerdo de esa mujer, el de cuando Kim tenía seis años.

Estaba junto a la entrada de ese piso alto, con el triunfo brillando en los ojos, después de haberlos dejado encadenados al radiador. Las últimas palabras para los dos habían sido: «Si para matarlo a él tengo que mataros a los dos, eso es lo que haré».

Mientras las horas se alargaban hasta convertirse en días, las pocas galletas secas y la media botella de Coca-Cola habían ido menguando, hasta que ella terminó por ofrecerle todo a Mikey. Sentía cómo, lentamente, la vida abandonaba a su hermano; sabía lo que estaba pasando.

Había pasado las últimas horas contándole a Mikey todo lo que harían cuando fueran rescatados. Le habló de *pizzas* jugosas y helado de fresa y de un parque de atracciones en que se podía tocar el cielo.

Ahorraba las lágrimas para los momentos en que él dormía; se negaba a compartir la desesperación. Durante la cuarta noche, mientras acariciaba el pelo de su hermano, sintió que el último y frágil aliento abandonaba ese cuerpo. Eso fue dos días antes de que finalmente los encontraran.

Hoy no había visto a la mujer que los había abandonado aquel día. Y, sin embargo, sí que la había visto. Su mente no podía conciliar ambas expresiones, porque ahí cabía una sola imagen. Una

segunda era demasiado. No podía sobrellevar otra visión.

Pasó por delante de la comisaría, preguntándose si debía aparecer por ahí, pero su mente se inclinó mejor por Barney. El perro estaría preparándose para su paseo nocturno.

Giró hacia Whistler Road. La calle de cuatrocientos metros de largo tenía terrenos baldíos por un lado y un centro comercial recién construido por el otro. No había barreras de control, así que el sitio actuaba como un imán para las actividades ilícitas en los rincones oscuros, detrás de los comercios.

El coche frente a ella redujo la velocidad, obligándola a frenar bruscamente. Alguien surgió de las sombras y se acercó a la ventanilla del pasajero. Kim vio el mechón de pelo verde y supo de qué se trataba.

Tocó el claxon dos veces. El coche comenzó a alejarse y la cara bajo el pelo verde le dedicó una mirada asesina.

—¿Qué…? —explotó cuando Kim detuvo la motocicleta a un lado de la mujer. No vestía las ropas sugerentes de las trabajadoras nocturnas, pero estaba en el lugar adecuado.

—¿Qué haces? —preguntó Kim.

—Estoy esperando a que mi chófer venga a por mí, zorra. ¿Qué coño parece esto?

—Gracias por la planta —dijo Kim, pasando por alto la actitud. Gemma se la quedó mirando con tristeza—. Espinosa, un cactus. Muy astuta —dijo Kim.

Gemma se encogió de hombros.

—La robé.

Kim ya lo había supuesto.

—De cualquier modo, ha sido un bonito gesto —dijo.

—Sí, venga, tengo modales, ya sabes.

Fuera de las malas palabras, la actitud dramática y los robos, la chica tenía modales, pensó Kim.

—¿Reportaste el atraco? —preguntó la detective.

Ella resopló.

—Sí, claro, al CID, al M15, a la CIA… Ya todos están encima.

Kim soltó una carcajada que sorprendió a las dos. Parte de la tensión abandonó su cuerpo.

—En serio, ¿qué haces aquí? —repitió Kim.

—En serio, estoy viendo si alguno de los buenos señores que

conducen por aquí quiere hacer una contribución para el fondo de mis almuerzos. Intenté montar un micromecenazgo, pero no me lo autorizaron.

—¿No tienes trabajo? —preguntó Kim.

—¿Eres nueva por aquí? —replicó Gemma.

—Hay…

—Esto no está a discusión, zorra. Ahora vete a la mierda y déjame conseguir algo de dinero para comer.

Kim se llevó la mano al bolsillo y sacó un billete de diez libras.

Gemma la miró suspicaz.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada, excepto largarte de esta calle; por esta noche, al menos.

La expresión de la chica se suavizó solo por un segundo, porque se rearmó enseguida. Cogió el billete y se lo metió en el bolsillo.

—Vale. Lo dejo por esta noche.

Kim cogió el casco.

—Y mañana por la noche, alrededor de las siete, habrá algo potencialmente comestible en mi mesa.

Gemma abrió la boca para decir algo.

—Si quieres, ven; si no, no. —Kim se encogió de hombros—. Ya sabes dónde vivo. —Se puso el casco, aceleró la moto y se alejó.

Condujo hasta el final de la calle y dobló a la izquierda. Cien metros más adelante, volvió a doblar a la izquierda. Hizo eso una vez más hasta estar de vuelta en Whistler Road.

Redujo la velocidad y avanzó con lentitud. Podía ver algunas formas en la oscuridad, pero, cuando llegó a la caseta telefónica, respiró aliviada.

La chica del pelo verde se había ido.

Capítulo cincuenta y cuatro

16 de diciembre de 2007

Querido diario:

Sus ojos aleteaban de miedo cuando abrí la puerta. Su pelo no olía igual de bien que ayer, pero, de todos modos, yo no quería repetirme. Había muchas otras partes que explorar. Me recordaba los juegos de ordenador. ¿Quién querría quedarse en el nivel uno?

Hay muchas diferencias con respecto a la chica que vi el lunes. Su rímel de niña grande, que la hacía parecer tan segura y digna, ahora se desparrama desde las pestañas y surca sus mejillas como riachuelos. El labial que se aplicó en secreto después de salir de casa ha desaparecido sin dejar rastro.

La mancha, en las axilas de su camisa de algodón, sigue creciendo. Parece del color de la madera de teca. ¿Cómo es posible?, me pregunto. El sudor no es marrón.

Y, aunque no ha salido del lugar donde la tengo guardada, cierta mugre se siente inevitablemente atraída hacia la tela blanca de su camisa.

Hoy, su camisa ha sido el centro de mi atención. No he podido apartar mis ojos de la plenitud de sus pechos, que se aprietan contra la tela y se delinean con una suculenta claridad. La tela se tensaba mientras, bajo mi mirada, su respiración laboriosa se hacía más y más intensa.

Tragué hondo cuando alargué la mano y sentí la redondez bajo mi palma. Mi cuerpo se sacudió con un disparo eléctrico. Instantáneamente quise saber qué había debajo. ¿Su sujetador sería rosa, de encaje, blanco, virginal, liso?

Esa electricidad instantánea dio paso a un hambre de más. Le abrí la camisa, sin hacer caso a sus ojos suplicantes. No se trataba de ella; se trataba de mí.

Le dije que cerrara los ojos. En ese momento, yo no quería ninguna interacción. Ella no era una persona, sino un objeto inanimado listo para que yo lo explorara.

El sujetador era blanco, brillante contra la camisa mugrienta. Fresco, sin tocar. La tela era lisa, sin encajes ni inútiles lazos decorativos. La carne no se hinchaba más allá de la curva de la tela que bajaba hasta su esternón.

Tuve que tragar mucho para que la saliva no escurriera fuera de mi boca.

Puse las manos en su pecho y apreté, y mi cuerpo se sacudió con más fuerza. Apreté otro poco, sin hacer caso al grito que moría en su garganta.

Fue demasiado. Mi cuerpo se inflamó con la sangre encendida que palpitaba por mis venas. Metí la mano dentro del sujetador y sentí en los dedos la piel flexible. Había un pezón en mi palma.

El éxtasis que me invadió se calmó enseguida, como una explosión menor, dejando un rastro de hambre por una satisfacción más profunda, la de una saciedad que podía obtenerse de una sola manera.

Cogí su pezón entre el pulgar y el índice y apreté.

Con fuerza.

Capítulo cincuenta y cinco

—Vamos, chicos, con entusiasmo, por favor —dijo Kim, aplaudiendo.

Esa mañana, todo su equipo parecía haber llegado arrastrando una pesada carga de plomo. Bryant incluido.

Cada caso era diferente. Se las veían con asesinos que tenían diversos motivos, diferentes prioridades y métodos; sin embargo, algunos casos parecían tambalearse hasta detenerse a la mitad del camino. A veces se necesitaba una nueva perspectiva.

Se situó en el frente de la sala. Esta tendría que ser una reunión informativa distinta.

Nada de dar de comer en la boca. Pensamientos más activos.

—Todos, cambiaros de asiento. Stace en el de Kev, Kev en el de Bryant y Bryant en el de Stace.

Se la quedaron mirando antes de ponerse de pie y moverse por la sala.

Se sentaron, se miraron entre sí, miraron el entorno. Ahora, Stacey veía la parte de atrás de su propio ordenador, en tanto que Bryant tenía enfrente un escritorio muy organizado y Dawson contemplaba el tablero de las fotografías. Miraban a todos lados como si Kim los hubiera dejado caer en otro planeta.

—Vale, recapitulemos. Ayer nos enteramos de que Geraldine estaba a punto de reconocer públicamente que Maxine era su hija.

«Hemos averiguado que su madre es una controladora de concurso. La hija apenas tiene permiso para respirar. Hemos sabido que Jason *Cross* se acostó con Deanna Brightman. Él dice que una sola vez, pero no estoy tan segura. Y ahora ya tenemos los registros telefónicos de toda la familia Brightman».

—Con excepción del viejo teléfono de Deanna —interrumpió

Stacey—. Aun así, ya tengo el maldito número.

Kim frunció el ceño. En realidad, no tenía que haber sido tan difícil. Continuó:

—Seguimos esperando que nos confirmen la coincidencia del ADN del pelo, y ahora, gracias a Kev, hemos sabido que el coche de Deanna había aparcado antes en ese apartadero.

—Tres veces, por lo menos —confirmó Dawson.

—Así que, dado lo que tenemos y, sobre todo, lo que no tenemos, ¿qué sigue, chicos?

Miró a su equipo, que parecía un tanto incómodo en el nuevo entorno.

—Venga —los presionó.

—Tengo que comparar los registros telefónicos para ver si aparece algún número extraño —dijo Stacey.

—Sí —dijo Kim.

Dawson se inclinó hacia delante.

—Tendré que volver a rastrear los paraderos de Maxine en las últimas semanas, conocer su círculo de amistades y ver si hay algún cruce.

Kim asintió. Ahora, él tenía la libertad de retomar esa línea de investigación. El equipo se ocuparía de todos los nuevos testigos cuando estuviera de regreso en las oficinas.

Stacey cogió el bolígrafo de Dawson y lo hizo girar entre sus dedos.

—Una buena idea podría ser escarbar un poco más en Jason *Cross*, a ver si surge algo.

—Suena muy bien, Stace —admitió Kim.

—Debería tener otra conversación con Geraldine, ahora sin su madre —dijo Bryant.

—Absolutamente —dijo Kim.

—Hay que averiguar si otras fuerzas policíacas han tenido algo similar —propuso Dawson.

—Buena, Kev —dijo Kim, y Stacey inclinó un poco la cabeza.

—Epa, chicos, ¿por qué la mayoría de estas sugerencias me añaden trabajo?

Kim sonrió mientras Bryant y Dawson se encogían de hombros.

Estudió a su equipo una vez más. Todos estaban sentados en el filo de la silla, atentos, entusiasmados y ansiosos por comenzar.

—Vale, entonces. Parece que todos sabemos lo que hay que hacer —dijo Kim. Se dirigió hacia la puerta con Bryant detrás.

Sentía que era un día decisivo para el caso. Si esta ostra no se abría hoy, empezaría a pensar que no se abriría nunca.

Capítulo cincuenta y seis

Alex estaba apoyada en la máquina expendedora, observando.

Tanya hablaba muy seriamente con su primo, quien dedicó a Alex un par de vistazos.

Al principio, negaba definitivamente con la cabeza, pero Tanya lo cogió del antebrazo. Él seguía negándose, solo que con menos convicción, hasta que, por fin, mantuvo la cabeza quieta. Y simplemente escuchó.

La miraban con ojos asesinos. Ella ni se inmutaba.

No tenía mucho sentido que Tanya tratara de adoptar una postura moralista. Ella y su hermana no eran ajenas al homicidio. Habían matado a tres hombres, les habían cortado el pene. En comparación, lo que Alex les pedía era un paseo por el parque.

Mientras avanzaba la conversación entre ellos dos, Alex se dejaba embriagar por el cálido sentimiento de triunfo que se estaba gestando en su interior. Iban saliendo adelante todas las hebras de su plan maestro.

Sus pensamientos se desviaron hacia Kim. No podía dejar de preguntarse si ya habría ido a ver a su madre. Era cuestión de tiempo. Y, si ya había ido, ¿habría tenido Kim el valor de hablar con ella? ¿Cómo habría reaccionado al ver a su madre después de tantos años? ¿De qué parte de ella se habría deshecho ya? ¿Cómo de fresco sería el recuerdo de Mikey ahora que ambos habían sido arrastrados hasta la superficie?

¿Seguía pensando en él cada minuto? ¿Despertaba en mitad de la noche sudando, gritando y llorando mientras revivía la tortura de aquellos días?

¿Cómo enfrentaba su cerebro el hecho de que, en unos cuantos días, su madre, su atormentadora, su torturadora caminaría en

libertad?

Todas estas preguntas giraban en su mente mientras disfrutaba de un hecho simple: en sus manos tenía el poder de destrabar el asidero que unía a Kim con la cordura.

Alex había desenmascarado los engaños de Patty. Había descubierto que cada oportunidad de liberación había sido precedida de un episodio violento. Había sabido que Patty hacía eso como el único regalo que podía ofrecer a su hija. Y disfrutaba el hecho de que Kim lo supiera.

Y ahora le había arrebatado ese regalo.

Haciéndose pasar por Kim, había ofrecido a la madre el perdón, la había animado a buscar la libertad bajo palabra, le había asegurado que todo el odio había quedado atrás.

Ah, imaginar las permutaciones de todos esos dañinos pensamientos corriendo dentro de la cabeza de Kim era una delicia casi desmedida.

Pero no bastaba con imaginárselo. Necesitaba volver a ver a la inspectora detective. Necesitaba pinchar el dolor, masajear la angustia.

—¿Qué haces ahora, guarra malvada e insoportable?

Alex fue sacada de su lugar feliz por Natalya Kozlov. Esta pobre mujer la seguía por todos lados como un cachorrito enamorado.

Alex inclinó la cabeza y sonrió hacia la cara de caballo larga y flaca que tenía delante.

—No te pongas celosa, cariño, solo porque ahora tengo otra amiga.

—Tú no tienes amigas —susurró Natalya, y se acercó otro poco —. Destruyes todo lo que tocas.

Lo que Alex vio fueron unos ojos llenos de odio mientras Natalya ponía las manos a uno y otro lado de su cabeza. Fijó los ojos en la piel sobrante que colgaba de esos largos y desgarbados brazos.

—Mira, bonita —la aguijoneó Alex—, nuestro tiempo juntas fue muy especial, pero yo he seguido adelante. He encontrado a alguien que me gusta más que tú. —Se inclinó hacia Natalya—. Y Tanya sí se ducha de vez en cuando.

Arrugó la nariz con desagrado y agachó la cabeza para pasar por debajo del brazo de Natalya.

—Sigue con lo tuyo. Se acabó —dijo, y se dio la vuelta.

—Oye, Alex. Vamos a pasar mucho tiempo aquí. Te voy a matar.

—Ponte en la fila, cariño —dijo Alex al ver que Katie, la guardia, aparecía por ahí.

Natalya se escabulló de la sala.

Algunas personas no sabían cuándo dejar ir algo. Alex había buscado a esa mujer, se había hecho su amiga, la había halagado y había obtenido de ella exactamente lo que necesitaba para luego dejarla atrás. Así de simple.

Su atención volvió a Tanya, que se ponía de pie y se apartaba de la mesa. La mujer vino hacia ella con una cara donde se mezclaban la angustia, la desesperación y la cólera.

Alex inclinó la cabeza, a la espera de las palabras que deseaba escuchar.

—Es un hecho —dijo la otra, y pasó de largo.

Alex sonrió para sí misma. Por supuesto.

Nunca había tenido la menor duda.

Capítulo cincuenta y siete

Stacey envió los dos últimos mensajes de correo electrónico a las corporaciones de Lancashire y Cheshire. Había empezado con las más cercanas, la del Oeste de Mercia y Staffordshire, para luego dirigirse a Derbyshire, Gloucestershire y Warwickshire. Extendió después la petición hacia el norte, el sur y partes de Gales. Si alguna otra fuerza policíaca se había enfrentado a crímenes semejantes, ella se enteraría.

Y, ahora, mientras esperaba una respuesta, extendió los tres juegos de registros telefónicos: el de Deanna y los de los supervivientes de la familia Brightman. Tenía veintiocho días de cada uno.

En el consejo de Dudley, alguien trataba de rastrear el número del segundo teléfono de Deanna, pero Stacey no albergaba grandes esperanzas, puesto que la mujer había transferido ese número a su cuenta personal.

Había hablado con Mitchell Brightman y este le había prometido buscar alguna vieja factura entre las pertenencias de su esposa. De un momento a otro, Stacey recibiría los registros de Maxine Wakeman y su familia; pero, por ahora, debía concentrarse en lo que ya tenía.

En el caso de Sylvie, ocho páginas; en el de Mitchell, doce, y en el de Rebecca, la friolera de veintidós folios.

Stacey empezó con las once de Deanna. Descartó las llamadas del trabajo, entrantes y salientes, así como las de Sylvie, Mitchell y un par de amigas.

Esto la dejó con tres números misteriosos.

De inmediato llamó al primero y escuchó el menú de una compañía de seguros de coches. Lo tachó.

En la segunda llamada le contestó una grabación automática de un servicio de reservas de restaurantes. Tachó el número.

El tercero, el que Deanna había marcado la noche de su muerte, fue a dar directamente a un buzón de voz genérico. Stacey volvió a llamar y el resultado fue idéntico.

Escribió el número en un papel adhesivo que pegó en su ordenador. Quería ver si ese teléfono volvía a saltar en algún otro lado.

Siguió con el de Sylvie y comenzó a subrayar al peluquero, la mejor amiga, la hija y los negocios locales de comida para llevar. Quedaba poco que analizar.

Cogió el de Mitchell y descartó el lugar de trabajo, los amigos y el gimnasio. Terminó con una lista apenas más larga que la de Sylvie. Suprimió los de los amigos compartidos con Deanna, hasta quedarse con cuatro que no tenían coincidencias.

Sin poderlo evitar, Stacey se sentía como pez en el agua mientras interrogaba páginas llenas de datos. Sabía que algunos pensaban que era miedosa para pelear, demasiado asustadiza para salir al campo, pero no era cierto. Esa era la pasión de Dawson; la suya era esta.

Aquí, justo en estos registros telefónicos, había una montaña de datos. Cualquiera de estos números podía tener un significado; cualquier mensaje de texto podría brindarle una pista. Era el pajar proverbial, y ella sabía que ahí había una aguja, en algún lugar, y tenía que encontrarla.

Ya tenía un número renegado adherido a la pantalla del ordenador, un simple número que no parecía encajar con el resto. Quizás no era nada, pero podía ser algo. Desde su punto de vista, podía serlo todo.

Cada vez que se enfrentaba a una tarea como esta, se sentía como si estuviera ante un sólido muro de ladrillos, pero su mente metódica abordaba el problema ladrillo por ladrillo. Dawson recorrería el muro una y otra vez hasta encontrar una pieza rota. Bryant trataría de convencerlo de que se dejara subyugar, en tanto que su jefa, seguramente, trataría de treparlo. Pero Stacey lo diseccionaría, y disfrutaría cada minuto.

De nuevo, alzó la mirada hasta toparse con el número adherido a la pantalla. Era la única llamada que Deanna había recibido la

noche de su asesinato. Tenía que significar algo. De su jefa había aprendido, mucho tiempo atrás, que todo significaba algo. Por alguna razón, este número era importante.

Volvió a concentrarse en la lista de Mitchell, en la página que estaba estudiando. Dos de los cuatro números sobresalientes eran de llamadas hechas durante la noche del asesinato de Deanna.

Uno de los números le resultaba familiar.

Cogió otro juego de registros y frunció el ceño.

Algo destellaba en el pajar y se parecía mucho a una aguja.

Capítulo cincuenta y ocho

—Maldita sea, no es como si estuviéramos tratando de asesinarla, o algo así —se quejó Bryant.

—Alguien podría —dijo Kim después de mostrar las identificaciones por séptima vez. La BBC había pasado muchos años en los estudios de Pebble Mill, pero en 2004 había sido reubicada en un lugar completamente nuevo, el complejo The Mailbox, junto al canal, en el centro de Birmingham.

Habían llamado con antelación y los seguían haciendo pasar por el aro.

—En una gira habríamos entrado más rápido —se lamentó Bryant.

—¿En una qué? —preguntó Kim. Acababan de pedirles que esperaran junto a unas puertas dobles de cristal.

—Puedes inscribirte para venir a echar un vistazo entre los bastidores de algunos platós y tal.

Kim desechó ese dato inútil y se puso a dar golpecitos de impaciencia con el pie.

El programa en que Geraldine aparecía como invitada era una revista de una hora. Salía al aire más o menos al mismo tiempo que el de Jeremy Kyle, dos veces por semana. Durante unos años, los índices de audiencia lo habían tratado mal, pero, ahora, su público leal estaba en crecimiento.

Una joven vino para llevarlos apresuradamente por otro pasillo. A esas alturas, ya les habían dicho tres veces que Geraldine tenía que estar en el plató en menos de quince minutos.

Siguieron a la chica hasta una habitación sin ventanas que era apenas un poco más grande que el Tazón, allá, en la comisaría. Murmuró algo y desapareció.

Había dos sillas giratorias frente a espejos de peluquería bordeados de luces.

Geraldine sonrió por el espejo mientras un hombre delgado y pelirrojo le aplicaba polvo en la frente.

—Pasen, pasen —dijo.

Tanto Kim como Bryant se deslizaron pegados a la pared en dirección de la silla vacía.

—Sentimos interrumpirla en el trabajo —dijo Kim mientras se sentaba a un lado.

—No hay problema —dijo ella. Sus ojos se enrojecieron. Kim pudo notar, reflejado en el rostro de la mujer, cómo su mente llevaba el proceso de asociación hacia los motivos por los que los detectives estaban ahí: Maxine, su hija, seguía muerta—. Haré lo que pueda por ayudarlos.

El artista del maquillaje frunció el ceño ante los ojos de Geraldine. Instantáneamente, cambió de brocha.

—No pensaba venir hoy, pero mi madre pensó que esto podría distraerme.

«Por supuesto», pensó Kim.

—¿Y Belinda?

—Me dijo que yo tomara mi propia decisión, que hiciera lo mejor para mí.

—Solo me preguntaba si usted ha pensado un poco más en los amigos de Maxine. ¿Alguna vez llevó a alguien a que la conociera?, ¿un novio?

Geraldine negó con la cabeza.

Kim prefería el aspecto de la mujer con quien habían estado ayer. Esta tenía el pelo ensortijado, peinado con la pinza y fijado con el atomizador hasta la sumisión. El maquillaje era pesado y denso. Kim estaba segura de que eso podría funcionar ante las cámaras, pero no en la vida real. Ayer, la mujer tenía el aspecto de una madre glamurosa que había perdido a su hija inesperadamente. Hoy parecía una estrella de televisión: pulida, manufacturada.

—No conocí a sus amigos. Me tomó algo de tiempo conseguir que se abriera con respecto a sus relaciones, pero llegué a saber que llevaba más de seis meses sin tener novio.

—¿Hubo alguien en particular con quien se sintiera vinculada durante el período de rehabilitación?

Esta vez, Geraldine sonrió. El maquillador volvió a rezongar y volvió a cambiar de brocha.

—No lo creo, inspectora. Max decía que todos eran unos fracasados. Estaba convencida de que ella era diferente a los drogatas y los majaretas, como solía llamarlos. No creo que haya hecho ninguna amistad duradera allá dentro.

—¿Por qué la entregó? —preguntó Kim a bote pronto.

Esta mujer le tenía un gran amor a esa chica que no había criado. Cada palabra, cada expresión, goteaba afecto. Kim no se habría sentido ofendida si Geraldine la hubiera mandado a ocuparse de sus propios asuntos; por alguna razón, sospechaba que no lo haría.

—Yo tenía veintiséis años y estaba a punto de terminar la carrera de medicina. Empezaría a trabajar largas horas en horarios ridículos. Hacía mucho que el padre se había ido y yo no tenía a nadie más.

—¿Y su madre?

—Ella no quería repetir ese período de su vida. Yo ya había elegido una carrera que no formaba parte del plan maestro de mi madre —dijo Geraldine. No dejaba lugar a dudas de que sabía cuán controladora era la mujer. Se volvió al espejo para mirar de frente a Kim—. Sin embargo, no me arrepiento de mi decisión, inspectora. Su tuviera que volver a hacerlo, lo haría. Maxine tuvo una madre que la amó mucho. —Había tristeza, pero no arrepentimiento.

—Tuvo dos —opinó Kim.

Geraldine sonrió.

—Gracias por eso. Solo espero haber sido, al menos, una amiga.

Kim agradecía cuán abierta y franca había decidido ser con ellos esta mujer.

—¿Y la carrera? —preguntó—, ¿fue todo lo que usted esperaba?

Geraldine sonrió con tristeza.

—No fue un sustituto, si a eso se refiere. Pasé unos cuantos años trabajando en la división de salud mental de Sandwell; otros, en algunas instituciones privadas. Una o dos veces fui consultora de la fiscalía de la corona, hasta que recibí el apoyo de un productor de la BBC, quien pensó que yo tenía los «modales» adecuados para un programa piloto. Y esto es lo que he estado haciendo desde entonces.

Kim se preguntó si *modales* sería una clave de algún tipo para referirse al atractivo y la sensualidad. Geraldine, sin duda, tenía ambos.

El móvil de Kim rompió el silencio que se había hecho en el lugar.

—Bien, pues, muchas gracias —dijo, y presionó el botón.

—¿Sabe?, no puedo quitarme de la cabeza la última conversación —dijo Geraldine en voz tan baja que Kim se preguntó con quién estaría hablando.

Kim le pidió a Stacey que la esperara.

—¿Por qué? —preguntó al reflejo de la mujer en el espejo.

—No le estaba poniendo atención. Era la última vez que hablaba con ella y tenía que colgar el teléfono. Estaba distraída, tensa, preocupada.

El maquillador se rindió por completo cuando Geraldine bajó la cabeza y se quedó con la mirada fija en su regazo.

—Esa conversación sigue reproduciéndose en mi mente una y otra vez. ¿Pasé por alto algo? ¿Hubo una pista? ¿Pudo haber…?

—No puede hacerlo todo usted misma, Geraldine —dijo Kim desde la entrada—. Por lo visto, usted le dio a Maxine todas las oportunidades. Dudo que hubiera habido algo que evitara lo sucedido.

Geraldine asintió ante esas palabras que no significaban nada.

Kim sabía que el arrepentimiento era una de las emociones más destructivas que acompañaban al dolor. Si bien otras emociones se asentarían con el tiempo, el arrepentimiento cortaría siempre como un cuchillo.

Cruzó la puerta, pero hizo un alto y se volvió a Geraldine.

—¿Me permite preguntarle algo? ¿Qué es lo que en ese momento la tenía tan tensa y preocupada?

—Ay, Dios —dijo Geraldine en voz baja—. Acababan de atropellar a Belinda y los médicos no sabían si volvería a caminar, y estábamos a punto de estrenar una nueva cocina.

Capítulo cincuenta y nueve

—Venga, Stace —dijo Kim mientras los guiaban de vuelta al mundo exterior. Escuchó con interés a su colega antes de hablar—. Gracias, Stace. Iremos allá ahora mismo.

—De vuelta a la casa de los Brightman —instruyó a Bryant mientras caminaban hacia el aparcamiento. Había ahí un par de personas que tenían que dar algunas explicaciones.

—Despacio, jefa —dijo Bryant. Ella se detuvo—. Me refiero a tu cerebro. Apenas estoy procesando lo que acabamos de averiguar.

Llegaron al coche. Kim ya movía con impaciencia el tirador de la puerta antes de escuchar el bip revelador del mecanismo de desbloqueo.

Otro par de preguntas habían dejado en claro que la cocina de Geraldine había sido instalada por nada menos que Jason *Cross*. Irían a verlo directamente, si no fuera porque la casa de los Brightman les quedaba de paso.

—Vaya coincidencia que el mismo instalador de cocinas esté relacionado con ambas casas.

Oh, sí. No podía esperar a ver la reacción del tipo ante un interrogatorio en esa línea. Quizás les daría tiempo de soltar una frase completa antes de que Jason *Cross* marcara el teléfono de su abogado.

—Vaya mala suerte la que esta mujer ha tenido últimamente, ¿eh? —comentó Bryant.

Kim lo admitió en silencio. La hija de Geraldine, dada en adopción, había sido asesinada, mientras que la abuela, un producto de *Toddlers and Tiaras*, parecía tan sensible a la situación como un cepillo de dientes. Por otra parte, la pareja de largo plazo de Geraldine había sufrido un terrible accidente.

Aun así, había en esta mujer una gracia silente que Kim no podía dejar de respetar. Había reconocido con integridad que, a pesar de todo, otra mujer había sido para su hija una mejor madre de lo que ella pudo haber sido.

Kim deseó que su propia madre hubiera sentido lo mismo. Quizás Mikey estaría aún con ella; tal vez casado, con familia y…

—Así que ¿qué le dirás a la familia Brightman cuando estemos ahí?

Kim bajó la tapa de la caja rotulada como «lo que pudo haber sido» y volvió a concentrar su atención en lo que acababan de averiguar.

—Vale, cuando estemos ahí, lo que haremos será…

Capítulo sesenta

Anna les abrió la puerta. Parecía sorprendida de verlos.

Se hizo a un lado para dejarlos entrar.

—¿La familia está aquí? —preguntó Kim, señalando el salón con el rostro. Ya se había asegurado de que todas las partes indispensables estuvieran presentes.

—El señor Brightman está en el jardín; Sylvie y Rebecca, en el salón.

Sin decir nada más, Kim se dirigió afuera mientras Bryant entraba en el salón.

El jardín no era tan grande como Kim había esperado; o, probablemente, en los últimos días había empezado a acostumbrarse de más a las casas de los ricos. Se descubrió a sí misma pidiendo a gritos un interrogatorio en una torre de apartamentos.

En la parte más elevada, un patio abarcaba la misma vista que dentro del salón, pero el jardín descendía de tal suerte que, tres pasos más allá, se perdía de vista.

El césped que se extendía ante ella era corto y estaba muy bien cuidado, con tiras de dos tonos. Unos frutales suavizaban el muro de dos metros que rodeaba la propiedad.

Kim encontró a Mitchell Brightman sentado en un asiento de piedra junto a un elaborado estanque de peces. El estanque estaba bordeado de pizarra, costosa y perfectamente colocada, que cubría el revestimiento negro del depósito. De unos surtidores, en uno y otro extremo, caían gotas de agua que generaban burbujas de oxígeno.

Los peces de colores nadaban lánguidamente en el agua cristalina.

Estaba a un metro del hombre y este aún no la oía acercarse.

—¿Señor Brightman?

El hombre levantó la cabeza y le ofreció una sonrisa diluida. Algún día, a ella le gustaría ver esa sonrisa en pleno potencial.

—De todo el jardín, este era el lugar favorito de Deanna —dijo.

Kim se sentó junto a él. Podía entender las razones. La vista estaba en la parte alta; la privacidad, más abajo. Desde este asiento, Deanna habría podido admirar la belleza de la casa o contemplar los sauces llorones y las dedaleras.

Quizás los dos se habían sentado en este lugar al atardecer, a compartir una botella de vino y los sucesos del día. A Kim le gustaba esa idea.

Lamentó tener que interrumpir esa ensoñación y traer al hombre a los horrores del presente.

—Señor Brightman, tengo que preguntarle algo sobre sus registros telefónicos.

¿Era solo su imaginación o la espalda del hombre estaba más rígida? A Kim se le ocurrió que él ya sabía que esta pregunta estaba por venir.

—La noche en que asesinaron a Deanna, su sobrina, Rebecca, lo llamó alrededor de las nueve.

Él asintió sin mirarla.

—Es mi sobrina. No es algo fuera de lo común, ¿o sí?

Kim buscaba una manera discreta de plantear la siguiente pregunta.

—No, desde luego, aunque no hubo más llamadas entre ustedes dos, y no parecen ser muy cercanos, si no le molesta que se lo diga. —En su estómago, las sospechas crecían segundo a segundo.

—Bah, es una adolescente típica. Llama cuando quiere algo —dijo vagamente.

—Pero ¿no lo había llamado antes? —presionó con suavidad. Él se frotó la frente—. ¿Puedo preguntarle por qué lo llamó en domingo por la noche, señor Brightman?

Pareció meditarlo por unos instantes.

—Quería que fuera a recogerla después de un concierto, o algo así. Su madre había salido con unas amigas y el conductor designado no había aparecido.

Demasiados detalles. La primera parte era suficiente. Tantas

descripciones no añadían a su respuesta la validez que él esperaba.

—¿Y lo hizo? —preguntó ella.

—¿Hacer qué?

—¿Ir a por ella después del concierto?

—No, me había tomado un par de copas. Nunca conduzco después de beber.

Kim detestaba muchas cosas, pero, en particular, odiaba que la trataran como a una tonta. Especialmente cuando estaba tratando de encontrar a la persona que había matado a la esposa de este hombre.

Se puso de pie.

—¿Le importaría venir un minuto? Hay algo que debo preguntarles a todos juntos.

Kim se aseguró de entrar a la casa delante del señor Brightman. Cuando llegaron al salón, Bryant, que se volvía hacia ella, le hizo una sutil señal con la mano.

Se percató de que Rebecca, por primera vez, no estaba en el teléfono. Sus dientes inferiores tocaban el labio superior cada pocos segundos.

—Lamento mucho esto —dijo Kim. Pasó la mirada del señor Brightman a su sobrina—, pero, al parecer, hay alguna disparidad en el contenido de la conversación que ustedes dos tuvieron la noche en que murió Deanna.

Sylvie abrió los ojos descomunalmente. Era obvio que ella no sabía nada de esa conversación.

—Hablamos del concierto —repitió Mitchell Brightman con la mirada fija en Rebecca, urgiéndola a mostrarse de acuerdo. La chica tuvo a bien darse cuenta de que había contado una historia diferente. Prefirió no agravar más ese error.

Buscó la orientación de su madre, pero esta no tenía nada que ofrecer. No sabía que habían hablado y que se las habían arreglado para llenar nueve minutos y medio de conversación telefónica, cuando ella nunca los veía intercambiar una sola palabra.

—Señores, no puedo ayudarlos si no me dicen la verdad.

Mitchell Brightman se sentó en silencio.

Los ojos de Rebecca estaban sobre él, curiosos, esperanzados, doloridos.

El hombre bajó la mirada a la alfombra y negó con la cabeza.

Sylvie dio un paso al frente.

—Él es su padre —dijo en voz baja.

Había en eso poca emoción. Era una simple noticia, un dato.

Los ojos de Rebecca no se apartaron de la cabeza de su padre. La chica esperaba… algo.

—Fue una sola vez —dijo Mitchell Brightman.

La expresión abatida de Rebecca revelaba que eso no era lo que ella había esperado escuchar.

Se levantó y salió de la habitación.

Sylvie, que parecía asombrada, corrió tras ella.

Bryant tosió y Mitchell Brightman levantó la cabeza. No había malicia en su rostro, solo tristeza acumulada.

—Siento mucho no haberles dicho la verdad —dijo tajante—. La he negado durante tanto tiempo que esta ha sido una reacción natural.

«Y ella se ha visto obligada a negarlo a usted», pensó Kim, puesto que el instinto natural de la chica también era mentir.

—Supongo que Deanna nunca lo supo.

—No, por Dios. Eso la habría destruido. Usted sabe que no podría…

Kim asintió y las palabras del hombre se perdieron.

Él se puso de pie y fue a la ventana.

—Es todo un tópico: Deanna y yo no nos llevábamos bien y Sylvie estaba ahí. Suena mal, lo lamento, pero es la verdad.

Al parecer, ahora que el hombre se había topado con la verdad, no podía parar de contarla.

—Detesté lo que había hecho desde el momento mismo en que terminó, y también odié a Sylvie. Era bastante malo que yo hubiera traicionado a mi esposa, pero ella había traicionado a su hermana. Sentí que ese acto había despojado a Deanna de las dos personas a quienes más quería y en quienes más confiaba.

»Cuando Sylvie me dijo que estaba embarazada, le rogué que abortara, pero ella se negó. Sin embargo, estuvo de acuerdo en mantener en secreto la identidad del padre de Rebecca.

»No puedo evitarlo. Es mirarla y recordar al grandísimo hijo de puta que fui para hacerle eso a la mujer que amaba… Que amo».

Aunque respetaba su franqueza, la compasión de Kim estaba reservada para la chica que había huido de la habitación.

—¿Y la llamada telefónica? —le preguntó.

—Tanto Sylvie como Rebecca me habían estado pidiendo que le dijera la verdad a Deanna, pero yo me negaba rotundamente. —Se apartó de la ventana, volvió al sofá, y se situó detrás—. Rebecca me amenazó con decírselo a Deanna si yo no lo hacía.

—¿Fue una conversación acalorada?

Él asintió.

—Mucho. Solo terminó cuando le colgué el teléfono. Le dejé muy claro que yo nunca le diría la verdad a mi esposa y que, si ella quería romperle el corazón a su tía, yo no podría impedírselo.

—¿Rebecca amenazó de algún modo a su esposa?

Lo pensó por un segundo.

—No. Más bien, dijo algunas cosas poco amables, pero no hubo amenazas directas, no.

Era una posibilidad que tendría que explorar.

Kim sintió que ya no tenía mucho que ganar en ese momento; sin embargo, se sentía obligada a decir algo más:

—Señor Brightman, le agradezco la sinceridad con que ha expresado sus sentimientos hacia Rebecca, pero debería tener en cuenta algo: nada de esto es culpa de ella.

Él se la quedó mirando por un largo rato y asintió.

Kim salió del salón y se encontró con Anna en el pasillo.

—¿Dónde…?

—Sentada en el patio —dijo Anna, sin perder el paso.

Kim se sintió como una veleta en tiempos inclementes: dentro, fuera, dentro.

Encontró a Rebecca sentada en una silla del patio, con un pie cruzado sobre el otro.

Por el maquillaje de ojos emborronado, supo que había estado llorando.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó.

—Está preparando el té. Eso ayuda, aparentemente. —Dejó ir la vista más allá del jardín.

—Solo quiero irme a casa.

Kim se sentó a su lado y miró en la misma dirección.

—¿Amenazaste a Deanna de algún modo esa noche, durante la llamada telefónica? —le preguntó, simplemente porque tenía que hacerlo.

—No —dijo Rebecca.

—¿Pero sí amagaste con decirle que Mitchell era tu padre?

Ella suspiró.

—Sí, eso dije, pero no lo habría hecho nunca. Lo que yo quería era que él se lo dijera. Y, si hubiera accedido, probablemente le habría pedido que no lo hiciera. No quería lastimar a mi tía. Era una gran mujer. Yo la quería mucho. Solo deseaba que… —Bajó la mirada al suelo—. No, no sé qué deseaba —dijo débilmente.

Kim la entendía.

—Querías que tu padre te reconociera, aunque solo fuera entre vosotros dos.

Ella asintió y miró detrás de Kim para asegurarse de que todavía estuvieran solas.

—Mi madre me lo confesó cuando yo tenía doce años, y, de verdad, mejor habría sido que no lo hubiera hecho. Yo era bastante feliz sin saberlo. Ese conocimiento solo me ha traído dolor. Antes de saber la verdad, yo no le ocultaba nada a nadie. Era solo yo. Yo no era la aventura de nadie ni el recordatorio de un engaño; no sabía que, para mi madre, era el símbolo de un hombre que nunca correspondió a su amor.

«A eso me enfrenté cuando ella me lo contó. Me convertí en el secreto sucio de la familia, una parte del encubrimiento, mientras yo solo quería ser una niña. Los tres estábamos mintiéndole a mi tía, y, aunque yo no le habría hecho daño por nada del mundo, algunos días esperaba y rezaba por que todo saliera a la luz con tal de que se acabaran las mentiras».

Kim podía sentir el dolor de la chica. Tanto Sylvie como Mitchell habían convertido unos cuantos instantes de lujuria y pasión en una bolsa de mierda para una niña de doce años.

—Tal y como acabo de decir allí dentro: nada de esto es culpa tuya. Solo dales un poco de tiempo, ¿vale?

Rebecca sonrió con un gesto trémulo. Kim sintió que, a pesar del comportamiento de la niña, las lágrimas nunca estaban lejos de sus ojos.

Habría querido decir algo más, pero Sylvie y el té aparecieron en el mismo instante en que su teléfono empezaba a sonar. Se despidió de ellas y emprendió la marcha hacia el frente de la casa antes de coger la llamada.

—¿Stace?

—Jefa, tal vez quieras volver a ver a Jason *Cross*, a toda leche —dijo Stacey emocionada—. Ya tenemos su ADN. Hace once años fue arrestado y condenado: violación de una menor.

Kim dejó de caminar.

—Continúa.

—Él tenía dieciocho años; la niña, quince. Él dijo que ella había mentido sobre su edad, en tanto que ella alegó que eran novios. Los padres dijeron que eso no les importaba, que su hija era una menor y que los chicos tenían que haberlo sabido.

Kim empezó a caminar otra vez. Sus pies parecían directamente acompasados con la velocidad de los pensamientos que corrían por su cabeza.

—Gracias, Stace, estamos en camino —dijo Kim. En cuanto colgó, Bryant apareció a su lado.

Ella le tendió la mano para coger las llaves.

—Ve diciendo tus plegarias, Bryant, porque me toca conducir.

Capítulo sesenta y uno

Kim trataba de sofocar la ira mientras atravesaba bajo un par de luces amarillas.

—¿Tengo la palabra «idiota» escrita en la cabeza, Bryant? —se quejó—. ¿Por qué la gente cree que puede mentirnos descaradamente y salirse con la suya? ¿Por qué no sacarlo todo a la luz? ¿Por qué no decirnos, simplemente, todo lo relevante para el caso? —Bryant no dijo nada—. ¿Jason *Cross* pensó que no investigaríamos?, ya sabes, ¿que no haríamos nuestro verdadero trabajo? —preguntó. Bryant seguía en silencio—. ¿Y? —lo presionó. Quería que él la acompañara en su enfado.

—Perdona, jefa, pensé que esas cinco interrogaciones eran retóricas.

Kim suspiró sonoramente. A veces, la liviandad de carácter de su compañero la enfurecía. A veces quería verlo explotar.

—Vale. Solo contéstame esta: ¿Cómo se le ocurrió que no lo averiguaríamos? ¿Cómo de estúpidos…?

—Este, ahí vas otra vez —la interrumpió—. Pero, para contestar tu primera pregunta, quizás él no sentía que algo que hizo hace años tendría alguna relevancia en los sucesos de hoy. Y, para ser justos…

—Fue una violación —gritó ella.

—Delito sexual —aclaró él.

—Maldita sea, Bryant. Así no se llama una relación sexual con una persona menor de la edad legal, sea que hubiera consentido la relación o no, por más que pareciera mayor de lo que era. La condena es por estupro.

—Pero sabemos que la relación sexual con Deanna fue consensuada.

Kim se encogió de hombros.

—Tenemos la descripción que él nos hizo de los sucesos de ese día, no la de ella.

—Ella nunca denunció ningún ataque sexual —dijo él.

—Ah, vaya —comentó ella, mordaz—, sabemos bien que todos los delitos sexuales se denuncian, ¿no es así?

—Oye, jefa, ¿sí sabes que el enemigo no soy yo?

—Entonces deja de actuar como si lo fueras —le espetó ella, a pesar de que no era él con quien estaba enfadada.

Los verdaderos culpables de su mal humor no estaban involucrados en este caso, en ningún sentido; pero estaban con ella en ese momento. Tanto su madre como Alex se las arreglaban para llegar a ella desde detrás de las rejas.

Kim guardó silencio y se concentró en no matar gente antes de hablar personalmente con ese hombre.

Se detuvo en una plaza desocupada del camino de entrada. Era obvio que la casa estaba vacía.

—Maldita sea —se enfureció, y golpeó el volante con las dos manos—. ¿Cómo coño vamos a encontrar…?

—Cálmate —le dijo Bryant—. Llama a sus oficinas y pregunta dónde está.

—Son tan jodidamente serviciales como…

—Inténtalo —insistió él.

Kim gruñó y sacó el teléfono. Rebuscó entre los números que había marcado en la semana. Le cogieron la llamada al segundo timbre.

Puso los ojos en blanco mientras esperaba a que terminaran los saludos.

—Necesito saber el paradero de Jason *Cross* —dijo cortante.

Bryant frunció el ceño, gruñó y le arrebató el móvil.

Kim entrecerró los ojos mientras él pedía disculpas de parte suya y solicitaba a la empleada, con toda urbanidad, que lo ayudara a localizar a su jefe. La obvia vacilación de la mujer se encontró con una explicación de cuán urgente era que hablaran con él.

Colgó.

—A veces almuerza en el embalse —dijo Bryant, y le devolvió el teléfono.

—Dato que yo misma habría descubierto si me hubieras

permitido terminar mi conversación —dijo ella. Giró el coche en el espacioso camino de entrada.

Kim aprovechó el recorrido por Amblecote y el paso por el centro comercial Merry Hill para calmarse.

Malditas mujeres, esas dos que traía en la cabeza y que la ponían de mal humor con todo el mundo. Por mucho que tratara de concentrarse en el caso, una porción de su mente seguía persiguiéndolas.

—Gracias —dijo ella en voz baja mientras doblaba hacia el embalse Netherton.

—¿Por qué? —preguntó él, sorprendido.

—Por saber cuándo quedarte callado —le contestó—, y por arrebatarme el móvil —continuó al pasar lentamente frente al pabellón de los vestuarios.

El lugar estaba desierto. Ella sabía que en el embalse se practicaban el esquí acuático, le vela y, a veces, el submarinismo, pero ese día no había ninguna actividad en el lago.

—¿Jefa…? —dijo Bryant cuando, a gran velocidad, un par de cosas le parecieron evidentes.

No había ninguna señal de la furgoneta blanca y un hombre desgarbado corría hacia ellos con un teléfono en la oreja. Los seguía de cerca su *bull terrier*.

Se bajaron del coche al mismo tiempo.

—Ahí —gritó el hombre, sin aliento, señalando el agua. Se quitó el móvil de la oreja y volvió a señalar—. Está ahí. Hace un minuto estaba…

—¿Quién? —preguntó Bryant, aunque Kim no necesitaba ninguna aclaración.

Miró detenidamente la rampa que llevaba hasta el agua. Las ondas se movían en círculos, pero ahí no había nada.

—Un tipo en una furgoneta blanca. Hace un minuto estaba ahí sentado, y después…

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Kim, que ya se dirigía hacia la rampa.

—Un minuto, dos… No sé…

—Pida una ambulancia —le ordenó mientras miraba a Bryant a los ojos.

—Maldita sea —dijo él. Los dos salieron disparados hacia el

agua. Sus chaquetas aterrizaron detrás de ellos, en algún lugar.

El embalse tenía una superficie de sesenta mil metros cuadrados y, en algunos lugares, llegaba hasta los quince metros de profundidad.

Cuando chocaron simultáneamente con la superficie, el agua explotó alrededor de ellos.

Kim dio cinco parpadeos para adaptar sus ojos lo más rápido posible al agua verde y turbia, recién removida, que giraba a su alrededor.

Sabía que no debía estar muy lejos del final de la rampa. Un coche podía hundirse rápidamente: en algún punto entre los treinta segundos y los dos minutos.

Dos brazadas y su mano derecha se encontró con algo de metal. Sabía que estaba tocando la puerta trasera. Una sensación de terror se le formó en la boca del estómago.

Rodeó la furgoneta hasta el frente y se acercó al parabrisas.

Jason *Cross* la miraba sorprendido. En la parte delantera de la furgoneta, el agua le llegaba al cuello. Ella buscó el tirador de la puerta. Él también.

El tipo presionó el anticuado botón de bloqueo y ella pudo sentir en los dedos cómo se activaba el mecanismo.

Kim miró a través del cristal a un Jason *Cross* que negaba con la cabeza.

Maldita sea, no se lo iba a poner fácil.

Luchaba contra la necesidad instintiva de tragar agua.

Salió a la superficie y, tosiendo, expulsó el líquido que tenía en los pulmones.

En sus ojos destellaban estrellas, pero alcanzó a ver la cabeza de Bryant surgir a su izquierda, a tres metros de distancia.

Sabía que se estaban quedando sin tiempo. Jason *Cross* todavía no estaba completamente sumergido.

Según sus cálculos, les quedaban apenas un par de minutos para traerlo a la superficie antes de que fuera inútil.

Pero el cabrón se había encerrado en la furgoneta. Estaba confinado en su propio vehículo, y, aunque pudiera, no haría nada por ayudarla. Si al menos no hubiera bloqueado las malditas puertas.

Un pensamiento la sacudió tan repentinamente que no pudo

compartirlo con su colega.

—Bryant, sígueme —gritó. Entonces inhaló profundamente y se volvió a sumergir. Sus manos, que se esforzaban por abrirse trecho en el agua, tocaron el capó de la furgoneta.

Tal como lo había sospechado, la cabina ya estaba llena de agua. Jason *Cross* tenía los ojos cerrados. El pelo flotaba alrededor de su cara en el agua que se movía ahí dentro.

Mierda. Aunque su plan funcionara, quizás solo serviría para rescatar un cadáver.

Nadó hacia la parte trasera y se prendió del tirador, rezando porque no estuviera bloqueado. Los comerciantes, que estaban todo el día entrando y saliendo de sus furgonetas, no siempre las cerraban con llave antes de conducir.

Tal como lo esperaba, el tirador se movió libremente, pero la puerta no cedió. Sabía, gracias a sus viejas lecciones de física, que, en cuanto el interior estuviera completamente lleno de agua, las puertas podrían abrirse.

Bryant apareció a su lado. Ella le señaló el tirador y asintió para darle a entender que no estaba bloqueado.

Él puso una mano sobre la de ella para tirar juntos; sin embargo, no lograron mover la puerta.

Estaban flotando, así que no podían usar toda su fuerza. Kim apoyó los pies en la furgoneta y se puso de cuclillas. Dobló las rodillas y asentó los pies en el metal como una escaladora. Bryant hizo lo mismo.

Hicieron otro intento y la puerta se abrió.

Kim pudo ver que muchas de las herramientas se habían soltado de las estanterías metálicas que había en un costado y ahora estaban en el suelo de la furgoneta. Apoyándose en el parachoques trasero, se catapultó hacia delante.

Los reposacabezas de los dos asientos delanteros le impedían llegar hasta donde Jason *Cross* yacía inmóvil.

Metió la mano por un lado del asiento y alcanzó a tocar el botón que él había presionado justo delante de ella.

Cuando sus dedos se encontraron con el émbolo de goma, Kim tiró de él hacia arriba.

Los dedos se deslizaron por la goma y el botón se quedó en su sitio. Hizo otro intento, esta vez clavando las uñas, y el botón saltó.

Los pulmones le reventaban el pecho. Sentía como si llevara horas conteniendo la respiración, aunque probablemente no habían pasado más de dos minutos.

La sombra de Bryant ya estaba en la puerta, a la espera, aunque no podría abrirla él solo.

Kim apoyó las suelas de los zapatos en los reposacabezas para impulsarse a través de la puerta trasera.

Nadó hasta donde estaba Bryant, que la esperaba con la mano en el tirador.

Ajustó su posición y sumó su peso al de él.

La puerta se abrió explosivamente al primer intento.

Ella la mantuvo abierta mientras Bryant entraba para hacerse con el cuerpo inerte de Jason *Cross*.

Él se lo echó encima y, moviendo la mano que le quedaba libre, se dirigió con su carga a la superficie.

Kim sabía que el cuerpo de Bryant sentía la misma fatiga que el suyo, pero no permitió que su mente se entretuviera con ese tipo de pensamientos.

Nadaron uno al lado del otro en busca de la superficie.

Las dos cabezas rompieron el agua al mismo tiempo.

Jadearon para tomar aire.

Bryant metió un brazo bajo la barbilla de Jason *Cross* y sumergió la nuca en el agua. Empezó a nadar de espaldas hacia la rampa.

Él no podía ver lo que ella sí.

Contemplando el rostro de Jason *Cross*, Kim supo de inmediato que era la cara de un muerto.

Capítulo sesenta y dos

Kim ayudó a su colega a sacar a Jason *Cross* del agua y arrastrarlo hasta la orilla cubierta de hierba. Inmediatamente después, Bryant se desplomó de espaldas. El esfuerzo de mover el peso de su propio cuerpo sumado al de otro adulto había sido extenuante. Respiraba hondo y con dificultad. Con el dolor contorneando su rostro, cerró los ojos.

—Bryant —gritó ella.

Los ojos del detective se abrieron de golpe solo para notar la urgencia en los de ella.

Asintió para indicarle que estaba bien.

—Los paramédicos están por llegar, amigo —dijo una voz varonil detrás de Bryant.

Ella podía oír las sirenas a la distancia. Al delgado hombre que sostenía la correa del *bull terrier* le hizo una seña de asentimiento.

Kim estaba agradecida, porque a ninguno de los dos le habría sobrado aire para hacer la llamada. Tampoco les quedaba tiempo para esperar a que llegaran.

El hombre que tenía delante estaba muerto.

Con cuidado, metió una mano bajo la barbilla de *Cross* para echar su cabeza hacia atrás y abrir las vías respiratorias. Antes de entrelazar los dedos, rápidamente confirmó que el hombre no respiraba.

Localizó el área del esternón y empujó hacia abajo con el talón de la mano derecha. Empezó a bombear dos veces por segundo, comprimiendo unos cinco o seis centímetros cada vez.

Contó hasta treinta y se detuvo.

Apretó la nariz de *Cross* mientras inhalaba profundamente. Bajó el rostro, selló sus labios con los de él y sopló dentro de su boca

hasta sentir que el pecho se levantaba.

Según sus cálculos, el hombre había estado sumergido durante unos tres o cuatro minutos. Sabía que era una batalla perdida.

Repitió la respiración antes de volver a entrelazar los dedos.

—Jefa, estás perdiendo…

Kim no le hizo caso y volvió a las compresiones, hasta contar otras treinta.

Sus músculos habían empezado a debilitarse a partir de las veintitrés.

—Jefa, no va a…

—Bryant, cállate —gruñó, y volvió a inhalar un gran volumen de aire.

Las sirenas se habían apagado junto a la sede del club, pero ella no podía detenerse mientras no hubiera alguien listo para tomar el relevo.

Todo a su alrededor desapareció cuando convocó cada gramo de su energía para la siguiente ronda de compresiones.

Bloqueó el dolor que le quemaba los músculos de los muslos y los brazos y se concentró en seguir adelante.

Cada compresión era como si le arrancaran pedazos de músculos de los huesos. Sentía los hombros a punto de desplomarse. Bryant se le acercó.

—Jefa, tienes que parar…

—Sí —gritó ella cuando un torrente de agua salió de la boca de Jason *Cross*.

—Madre santa —susurró Bryant al ver que Jason *Cross* estaba tosiendo.

—Me cago en la leche —dijo el hombre del *bull terrier* en el mismo momento en que una ambulancia se detenía a seis metros de ellos.

Kim sintió que todo su cuerpo se llenaba de júbilo. Había sentido la muerte reptar por su piel, bajo sus manos y su boca.

La muerte había reclamado esa vida cada segundo, pero ella la había traído de vuelta. Este cuerpo respiraba otra vez. La sangre corría de nuevo por las venas. Kim había sentido la partida, pero él estaba otra vez con ellos.

Con suavidad, los paramédicos la hicieron a un lado para tomar el control del paciente, cuyos ojos estaban muy abiertos en medio

de una palidez mortal. Estaba bien, el color volvería.

Solo ahora, sentada de nuevo, podía permitir que su cuerpo aceptara la fatiga que había tratado de inmovilizarla.

Bryant se le acercó.

—¿Sabes, jefa?, a veces, tu maldita determinación…

Pero ella no alcanzó a oír las siguientes palabras. En un instante, el mundo se fundió en negros y Kim cayó al suelo.

Capítulo sesenta y tres

Alex admitía que se sentía un poco incómoda. No era una incomodidad que llegara a la molestia, pero había ahí cierto potencial.

Su plan tenía dos partes. Una iba funcionando a la perfección. La otra, no tanto.

Esperaba, a esas alturas, una segunda visita de la inspectora detective. Alex sabía que la necesidad de Kim de enterarse de todo la habría llevado a intentar averiguar qué tenía su madre. Seguramente, a estas alturas Kim sabía que su madre, en realidad, no tenía nada. Eso tendría que haberla catapultado de vuelta a exigirle una explicación. Pero la inspectora detective aún no aparecía.

Y esto era parte del problema de tener un adversario digno. Una y otra vez, te veías obligado a hacer ajustes. Dada la historia entre las dos, Kim era mucho más consciente de las tácticas de Alex que las personas lastimosas que la rodeaban ahí dentro.

Las tontas no tenían ni idea de cuántas técnicas había utilizado en ellas.

Alex sabía que la clave de una manipulación exitosa residía en adaptar las técnicas a las víctimas.

El juego de la transferencia emocional había funcionado como un encantamiento en Katie, la guardia de la prisión. Alex había sido capaz de transferir fácilmente su estado de ánimo a la mujer hasta tener al alcance la parte emocional de su psique. Durante aquella conversación, el día en que Alex usó el móvil de la mujer, había conseguido destruir en segundos la relación jerárquica entre guardia y prisionero. No eran más que dos mujeres sentadas a la mesa discutiendo sobre la salud de bebés inocentes.

Qué parte tan vulnerable del cuerpo era la mente. A menudo, las personas no tenían ni idea de cómo las manipulaban todos los días.

Una persona normal podría estremecerse ante el régimen de un lugar como Corea del Norte, donde la gente es obligada a escuchar mensajes patrióticos con regularidad. En realidad, Alex respetaba la franqueza de esa situación: el partido en el poder te dejaba claro que te diría cómo pensar. No se necesitaban mensajes velados, astutos ni ocultos, diseñados para eludir la mente consciente e incrustarse en la parte del iceberg bajo el nivel del agua.

En el mundo occidental, el deseo de controlar, persuadir y manipular no era menos predominante; solo era más solapado.

Los expertos en mercadeo gastaban millones en analizar el efecto de la paralingüística, el color de la voz, la inflexión, el volumen y el tono. Estudiaban el valor del lenguaje corporal y de los movimientos voluntarios e involuntarios.

Para Alex, por fortuna, la mente era increíblemente susceptible de ser influenciada y controlada.

Desde el principio de la carrera de psiquiatría, había aprendido que cada persona tiene un conjunto de valores y creencias más o menos fijo que ha ido acopiando desde la infancia. Persuadir a la gente de que se cuestionara a sí misma era una técnica conocida como *descongelamiento*. Se usaba, sobre todo, en personas que habían sufrido una pérdida, que habían cesado o estaban lejos del ambiente familiar. Le había funcionado muy bien en la cárcel.

Todo el mundo era susceptible de ser controlado. Simplemente tenías que encontrar el método correcto para cada persona y cada situación.

Aunque era mucho más fácil cuando la persona se prestaba, reflexionó.

Las técnicas que quería usar con Kim le perforaban los bolsillos.

—Oye, Alex, ¿todo bien? —le preguntó Katie desde la puerta.

Su sonrisa era cálida, y sus ojos, brillantes. Llevaba el pelo limpio y bien peinado. Había pasado una buena noche, qué coño. Alex le tendió la mano.

—Dame tu móvil. —La cara bonita se arrugó de confusión—. Te he dicho que me des tu teléfono. Lo necesito.

Katie entró en la habitación para dejar pasar a dos prisioneras.

—No tengo…

—No me jodas, Katie, y dame tu móvil.

La cara de la guardia empezó a endurecerse.

—Será mejor que vigiles cómo me hablas.

—Y yo creo que lo mejor será que me des tu teléfono cada vez que te lo pida —replicó Alex.

—No haré tal…

—Sí, sí lo harás —dijo Alex, y se levantó de la cama—. O le diré al alcaide que ya me dejaste usarlo una vez. Y entonces perderás tu empleo.

Katie dudó. Alex saboreaba el odio que se dibujaba en esos ojos mientras la mujer caía en la cuenta de que se la había jugado.

—Y, entonces, ¿cómo vas a alimentar a ese pequeño bastardo? A su padre no le interesa y tú no tienes familia. El subsidio de desempleo no alcanza para cubrir…

—Rápido —dijo Katie. Sacó el teléfono de su bolsillo y se lo entregó.

—Gracias —dijo Alex con amabilidad.

En esta ocasión, Katie no le concedió ningún espacio para hacer una llamada privada, como la última vez.

Se quedó junto a la puerta, con los brazos cruzados y fulminándola con la mirada.

A Alex le daba igual, puesto que no pensaba hablar.

Tecleó el número que había memorizado hacía un largo tiempo y escribió un mensaje. Sonrió al pulsar la tecla de envío.

Listo. Con eso bastaría.

Alex sonrió y le devolvió el móvil.

—Ahí lo tienes. No era tan difícil, ¿o sí?

—Tu sobrina nunca estuvo enferma, ¿verdad?

Alex se encogió de hombros.

—No, que yo sepa. Pero gracias por tus palabras compasivas.

Alex se sentó en la cama. Estaba siendo un día lento y el entretenimiento escaseaba.

Miró a Katie de arriba abajo.

—Estoy sorprendida de que lo hayas resuelto tan rápido: tratar de cuidar a un hijo no deseado por su padre y mantenerte limpia al mismo tiempo. Debe de ser todo un reto. —Katie abrió la boca para decir algo, pero Alex se estaba divirtiendo demasiado. El escenario era suyo—. Ahora soy yo quien tiene el poder aquí, Katie, y lo

irónico es que me lo concediste en el mismo instante en que me entregaste ese teléfono. Puedo decirte lo que quiera y tú no podrás hacer nada al respecto. Me cediste tu trabajo, vaca estúpida. —Alex rio ante la boca cerrada y las mejillas sonrojadas.

»Mira, aquí estás, atrapada en este trabajo. A lo mejor querías ser agente de la policía y fracasaste. Esto es lo más cerca que puedes llegar y, si pierdes tu trabajo por una falta grave, es probable que también pierdas tu licencia. Ni siquiera podrás vigilar la licorería local un viernes por la noche.

»Pero, está bien, porque tienes ese bebé en casa que vuelve tolerable la destrucción de todos tus sueños. Dado que no hay más que vosotros dos, todo tu amor se volcará sobre ese pequeño. Con el tiempo, lo sofocarás con tus propias necesidades y tus esfuerzos por lograr que ese afecto sea recíproco. Al final, él va a crecer lejos de ti y se irá de casa, y entonces tú no tendrás otra cosa que este trabajito de mierda y un rostro que envejece mientras miras para otro lado».

Alex podía notar cómo temblaba el labio inferior de la guardia. Era muy gratificante saber que todavía le quedaba ese don.

La duda y la ira luchaban enconadamente en ese rostro.

Levantó la barbilla, desafiante.

—Esta fue la última vez, Alex. Se acabó.

La sonrisa de la psiquiatra se ensanchó. Habló con voz tranquila, pero con palabras mortales:

—Katie, hay algo que deberías saber de mí. Siempre soy yo quien decide cuándo se acaba.

Capítulo sesenta y cuatro

Mientras se dirigía a la oficina, Kim se deleitó con la sensación de la ropa limpia que entibiaba su piel.

Una ducha caliente para aliviar los músculos cansados había sido justo lo que necesitaba. Tenía que poner algo de distancia entre ella y el desmayo a la orilla del agua.

Había estado inconsciente solo por unos cuantos segundos. Un tiempo suficiente para detectar el pánico en la cara de su colega, en cuanto abrió los ojos, justo antes de apartar de su lado al paramédico.

Bryant le decía a menudo que se esforzaba demasiado, pero, cuando tienes a un muerto tumbado delante de ti, ¿cuán duro es demasiado duro?

No pudo evitar que brotara una chispa de orgullo cuando supo que Jason *Cross* seguía vivo. El dolor persistente en los músculos se lo estaría recordando el resto del día.

En cuanto entró en el despacho, fue consciente de que sobre ella caía la mirada vigilante de Bryant.

Por lo general, no dirigía reuniones informativas por las noches, pero hoy era uno de esos días…

—Bien, estoy segura de que Bryant os ha puesto al corriente de que el señor *Cross* trató de suicidarse.

—¿Admisión de culpa? —preguntó Dawson.

Kim se encogió de hombros. Ella se había hecho esa misma pregunta mientras le llovían cientos de agujas de agua.

—¿O sería debido a que descubriríamos que fue inculpado por estupro? —preguntó Stacey.

—Podría ser —dijo Kim—. Apostaría a que su esposa no lo sabe, y estoy bastante segura de que él no querría que lo supiera.

—Ni siquiera llegué a preguntarle por esa segunda cocina —dijo Bryant.

—¿Por esa qué? —preguntó Dawson con brusquedad. Detestaba no saberlo todo. A veces molestaba a Kim, pero ella era exactamente igual. Eso sería útil más adelante en la carrera del joven detective.

—Hace poco, Geraldine hizo instalar una cocina nueva, pero no podía acordarse del nombre del tipo. La descripción que nos dio se ajusta.

—¿Estáis pensando en Jason *Cross*? —preguntó Dawson.

—Una pequeña coincidencia —dijo Kim. No le gustaban las coincidencias.

—Mañana tendremos el ADN —dijo Stacey—. Creo que, si acoso un poco más a los técnicos, terminarán bloqueándome y pedirán una orden de alejamiento.

Kim se volvió a Dawson.

—¿Averiguaste algo sobre los amigos y conocidos de Maxine?

—Todavía no, jefa. Empiezo a tener la impresión de que a veces se prostituía para pagarse el vicio, así que no sé si las personas con quienes he hablado son amigos, clientes, chulos o qué. Y este tipo, el tal Flem, es un vagabundo que divide su tiempo entre aquí y Leeds.

—¿Algo que se murmure acerca de su relación con su ma… con Geraldine?

Él negó con la cabeza.

—Nadie parece saber nada al respecto. Por lo visto, nuestra Maxine mantenía sus negocios en privado.

—¿Algo más? —preguntó Kim.

—Todavía no he podido rastrear este número telefónico —dijo Stacey, señalando con el rostro la pantalla de su ordenador—. La persona que llamó tuvo una conversación de dos minutos con Deanna pocas horas antes de que ella muriera, pero salta el buzón de voz.

—Ponte en contacto con la familia y los colegas, a ver si reconocen el número —la aconsejó Kim—. Pero hazlo mañana. Volveremos a empezar por la mañana. —Miró directamente a Bryant—. Y esto os incluye a todos.

Él asintió en señal de que estaba conforme y se levantó. Se las

había arreglado para conseguir unos pantalones y una camiseta negros en el almacén de uniformes.

Cogió la maleta en que llevaba la ropa mojada y salió de la sala detrás de los otros dos.

Kim fue al Tazón y notó que la luz roja de su móvil destellaba como indicación de que había recibido un mensaje.

Deslizó el dedo y vio el número que aparecía en la notificación.

No lo reconoció, pero, en cuanto pulsó el texto, ya no le quedó ninguna duda de quién se lo había enviado.

Las palabras le congelaron la sangre. Cogió la chaqueta y salió corriendo.

Capítulo sesenta y cinco

17 de diciembre de 2007

Querido diario:

Vaya, ¿por dónde empezar?

Me quedé echado toda la noche imaginando qué debía hacer con ella a continuación, figurándome todas las posibles formas de torturarla y darme placer.

Las ideas y las fantasías eran, en mi mente, como destellos de colores deliciosos mientras pensaba en los detalles de cada una. Durante todo el día apenas fui capaz de contenerme.

Hoy he ido a ayudar a buscarla.

Había más de un centenar de personas. Me quedé impresionado al ver semejante concurrencia, con ese tiempo tan frío y horrendo. Una señora trajo frascos con té. Otra trajo sándwiches. Había un aire de camaradería, individuos reunidos con un propósito, un objetivo. Los que no se habían visto en varios meses se reunían y estrechaban las manos, intercambiaban algún chiste y, finalmente, se quedaban callados al recordar dónde estaban. Y por qué.

Su madre, su padre y su hermano estaban rodeados de uniformes negros. Tenían los ojos rojos y miraban a todos lados, como si ella fuera a aparecer mágicamente delante de ellos. Como si el esfuerzo que todos ellos estaban haciendo fuera suficiente para que ella se materializara. Me habría dolido decirles que eso no era posible. Esperaban encontrarla y, aun así, rezaban para que no apareciera.

Y ahí estaba yo. Yo, que sabía exactamente dónde encontrarla. Cada persona, policía o miembro de la familia, voluntario o mirón, buscaba una sola cosa; y yo sabía, con toda precisión, dónde estaba.

Apenas podía ocultar la sonrisa ante mi propia astucia. En serio.

Veinte minutos. Me fui tan pronto como el entretenimiento empezó a decaer.

Estaba pletórico de emoción por volver a casa y empezar. Tenía mucho que hacer. Cuando abrí la puerta, ella parecía casi encantada de verme. Había alivio, y miedo y, entonces, esperanza y, después, miedo. No le respondí. Había perdido el interés en su cara. Para mí, ella había dejado de ser una persona. Era una cosa. Era mi cosa.

Y yo podía hacer con ella exactamente lo que me diera la gana.

Capítulo sesenta y seis

Kim golpeó la puerta y esperó. Podía oír la colección de voces masculinas que provenían de la habitación inmediatamente a su izquierda. Una voz familiar se sobrepuso a las demás mientras el hombre caminaba por el pasillo hacia la puerta.

—No hay problema, yo abro —gritó.

Kim conocía bien esa voz. Sonrió en cuanto se abrió la puerta.

—Kim —dijo él, con cara de desconcierto.

—David —respondió ella. Él se quedó mirándola.

Ella le devolvió la mirada.

—Vale, ya que hemos terminado con las presentaciones, ¿puedo entrar?

—Por supuesto —dijo el hombre, y se hizo a un lado para darle espacio.

La presencia de Kim en la casa Hardwick no era un suceso completamente extraño. Desde la primera vez que estuvo ahí, durante la investigación relacionada con Alex, la había visitado un par de veces. En algún momento, hubo incluso una chispa entre ella y David, pero había muerto rápidamente después de que pasaran horas hablando de su amor compartido por las motocicletas. La amistad era lo mejor para los dos. Y, tal como Bryant había señalado, David Hardwick era demasiado bueno para ella.

David era la «madre superiora» de un centro privado de acogida de varones que, habiendo sido liberados de la cárcel, trataban de reintegrarse a un mundo que había avanzado en su ausencia. El promedio de estancia era de unos seis meses.

Alexandra Thorne les había ofrecido servicios gratuitos de psiquiatría en un aparente acto de benevolencia. En realidad, este lugar era el teatro perfecto para refinar sus habilidades de

manipulación y conseguir lo que quería. Según ella misma había admitido, los ocupantes de la casa Hardwick eran su campo de tiro.

Algunos habían sobrevivido a sus manipulaciones, pero otros no habían tenido tanta fortuna.

Kim siguió a David hasta la cocina. Él señaló la cafetera y la miró.

Ella asintió.

También compartían el amor por el buen café.

El cabello rubio de David parecía más claro que la última vez. Ella comprendió que estaba blanqueado por el sol y que habían pasado más de seis meses desde su última visita.

Abrió la boca para disculparse, pero la volvió a cerrar. Entre ellos dos no hacían falta disculpas.

—Así que ¿qué te ha traído…?

—David, ¿sabes dónde está Leo? —preguntó Kim, incapaz de guardarse las palabras un segundo más.

David parecía sorprendido.

—Perdona, ¿por qué preguntarías…?

Kim sacó el móvil y le mostró el mensaje de texto.

Simplemente decía «¿Cómo está Leo?».

David se apoyó de espaldas en la encimera.

—¿Es de Alex?

Kim asintió. En esta ocasión, él podía entender mucho mejor el poder de la psiquiatra. La primera vez que la inspectora detective vino a verlo, a David le había costado entender por qué una persona como Alex no tenía cuernos rojos y cola puntiaguda. A Alex, el simple hecho de ser hermosa y encantadora le había servido siempre en sus empeños; aunque nunca había conseguido clavar las garras en David.

Desde un principio, él no había creído en sus motivos ni en su capacidad. Además, había tenido la impresión de que algo no cuadraba con esta psiquiatra tan generosa que cedía su tiempo a un montón de exconvictos.

—Sigue en la cárcel, que yo sepa. Si recordaras…

—Por supuesto que me acuerdo —dijo Kim. David se volvió hacia la cafetera.

Leo era, quizás, la persona que más daños había sufrido por culpa de Alex. Ella lo había manipulado hasta obligarlo a hacer

cosas indecibles. Además, después de haberlo usado para sus objetivos, lo había reenviado a la cárcel de una manera cruel.

David quiso verlo, quiso averiguar qué había sucedido para que Alex presentara una denuncia por agresión sexual en contra del joven, pero Leo había rehusado recibirlo. Le había pedido, incluso, que no volviera a visitarlo nunca más.

Y David tenía bastante con los hombres que solicitaban su auxilio como para ir constantemente detrás de quienes no lo querían.

—¿La has visto? —preguntó.

Kim asintió y soltó un suspiro.

—¿Ha sido buena idea?

Ella rio.

—Claro que no, pero ya sabes cómo funciona ella. —Señaló el teléfono—. Sabe que querré enterarme de qué pasó con Leo, otra de sus almas dañadas.

David no se volvió mientras la escuchaba hablar.

—Tú no eres la culpable, Kim —dijo—. Ella ya estaba aquí, haciendo experimentos con Leo, antes de que tú aparecieras en su radar. Era yo quien no se enteraba de nada, no tú.

Él decía lo mismo cada vez, y, aun así, ella se sentía culpable. Si tan solo hubiera podido detener a esa mujer antes de que dejara tal rastro de carnicería…

—Vale, pongamos un alto a la feria de las culpas —dijo Kim—. Aquí solo estamos tú y yo, así que es triste y nada más.

Él asintió, conforme, pero Kim sabía que David, al igual que ella, se estaría preguntando por qué se había tardado tanto en detectar el tipo de persona que en verdad era Alex, así como en guardar luto por aquellos a quienes la mujer había destruido mientras tanto.

David sacó el móvil.

—Déjame llamar a Stephen —dijo, refiriéndose al coordinador de bienestar social que refería a los presos a la casa Hardwick.

Mientras él tenía el teléfono en la oreja, Kim sintió una presencia detrás de ella, en la puerta. Ni siquiera tuvo que volverse para saber quién era.

Una sonrisa empezó a extenderse por su rostro.

—Hola, Dougie —dijo con gentileza.

Dougie no encajaba en el criterio de la casa Hardwick. Tenía

poco más de veinte años y era autista. Lo habían echado de su casa a los doce y, de algún modo, había logrado sobrevivir entre contenedores y cubos de basura hasta que David llegó a rescatarlo. Tal como David decía, «la habitación de Dougie es para toda la vida», y, como él y su hermano eran corresponsables de la fundación para la casa Hardwick, podía hacer esa afirmación tranquilamente.

Detrás de ella, oyó las zapatillas de entreno deslizarse dentro de la cocina. Se levantó y estiró los brazos para ponerle una mano en cada mejilla. Los ojos del chico no se movieron de un punto fijo en el techo, pero una sonrisa apareció en sus labios. Él encontró con su palma la mejilla de Kim. Al principio, ella le había demostrado con ese gesto que no le significaba ninguna amenaza. De ese modo, había querido demostrarle que estaba tratando de salvarle la vida junto al canal. Así se saludaban desde entonces.

—Kim… ¿bi…, bi…, bi…, bien? —preguntó. Parpadeaba en cada sílaba.

—Muy bien, Dougie, y tú también tienes muy buen aspecto.

Él asintió y siguió asintiendo mientras giraba y salía de la habitación. Kim sintió una oleada de afecto por el chico que se marchaba. Ese joven nunca entendería cuán crucial había sido su ayuda para poner a Alexandra Thorne tras las rejas.

Se volvió a David, que escuchaba a su contacto atentamente. El ceño fruncido de su amigo le clavó en el estómago una astilla de ansiedad. Esa conversación ya era demasiado larga para una simple confirmación.

—Gracias, colega, de verdad que te lo agradezco —dijo él, y colgó.

David se encogió de hombros.

—Ha dicho que hará algunas comprobaciones y me llamará.

—Maldita sea —dijo Kim. Las sospechas iban creciendo en su mente.

—¿De verdad es tan malo que esté fuera de la cárcel, Kim? —preguntó David—. Ambos sabemos que ese lugar lo mataría.

—Eso depende de las razones por las que esté fuera, ¿o no? —contestó, antes de dar voz a lo que ambos estaban pensando—. Y también de que ella se las hubiera arreglado para controlarlo otra vez.

Capítulo sesenta y siete

Kim acababa de sacarse las botas cuando el sonido de la puerta la sobresaltó. Incluso Barney levantó la cabeza y la miró en busca de orientación. Por lo general, la única persona que tocaba la puerta era Bryant, y ella solía tener un sexto sentido que anunciaba sus apariciones.

Abrió la puerta y, sorprendida, se encontró ahí a Gemma.

Kim tardó algunos segundos en entender, tiempo suficiente como para que la chica percibiera su confusión.

—Te olvidaste —afirmó ella de mal humor y se dio la vuelta para marcharse.

—No, no, solo que ha sido un día muy largo —dijo Kim, que acababa de recordar la conversación de anoche. En su mente, aquello había ocurrido hacía dos semanas—. Estaba a punto de preparar una *pizza* —dijo después de que la chica se alejara un paso más.

Gemma se detuvo.

—Nada del otro mundo —dijo Kim, que se sentía terrible por haberse olvidado de la cena ofrecida.

—Bueno, no quiero ser un puto inconveniente —dijo ella en tono cáustico.

Kim no pudo sacudirse la sonrisa que jugueteaba entre sus labios. Sí, de verdad que conocía bien a esta chica.

También sabía que le vendría muy bien una buena comida. Por desgracia, la chica, para eso, tendría que ir a otro lugar, pero, por una noche, Kim podría asegurarse de no hacer nada peligroso de comer.

Barney se sentó en la entrada de la cocina. Su cola estaba tensa, como si quisiera agitarla. Sin embargo, había dudas en sus ojos.

—Está todo bien, jovencito —dijo Kim mientras Gemma iba detrás de ella.

Barney se acercó cautelosamente a la chica. Ella le tendió la mano.

—Te recuerdo de la otra noche —dijo al perro, sonriendo.

Barney aceptó una caricia en la cabeza y se alejó.

Fuera de Kim, el perro parecía preferir a los hombres. Cuando Bryant llegaba a visitarlos, no lo dejaba solo.

—Para serte sincera, no creí que vendrías —dijo Kim. Abrió la puerta del congelador.

—Para serte sincera, no iba a venir, pero, qué mierda, había un hueco en mi agenda social.

Kim deseaba casi no poder articular lo que estaba por salir de su boca. Si no las palabras exactas, la actitud y el tono.

Cuando estaba a punto de responder, el móvil sonó detrás. De inmediato vio que era David.

—Tengo que cogerlo —dijo, y extendió la mano hacia el teléfono.

—A la mierda —dijo Gemma, y se puso de pie.

Sobre la barra del desayuno, Kim deslizó hacia ella la caja de la *pizza*.

—¿A qué temperatura y cuánto tiempo? —dijo mientras encendía el horno.

—¿Es coña? —preguntó Gemma.

—¿Qué?

—¿No sabes cocinar una *pizza*?

Kim se encogió de hombros.

—Igual que cualquier otra cosa: la metes en el estante de en medio y la sacas cuando se ha puesto marrón o de otro color —dijo. Pulsó el botón de contestar—. Hola —dijo como todo saludo.

—Leo está fuera —anunció él sin más preámbulos.

Kim cerró los ojos por un segundo. Ya lo sospechaba.

—¿Cómo ha sido? —preguntó.

—Una revisión del caso motivada por nueva información.

—¿Qué información? —preguntó, mirando a Gemma, quien trataba de no escuchar una conversación que no podía dejar de escuchar.

—Alex admitió que probablemente había reaccionado de manera

excesiva durante el incidente en su despacho. A Leo le habían revocado la libertad bajo palabra por ese asunto; sin embargo, dado que ella se retractó de sus declaraciones y el caso lo llevaba un abogado muy caro…

—No me digas. ¿El abogado de Alex? —preguntó.

—Bingo. Lo soltaron hace tres meses.

—Mierda, mierda, mierda —dijo Kim. La mujer, que había mandado a Leo devuelta a la cárcel, lo había hecho soltar de nuevo debido a que, esta vez, encajaba en quién sabe cuál de sus juegos patológicos. La perseverancia de Alex por manipular las vidas de los demás ya no tenía por qué sorprenderla; y, aun así, la seguía sorprendiendo.

Kim se volvió a la ventana.

—Sabes que ella lo está controlando, ¿o no?

David suspiró hondo antes de hablar, señalando, de ese modo, que estaba de acuerdo.

—Trataré de averiguar a quién se lo entregaron —dijo.

Kim podía percibir la preocupación en su voz. Ninguno de los dos creía que Leo mereciera estar en la cárcel, pero ¿estar atado a Alex era un mejor destino?

—Gracias, David. Avísame —dijo, y colgó.

Su reacción instintiva era subirse a la motocicleta y salir a las calles a buscarlo. Aunque no lo conocía en persona, había visto su fotografía en los periódicos cuando lo devolvieron a la prisión por órdenes de Alex. De no haber tenido a una chica de pelo verde en la cocina, mirándola con melancolía, estaría haciendo eso, probablemente.

No habría sabido qué hacer, en caso de encontrarlo, pero la primera parte del plan era buena.

—No es cachondeo, ¿o sí? —preguntó Gemma frunciendo el ceño—. ¿De verdad no sabes cocinar?

—Mira, no soy Nigella Lawson, pero puedo encargarme de una maldita *pizza* —dijo a la defensiva.

—Vale… —dijo Gemma. Se puso a leer el reverso de la caja.

Kim volvió a abrir el congelador. Se daba cuenta de que no iría muy lejos con una *pizza*.

—¿Qué te parece esto? —preguntó. Sostenía en la mano una bolsa de hamburguesas congeladas.

Gemma se la quedó mirando como a una loca.

—¿Tienes patatas fritas?

Kim quiso profundizar.

—¿Gajos de patata?

—Más bien —dijo Gemma, y deslizó la caja de la *pizza* hacia Kim—. Esto tiene que estar treinta y cinco minutos a ciento noventa grados.

—Vale —dijo Kim mientras desenvolvía la *pizza* para meterla en el estante superior.

Vació media bolsa de gajos de patata en la bandeja de hornear y la puso en el estante central.

—No tienes ni puta idea, ¿verdad? —preguntó Gemma, moviendo la cabeza de un lado al otro—. ¿Cómo cojones llegaste a ser pasma?

Kim levantó las manos.

—¿Qué?

Gemma se levantó del taburete y rodeó la barra hasta llegar al horno. Cogió el guante térmico y abrió la puerta.

—Estás cocinando masa en el estante superior y patatas en el de abajo. El calor sube, así que lo de arriba se cocinará mucho más rápido que lo del estante de en medio. —Agitó la cabeza con disgusto.

—¿En serio? —Kim se encogió de hombros. Gemma intercambió las bandejas y cerró la puerta del horno—. Ahora tienen alguna oportunidad de hornearse al mismo tiempo. —Volvió al taburete y se quedó mirando a Kim con suspicacia.

—¿Estás segura de que eres poli?

Kim sonrió.

—Sí.

—¿Y eres buena en eso? —preguntó con recelo.

—Eso cree mi jefe, al parecer —contestó Kim. Bueno, no su jefe temporal, pero Woody, definitivamente, no tenía de qué quejarse.

Vale, no tenía mucho de qué quejarse.

—Ooooh, flipo de cojones, qué impactante.

—Mi habilidad para resolver crímenes no depende de mis habilidades para cocinar una *pizza* —explicó Kim.

—Mola tu jodido curro.

Kim inclinó la cabeza.

—¿Tienes qué soltar tacos en cada frase?

La chica lo pensó por un momento y asintió.

—Sí.

—¿Ya dejaste resueltas todas tus cosas? —le preguntó Kim.

—¿Cosas?

—De la bolsa que te quitaron.

Gemma puso los ojos en blanco.

—¿Resolver qué mierda? Por suerte, mis pu… bonos y los certificados de las acciones estaban en el bolso Hermès que dejé en casa.

Kim rio a carcajadas. Ninguna forma de humor le gustaba más que el sarcasmo. Apreció la pronunciación de la niña: «èr-mez».

—¿Algo de beber? —le ofreció Kim.

Los ojos de Gemma se iluminaron.

—Aquí no tengo bebidas alcohólicas. Estaba pensando en un café. También tengo té…, en algún lugar…

—Agua del grifo —dijo Gemma.

Kim cogió un vaso y lo llenó.

Con la cara, Gemma señaló el horno.

—¿Vas a vigilar eso?

Kim siguió su mirada.

—¿Por qué, van a hacer algún truco?

Gemma suspiró y nuevamente fue al otro lado de la barra.

—Gracias por ofrecerme cocinarte la cena —murmuró mientras abría la puerta del horno.

Sacó la bandeja de los gajos.

—¿Tienes una espátula?

Kim se encogió de hombros.

—A no ser que venga con un motor de mil seiscientos centímetros cúbicos, no tengo ni la menor idea.

—¿Ni tan siquiera tienes cuchillos y tenedores? —preguntó Gemma con incredulidad.

—En algún lugar.

Gemma abrió un par de cajones.

—Esto es lo que estaba buscando.

Sostenía en la mano un utensilio largo con un extremo ancho y plano. Kim supuso que lo había recibido de regalo con alguna cosa. De verdad, no recordaba haber entrado a una tienda pensando que

necesitaba algo así. Gemma dio vuelta a los gajos de patata y agitó la bandeja.

Buscó la sal y roció los gajos con un poco de condimento antes de meterlos de nuevo en el horno.

—Así que ¿cómo ganas dinero para comer? —le preguntó Kim.

—Hago lo que sea necesario —contestó Gemma con franqueza.

Kim ya había perdido la cuenta de las frases en que la niña no había dicho ningún taco.

—¿Y tu madre…?

—Está un poco ocupada en este momento.

—¿Os lleváis bien?

Gemma lo pensó y terminó asintiendo.

—Me quiere, la quiero, y, una vez que aprendí a rebajar mis expectativas, nos hemos llevado bastante bien.

—A veces…

—Tema aburrido. ¿Podemos hablar de otra cosa?, ¿de esa referencia que hiciste a una motocicleta?

—¿Te interesan?

Gemma negó con la cabeza y sonrió.

—La verdad es que no. Solo estoy cambiando de tema.

Kim apreciaba su franqueza. Asintió en dirección a la puerta de la cochera.

—De cualquier modo, echa un vistazo.

Había pedido a la chica que se acercara para darle de cenar, no para una sesión de reformatorio. Ella tenía que vivir su propia vida.

—¿Por qué, qué hay ahí? —preguntó Gemma, tratando de mirar más allá de Kim.

—Ve y mira.

Gemma saltó de su taburete y pasó por encima de Barney para situarse en la entrada.

—Me cago en… Ay, perdón —dijo. Pasó entre las piezas de motocicleta esparcidas por el suelo y se detuvo en la Kawasaki Ninja.

Kim sonrió al ver a Gemma tocar cautelosamente la pintura metálica pulida del tanque de combustible.

—Bajo la luz es mejor aún, y tus puntos de tía guay saltan todo un nivel —dijo Gemma, que ahora acariciaba el asiento de cuero negro.

—Estupendo. Eso empezaba a preocuparme.

Gemma frunció el ceño.

—Ten cuidado, alguien podría estar planeando llevarse esto.

—¿Eh?

—Había un tío, en la calle, hace un rato, cuando llegué. Simplemente estaba ahí, mirando…

—¿Estaba observando mi casa? —preguntó Kim con urgencia. Gemma se encogió de hombros—. ¿Cómo era él?

—Alto, delgado, pelo alborotado —contestó Gemma.

—¿Dónde, exactamente?

—Detrás de la farola.

—Espera aquí —dijo, y salió corriendo a través de la casa hasta la puerta principal. Sus ojos se fijaron en la farola. Una mujer de pelo entrecano paseaba un par de *westies* blancos, pero no había nadie más a la vista.

Kim se detuvo a examinar cada centímetro de la calle. No encontró nada fuera de lo común.

El corazón le latía con furor, a pesar de que no había hecho el menor esfuerzo.

«Cálmate, Stone», se dijo. La debilidad de sus piernas se estaba convirtiendo en un temblor.

Apoyó la espalda en la pared de la fachada. Su cabeza trataba de tomar el control e insistía en que, a lo mejor, eso no tenía nada que ver con ella. Quizás era algo del todo inocente.

Pero sus entrañas no estaban de acuerdo. Sus instintos le decían que ese desconocido era Leo y que, definitivamente, Alex lo había enviado.

Capítulo sesenta y ocho

Por alguna razón, Leo se sentía reconfortado observándola. Había una belleza que no esperaba encontrar. No pensaba en la belleza natural de su cara sin maquillaje, sino en lo que vislumbraba más allá. Había cierta gracia, cierta elegancia en sus movimientos, que resultaba poética y sin complejos. Sentía que podía seguir contemplándola durante el resto de su vida y no aburrirse.

Cuando pensaba que nadie la estaba mirando, tenía algo de vulnerable. Cada vez que su rostro caía en un reposo normal, su expresión parecía estudiadora. Por esa pequeña mente ocupada, siempre daba vueltas algo a toda velocidad.

Observarla le provocaba algo que nunca había sentido. Esa sensación no estaba en sus pantalones; no sentía por ella nada sexual, no sentía nada sexual por nadie.

Era algo en su estómago. Como si en algún lugar de la inmensa bola de oscuridad hubiera un luminoso agujero de alfiler.

Y el sentimiento desapareció cuando se alejó de esa casa.

Años atrás, habría arrullado ese sentimiento, lo habría avivado. Pero ya no. Para él, la alegría y la luz eran bienes perdidos.

Era como la deliciosa tortura del fuego entre las yemas de tus dedos, justo antes de apagarse.

No debía permanecer. No podía permanecer. Y ella lo habría decepcionado al final.

A él, nadie podría limpiarlo.

Retrocedió un paso cuando la puerta se abrió. La moza salió, dobló a la derecha y se perdió de vista.

Pero ella se quedó en la entrada. Sus ojos miraron hacia la derecha, hacia la izquierda y, después, al frente, hacia donde él

estaba.

Se le cortó la respiración. Ella lo estaba mirando directamente, pero no era posible. Él se había situado en ese mismo lugar, donde ella estaba ahora, y sabía que su escondite era seguro.

Pero su rostro. Su expresión. Era suave, gentil, preocupada. Un ceño levemente fruncido y la boca apenas abierta contenían una pregunta.

Ella volvió a mirar a izquierda y derecha antes de soltar un suspiro y volver a entrar.

La puerta se cerró y Leo dejó que todo el aliento escapara de su cuerpo. Habría jurado que lo estaba viendo.

Pero nada de eso importaba ya, pensó mientras sacaba el móvil.

No había mensajes.

Eso significaba que era el momento de activar el plan B.

Capítulo sesenta y nueve

Kim se sentía ansiosa por empezar con la sesión informativa de esa mañana.

Desde que la noche anterior se enteró de que una persona observaba su casa, no había querido permanecer en un mismo sitio. Una energía incansable se había apoderado de su cuerpo y la impulsaba hacia delante. Sus instintos le decían que el hombre misterioso que había mencionado Gemma era Leo, y él no la estaría vigilando por ninguna razón buena para Kim.

Paseando entre los dos juegos de escritorios, empezó a hablar:

—Stace, tu turno —indicó.

—El ADN de Jason *Cross* coincide. Definitivamente, el pelo que encontraron en el coche de Deanna Brightman era suyo.

Esa noticia no sorprendió a Kim. Se preguntaba si la relación entre esos dos habría ido más allá de aquel desliz de la ropa sucia.

Después iría al hospital para aclarar las razones por las que el hombre quiso suicidarse. Más temprano, en una llamada telefónica, se había enterado de que estaba vivo y consciente, aunque no muy comunicativo.

—No sueltes ese número —dijo Kim señalando la nota adhesiva amarilla—. Quienquiera que haya hecho esa llamada fue la última persona que habló con Deanna.

Stacey asintió.

—He insistido enviando correos electrónicos a las redes.

—Buen trabajo —dijo Kim. Se volvió a Dawson—. ¿Kev?

—No llegamos a ninguna parte con rapidez —dijo—, pero seguiré con el tema de Maxine. Buscaré en los albergues locales y en los centros de acogida —dijo—. Aunque Maxine no era una indigente desde el punto de vista oficial, tiene que haber comido y

dormido en algún sitio.

Ella estuvo de acuerdo.

—Buena idea, Kev.

Kim repasó mentalmente algunas de las cosas que habían averiguado ayer y, de pronto, se le ocurrió una idea.

—Stace, averigua lo que puedas del accidente que sufrió la pareja de Geraldine.

Sin duda, esa familia ha tenido muy mala suerte últimamente.

—Entendido, jefa —dijo Stacey.

Kim se alegró de que todas las partes supieran lo que estaban haciendo.

—Y nosotros nos vamos al hospital a ver a nuestro instalador de…

—No, no vamos —dijo Bryant.

La cabeza de Kim giró como un relámpago.

—Si, si que vamos.

Bryant negó con la cabeza.

—No, a menos que quieras oponerte a las instrucciones directas de Baldwin, quien en este correo electrónico dice, con absoluta claridad, que nadie puede acercarse a Jason *Cross*.

—¿Qué p…? —Kim fue a situarse detrás de Bryant, quien desplazó el mensaje hasta el principio para que ella lo leyera.

Sacó el móvil y marcó el número de la casa Lloyd. La secretaria, Martha, la informó de que Baldwin estaría reunido toda la mañana y que no se lo podía molestar.

«Vaya, seguro que sí —pensó, y colgó—. Ya lo verá». Recorrió en su teléfono los mensajes de correo electrónico y empezó a escribir una respuesta.

—Jefa, ¿qué haces? —preguntó Bryant—. Esta instrucción no podría ser más clara.

Ella sonrió a medias, sin parar de escribir. Repasó el texto:

> Lo lamento, jefe, no vi su mensaje. Estoy a punto de entrar en el pabellón. No le quitaré más que un minuto.

Presionó la tecla de enviar y empezó una cuenta atrás desde el diez.

Cuando llegó al tres, el teléfono empezó a sonar. Kim salió de la

sala del escuadrón y se metió en su despacho.

—Stone, no entres en ese pabellón —dijo Baldwin sin preámbulos.

—¿Puedo preguntarle por qué, señor? Estoy justo aquí y…

—Es una orden directa, Stone. Jason *Cross*, a través de su abogado, ha presentado cargos de brutalidad policíaca en tu contra. Tiene tres costillas rotas.

Kim se quedó con la boca abierta.

—Le salvé la maldita vida.

—Lo sabemos, Stone. No hay ninguna duda de que esto será sobreseído, pero, por ahora, ese pedazo de papel es un muro de ladrillos entre tú y Jason *Cross*, ¿entiendes?

Movió la cabeza de un lado al otro, incrédula, pero sabía que no obedecer esa orden podría costarle el puesto.

—Entendido, señor —dijo, y colgó.

Sacudía la cabeza con incredulidad al recordar los esfuerzos que había dedicado a salvarle la vida. Sus hombros aún se aferraban a ese recuerdo.

Sabía que la denuncia no era cosa seria, pero cumplía cierto objetivo en lo que tocaba a Jason *Cross*: lo dejaba fuera de su alcance.

Volvió a la sala y se encontró con un muro de silencio. Dawson tenía la cabeza apoyada entre las manos; Stacey miraba la pantalla del ordenador, en tanto que Bryant daba la impresión de estar a punto de vomitar.

—¿Qué pasa? —preguntó Kim, mirando de uno a otro.

—Acabo de recibir noticias de la policía de Staffordshire. Tienen otro. —Dijo Stacy, sin mirarla. Buscó una aclaración en Bryant.

Los ojos de su colega estaban llenos de tristeza y su voz era apenas un suspiro.

—Y este era un niño.

Capítulo setenta

La casa que buscaban estaba en un lugar llamado Bramshall, a las afueras de Uttoxeter.

Todo el recorrido de la M6 lo hicieron en silencio. El enfado de Kim contra Jason *Cross* palidecía ante el horror de lo que acababan de saber sobre la muerte de un niño de siete años, hacía nueve meses. Se llamaba Tommy Howard.

Para Kim, el caso había tomado un giro oscuro y siniestro. Hasta el momento, las víctimas habían sido mujeres adultas, diferentes en casi todo, pero adultas. Ahora estaban viéndoselas con alguien capaz de asesinar fríamente a un niño, y eso la conmocionaba y le daba escalofríos hasta en los huesos.

Había detectado una definitiva carencia de emoción en los homicidios de Deanna Brightman y Maxine Wakeman, pero quizás estaba equivocada. ¿Cómo se clava un cuchillo en las carnes de un niño?

—¿Hemos subestimado a nuestro asesino? —preguntó Bryant.

Su voz fue una súbita intrusión en los solitarios fragores de la mente de Kim.

—No lo sé, Bryant, pero si de algo estoy segura es de que no lo hemos entendido.

Desde que Stacey recibió el correo electrónico, había caído sobre ellos una mortaja. Kim sabía que los dos colegas a quienes no tenía a la vista estarían cargando con el peso de la muerte del pequeño Tommy. Y se quedaría con ellos hasta que encontraran al responsable. Dejó a Stacey con la tarea de ponerse en contacto con el detective encargado del caso.

Ella y Bryant no habían perdido el tiempo en dirigirse a la casa de la familia.

—No estoy seguro de dónde estará esta casa, jefa —dijo él mientras pasaba por segunda vez delante de una capilla de una sola planta—. Aquí, lo único que…

—Es la capilla —dijo Kim. Se asomó a mirar el rótulo con el número, a la derecha de la puerta.

Ni siquiera se plantearon jugar su acostumbrado «adivina el precio». El acuerdo tácito era solventar esta reunión tan rápido como les fuera posible.

Les abrió la puerta una atractiva mujer que llevaba un vestido de flores y una rebeca corta de color rosa. Tenía el pelo arreglado en un elegante moño con flequillo.

En el rostro envejecido llevaba un toque de maquillaje en polvo. De su cuello colgaba una perla solitaria. Kim le mostró su identificación y Bryant hizo las presentaciones.

La expresión de la mujer pasó de neutral a esperanzada.

—¿Han encontrado al responsable de lo de Thomas…? —Sus palabras se iban perdiendo mientras Kim negaba rápidamente con la cabeza. No quería dar falsas esperanzas a la mujer.

El rostro volvió a la neutralidad. La mujer se hizo a un lado.

—Pasen —dijo.

Kim entró y, de pronto, se sintió sobrecogida con la desolación del lugar. Los muebles eran hermosos y caros. Las vidrieras habían sido preservadas por expertos. Uno casi podía atragantarse de buen gusto. Pero el silencio era ensordecedor.

—Es una casa preciosa —comentó Bryant.

—¿Eso le parece? —preguntó Barbara Howard, sorprendida—. En lo personal, la detesto —dijo con toda franqueza—. Demasiado grande para mí sola —añadió mientras recorría el pasillo de piedra.

Kim, que venía detrás, notó que la mujer cojeaba, señal probable de una reciente cirugía de cadera.

—Tengo una persona que viene a hacer la limpieza cinco veces a la semana y un jardinero que viene tres veces a la semana. Ellos cuidan de la casa mucho mejor que yo.

—¿Y por qué se queda aquí? —preguntó Bryant, como si tal cosa.

—Por los recuerdos, detective. La mayoría de mis recuerdos están aquí. No tengo ningún deseo de comenzar otra vez. Ya lo he hecho. Estaré contenta de vivir entre los muertos hasta que me

llegue la hora.

En esas palabras no había autocompasión. Datos duros. Esta mujer esperaba la hora de morir.

—¿Thomas era su nieto? —preguntó Kim en cuanto llegaron a una cocina que, si no fuera por el olmo que estaba justo a un lado de la ventana, habría sido mucho más luminosa y ventilada.

La señora Howard se sentó en un sillón que daba la espalda al árbol.

—Sí, inspectora. Nos quedamos con la custodia de Thomas cuando nuestra hija murió al dar a luz.

—¿El padre del niño? —preguntó Bryant.

—Muerto en Afganistán tres meses antes de que su hijo naciera.

Kim asintió comprensiva.

—¿Y su esposo?

La señora Howard sonrió.

—Inspectora, ¿qué hace aquí? —preguntó—. Perdone mi falta de tacto, pero, a mi edad, el tacto y la diplomacia importan cada vez menos.

Kim le devolvió la sonrisa. Le gustaba la franqueza. Era un rasgo que ella misma poseía; solo que le habría gustado tener la gracia de la señora Howard.

—Venimos de la policía de las Tierras Medias Occidentales y estamos haciendo un repaso del asunto de su nieto —respondió Kim.

—¿Por qué? —preguntó ella, simplemente.

—Porque hay algo que, según creemos, podríamos aportar a la investigación en curso —respondió Kim.

—Puedo leer en su rostro que no revelará nada más, y respeto eso —dijo ella—. Como le he explicado, no me gusta perder el tiempo, así que continúe con su interrogatorio.

—Gracias —dijo Kim—. ¿Qué me decía de su esposo?

—Murió cuatro semanas después de que nuestro nieto fuera asesinado. Adoraba con locura a ese niño, igual que llegó a adorar a Jennifer.

—¿Puedo preguntarle de qué murió su marido? —dijo Kim. Algunas de las familias con las que se estaban reuniendo tenían muy mala suerte.

—De un ataque al corazón, inspectora —dijo antes de mirar

hacia el exterior.

Kim sentía una creciente admiración por esta estoica mujer que, en los últimos ocho años de su vida, había arrostrado más pérdidas que una persona promedio en toda su vida, a pesar de lo cual no parecía solicitar compasión.

—Desde luego, yo también amaba al niño. Era mi nieto, pero soy lo suficientemente sincera como para admitir que había en mí cierta amargura desde que perdimos a Jennifer.

—¿De verdad? —preguntó Kim.

—Sí, sí, inspectora. Se suponía que este tiempo sería para nosotros. Mi esposo trabajó duro toda su vida. Creo que pasé la mayor parte de la mía deseando que transcurrieran los años hasta la jubilación. Entonces tendría a mi esposo para mí sola durante algún tiempo.

»Cuando Jennifer murió, estuvo a punto de llevarnos a los dos, pero Thomas nos dio motivos para seguir adelante. Supongo que se convirtió en nuestra razón para vivir, para ayudarnos a superar el dolor y la pérdida de nuestra única hija.

»Pero, en un momento dado, cuando mi corazón se había recuperado de la pérdida de Jennifer, me vi añorando a mi marido. Por desgracia, él no compartía mi punto de vista. Cuando se retiró, vertió en Thomas cada gramo de su amor y todas sus atenciones».

Kim agradecía a la mujer esas palabras tan francas.

—Entiendo cuán doloroso debió de haber sido todo eso, pero ¿puedo preguntarle por el día en que Thomas…?

La señora Howard levantó la mano y asintió. Después de nueve meses, no podía escuchar que se pronunciaran ciertas palabras junto a su nombre.

—Fue una excursión del cole a un zoológico de mascotas en Uttoxeter. En un momento, estaba ahí, pero, al siguiente, su mochila apareció tirada a cien metros de la zona del pícnic. Fue un caos. En cuanto fracasó la búsqueda inicial, cerraron el zoológico. Nadie sabía cómo conducir una exploración completa del área; nunca había sucedido algo así. Cuando llamaron a la policía, habían pasado treinta minutos, y otros cuarenta y cinco más transcurrieron antes de que se coordinara una búsqueda completa. Tanto el público como el personal del zoológico y los profesores habían pisado una y otra vez las mismas zonas. —Movió la cabeza de un

lado al otro—. Encontraron su cuerpo una hora después en una zanja que hacía de frontera con el otro lado de la granja.

Kim aceptó el silencio de la mujer. Ese día se reproduciría en su cabeza durante toda su vida.

—Lo vi, ¿sabe? —dijo de repente. Ahora, sus ojos estaban fijos en la pared de enfrente—. Su cuerpo parecía más pequeño que tres horas antes, cuando me despedí de él con un beso. También miré la herida. Había demasiada sangre para una sola herida. —Se volvió a Kim de repente—. ¿Sabe qué recuerdo de ese día?

—¿Qué? —preguntó la detective con voz ronca.

—La mancha en su camisa azul almidonada. Eran las proporciones. El tamaño de la mancha comparado con el de la camisa. Todo el él era pequeño: el cuerpo, la ropa, los pies, los brazos, las manos. Todo, excepto esa mancha.

Kim sintió un escalofrío. Ese no era un recuerdo como para atesorar.

Sentía que la relación entre estos homicidios se alejaba más y más. De verdad, la disparidad entre las víctimas le revolvía las entrañas.

—Quiero decir, era solo un pequeño. ¿Qué pudo haber hecho para lastimar a alguien?

Kim sintió una punzada de compasión por esta mujer que tenía tantas preguntas dolorosas sin respuesta y nadie con quién compartirlas.

—¿No tiene más familia aquí, señora Howard? —preguntó Kim.

Ella negó con la cabeza.

—Solo la hermana de mi esposo, que vive por la zona de ustedes. No somos cercanas.

Kim frunció el ceño.

—Qué pena, señora Howard. Supuse que esta era el área donde ustedes habían vivido siempre —dijo. No había el menor rastro de acento en el tono de la mujer.

—En absoluto, inspectora. Somos originarios de Kidderminster y nos mudamos aquí cuando mi esposo se jubiló, el año pasado. De hecho, me sorprende que no lo haya conocido en el desempeño de su trabajo.

Kim admiró de nuevo las dimensiones de la casa y un presentimiento empezó a crecer en su estómago.

—¿Y a qué se dedicaba su esposo, señora Howard?

La mujer sonrió.

—Creí que usted lo sabía, inspectora. Mi esposo era juez del Tribunal de la Corona.

Capítulo setenta y uno

Kim caminó lentamente hacia el coche. Sus pensamientos eran copiosos y llegaban a trompicones.

—Maldita sea —gritó, y golpeó a Bryant en el hombro.

—Qué diablos, jefa —dijo él, sorprendido.

Ella hizo un alto y giró mientras, de golpe, se percataba de algo.

—La señora Howard preguntó qué había hecho Tommy para lastimar a alguien. La respuesta es nada. No podía. —Agitó la cabeza, enfadada—. Hemos estado buscando en el lado equivocado del eslabón. El parecido no está en las víctimas, Bryant, sino en sus seres queridos.

Frunció el ceño mientras sopesaba sus palabras. Siguió elaborando:

—Mira a Deanna, Maxine y al pequeño Thomas Howard. No tienen nada en común: un hombre y dos mujeres, sin parecidos en edad, sexo ni antecedentes.

Sentía que el estómago se le revolvía con esos descubrimientos, sentía asco. Por fin, algo en este caso tenía sentido.

Entró en el coche.

—La conexión está en los miembros de la familia.

Los pensamientos se sucedían con rapidez. Sacó el teléfono. Stacey contestó de inmediato.

—Stace, deja lo que estés haciendo. Concéntrate en las familias. Mitchell Brightman es fiscal, Geraldine es una psiquiatra que a veces testificaba para la fiscalía de la corona, en tanto que Harold Howard era un juez. Necesito saber si hay algún caso que implique a estas tres personas.

La línea se quedó en silencio por un segundo. Kim podía imaginarse a su colega mirando el tablero.

—Los miembros de la familia —exhaló Stacey.

—Haz que Kev regrese para ayudarte —le pidió Kim. Si estas personas estaban vinculadas a un caso, quizás no ha terminado. Podría haber más gente en peligro.

Kim colgó cuando Bryant estaba a punto entrar al túnel de árboles.

—Piénsalo, Bryant. ¿Qué mejor que hacer sufrir a tu enemigo cuando crees que la muerte sería algo demasiado simple? —Bryant todavía parecía dudarlo—. Mira a Geraldine. Su pareja de toda la vida sufrió un accidente. Alguien la atropelló y salió huyendo. Como la persona más cercana a Geraldine, Belinda pudo haber sido la primera elección, pero ha estado confinada en su casa desde entonces. El asesino no podía llegar a ella, así que fue a por la siguiente mejor opción.

«Va tras la gente que más significa para sus víctimas reales. Quiere que sufran la pérdida y la angustia. La muerte es demasiado fácil».

Bryant no dijo nada. Ella podía sentir la incertidumbre de su colega a través del silencio, pero sabía que tenía razón. Eso explicaba por qué en los asesinatos no estaban presentes las emociones ordinarias. El homicida no estaba enfadado con la víctima; estaba furioso con la familia. Pero había metido en sus planes la idea de matar a un niño y se había mostrado tan desapasionado como para llevarla a cabo. Un niño inocente que no había hecho nada malo. Simplemente era otra persona a quien matar.

El hecho de saber que ahora sí tenían un rumbo claro la vigorizaba y le daba asco al mismo tiempo.

Había una sola cosa entre ella y la concentración más absoluta.

Leo se apareció como una visión en su mente. Necesitaba saber si, para ella, el tipo representaba un peligro o no, y había una sola manera de averiguarlo.

Tomó una decisión repentina.

—Bryant, gira a la izquierda. Vamos a dar un pequeño rodeo.

Capítulo setenta y dos

Ruth detectó una atmósfera enrarecida esa mañana en el gimnasio. Por momentos, había sentido que algunas de las mujeres murmuraban a sus espaldas. No había pillado a ninguna mirándola directamente; de hecho, había sido todo lo contrario. Era como si la gente estuviera tratando de no mirarla.

Sacudió la cabeza ante su propia paranoia y recordó un dicho que había oído: «el que seas paranoico no significa que no irán a por ti».

Sonrió ante sus propias ideas y se puso de pie para cepillarse el pelo.

Notó el reflejo de una sombra que pasaba por la puerta. Los latidos de su corazón se aceleraron. En la prisión, uno no podía soslayar las sombras.

Se detuvo con la mano a medio camino. En la entrada apareció una forma.

Ruth se volvió.

La mujer que bloqueaba la puerta tenía los ojos fijos en ella con una mirada extraña.

Ruth sintió que el corazón comenzaba a martillearle el pecho.

Conocía a esta mujer, la había visto por ahí. Ruth sabía que la gente no se metía con ella.

—Hola. He oído que mataste a tu violador.

Ruth asintió con un movimiento tardo.

La mujer se adentró en la habitación y Ruth se descubrió retrocediendo involuntariamente.

—Sí. Yo también, las dos —dijo, y avanzó un paso más—. Me llamo Tina y estoy encantada de conocerte.

Capítulo setenta y tres

Bryant detuvo el coche en una plaza de aparcamiento justo a un lado de las puertas principales de la cárcel Drake Hall.

—Jefa, ¿estás segura de que esta es una buena idea? —preguntó—. Y estoy teniendo un *déjà vu* con esta pregunta —añadió mientras se bajaban del coche.

—¿Por qué ahora? —preguntó Kim mientras dos hombres de traje se apartaban para dejarla pasar por la puerta principal. No le había hablado acerca de la liberación de Leo ni del hecho de que alguien estaba vigilando su casa. Él habría insistido en que lo denunciara.

—¿Tiene alguna importancia? —preguntó Bryant, cansado.

—Por supuesto que la tiene —le espetó ella—. ¿Alguna vez Alexandra Thorne ha hecho algo no calculado ni intrigante? Lleva más de un año aquí dentro. ¿Por qué me ha buscado ahora?

—Venga, jefa. Sabes cómo le gusta jugar con las personas, meterse en sus cabezas.

—Sé cómo funciona, pero ¿por qué no haberlo hecho hace meses? Pudo haberme escrito en cualquier momento, así que ¿por qué ha esperado tanto?

—Jefa, si crees que tengo alguna posibilidad de contestar cualquier pregunta relacionada con las maquinaciones de una mente femenina, ya no digamos de Alex Thorne, piénsalo otra vez.

—¿La estás comparando conmigo? —preguntó Kim, que lo miraba de reojo.

—Mira ves, ya me he metido en un lío y ni siquiera he contestado la pregunta —se quejó.

—Está tramando algo —dijo Kim al llegar a la recepción.

Sacó su placa.

—Necesito saber quién ha visitado a Alexandra Thorne, por favor —dijo. En ocasiones, eso la había ayudado a salir airosa.

Detrás del mostrador estaba un hombre de poco más de treinta años que tenía una pequeña cicatriz sobre el labio. Era el señor Promedio, el tipo de persona con la que te cruzas en la calle principal y no ves, pero, en un lugar lleno de mujeres encarceladas, debía ser el objeto de, por lo menos, la mitad de las fantasías.

—¿Puedo preguntarle por qué…?

—Tiene que ver con una investigación en curso. Lo siento, pero no puedo divulgar ningún detalle.

Escuchó la inhalación de Bryant, pero hizo como si nada.

El guardia la miró receloso.

—No estoy seguro de que eso sea suficiente…

—Si no puede ayudarme, consígame alguien que sí pueda —dijo, inclinándose por un enfoque más directo.

Él abrió la boca para decir algo.

—No me moveré de aquí hasta que lo haga —añadió.

El hombre levantó el auricular del teléfono con una expresión petulante.

—Lo verificaré con el alcaide, pero él confirmará lo que acabo de decirle.

Kim asintió. Muy bien. Y, cuando lo hubiera hecho, ella pediría hablar con él.

Observó cómo el guardia se erguía y hablaba respetuosamente con el hombre al otro lado de la línea.

—Perdone que lo moleste, pero tengo aquí a una agente de la policía. Quiere que le demos acceso a la información de los visitantes de una de las reclusas.

El guardia se la quedó mirando y una lenta sonrisa empezó a dibujarse en su rostro.

—Eso es lo que acabo de decir… —Frunció el ceño mientras la voz seguía hablando—. La reclusa en cuestión es Alexandra Thorne. —Frunció el ceño aún más—. Pero usted me acaba de decir… —Escuchó otro poco mientras las mejillas se le enrojecían—. Entiendo. Gracias.

Su expresión había dejado de ser triunfante, y Kim no pudo sino preguntarse qué habría provocado que el alcaide, después de saber que se trataba de Alexandra Thorne, hubiera cambiado de opinión

hasta torcer las reglas.

El guardia tecleó algunas instrucciones en el ordenador que tenía a la izquierda.

—Además de su abogado, solo ha tenido dos visitantes: un hombre y una mujer.

Kim se inclinó hacia delante mientras él seguía desplazando las pantallas. La mujer ha estado aquí solo dos veces.

—¿Y se llama? —presionó Kim.

—Sí, sí, se llama Sara Lewis.

Kim no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Está seguro?

Él miró de nuevo.

—Sí, ese es el nombre.

Kim había visto a la hermana de Alex solo una vez, pero, por lo que entonces pudo colegir, Alex se había pasado toda la vida torturando a su hermana menor. Kim no pudo establecer un correlato entre la imagen de la mujer que había conocido y las visitas a la hermana en la cárcel.

Quizás había querido venir a asegurarse por sí misma de que su hermana estaba bien encerrada. Pero eso supondría una visita, no dos.

Kim apartó ese pensamiento.

—¿Y el hombre? —preguntó.

Los ojos del guardia exploraron la parte baja de la página.

—Ah, sí, aquí está. Se llama Michael Stone.

Kim se quedó mirando al guardia durante cinco segundos completos. Sentía en las rodillas una debilidad desconocida.

Bryant se acercó.

—Venga, jefa, hay que…

—No —dijo, poniendo todo el énfasis en esa única palabra.

¿Qué coño tramaba esa perra?, se preguntaba. Luchó por evitar las náuseas. ¿Cómo se atrevía a usar así el nombre de su gemelo muerto?

—Jefa, hablemos —dijo Bryant, cogiéndola del codo y llevándola a un lado de la habitación—. De verdad, tenemos que marcharnos. Te está absorbiendo.

Ella se soltó el brazo.

—Sabía que iba a preguntar por sus visitantes. Por eso usó el

nombre de Mikey. Sabe cómo…

—Lo sé —siseó Bryant—. Por eso quiero que te vayas. Te conoce demasiado bien y eso es peligroso para ti. —Clavó los ojos en ella—. Te lo pido, te lo suplico, Kim, vámonos de aquí.

Ese uso de su nombre de pila en horas de trabajo era un desliz que nunca había sucedido. De una sacudida, la había hecho volver a la realidad.

Podía sentir lo fuertes que eran las sensaciones de su compañero, y la parte lógica y sensible de la mente de Kim sabía que él tenía razón. Había muchas posibilidades de que no sobreviviera a otra batalla con Alex.

Sus acciones ya habían sido bastante dañinas.

Sabía que Bryant tenía razón. Alex era demasiado para ella.

Dio un paso hacia la salida.

Sabía cuándo tenía que alejarse.

Capítulo setenta y cuatro

Stacey no pudo evitar maravillarse con el funcionamiento de la mente de su jefa. Eso de vincular los crímenes con los parientes era una conclusión a la que ella no estaba segura de haber podido llegar. Sabía que el ensimismamiento de su jefa nunca se alejaba del caso actual, sin importar ninguna otra cosa que tuviera en mente.

Sin llegar a ser cálida ni imprecisa, Kim se había mostrado un poco distante esta semana. De vez en cuando, uno o dos segundos más lenta en responder que con su habitual velocidad de interruptor de la luz.

Una o dos veces había pillado a Bryant oteando a su jefa con una expresión preocupada de la cual probablemente no era consciente.

Pero ese era el fuerte de Kim. Tratándose de datos, siempre eran las cosas diminutas.

Algo distraía a la jefa, y Stacey, sin poderlo evitar, se preguntaba qué podría ser.

De haber creído, aunque solo fuera por un minuto, que su jefa compartiría sus demonios, le habría ofrecido su ayuda de inmediato, pero sabía que eso no iba a suceder.

Tenía una sola manera de ayudarla, y eso consistía en hacer su trabajo.

Eligió al azar el nombre de uno de los parientes y terminó con el de Harold Howard.

Lo buscó en Google y encontró más de mil coincidencias. Redujo la búsqueda a las noticias, con lo que el número se comprimió a la mitad. Unas cuantas páginas, las primeras, eran las noticias relacionadas con su muerte. Por ahí de la página seis, los artículos sobre la defunción se mezclaban con los reportajes acerca del

asesinato del nieto.

Stacey empezó a sentir que la mandíbula se le tensaba mientras leía los artículos a toda velocidad. Ya era bastante despreciable que hubieran asesinado a un niño, pero hacerlo para vengarse de otra persona era más que repugnante.

En la página diecisiete, más o menos, los titulares se concentraban en los casos del juez. Era evidente que algunas de sus decisiones habían provocado controversias.

Leyó un caso de agresión sexual en que la sentencia fue de dos míseros meses. El juez pensó que el crimen no debía sorprender a nadie, dada la conducta de la víctima. Una joven de diecinueve años había ido al centro de la ciudad, había bebido unas cuantas copas y cometido el error, al volver a casa, de recorrer a pie los últimos cuatrocientos metros. Catorce personas dieron testimonio de que se había comportado de forma ruidosa y estridente en dos clubes nocturnos y en un restaurante indio. Ninguno había presenciado la violación, dos horas más tarde.

Un segundo conjunto de titulares se refería a un caso de lesiones graves. Se había dictado una condena de tres meses de cárcel a dos sujetos por golpear a un homosexual y dejarle cicatrices permanentes. Según el juez, la víctima debía estar al tanto de que el estilo de vida que había elegido tenía sus consecuencias.

Stacey sintió que la sangre le bullía en las venas, pero los casos seguían y seguían.

Se acomodó en la silla y siguió buscando.

Capítulo setenta y cinco

Ruth no podía dejar de temblar, a pesar de que su visitante se había marchado hacía más de quince minutos.

Nada inapropiado se había dicho. Ruth se daba cuenta de que habían conversado de muy pocas cosas, como suele suceder en prisión.

El mundo entero, toda la existencia, se reducía a las actividades dentro de los confines de esos muros y giraba en torno a ellas.

Que alguno de los guardias quedara fuera de combate daba lugar a muchas conversaciones. Que la televisión se volviera a estropear daba para horas de charla. Y si, durante la cena, las zanahorias estuvieran duras, tendrían mucho de qué hablar. Y cualquier noticia, cualquier noticia de verdad, las entretendría durante días enteros.

Tina no había dicho nada malo, pero su sola presencia era perturbadora. La gente como Tina no le hablaba. Ruth se sabía una «gris», una doña nadie; alguien que simplemente se mimetizaba con el fondo. Tina se hacía acompañar de mujeres cuyas sentencias eran semejantes a la suya propia. No se mezclaba con las «novatas» ni con las «grises». Y eso, a Ruth, le había venido muy bien.

En la puerta, una presencia le provocó otro gorjeo temporal en el corazón. Sonrió a su amiga y alumna.

—¿Leemos? —preguntó Elenya con el libro en la mano.

Ruth negó con la cabeza.

—Ahora no. Quizás más tarde.

Elenya dudó, asintió y se alejó.

En realidad, a Ruth nada le habría gustado más que sentarse en la cama a escuchar a su amiga aventurarse por los caminos desafiantes del inglés, pero Tina le había dicho que algunas de ellas

se reunirían en la biblioteca y que sería bueno que las acompañara.

Por alguna razón, Ruth tenía la molesta sensación de que, en realidad, no tenía alternativa.

Se cepilló el pelo, respiró hondo y se dirigió a la biblioteca.

Capitulo setenta y seis

Kim ya estaba a dos pasos de la puerta doble de la salida cuando hizo un alto. Ofreció a Bryant la mejor sonrisa de disculpa que pudo sacar y se volvió.

En el pasado, no había obedecido con suficiente rapidez a sus instintos y había muerto gente.

Había permitido que las opiniones de otros sobre la encantadora y enigmática sociópata influyeran en su convicción de que no todo iba bien.

Se había doblegado ante las incredulidades y algunas personas lo habían pagado caro.

No volvería a cometer el mismo error.

—¿Qué clase de prisionera es? —preguntó Kim, mirando al hombre que estaba del otro lado del escritorio—. ¿Alguna vez le ha dado problemas?

Él negó con la cabeza.

—Todo lo contrario. Es tranquila y colaboradora. Nos ha ayudado a calmar algunas situaciones; a veces, hablando con otras reclusas.

Kim iba sintiendo que el corazón se le hundía con cada palabra. Otra vez, la mujer estaba haciendo su maldita magia. Para este sujeto, por lo visto, nada olía mejor que un pedo de Alex.

Recordó una situación exactamente igual, el año anterior, cuando una sola persona fue capaz de sentir lo mismo que ella con respecto a la psiquiatra: un chico autista dulce, joven e inteligente que había podido ver más allá de la fachada.

Tenía que valer la pena hacer un nuevo intento. Solo por Dougie.

Estaba consciente de que tenía a Bryant a un lado. Si ella debía

quedarse, él también.

—¿No tiene amistades extravagantes, alianzas indeseables?

Kim sabía que los prisioneros atesoraban la información de ese tipo al detalle. Si Alex estaba tramando algo, la detective no tenía ninguna esperanza de sacárselo a este tío.

—*Na*, nada de nada —contestó. Maldita sea, quizás Bryant tenía razón, después de todo. Tal vez se estaba imaginando…—, incluso rehusó presentar cargos contra su anterior compañera de celda —añadió él, agitando la cabeza.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Kim. Sus sentidos empezaban a alinearse otra vez como los planetas, listos para absorber cada palabra.

—Su compañera de celda perdió el control la otra noche. Esta buena chica, o eso creíamos, se volvió loca —dijo, llevándose el dedo a la sien en un signo que Kim detestaba—. Simplemente empezó a golpear a la doctora Thorne sin motivo alguno.

«Ajá —pensó Kim—, eso explica los arañazos». Pero su compañero, ahí presente, no tenía ni idea de cuán revelador era esto.

Una interna, otrora tranquila y agradable, de pronto, por ningún motivo aparente, empezaba a darle de puñetazos a su compañera de celda.

No, no, esta no era una simple coincidencia. A Kim le habría gustado que la compañera de celda de verdad hubiera desenmascarado a Alex y le hubiera dado su merecido, pero lo dudaba mucho.

Alex era una maestra del engaño. Ella siempre había sabido que lo era. Los demás tendrían que poner mucha atención para descubrirlo.

—¿Durante cuánto tiempo compartieron la celda? —preguntó.

—No lo sé. Algunos meses —dijo él. Bajó la mirada al escritorio para darle a entender que tenía otras cosas que hacer.

—¿Y ustedes no se han preguntado por qué esta mujer, así, de repente, se volvió loca? ¿Simplemente lo han aceptado?

—Mire, señora, las pruebas estaban a la vista. Yo mismo las vi.

Kim se inclinó hacia delante.

—En primer lugar, no soy una señora. —Se dio cuenta de cómo había sonado eso y decidió mantenerlo—. Soy inspectora detective.

En segundo lugar, ¿qué vio usted, exactamente? —le exigió.

Él empezó a hacer muecas.

—¿Esto es oficial?

—Podría serlo —replicó Kim.

Bryant tosió. Ella entendió el mensaje. Su hostilidad no le haría ganar ningún premio, pero lo más importante era que no la ayudaría a conseguir lo que buscaba.

Sonrió al hombre para aliviar la tensión.

—Lo único que estoy buscando es un poco de ayuda. Déjeme hacerle solo otro par de preguntas y lo dejaré en paz.

Él daba la impresión de haberse apaciguado un poco.

—¿Qué delito cometió la compañera de celda?

Él se encogió de hombros.

—No me concierne decírselo, pero está… estaba a punto de salir, en una o dos semanas. Ya no, obviamente.

Kim se volvió a Bryant. La expresión perpleja que detectó le dijo que su compañero estaba empezando a concordar.

¿Por qué habría de enloquecer una mujer que estaba a punto de ser liberada?

No tenía sentido.

—¿Qué explicación dio la compañera?

—Jura que ella no hizo nada, pero no había nadie más en la habitación, y las heridas no aparecieron por sí solas.

«¿Está seguro?», quería preguntar Kim. Recordaba cómo Alex había fraguado el regreso de Leo a la cárcel.

Su mente daba gritos. Esta coincidencia era demasiado. Al parecer, a la doctora Thorne le habían sucedido un montón de cosas en unos cuantos días.

¿Qué les acababa de decir este tío? Que Alex había preferido no ejercer más presión. Eso parecía impropio de esta mujer. Quería decir que ya había conseguido lo que buscaba. Y ahora, otra inocente desprevenida se había convertido en víctima suya. La idea le revolvió el estómago.

«Venga, piensa —se dijo a sí misma—, piensa como Alex». Recorrió los pasos en su cabeza.

—Así que ¿qué pidió, finalmente?

—Mire, inspectora, de verdad que tengo cosas…

—Lo entiendo, pero esto podría ser muy importante.

—Pidió ser alojada con una prisionera en particular. —Sonrió—. La tía tiene cojones, diría yo. No muchas querrían vivir con la mujer más despiadada de este lugar.

Kim sintió un nudo en el estómago. Ahora sí se encaminaban a alguna parte.

Lo sabía.

—¿Cómo se llama? —preguntó Kim.

—Tanya Neale —dijo el guardia.

Bryant sacó su móvil y buscó el nombre en Google.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Kim.

El guardia frunció los labios.

—Ya le he dicho, no voy a discutir…

—Homicidio: tres hombres —contestó Bryant.

Ella podía ver los ojos de su compañero ir de izquierda a derecha a toda velocidad. Bryant deslizó la pantalla, levantó la mirada y fijó los ojos en ella.

—Mierda, jefa —dijo, y le entregó el teléfono.

Kim exploró la pantalla brevemente. Sus ojos danzaron del nombre de la hermana al lugar donde estaba recluida.

Miró a Bryant y pudo reconocer su propio miedo reflejado en él.

Asintió. Se volvió para salir del edificio a toda prisa. Giró hacia el guardia.

—Quiero ver a Alex Thorne. Quiero verla inmediatamente.

Él empezó a sonreír.

—Sin afán de ofenderla, inspectora, ¿y si ella no quisiera verla a usted?

—Oh, sí que va a querer —dijo Kim confiada—. Solo dígale que Kimmy está aquí.

Capítulo setenta y siete

Ruth recorrió el pasillo hacia la puerta de la biblioteca.

Sentía en el estómago una ansiedad que no podía superar.

Vaciló por un momento y volvió a agradecer a Alex estas indecisiones. La mujer había destruido toda su confianza en la gente. En su mente, cada persona tenía un motivo para cada cosa. Se suponía que Alex la estaba ayudando, curándola; guiándola al otro lado a través del dolor. Pero no era cierto. Solo la estaba usando para sus juegos enfermizos.

Luchó contra su indecisión y siguió adelante. Tina no había dicho nada como para provocar su desconfianza. Habían tenido una charla agradable.

Ruth trataba de no hacerle caso a la voz que la cuestionaba, que le preguntaba por qué había charlado.

Pero la que hablaba era Alex, no ella, y eso la tenía harta. Aceleró un poco el paso con la esperanza de superar el ruido de Alex en su cabeza.

No vería el mundo con tanta amargura y desconfianza. No permitiría que Alex moldeara lo que le quedaba de vida.

No temería que cualquier persona que se dirigiera a ella lo hiciera con proyectos ocultos y motivos ulteriores.

Al entrar en la biblioteca, dibujó una sonrisa en su rostro.

El primer golpe le dio en la nuca. Cayó hacia delante, confundida. ¿Algo se le habría venido encima?

Y entonces vio a Tina delante.

Supo que el golpe en la cabeza había afectado su visión periférica. Sentía actividad a la izquierda y a la derecha, pero solo podía mirar lo que tenía delante.

Un puño o un pie se le estrelló en el riñón derecho. El impacto la

lanzó hacia delante. El mundo entró en cámara lenta mientras sentía que su cuerpo se inclinaba hacia el frente, y, a pesar de eso, contra la lógica, todo sucedía tan de prisa que no le daba tiempo de pensar.

Quiso gritar que se habían equivocado, que tenían a la persona equivocada, pero un pie le dio en la garganta cuando intentaba hacerse un ovillo y ponerse de lado.

Se atragantó y balbuceó mientras la sangre le llenaba la boca.

Otro golpe dio entre sus omóplatos.

Ruth se preguntaba cómo podía usar solo un par de brazos para proteger todo su cuerpo.

Su mente trataba de entender qué había hecho mal. Nunca había hablado con Tina, nunca se había cruzado con ella. Tenía que ser un error de identidad.

Un pie dio en su estómago. Las manos de Ruth se movieron en un intento de protección. Las náuseas crecían en su interior.

Trató de girar para mirar a Tina, para explicarle que no había hecho nada malo.

En el rostro de la reclusa no había odio, no había ira ni rabia. Ruth trató de hablar mientras Tina daba un paso hacia ella.

—¿Qué…?, ¿por… qué? —balbuceó entre el dolor que sentía en la garganta.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, colega —dijo Tina.

La cabeza de Ruth daba vueltas de dolor y confusión. La mujer que la estaba golpeando hasta la saciedad acababa de llamarla «colega».

Ruth gritó cuando un pie se le enterró en la zona lumbar. Por todo su cuerpo iban apareciendo nuevos puntos de dolor. La negrura intentaba arroparla. Ella la recibiría con agrado, y, aun así, quería entender.

Reunió toda su energía.

—Tina…, por favor…

Levantó la mano.

Tina se la pateó.

—Zorra, tenemos órdenes. No es asunto mío, pero tienes que morir.

Ruth trataba de entender las palabras entre el dolor que sacudía su cuerpo. ¿No había hecho nada que ofendiera a Tina? Ella hacía

esto a nombre de otra persona.

Entre el sufrimiento, la comprensión descendió sobre ella como un relámpago. Alex. De algún modo, esto era cosa de Alex.

Lo que le quedaba en los músculos para luchar fue absorbido por la desesperación. No tenía ningún sentido tratar de entrar en razón con ella, porque no era su pelea.

De pronto, Ruth supo que estaba a punto de morir.

Ya no hizo ningún sonido mientras los golpes seguían lloviendo sobre ella. La negrura estaba a punto de llegar, y ella le dio la bienvenida. Ya no podía pelear.

—Fuera —dijo una voz conocida.

Los puños y los pies se detuvieron a su alrededor.

—¿Qué has dicho, puta? —preguntó Tina con mala actitud.

—He dicho «fuera».

Aunque la voz era familiar, había alguna diferencia.

La actividad se reanudó y los pies empezaron a moverse. Ruth se preparó para otra nueva embestida, pero los pies se estaban alejando.

Abandonando el lugar.

La inundó una sensación de alivio.

—Todo está bien —dijo la voz tranquilizadora que se aproximaba.

Ruth sintió que la tensión abandonaba su cuerpo cuando una mano suave le acarició la mejilla. Habían parado y no estaba muerta. A pesar del dolor, quería reír, llorar.

—Todo va a estar bien, pequeña Ruth —dijo Elenya antes de clavarle el cuchillo en el estómago.

Capítulo setenta y ocho

Cuando Stacey terminó de leer el cuarto caso controvertido del juez Harold Howard, pensaba que la sangre le herviría en las venas.

El teléfono sonó y ella aprovechó la oportunidad para ponerse de pie.

—¿Qué? —preguntó.

—Maldita sea, Stace, ¿quién se cagó en tu duende? —preguntó Dawson.

Ella puso los ojos en blanco. Dawson nunca perdía la oportunidad de criticar su juego en línea. Algunas veces era gracioso, pero, la mayoría, no.

—¿Ya vienes en camino? —le espetó. Hacía una hora que lo había llamado para pasarle las órdenes de la jefa.

—Más o menos —contestó él.

Stacey frunció el ceño. La voz de su compañero tenía el tono del niño que está a punto de meter la mano en el fuego para ver qué se siente, aun a sabiendas de que le va a doler.

—¿Kev…?

—¿Cómo va la investigación sobre Harold Howard? —preguntó él con dulzura.

Ella estiró las piernas.

—Harold Howard es un gilipollas —dijo ella.

Él se rio.

—Oh, sí, pude habértelo dicho. Antes de mi primera comparecencia en un tribunal, fui a observar un caso en Birmingham. Él era el juez, un absoluto cretino.

—Gracias, Kev. Pero ¿por qué no estamos conversando aquí, de un escritorio al otro?

—Stace, ¿estás deambulando?

—Un poco —dijo ella mientras se volvía a la cafetera.

—¿Hay algún problema?

—Podemos asumir, con toda seguridad, que fue el presidente del club de las minorías —espetó ella—. Pero ¿cómo coño consiguió salirse con la suya? —dijo Stacey, meneando la cabeza.

—¿Cómo lo hace otro cualquiera, Stace? —preguntó él en voz baja.

Ella fue a la puerta y regresó.

—Kev, voy a seguir preguntándote por qué no has llegado.

—Solo por aclarar las cosas, Stace: Jason *Cross* ha presentado una denuncia contra la jefa, ¿de acuerdo?

—Síííííí —dijo ella, que presentía, de algún modo, por dónde iban los tiros.

—Así que, supongo, otros miembros de la policía, no sé, quizás podrían estar en el hospital, casualmente.

—Ni se te ocurra —dijo Stacey, poniéndole un alto—. Si la jefa hubiera pensado, aunque fuera solo por un minuto, que esa era una buena idea, te lo habría pedido.

—Sí, pero, a veces…

—No, Kev, en ningún momento ha sido una buena idea ir en contra de los deseos de la jefa, y, tras el episodio del periódico, creo que deberías saberlo.

—Pero, en estricto sentido, nunca ha dicho que no.

—Nunca dice, específicamente, que te arrojes frente a un vehículo en movimiento rápido, y tampoco lo haces.

—No es lo mismo, en realidad…

—Kev, si estás llamando para pedirme permiso, soy la persona equivocada. Si me estás llamando para que te dé ánimos, ídem. Y, si de todos modos, estás dispuesto a hacer esto después de la cagada de esta semana, veré el modo de que te encierren en un manicomio.

—Oye, Stace, eso no tiene gracia…

Stacey movió la cabeza de un lado al otro y colgó.

No estaba de humor para ser la facilitadora de su colega.

Cuando volvió al escritorio, tenía como primera cosa en la mente la frase «absoluto cretino» que Dawson había usado para referirse al hijo de puta racista y de extrema derecha que estaba investigando.

Pasó al siguiente caso de su lista y sus ojos se ensancharon. No

le llamó tanto la atención el titular escandaloso, sino un nombre en el tercer renglón.

Capítulo setenta y nueve

Kim fue puesta a cargo de una carcelaria joven y delgada a quien tuvo que seguir hasta la sala de visitas. Se preguntaba ociosamente si la mujer había tenido un largo día. La cinta elástica que le sujetaba la cola de caballo ya no estaba tan apretada en la cabeza como probablemente estuvo al empezar la jornada, hasta el punto en que se le veían algunos mechones sueltos. Una pequeña mancha coloreaba el dorso de su manga y su andar era notablemente cansino.

Kim se esforzó por mantener una expresión indiferente en el rostro mientras pasaban junto a la máquina expendedora.

Alex ya estaba sentada, de espaldas a la puerta. Tenía dos tazas de café sobre la mesa. Su actitud revelaba que no estaba ansiosa por tener esa reunión, como si estuviera en sus manos la decisión de aceptar o rechazar esta interrupción en su ajetreado día.

En esa mujer, todo era una escenificación de alguna clase. Kim se preguntaba cuán agotador debía ser tener la mente tramando y planificando sin parar, ideando escenarios y posibilidades.

Y había traído café, como si fueran dos viejas amigas poniéndose al día.

Y eso era lo que la gente no entendía de Alex. El diablo estaba en los detalles. Tenías que echar mano a las pequeñeces antes de que empezaran a crecer.

Los pensamientos de Kim volaron un instante hacia Bryant, que se había quedado fuera. Sabía que su compañero, en parte, pensaba que ella estaba sobredimensionando el tenue vínculo entre Alex y Ruth. El hecho de que, por casualidad, la hermana de Tanya estuviera en la misma cárcel que una de las antiguas víctimas de Alex era un salto de fe demasiado grande para su colega. Y, por una

vez, ella esperaba que él tuviera razón.

—Kim, ¿cómo estás? —dijo Alex mientras se sentaba—. Qué sorpresa tan agradable.

—No, en absoluto —contestó Kim secamente.

Alex sonrió. Aceptaría esas palabras como un enaltecimiento de su victoria.

—Me enviaste un mensaje. ¿Dónde está Leo?

Alex se hizo la sorprendida, pero el regocijo danzaba en sus ojos.

—¿Por qué habría de saber dónde está?

—Lo sabes —dijo Kim.

Alex empezó a negar con la cabeza.

—Supongo que habrás ido a comprobarlo a la casa Hardwick. Tu amigo, David, ¿él no sabe dónde está Leo?

Kim se maldijo a sí misma por haber hecho exactamente lo que Alex esperaba que hiciera. Tenía que haber sabido que ese era el primer lugar que comprobaría, de la misma manera en que sabía que Kim trataría de averiguarlo.

—¿Cómo está mi amiguito Dougie? ¿Ha tomado más lecciones de natación?

—Hija de puta… —Gruñó Kim antes de poder contenerse. El recuerdo de Dougie agitándose indefenso en las aguas del canal era una visión que no la abandonaría nunca.

La guardia carcelaria se situó por el lado interior de la puerta para vigilarlas de cerca.

—Dougie está perfectamente bien, Alex —dijo Kim, tratando de mantener un tono uniforme.

Alex se inclinó hacia delante.

—Veamos, ¿quién lo habría echado de menos si no lo hubieras rescatado?

Kim esquivó la pregunta. Estaba diseñada solo para irritarla. El nombre de Dougie en los labios de esta mujer no tenía otro propósito que encenderla. Y se sintió molesta por haberse encendido.

—Quiero que me hables de Leo —la presionó Kim.

Alex puso los ojos en blanco en señal de aburrimiento.

—No tengo ni idea, y no podría importarme menos. Ha sido una decepción para mí. ¿Por qué siempre terminas centrándote en los niños abandonados, Kim? ¿Qué significa Leo para ti?

—¿Así que él no es el visitante registrado bajo el nombre de Michael Stone?

Alex rio a carcajadas.

—Ay, Kim. Es tan divertido volver a verte. Te he echado mucho de menos. Y, mientras jugamos a ponernos al día, ¿cómo está tu querida madre?

—Te manda saludos —dijo Kim en tono mordaz.

Alex rio.

—Ay, ¿has ido a verla?

Kim no dijo nada. Solo se metió las manos en los bolsillos delanteros.

—Lo has hecho, ¿o no? —dijo Alex, y sus ojos se abrieron de par en par—. Después de todos estos años, has ido a ver a tu madre. Ah, me da tanto gusto por ti. Ha de haber sido tan divertido ponerse al día después de todos los años que…

—Alex, cállate el hocico.

Kim podía notar la diversión cabrioleando en los ojos de la mujer. Abominaba todas las caras de Alex, pero este acto de colegiala vertiginosa era demasiado.

—¿Por qué querías que la fuera a ver? —preguntó.

—Porque pensé que sería bueno para ti —dijo ella demasiado rápido, lo que llevó a Kim a suponer que esa respuesta era ensayada. Por lo tanto, era una respuesta que no tenía la menor conexión con la verdad.

Pero, demonios, le seguiría el juego. Tenía algo de tiempo que perder.

—¿Y por qué sería bueno para mí?

—Vaya, el tiempo futuro que acabas de usar indicaría que aún no has hablado con ella. Ay, Kim, eso me decepciona.

Kim no dejaría que eso le quitara el sueño.

—¿Y a ti qué te importa?

—A mí, nada, pero me preocupo por ti. Creo que estás lista para dar el siguiente paso. Creo que estás lista para perdonarla. Creo que debes perdonar…

—No sabes nada, Alex —le espetó Kim, dándose cuenta, al mismo tiempo, de que había vuelto a caer en su juego. Otra vez. Había expuesto, de nuevo, sus partes bajas a la depredadora.

Para su sorpresa, Alex lo dejó pasar.

—¿La has visto? —preguntó.

Kim asintió, ausente, aún reprimiéndose por ese desliz.

—Ay, Kim, ha sido un error —dijo Alex sonriendo—. Estabas pensando en otra cosa. Tu mente estaba distraída y alcancé a ver exactamente lo que tú no querías que viera.

Kim se recompuso.

—Alex, deja de suponer que sabes…

—Sé que una pequeña parte de ti duda de la fortaleza de tus convicciones. En tus ojos se aloja una pregunta acerca de tu madre.

Kim no dijo nada y se esforzó mucho en mantener una expresión neutral.

—La has visto, ¿o no? Miraste a la mujer que es hoy y no pudiste establecer una correlación con la mujer de tus recuerdos, con la que tan minuciosamente planificó la tortura y el asesinato tuyo y de Mikey.

Habría querido arrancar de la boca de esa perra el nombre de su hermano, pero eso le habría conferido a Alex suficientes municiones para dispararle por toda la eternidad.

—Ya no es la misma mujer, ¿o sí? La mujer que viste es ahora una persona tranquila, contenida, sana. Es posible que, incluso, sea agradable. Así que, ¿cómo vas a reconciliar las dos imágenes que tienes en la cabeza?

—Alex, no tienes ni idea de lo que siento por…

—Ahora, esa imagen ya nunca se borrará, Kim. No puedes dejar de verla como es ahora, no puedes recuperar la expresión que te dejó en la memoria el día en que os dejó morir a ti y a tu hermano.

Kim trataba de sobreponerse a esas palabras, que buscaban un espacio para aterrizar en su conciencia.

—Estoy segura de que ya hemos tenido esta conversación —dijo.

«No dejes de moverte», pensó Kim. Era la única manera de sortear los pequeños dardos envenenados que apuntaban hacia ella.

Alex se reclinó en la silla y negó con la cabeza.

—No, Kim, no lo creo. Hemos hablado mucho de Mikey y de la culpa que sientes por no haber podido salvarlo. Hablamos de la forma en que te torturas cada…

Kim se erizó.

—¿No acabas de decir que ya lo habíamos hecho?

No necesitaba recordatorios de lo que sentía al respecto.

Batallaba con ellos todos los días.

Alex rio.

—Ay, Kim, apenas hemos arañado la superficie de tus sentimientos hacia Mikey, y lo sabes. Esos sentimientos te motivan a hacer todo lo que haces. Es lo que da impulso a tu trabajo. Quieres salvar a todo el mundo.

Los dedos de Kim se apretaron alrededor del móvil. Quería que el aparato vibrara en su mano. Cada minuto que pasaba la aterrorizaba aún más.

—Quieres evitar a todos que se encuentren con el dolor, la desesperación, la soledad, la pérdida, con todo lo que tú sentiste en tu propia piel. Quieres salvar al mundo, Kim, porque a Mikey no pudiste salvarlo. Has olvidado que yo soy la única persona del mundo que de verdad te conoce.

El teléfono vibró en el bolsillo de Kim. Ella echó un rápido vistazo a la guardia carcelaria, cuyos ojos quemaban la espalda de Alex.

Agitó el teléfono a la vista. Abrió el mensaje y comenzó a leer.

—Parece importante —dijo Alex, sonriendo hacia ella.

Kim seguía con la mirada baja, en el teléfono, tratando de absorber el mensaje del colega que la esperaba en el aparcamiento.

No levantó la cabeza para encontrarse con la expresión de suficiencia y triunfo de Alex.

Cuando la voz de Kim volvió a surgir, era más profunda, más tranquila, despojada de emociones.

—Te dará gusto saber que la han cogido —dijo, levantando finalmente la cabeza.

Una lenta sonrisa empezó a formarse en su rostro, con la victoria destellando en sus ojos.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Pero, por fortuna, no ha muerto. La guardia llegó justo a tiempo.

Para Kim, la confusión que se reflejaba en el rostro de Alex era toda una recompensa. La psiquiatra había deseado tenerla ahí cuando llegaran las noticias del asesinato de Ruth.

Lástima.

—Ah, y tu plan de contingencia tampoco funcionó. Ni Tina ni la chica extranjera tuvieron éxito.

Kim se deleitó con la ira que desbordaba los ojos de Alex, a pesar de los intentos que la mujer hacía por ocultarla.

Se puso de pie. Ya no tenía nada que hacer aquí.

—Has olvidado, Alex, que yo también soy, probablemente, quien mejor te conoce —dijo, y se alejó.

Trató de dejar en esa mesa las cosas que Alex le había dicho.

Podía sentir que la ira viajaba hacia ella como un tsunami. Alex había fracasado y su furia tendría que encontrar un blanco. Kim sabía que debía alejarse antes de que ella disparara.

—Sé por qué nunca la vas a perdonar, Kim. No puedes. Porque, si perdonaras a tu madre, tendrías que perdonarte a ti misma, y eso no lo harás nunca.

Sigue caminando, se dijo Kim a sí misma, tratando de cerrar los oídos a esos disparos de veneno.

—No es ella a quien no puedes perdonar. Es a ti misma. Tendrías que haberlo salvado. Sabes que debiste haberlo salvado. Eras más fuerte que él. Tenías que haber hecho más.

Kim sentía las emociones acumularse en su garganta. Tenía que huir de ahí. Se obligó a seguir adelante.

—Tengo una fotografía de Mikey y tú.

El corazón de Kim se detuvo por un segundo. Eso no existía.

—¿La habías olvidado, o no? —dijo Alex. Kim podía oír la fuerza acumulándose en la voz de esa mujer—. Se tomó una sola fotografía de vosotros dos. Una sola fotografía escolar, y yo tengo la única copia.

Kim se apoyó en la última mesa mientras un vago recuerdo volvía a ella. Un sillón doble y un gran fondo de cielo azul.

No tenía nada de su hermano muerto. Llevaba su imagen en el corazón, pero había días en que no podía recordar la curva de su barbilla ni las tenues pecas en el puente de su nariz.

—Tengo la última copia que queda de esa foto. Y te la daré con mucho gusto.

La idea de volver a ver claramente el rostro de su hermano era angustiosa.

—Si tan solo volvieras a la mesa.

Kim no se volvió. No podía. Las emociones la atacaban por todos lados.

Volver a ver a Mikey sería como cien deseos navideños, pero, en

ese estado de debilidad, no podía regresar a la batalla.

Sabía que, si atravesaba esa puerta, la foto sería destruida. El rostro de Mikey se perdería para siempre, pero la alternativa era peor.

El precio era demasiado alto.

Las lágrimas punzaban en el fondo de sus ojos. Kim sentía que estaba fallándole a su hermano una vez más.

Reunió toda su fortaleza y siguió caminando hacia la salida.

Oyó que gritaban su nombre detrás.

Pero Kim se aseguró de no mirar.

Capítulo ochenta

Lentamente, Alex caminó de regreso a su celda. La reunión había sido un éxito, por un lado, pero un completo desastre, por el otro.

¿Cómo se habría enterado Kim del ataque contra Ruth?, ¿cómo coño habían conseguido detenerlo?

La mujer tendría que estar muerta en ese momento. Parte de su problema estaría resuelto.

Tenía que idear otro plan, y lo haría, pero, por ahora, solo quería concentrarse en Kim.

Hasta ahora, desde su punto de vista, la interacción había sido positiva. Había conseguido manipular a la mujer para que fuera a visitar a su madre, y eso había despertado en ella toda clase de emociones. Ahora, Kim sabía de la existencia de la foto.

Casi sentía lástima por las víctimas del caso actual de Kim. No tendrían la menor oportunidad de llegar a una conclusión. Con todos los pensamientos que estarían flotando alrededor de la cabeza de la detective, golpeándose entre ellos, colisionando, el cerebro de la mujer debía estar convirtiéndose en papilla.

Alex sabía que los puntos más débiles de Kim eran el odio perpetuo hacia su madre y la culpa de no haber sido capaz de salvar a Mikey. Si uno se pusiera a jugar con esos fuegos artificiales, el resultado sería Chernóbil.

Los pensamientos se introducirían en su mente y supurarían como un absceso. Kim había tomado una decisión. Podría haber salido con la foto, pero se había debilitado hasta el punto de obligarse a ceder la batalla. El triunfo se había mezclado con la decepción.

—De verdad que eres una persona despreciable, ¿o no? —le dijo

Katie desde un lado.

—Vaya, perdona, no te vi. Eres tan insustancial para mí que apenas registro tu presencia.

—¿Qué placer obtienes de torturar a la gente?

—Más del que jamás te podrás imaginar —dijo Alex alegre. Era hora de un pequeño alivio para ahuyentar la decepción—. Mírate. No eres nada. No tienes sueños, no tienes ambiciones. En algún momento te irás de este mundo tal como entraste: en silencio. No dejarás huella en nadie. Tu mayor alcance será haber producido ese niño o, incluso, toda una manada. Eso no es un logro; es, simplemente criar.

»Te acostarás con cualquier hombre que te encuentre remotamente atractiva y llamarás a eso amor. Tu gratitud por sus atenciones será lastimosa mientras tratas de encontrar un padre sustituto para tus hijos.

»Con poco más para ocupar tu mente, absorberás toda la negatividad de este trabajo, y los incidentes, el odio y la desesperación se entretejerán con tus ropas y te seguirán a casa. La negatividad comerá en tu mesa y dormirá en tu cama, y una mañana despertarás amarga y vieja, consumida por el arrepentimiento». Alex hizo un alto al llegar a la puerta de la celda.

La mujer estaba pálida y temblaba notablemente.

—¿Eso responde a tu pregunta, agente?

Katie respiró hondo y le clavó una mirada de odio puro.

—Gracias por el aviso, doctora Thorne. Usted bien podría tener la razón, pero, al menos por ahora, sé a qué atenerme.

Alex la miró sin pasión. Había esperado algo más.

Katie sonrió.

—Ahora, apártese, doctora Thorne. He recibido información de que usted guarda contrabando en su celda —sacó del bolsillo un par de guantes de látex—, así que voy a echar un vistazo.

Alex abrió la boca para discutir. Maldita sea, la perra la había sorprendido.

Mientras veía a la guardia avanzar hacia la mesita de noche y, por lo tanto, hacia el libro, supo que no había nada que hacer.

Pero se consoló con la noción de que no todo estaba perdido.

El silencio de Alex ya había activado el plan B.

Capítulo ochenta y uno

—Madre santa, jefa, parecería que hubieras visto un fantasma —dijo Bryant.

«Casi», pensó ella mientras se apoyaba en el capó del coche. Necesitaba un minuto para meter aire fresco en sus pulmones.

—¿Cómo está Ruth? —preguntó finalmente.

—Va camino al hospital. Está muy mal. La golpearon muy fuerte, pero pudo haber sido peor. Tina Neale y sus compañeras estaban haciendo un buen trabajo cuando una amiga de Ruth, una chica rusa, vino a terminar la tarea.

—¿Dos atentados distintos? —preguntó Kim.

Bryant asintió y sopló.

—Dios, si me hubieras hecho caso cuando te dije que nos fuéramos, estaría muerta. Quizás dos veces —añadió.

—Solo estabas pensando en mí, Bryant, no puedo reprochártelo. En ese sentido, probablemente tenías razón —admitió.

—Maldita sea, sabía que, si entrabas a verla…

—Valía la pena —dijo ella, levantando la mano—. Ruth está viva y yo no estoy lastimada —añadió con un débil conato de sonrisa.

—¿Estás segura?

Kim trataba de acallar las voces de su cabeza.

—Estoy segura. Ahora volvamos a la comisaría a toda leche.

—Inspectora, inspectora, espere.

Kim oyó el grito cuando ya estaba abriendo la puerta del coche.

La guardia carcelaria se acercaba corriendo.

Y en la mano traía un sobre.

Kim clavó sus ojos en la mujer. No podía ser.

Bryant miraba a las dos, confundido.

—Creo… Creo que esto es de lo que hablaba esa mujer.

Kim no se atrevió a mirar el sobre.

—Pero ¿cómo? Quiero decir…

—Registro de celda —dijo la guardia.

Finalmente, Kim bajó la vista hacia el sobre. Las emociones se acumularon en su garganta cuando tendió la mano para aceptarlo.

Ese sobre contenía su mundo.

Sacudió la cabeza en cuanto el objeto estuvo seguro entre sus manos.

—No tengo palabras para agradecérselo. No tengo nada que decir.

—Por favor, no diga nada. Considere esto un acto propio de revancha.

—Muchas gracias —dijo Kim con sinceridad.

La mujer sonrió y se dio la vuelta.

Kim sopesaba con jubiloso asombro lo que acababa de ganar, perder y ganar en apenas quince minutos. Mientras veía alejarse a la guardia, recordó los ojos de odio de esa mujer durante la visita.

Quizás sí había algo que darle, después de todo. Recordó la buena disposición del alcaide a suministrar la información acerca de Alex. ¿También a él lo habrían mordido?

—Agente, espere —la llamó Kim, y se acercó a ella—. No importa lo que ella tenga contra usted, párelo ahora mismo. Quítele ese poder. Vaya con su jefe y dígale la verdad; si no, se convertirá en su prisionera de por vida. Se lo prometo.

—No hay nada —dijo la guardia.

Kim le tocó el antebrazo con gentileza.

—No le creo. Ella seguirá usando cualquier cosa que usted haya hecho. Diga la verdad y explique las circunstancias. Si usted ha aprendido la lección, creo que ellos entenderán.

La guardia tasó cuidadosamente esas palabras y una expresión de alivio apareció en su rostro.

Sonrió débilmente.

—Iré ahora mismo.

Kim asintió y las miradas de las dos se encontraron por un breve segundo antes de que la guardia se marchara.

—¿Qué fue eso? —preguntó Bryant, que acababa de aparecer a su lado.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Kim.

—Un regalo de Navidad, Bryant. Un regalo de Navidad muy tardío —añadió. Abrazaba el tesoro contra el pecho.

—Pues agárralo con fuerza, que nos vamos a toda velocidad. Stacey nos quiere de vuelta en la comisaría. Ahora.

Capítulo ochenta y dos

—Vale, Stace, ¿qué tienes? —dijo Kim en cuanto entró en la sala del escuadrón.

Notó la ausencia de Dawson y supuso que estaba en camino.

Habían hecho el recorrido de vuelta en tiempo récord. Kim sospechaba que Bryant había roto los límites de velocidad en una o dos ocasiones. Se preguntaba si Woody alguna vez se daría cuenta de que la influencia podía funcionar de ida y vuelta.

Cogió su apreciado sobre y lo metió en el cajón del escritorio. No era el momento.

Ahora debía poner toda su atención en otro asunto.

—Tengo un caso aquí, jefa. Implica a tres o cuatro seres queridos de víctimas. Podría tratarse de una completa coincidencia, pero Harold Howard era el juez; Mitchell Brightman, el fiscal, y Geraldine Hall, la experta en psiquiatría que actuó como testigo para la fiscalía de la corona.

—¿Dónde está Kev? —preguntó Kim. Prefería que la casa estuviera llena. Así, cualquier cosa que Stacey hubiera averiguado se diría una sola vez; aunque no podían esperar para siempre.

Stacey negó con la cabeza.

—No ha vuelto.

Hacía dos horas que Kim había pedido que regresara a la oficina para ayudar a Stacey. Por lo visto, ella y el sargento tendrían otra conversación.

—¿Qué caso fue ese? —preguntó Kim, y se sentó.

Stacey tragó saliva y Kim trató de prepararse para lo que estaba por venir.

—Luke Sweeney tenía catorce años, en diciembre de 2007, cuando secuestró a una compañera de clase, Casey Rudd. Casey

regresaba del colegio a casa. El resto de la familia del chico estaba fuera y este había quedado bajo el cuidado poco vigilante de una tía que vivía calle abajo. Tenía casi quince años —explicó Stacey. Kim asintió para animarla a proseguir.

«La tuvo prisionera en el cobertizo del jardín durante cinco días, e incluso ayudó a buscarla. De hecho, un policía encubierto fue quien reparó en la conducta del chico durante la búsqueda y decidió investigar un poco más. Tenía una expresión petulante, no dejaba de mirar a los padres y no escuchaba las instrucciones de búsqueda. Desapareció al cabo de unos quince minutos».

Era un proceso conocido ese de mezclar entre los voluntarios agentes vestidos de paisanos. Tenían que observar cualquier conducta extraña o errática. También se sabía que a algunos criminales les gustaba permanecer cerca de la acción para alimentar su ego y la sensación de conquista.

Stacey continuó:

—La víctima apareció al quinto día. —Hizo una pausa y cerró los ojos por un segundo antes de seguir hablando—. Habían abusado sexualmente de ella, con violencia. El equipo médico contó más de ciento cincuenta distintas heridas por todo su cuerpo.

Kim podía sentir el horror que crecía en Stacey. Bryant miraba la pared de enfrente.

—No faltaban instrumentos de tortura en el cobertizo. Le serró un dedo meñique, le aplastó la muñeca con un tornillo de banco y le colgó un alicate de un párpado.

Kim levantó la mano. La bilis le estaba llegando a la garganta.

Stacey entendió el mensaje.

—Entre las heridas se incluían marcas de pellizcos, mordidas, hematomas y cortes de navaja. La chica se había deshidratado y estaba a punto de morir.

—Ahora recuerdo —dijo Bryant, que seguía sin poder mirar la pantalla—. No vivió mucho tiempo.

Stacey asintió.

—Pasó cinco semanas en el hospital, luchando tanto contra las heridas como contra las infecciones producidas por las herramientas sucias. Su identidad salió a la luz en las redes sociales y, a pesar de todo lo que había sufrido, fue atacada por los *trols* de costumbre y recibió mensajes de odio, por no mencionar bromas enfermizas y

repugnantes. Su tablón de noticias rebosaba de fotografías de herramientas y dedos amputados.

Stacey apartó la mirada de la pantalla y Kim ya sabía lo que se avecinaba.

—Se suicidó antes de que el caso llegara a los tribunales.

Kim agitó la cabeza de un lado al otro mientras se preguntaba por el anonimato perpetuo en los tiempos que corrían.

Sintió que los puños se le cerraban sin quererlo. Otra vida inocente perdida.

Respiró hondo. Lamentablemente, ya no podían ayudarla.

—¿Qué ha ocurrido con Luke Sweeney?

Hacía cálculos mentales. Nueve años. ¿Estaría libre?

—Fue sentenciado a no menos de quince años. Murió de neumonía hace tres.

A Kim le costaba trabajo encontrar un solo hueso de su cuerpo que sintiera pena por él. Su mente todavía estaba en la adolescente que, durante días, había sido aterrorizada física y mentalmente.

Stacey continuó:

—Geraldine Hall dio testimonio de que él estaba en su sano juicio y no había circunstancias atenuantes. No creyó que estuviera incapacitado psicológicamente en ningún sentido.

—Por lo tanto, sabemos que no se trata de él —dijo Bryant, señalando lo obvio.

Kim frunció el ceño.

—¿Qué pasó con la familia? —preguntó.

—Bueno, los padres y otros dos hijos, un chico y una chica, fueron perseguidos hasta que abandonaron la ciudad. Los detalles de Luke salieron a la luz y la familia fue blanco de la repulsa y la ira de la comunidad local. Los chicos sufrieron palizas, mientras que a los padres les arrojaban huevos y los incordiaban donde quiera que estuvieran. Hicieron diecisiete llamadas a la policía durante el primer mes tras la aprehensión de Luke. Las quejas incluían heces en el buzón, dos ventanas rotas y fuegos artificiales por la chimenea.

—¿De modo que los miembros de la familia sufrieron? —preguntó Kim.

Todos se quedaron callados por un momento, procesando el catálogo de hechos horrendos.

Kim fue la primera en hablar.

—Tenemos el ADN de Jason *Cross* en la escena del primer asesinato y podríamos relacionarlo con la familia del segundo. Maldita sea, de verdad que tendríamos que hablar con él.

Dawson irrumpió en la sala, sonrojado y sin aliento.

—Si estáis hablando de Jason *Cross*, nadie va a hablar con él. Por cierto, siento llegar tarde, jefa.

—Qué bien que te unas a nosotros, Kev —le espetó ella—. Ahora, ¿qué diablos es esto de Jason *Cross*?

—Pasé al hospital para tratar de hablar con él.

Bryant soltó un taco en voz baja.

—¿A qué coño estás jugando? —dijo Kim enfurecida—. Sabes que está fuera de nuestros límites.

Solo Stacey parecía no haberse sorprendido. Estaba demasiado ocupada frunciendo el ceño ante la pantalla del ordenador.

Dawson asintió.

—Sí, lo sé, y lo lamento, jefa, y estaré contento de recibir mi reprimenda más tarde. Pero el tipo se ha ido. Se dio de alta a sí mismo esta mañana y ni siquiera su abogado sabe dónde está.

—Maldita sea —dijo Kim—. Nuestro principal sospechoso está de vuelta en circulación desde hace horas y no sabemos quién sigue en la lista.

—¿Estás pensando que él es un miembro de la familia, jefa? —preguntó Bryant.

—Podría ser cualquiera —contestó Kim frustrada. Tenían un vínculo y este no los acercaba más a la identificación del verdadero asesino.

—Mieeeerrrda —dijo Stacey.

Todos los ojos se volvieron hacia ella.

—Jefa, no te va a gustar lo que acabo de encontrar.

A Kim no le gustó nada el estremecimiento en la voz de su colega.

—He seguido buscando a los personajes clave del caso, pensando que esto podría darnos alguna pista de quién será el siguiente.

Stacey miraba la pantalla como si todavía no pudiera creer lo que tenía justo delante de ella.

—Stace, ¿qué pasa? —preguntó Kim.

—El agente a cargo de la investigación, jefa. La persona que

aprehendió a Luke Sweeney fue Woody.

Capítulo ochenta y tres

—Martha, me tiene sin cuidado quién está reunido con él —gritó Kim—. Necesito hablar con él en este instante.

—Tengo instrucciones muy estrictas de no molestar al Súper…

—La vida de un agente estará en peligro si no me comunicas con él.

Kim se dio cuenta de que estaba hablando con la música de espera.

Tres segundos después, la voz molesta de Baldwin sonó en su oído.

—Stone, ¿qué coño…?

—Señor, tengo razones para creer que la vida del director jefe de detectives Woodward o de su nieta están en peligro. Necesito saber dónde está.

Se percató de que ahora él le estaba poniendo toda su atención.

—Resume —le ordenó secamente.

—Estoy trabajando en un caso en que las familias de las víctimas están vinculadas. Nuestro hombre está matando a los seres más queridos de sus víctimas. Tortura a las personas que quedaron atrás. No quiere que mueran; quiere que sufran. Hemos identificado a los implicados y, hasta el momento, tenemos al fiscal, a una perita y a un juez. El oficial que ejecutó la detención fue Woo… el director jefe de detectives Woodward.

—Vale, Stone, tienes un buen motivo. El director jefe de detectives está en Gales, cerca de Welshpool. Tiene ahí una caravana. Llamaré a la policía local para que lo vayan a ver. Supongo que lo llamaste al móvil.

—Parece que no hay cobertura, señor —dijo ella mirando a Bryant, que constantemente intentaba comunicarse.

—Sí, por eso le gusta ese lugar. Te sugiero que tú y tu gente os pongáis en marcha. Voy a preparar un equipo para que te siga, pero ya ponte en camino.

—Sí, señor —dijo ella sorprendida. El hombre había sido mucho más complaciente de lo que ella había supuesto. Kim no había tenido que ponerse grosera ni una sola vez.

—Vale, chicos —dijo, cogiendo su abrigo—. Si teníais planes para esta noche, es hora de cancelarlos. Nos vamos al campo.

Todos la siguieron a la salida. Ella iba encantada de darles la espalda.

Solo esperaba que la ligereza hubiera bastado para disimular el miedo. Por una vez, se alegró de que le enviaran refuerzos.

Porque, esta vez, no tenía ni idea de hacia quién o a qué se dirigía.

Capítulo ochenta y cuatro

Baldwin colgó el teléfono y sonrió. Martha estaba sentada y con el bolígrafo preparado.

—Señor, ¿debería…?

—No, Martha, no pasa nada —dijo él, y se dirigió a su despacho.

El director jefe de detectives Woodward nunca había sido capaz de controlar a esa mujer, ni siquiera después de ser su jefe por unos cuantos años. Él lo había conseguido en pocos días: dile lo que quiera escuchar, síguele la corriente.

—¿Señor? —preguntó Martha.

—Mmm… Llame a la policía local y pídales que vayan a echar un vistazo. Después envíele la dirección a Stone. —Sintió que los labios se le curvaban hacia arriba—. Woodward se llevará una gran sorpresa cuando todo su departamento de investigaciones criminales aparezca en el umbral de su casa de vacaciones. Se lo merece. Tenía que haber aprendido a controlar un poco mejor a su perra callejera.

Martha ya había levantado el auricular, lista para marcar.

—¿Y lo del equipo de respaldo? —preguntó.

Él se rio.

—Por lo que ella me acaba de decir, yo no le enviaría ni un par de agentes de apoyo comunitario junto con un asistente.

Martha lo miró inquisidora.

—Esa mujer nos cuesta una fortuna cada año. No voy a despachar un equipo de apoyo a una búsqueda a tontas y a locas. Lo que me ha dicho del móvil de los homicidios está un paso más allá, y no tiene ni idea de a quién está persiguiendo. Esto va a ser mucho alboroto para nada, y, a partir del lunes, volverá a ser el problema de Woodward.

La secretaria no parecía convencida.

—Pero usted le dijo que…

—Martha, aquí no hay nada. Stone no tiene más que una teoría vaga de un asesino que está matando al familiar más cercano de su víctima objetivo. Es tan tenue, que no podría hurgarme los dientes con eso.

Vaciló. No, no. Había tomado la decisión correcta. Estaba contento con la instrucción que había dado.

Regresó a su despacho y cerró la puerta. Aún lo esperaban los preparativos para la reunión presupuestaria de la semana siguiente.

Ahora que la inspectora había escuchado todo lo que había querido escuchar, sabía que no volvería a molestarlo.

Capítulo ochenta y cinco

Alex se tumbó en la cama. La invadía una sensación de pérdida.

No era una pérdida nacida de las emociones, los apegos o el amor. Era la clase de pérdida de quien decide comprarse un coche nuevo. Hay una sensación así cuando recuerdas lo que alguna vez te hizo sentir el coche viejo.

Era decepcionante saber que nunca más volvería ver a Kim Stone. Por mucho que disfrutara la relación que tenían, su libertad debía ser lo primero.

Durante las últimas horas, sus limones se habían convertido en limonada. Y qué, si la foto había desaparecido. Kim apenas tendría la oportunidad de disfrutarla. Y, aunque Ruth no estuviera muerta, como debería, esa mujer probablemente estaba demasiado aterrorizada para declarar en su contra durante una apelación. Eso era suficientemente bueno, supuso.

El otro obstáculo para conseguir su libertad era la inspectora detective. Este asunto, no obstante, se resolvería bastante pronto.

Sintió que una lágrima trataba de brotar en algún lugar, cerca de sus ojos.

¿Lloraría por la pérdida de su mejor amiga? Sonrió y se limpió lo que parecía un picor.

No, por supuesto que no. Era una sociópata y solo tenía lágrimas para sí misma.

Capítulo ochenta y seis

El coche patrulla despachado por la policía de Dyfed-Powys entró en el sitio a las 8.47.

Ambos policías bajaron las ventanillas y escucharon.

—¿Qué estamos buscando, exactamente, sargento? —preguntó el agente Jones.

El sargento se encogió de hombros.

—Cualquier actividad alrededor de la caravana veintisiete. No sé. Hay alguna idea vaga de que alguien podría estar buscando a alguien.

—Qué bien que es una noche tranquila, ¿eh?

—No por mucho tiempo.

El agente Jones gruñó. Era viernes por la noche y ya había arrancado la cuenta atrás para las llamadas al centro de la ciudad. Las ciudades pequeñas no tenían nada que ver con Cardiff o Swansea, pero, mientras hubiera un *pub* o un club, habría problemas. No tenía que tratarse de un lío gordo ni de enemigos ni de gente que se pusiera a pelear por algo tangible. Al final de la noche, hasta dos mejores amigos podían emprenderla a hostias.

—Estos son los números pares —dijo el agente Jones mientras el sargento detenía el coche y apagaba el motor.

Ambos escucharon y se miraron el uno al otro.

—¿Misión cumplida? —preguntó el agente Jones.

El sargento Hunter abrió la puerta del coche.

—Quizás deberíamos aprovechar para echarle un vistazo al lugar, ya que estamos aquí.

Una bombilla aislada ofrecía una iluminación básica, pero el sargento encendió la linterna y barrió el lugar con movimientos de izquierda a derecha.

El agente Jones suspiró tras él. Ser enviado de excursión casual por una fuerza policíaca ajena no era el mejor plan de la noche. Para ser sincero, le apetecía una reyerta.

—¿Es esta? —preguntó el sargento Hunter.

Dio unos pasos y buscó el número. Asintió. El sargento iluminó con la linterna el salpicadero de la caravana.

No había luces encendidas en el interior. Recorrió el vehículo de un lado al otro e iluminó la parte de atrás.

El agente Jones fue al otro lado, se agachó y, con la linterna, empezó a explorar la parte de abajo. Nada, con excepción de un par de tumbonas plegadas y unas macetas viejas.

—Aquí no hay nada, sargento —dijo.

—Sí. Solo iré a golpear la puerta y luego avisaremos.

El agente Jones subió los dos escalones metálicos hasta la puerta y llamó.

Oyeron el sonido viajar a través del silencio de la caravana. El agente Jones retrocedió, maravillado con la inutilidad de todo el ejercicio.

Miró al sargento. Este arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—Ya hemos perdido bastante tiempo. Estoy pensando que Tierras Medias Occidentales se ha equivocado en esta.

Cogió la radio y llamó para decir que no había nada que comunicar.

Capítulo ochenta y siete

El director jefe de detectives Woodward no podía moverse de su posición en el suelo.

Al ver las luces de las linternas pasar por las ventanas, había estado a punto de llorar de alivio. No tenía ni idea de cómo se habían enterado, así que simplemente agradecía que alguien hubiera venido.

Tiró una vez más de unas bridas de plástico que podían conseguirse en cualquier ferretería. Eran de colores, baratas y desagradables, pero también jodidamente resistentes.

La que ligaba sus tobillos también estaba enrollada en la pata del hornillo. Las manos las tenía atadas a la espalda. Sabía que los sonidos corrían por el interior de una caravana y trató de patalear para que lo oyera quienquiera que estuviera por ahí. Cualquier pequeño ruido serviría para alertarlos de su presencia.

Otra luz de linterna brilló a través del pequeño dormitorio de la parte de atrás: el de Lissy. El solo pensar en ella lo hizo retorcer el cuerpo como un gusano demente.

El paño empapado que le habían metido en la boca no lo dejaba gritar.

La luz de la linterna se atenuó.

No se vayan, gritaba mentalmente. «Tienen a mi nieta. Por favor, no se vayan».

Todavía no estaba seguro de lo que había sucedido. Lissy estaba viendo los dibujos animados en la televisión mientras él lavaba los platos de la cena. Solo había salido a arrojar la basura al contenedor.

Cuando despertó, estaba amordazado y atado.

Volvió a tirar de las amarras mientras se imaginaba a Lissy, la

niña de siete años, en su pijama de mariposas. La única nieta que tendría. Tras la muerte de su hijo, ella era todo para él.

Se la habían llevado y era incapaz de protegerla. Su querida y dulce Lissy, quien había heredado la pasión de su padre y la gracia de su abuela. Los veía a ambos todos los días en esa niña.

Los lazos se habían estrechado aún más en los dos años transcurridos desde la muerte de su esposa. Ese día, cuando Marion sucumbió por fin a una batalla de cinco años contra el cáncer, Lissy trepó hasta su regazo sin decir nada, lo rodeó por el cuello con los brazos y le dio el abrazo más reconfortante que él jamás hubiera deseado. Su generosa nuera disfrutaba del vínculo especial entre Lissy y él y lo fomentaba activamente. Fuera de su trabajo, esa niña era lo único que le quedaba.

Se esforzó por controlar sus emociones y dio otro tirón, en un intento por romper las amarras.

Su cuerpo se agitó de frustración, rabia y miedo cuando oyó que el coche se alejaba.

Mientras el sonido del motor se iba apagando, supo que no volvería a ver a su nieta nunca más.

Capítulo ochenta y ocho

Kim podía sentir su frustración crecer con la velocidad. Le parecía que llevaban horas en el coche.

Bryant había sorteado cuidadosamente los oscuros y sinuosos caminos de Bridgnorth. Se había desviado hacia Much Wenlock para encontrarse con el tráfico en la carretera de circunvalación de Shrewsbury.

Stacey estaba tratando de localizar a Jason *Cross*, mientras Dawson llamaba al teléfono de Woody cada pocos minutos.

Kim estaba en pleno proceso de decidir cuál era la mejor manera de descargar su frustración cuando sonó su teléfono.

—Stone —contestó.

—Inspectora detective, soy Martha. Tengo la dirección del campamento. ¿Está lista?

Kim llamó la atención de Stacey, que venía en el asiento de atrás, y le recitó las instrucciones mientras Martha se las leía.

—¿Acudieron las fuerzas locales? —preguntó.

—Confirmaron que no había nada —respondió Martha.

Kim negó con la cabeza. ¿Con cuánto ahínco habrían buscado?

—¿Hay algún equipo en camino? —preguntó Kim.

—He seguido todas las instrucciones del superintendente —confirmó Martha.

—Gracias, Martha —dijo Kim.

Hubo una pausa.

—Inspectora detective, tenga cuidado —dijo la secretaria antes de colgar.

Kim frunció el ceño al teléfono y se metió este en el bolsillo. En esa conversación había habido un tono indefinible. Negó con la cabeza. La imaginación se le estaba amotinando.

—Bryant, ¿dónde demonios estamos? —preguntó.

—A punto de salir de la carretera de circunvalación de Shrewsbury —contestó él.

—¿En kilómetros, Bryant?

—Entre treinta y cuarenta.

—Detente —dijo, y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Jefa, de veras, no es buena idea.

—Bryant, detente o me voy a tener que sentar en tus piernas.

—Jefa, voy al límite de velocidad. No es seguro…

—Bryant, detente ahora mismo o tendrás que decirle eso a Woody en el funeral de su nieta.

Capítulo ochenta y nueve

Woody vio el haz de los faros atravesar el cristal. Fuera se apagó el motor de un coche. Las puertas se cerraron al unísono; no sabría decir cuántas. Su primer pensamiento fue que los anteriores visitantes habían regresado. Trató de pensar rápidamente mientras tiraba de las bridas. Su cabeza estaba a pocos centímetros de la puerta. Si pudiera golpearla contra el cristal, quienquiera que estuviera ahí fuera podría escucharlo.

Hizo otro intento. Las bridas atadas a la pata de la cocina no cedieron.

—Aquí estoy —gritó a través de la mordaza, pero esta atrapó todas las sílabas sin dejarlas salir.

No importaba quién era, con tal de que pudiera ayudarlo. Lissy se alejaba más a cada instante.

Si algo llegara a ocurrirle, nunca se lo perdonaría.

Volvió a brillar la luz en las ventanas. Trató de seguirla con los ojos para saber hacia dónde se movía la persona. Una segunda linterna brilló por el otro lado. Los haces se cruzaron en la oscuridad.

Esta vez, no se den por vencidos tan fácilmente, suplicó en silencio. «Estoy aquí y mi nieta corre peligro». Oyó una voz.

Más de una.

Había tal urgencia en el tono de las voces, que lo invadió una súbita esperanza. Si eran los mismos que habían estado aquí antes, sabrían que algo iba mal. Lo único que necesitaba era liberarse de estas malditas ataduras para salir a buscar a su nieta.

Paradójicamente, en este momento, él quería que fuera cierta persona, únicamente ella, pero creer en milagros no era la conducta normal de un director jefe de detectives.

Y entonces escuchó su voz.

Capítulo noventa

—Kev, me da igual cómo coño me metas ahí; solo hazlo —espetó Kim.

La caravana había permanecido sumida en una oscuridad total, en silencio, hasta que las cuatro puertas se cerraron de golpe. Las luces iluminaban otras caravanas, pero no esta.

Dawson trató de abrir de una fuerte patada. La puerta no cedió. Bryant se puso a su lado y los dos patearon al mismo tiempo. Nada. Bryant corrió de vuelta al coche y trajo una palanca, la metió a fuerza entre la puerta y el marco y logró abrir.

Kim proyectó la linterna hacia la oscuridad. La luz aterrizó en el área de bancos que estaba al fondo de la caravana.

Dirigió el haz alrededor.

—Madre santa —gritó cuando la luz cayó en las manos atadas de su jefe.

Entró, palpando el lado izquierdo. Activó el interruptor de la luz y cayó de rodillas.

Todo su equipo llenó la caravana mientras ella quitaba la mordaza de la boca de Woody.

—Stone, ¿qué carajo…?

—¿Él la tiene, señor? —le preguntó con urgencia.

Woody asintió. Solo entonces, ella alcanzó a ver la sangre que brotaba de la oreja izquierda de su jefe.

—Stace, ¿tienes señal?

—Apenas, jefa.

—Necesitamos una ambulancia de inmediato.

Dawson sacó un cuchillo de un cajón de la cocina y empezó a cortar las bridas.

—¿Qué ocurrió, señor? —preguntó Kim.

—Un golpe por detrás —dijo. Trató de levantarse.

Por supuesto, así tenía que haber sido. Dadas su altura y circunferencia, Woody habría sido un oponente formidable en un ataque de frente.

—Quédese donde está —dijo ella, y le puso una mano en el brazo—. Con todo respeto, señor, no puede ayudarnos.

—Stone, quítame estas ataduras de inmediato. Mi nieta…

—Señor, por favor. Tiene una herida en la cabeza. ¿Cuánto tiempo lleva Lissy ahí fuera?

—Veinte minutos. Un poco más, tal vez.

Miró alrededor. Hasta la llegada de los refuerzos, serían solo ellos cuatro.

Sus opciones eran muy limitadas.

—Stacey, quédate aquí con el director jefe de detectives y presiona al equipo de respaldo. Llama también a los locales. Quizás puedan ayudarnos.

—Entendido, jefa.

Dawson trajo un rollo de papel de cocina mientras Bryant ayudaba al director a ponerse de pie.

El macizo cuerpo se balanceó, pero Bryant se las arregló para llevarlo bien sujeto al sofá.

Kim pensó a toda velocidad. El asesino no se había llevado al pequeño Tommy lejos de donde lo había secuestrado.

—Venga, Bryant, quiero que toques todas las puertas que encuentres. Si todavía están ahí, no podrán salir. Usa a los residentes para formar un perímetro improvisado alrededor de todas las entradas que haya. Ellos identificarán a los extraños mejor que nosotros.

Se preguntaba si en ese sitio tendrían algún tipo de circuito cerrado de televisión, pero no les sobraba nadie como para mandarlo a hacer una comprobación. Necesitaban los refuerzos ahora mismo.

—Stone, tengo que ayudar a encontrar a mi nieta.

—Señor, por favor, no me obligue a retenerlo por la fuerza —dijo ella, no del todo seria—. Ahora, ¿podría decirme cómo iba vestida Lissy?

—Pijama de mariposas y zapatillas rosas de peluche.

—Señor, usted conoce el diseño de este sitio. Por favor, dé

instrucciones a los del equipo de apoyo en cuanto lleguen. Necesitaremos que nos ayuden a buscar. —Se volvió a su colega—. Pero, por ahora, Kev, estamos solos tú y yo.

Capítulo noventa y uno

Por lo que Kim podía colegir, el campamento se dividía en dos partes. La más alta, cerca de la entrada principal, comprendía el aparcamiento de las caravanas. Estas estaban situadas una al lado de la otra, separadas por un camino de grava.

Un camino asfaltado de una sola vía llevaba a la parte más baja del lugar.

—¿Por dónde demonios empezamos, jefa? —preguntó Dawson al llegar a una bifurcación.

La iluminación era mucho menos perceptible en esta parte del campamento. Aún había algunas farolas de globo, pero la distancia entre ellas era mucho más grande.

Habían dejado atrás los jardines de césped pulcro y la uniformidad de los espacios llanos.

Estaban entrando a una vasta zona donde había cabañas de troncos construidas al borde del camino, separadas entre sí por gruesos y densos árboles. Todas las viviendas parecían estar en completa oscuridad, haciéndolas más difíciles de detectar. Hacía rato que la cháchara inquisitiva de los ocupantes de la zona alta había quedado atrás.

—Jefa, mira a la izquierda, ahí.

Los ojos de Kim apenas se estaban adaptando a la oscuridad, pero la luna había asomado un cuarto para iluminar una densa área boscosa en la parte más baja del camino.

El dueño del campamento había mencionado un lago a la derecha de la floresta. Kim pudo ver que la bifurcación del camino tomaba una ruta circular hasta el mismo sitio, en el límite del bosque.

—Vale, Kev. Ve por la derecha, yo iré por la izquierda.

Deberíamos encontrarnos en algún lugar del bosque.

—Jefa, por cuestiones de seguridad, ¿no deberíamos permanecer juntos?

—Ya nos lleva mucha ventaja —dijo Kim—. Y no olvides alumbrar la orilla del lago con tu linterna, todo el tiempo. ¿Recuerdas lo que la niña llevaba puesto?

Dawson tragó y asintió. Ninguno de los dos quería pensar en el tema, pero un niño ya había sido asesinado, y quizás era demasiado tarde para salvar a Lissy.

Giraron y se alejaron en diferentes direcciones.

Con cada nuevo paso se internaban más y más en la oscuridad. Ella usó su linterna para iluminar a izquierda y derecha. El camino atravesaba entre hileras de cabañas. Las de la izquierda estaban encajadas en un declive de ligera pendiente; las de la derecha, rodeadas de árboles, con las fachadas hacia el lago.

Kim se detuvo cuando algo pasó a toda velocidad cerca de sus pies. Exploró con la linterna y vio la cola blanca de un conejo desaparecer entre una ristra de densos laureles verdes.

Continuó avanzando hacia el bosque. Sus instintos querían huir, uno por uno, pero había una niña de siete años que podría yacer herida en cualquier parte. O algo peor.

La última cabaña en el límite del bosque tenía una lámpara doble que iluminaba la entrada hacia los árboles. Kim sabía que, en cuanto pusiera un pie en la apertura, no tendría más que su propia linterna.

Hizo girar el haz entre sus pies cuando algo sonó sobre los restos de ramitas secas.

Una rama de árbol la golpeó en la cara. Enfadada, la apartó de un manotazo.

Seguía el sendero hollado por en medio del bosque, pero era consciente de que a ambos lados había zonas donde buscar.

Un búho lanzó su señal de advertencia desde algún lugar en lo alto y Kim soltó un taco en voz alta.

Madre santa, dadle a Kim las Tierras Medias Occidentales, cualquier día. En Black *Country* no había mucha naturaleza, y eso, para ella, era estupendo. Aquellos lugares no eran, en absoluto, tan aterradores como el campo.

Sintió algo blando bajo el pie. Por un instante se preguntó si

estaría pisando a un conejo. Dirigió la linterna, suponiendo que vería un par de orejas y una cola esponjosa.

Jadeó cuando notó que era mucho, mucho peor que eso.

Estaba mirando una zapatilla rosa cubierta de sangre.

Capítulo noventa y dos

La linterna de Dawson la alcanzó antes que él mismo.

—Madre de Dios. Jefa, ¿estás bien?

Kim había gritado el nombre del sargento con todas sus fuerzas.

Si el asesino aún estaba por ahí, no iban a poder abandonar el lugar. En ese momento, la única preocupación era Lissy.

—Está por aquí, en algún sitio —dijo Kim, sujetando la zapatilla con fuerza.

—En este momento, desearía contar con un perro rastreador —dijo Dawson.

Kim estuvo de acuerdo.

—Vale. Quiero que sigamos avanzando por este bosque, pero despacio. Empezaré a gritar su nombre. Ilumina el lado derecho, yo iluminaré el izquierdo. Avanzaron dos pasos.

—Lissy —gritó Kim.

Hicieron un alto y escucharon, a la espera de una respuesta. Nada.

Otros tres pasos. Dawson dio un salto cuando algo se deslizó cerca de él.

—Cálmate, son conejos —dijo ella, como toda una experta—. Lissy —gritó otra vez.

Nada.

Kim sentía que las náuseas ascendían desde su estómago. Cada momento que pasaba le decía que terminaría llevándole a Woody el cadáver de su nieta.

—Jefa —dijo Dawson.

—Lo sé —susurró ella. Las esperanzas de los dos estaban muriendo.

Dieron cuatro pasos más y se detuvieron. Kim podía ver que

estaban a unos siete metros del límite del bosque.

—Lissy —gritó.

Nada.

—Jefa, ¿no deberíamos…?

—Chitón —dijo, y lo cogió del brazo. Había oído algo.

Había sido un sonido muy bajo y débil, pero un sonido.

—Lissy —gritó otra vez.

Un susurro hizo que el corazón de Kim se disparara.

—Lissy, aquí estamos —dijo—. Te encontraremos.

Desde la izquierda le llegó otro murmullo. Hizo un alto en el sendero y, con la linterna, apartó una zarza que trataba de capturarle las piernas.

Levantó muy alto el pie izquierdo y pisoteó la zarza.

—Lissy, aquí estamos, cariño.

No hubo respuesta.

Kim sentía que el pánico estaba ocupando el lugar que le correspondía en su estómago. Si la niña estaba entrando y saliendo del estado de consciencia, algo andaba muy mal.

—Alumbra en esta dirección otra vez, Kev —dijo Kim con urgencia.

La luz de la linterna del joven sargento había pasado por algo más ligero que el follaje que los rodeaba.

—Lissy —dijo Kim, acercándose a eso.

Dawson apuntó la linterna hacia la figura.

—Madre mía —exclamó Kim. Se cubrió la boca con la mano cuando sus ojos registraron lo que había en el suelo.

Capítulo noventa y tres

—Señor, siéntese, por favor —dijo Stacey, incómoda. En la cadena alimenticia jerárquica, Woody comía, al menos, dos niveles por encima de ella. No podía recordar haber tenido alguna conversación personal con el director y ahora estaba tratando de tranquilizarlo.

—Soy un cuerpo más, agente. Puedo ayudar —soltó.

—Señor, necesitamos que lo revisen los paramédicos.

—Estoy perfectamente bien —dijo, y Stacey se acordó de otro de sus jefes.

El modo de andar y el color del hombre no concordaban con lo que decía. Había vacilado un par de veces al caminar y tenía el blanco de los ojos inyectado en sangre.

—Señor, solo quiero que sepa que no me siento cómoda tratando de decirle qué hacer, pero le han pedido que se quede aquí por su propio bien… y el de Lissy —dijo. Esperaba un torrente de furia y unas cuantas frases terminadas en «audiencia disciplinaria».

—¿Dónde demonios están los refuerzos? —preguntó él con firmeza.

Stacey sacó el teléfono. Quizás podría contenerlo por algunos minutos mientras avanzaba el grupo de apoyo.

Oyó a Bryant fuera dando instrucciones a los residentes y, de pronto, deseó que a él lo hubieran puesto de niñera del gran jefe.

Marcó el teléfono de la comisaría. Rápidamente se identificó y pidió un informe del avance de la orden operativa.

Oyó un golpeteo de teclas. Una pausa. Un segundo golpeteo de teclas.

—Aquí no hay nada sobre ningún equipo de apoyo.

Stacey frunció el ceño. Por lo general, le habrían dado la

información en segundos. Aclaró al operador el número del incidente.

—Lo tengo registrado, agente —contestó el operador de manera sucinta—. Puedo ver dónde están ustedes y qué hacen, exactamente, pero no hay ninguna orden operativa relacionada con refuerzos.

Stacey tragó y se dio cuenta de que Woody la vigilaba muy de cerca.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el director antes de que ella colgara.

—No hay ninguna orden, señor —contestó Stacey.

La expresión del hombre se tornó confusa.

—¿Stone lo solicitó? —preguntó él.

—Claro que sí —dijo ella.

—¿Acudió a Baldwin directamente? —preguntó él, y se balanceó a su izquierda.

—Sí, señor —confirmó ella. Estaba entrando en la que parecía ser la conversación más incómoda de su vida.

La agudeza penetró en los ojos del director, seguida de la furia.

—Si algo le ocurre a Lissy, mataré a ese hijo de puta con mis propias manos.

Se apuró a ponerse de pie y Stacey tuvo que acudir a darle sostén.

Podía oír la sirena de la ambulancia cada vez más cerca. En pocos minutos, alguien la estaría ayudando a apartar a este hombre del peligro.

—Tengo que ir a ayudar. No hay nadie buscando a Lissy.

Stacey comprendía el pánico del director y su deseo compulsivo de salir a buscar, y su jefa se encontraba ahora en una posición vulnerable. Quería dejarlo ir y asegurarse de que todo el mundo estuviera a salvo. Sí, la jefa y Kev estaban solos allá fuera, buscando, pero Stacey no podía imaginarse ninguna forma en la que un director jefe de detectives conmocionado pudiera ayudar a su jefa en absoluto.

Pero sus opciones se estaban agotando rápidamente.

—¿Confía en ella, señor? —preguntó en voz baja. La expresión del hombre le dio la respuesta—. Entonces, por favor, vuelva a sentarse.

Capítulo noventa y cuatro

La mancha de sangre coloreaba la parte delantera del pijama. Kim recordó al pequeño Tommy y lo que su abuela le había contado. La sangre brillaba en las hojas.

La carita bonita no tenía ninguna expresión bajo el pelo negro ensortijado que la niña llevaba recogido sobre la cabeza en dos coletas.

Dawson se arrodilló y le puso dos dedos en el cuello.

—Apenas, pero está viva.

Kim se agachó y le tocó la mejilla delicadamente.

—Todo está bien, Lissy. Ya estamos aquí, ya estás a salvo.

Con todo cuidado, levantó la parte superior del pijama. Una herida de cuchillo de poco menos de tres centímetros seguía derramando sangre lentamente. Kim no tenía con qué detener el fluir de la sangre, pero, si no hacía nada, la niña moriría. Tenía que llevársela lo más rápido posible, recorrer con ella los cuatrocientos metros hasta la parte alta, sin dejar de hacer presión en la zona de la herida y manteniendo caliente a la niña.

Kim se quitó la chaqueta y la tendió en el suelo. Con delicadeza, puso a la niña encima y envolvió las mangas alrededor de su cintura. Se concentró en que el nudo estuviera encima de la herida. La parte trasera de la chaqueta le ofrecería algo de calor. El cuerpo de la propia Kim haría el resto.

En cuanto la chaqueta estuvo bien colocada, se echó a la niña en los brazos. Era como cargar una gran muñeca de trapo.

—Sígueme, Dawson —dijo.

—Quisiera echar un vistazo antes —dijo—. Puede que haya quedado algo.

Kim asintió comprensiva. Alrededor del área inmediata, podría

haber pistas vitales que ya no estarían presentes cuando los técnicos llegaran. El joven detective era un profesional; sabía que no debía alterar mucho la escena del crimen.

Dawson apuntó su linterna hacia la entrada del bosque. La otra linterna estaba en el bolsillo de Kim.

En cuanto ella llegó al camino asfaltado, empezó a avanzar a mayor velocidad. Después de un par de segundos, se puso a correr lo más rápido que pudo.

—No pasa nada, cariño, te pondrás bien —dijo cuando la larga pendiente hacia la parte alta empezó a torcerse a la izquierda.

Empezó a correr más rápido aún. Sentía que los músculos superiores de sus muslos se quemaban, pero no podía reducir la velocidad. Oró para que el movimiento no provocara que el ligero derrame se convirtiera en un chorro. Sabía que debía llegar hasta los médicos allá arriba.

No podía sentir ningún movimiento entre sus brazos. Se preguntaba si la niña seguía viva; no tenía tiempo de comprobarlo. Hacerlo podría costarle segundos muy valiosos.

Cada instante parecía añadir un kilogramo al peso de Lissy.

—Ya casi llegamos, cariño —jadeó cuando vio delante las luces azules que destellaban.

La colina se hacía más empinada mientras Kim se acercaba a la cima. Algo corrió delante de ella y la hizo trastabillar. Se precipitó hacia delante, pero se las arregló para no caer al suelo.

Al doblar la esquina, gritó de dolor cuando los músculos de los brazos se le acalambraron.

Bryant, que seguía informando a los residentes, fue el primero en verla.

—Un médico —gritó hacia la caravana mientras pasaba corriendo. Metió los brazos debajo de los de ella.

—Suéltala, jefa, la tengo.

Kim deslizó las manos hacia fuera y, en cuanto el peso desapareció, sintió como si los brazos quisieran levantarse sobre su cabeza. Aunque se le doblaban las piernas, alcanzó a sentarse en la entrada de la caravana.

Dos uniformados de verde salieron disparados de la casa principal.

—Una sola herida de cuchillo en el abdomen. Entre dos y tres

centímetros. Gran pérdida de sangre —alcanzó a decir.

El de atrás asintió y fue hacia la ambulancia, a donde Bryant llevaba a la niña.

Lo escuchó tranquilizarla. Se sintió esperanzada de que Lissy aún estuviera viva.

Cuando Kim entró en la caravana, Woody hacía esfuerzos por levantarse. El rostro del jefe expresó más emociones en ese segundo que las que ella le había visto en tres años.

—La tenemos, señor —dijo Kim.

Siguió los ojos del hombre, que se centraron en la mancha de sangre que Kim tenía en la camiseta.

—Está viva. Apenas —añadió con franqueza.

El director empezó a sacudir la cabeza.

—Stone…

—Ambulancia, señor —dijo, señalando el exterior.

Mientras sus pulmones volvían a la normalidad, tenía que decir el menor número de palabras posible.

Stacey se acercó para ayudar al director mientras este recorría la habitación.

Él le dirigió una mirada que no era descortés, pero sí determinada.

Stacey asintió y dio un paso atrás.

Woody llegó hasta donde estaba Kim, junto a la puerta. Hizo un alto y le clavó la mirada. Ella se la sostuvo solo por un segundo antes de sonreír.

—Entiendo, señor. Esto no cambia nada. Hoy no me quiere más que ayer.

En sus labios apareció un leve esbozo de sonrisa.

—Tienes razón en eso, Stone —dijo antes de salir corriendo en busca de su nieta.

Kim se desplomó en la silla que estaba junto a Stacey.

—Por favor, dime que alguien ha puesto al corriente al equipo de apoyo para la búsqueda.

—No hay, jefa —dijo Stacey en voz baja.

—¿No hay qué? ¿No hay búsqueda? —preguntó Kim, confundida. Seguía habiendo un asesino ahí fuera, en algún lugar.

—No hay equipo de respaldo —aclaró Stacey.

—¿Qué diablos?

—Llamé a la central —dijo Stacey—. No hubo ninguna orden. No viene ningún equipo de apoyo.

El hijo de puta le había mentido. Le había seguido la corriente para colgarle el teléfono.

Kim se puso de pie y fue a la puerta.

Si el asesino seguía en el sitio, Dawson tendría que enfrentarlo solo.

Capítulo noventa y cinco

Dawson se daba cuenta de que la linterna perdía potencia.

Su entrenamiento incluía los pasos básicos de investigación en una escena criminal y, a pesar de las condiciones, tenía que obedecerlos.

Primero, debía proteger el área. Aún no había nadie alrededor, pero, en cuanto llegaran los refuerzos, apostaría agentes en las dos entradas del bosque. Después haría una búsqueda preliminar hasta precisar los límites de la escena. A menudo, los técnicos los expandían más tarde.

La iluminación le impedía cumplir eficazmente con el siguiente paso. Había usado la linterna para iluminar el área donde había caído sangre y tomado fotografías con su teléfono. Dejaría la siguiente etapa, la de bosquejar la escena, a los profesionales.

Lamentablemente para él, muchos de los protocolos de búsqueda exigían más de una persona. Las búsquedas en línea se hacían con individuos dispuestos en hilera que se movían hacia delante de manera uniforme. Una exploración en red requería que dos o más personas sobrepusieran líneas individuales hasta formar una cuadrícula. En alguna escena criminal, había presenciado una búsqueda en rueda, donde los técnicos empezaron en el centro para avanzar en línea recta hacia los límites.

Como Dawson estaba solo, optó por caminar en espiral. Había empezado en el punto de la pérdida de sangre para moverse lentamente alrededor, en círculo, alejándose un poco en cada rotación.

Sabía que ahí debía haber algo del asesino. Solo tenía que hallarlo entre el follaje, el suelo y la fauna. Tenía que encontrarlo ya. El equipo que Baldwin había enviado no incluía técnicos

forenses. Estos llegarían más tarde.

Sí, su jefa le había pedido que lo siguiera colina arriba, pero este era su momento. Seguía intentando resarcir el error que había cometido a principios de la semana. Y no se le ocurría otra manera de lograrlo que hacer su trabajo. Mejor.

Lo ideal sería encontrar una prueba, nada más, lo suficiente para encender una bombilla en su cabeza y unirlo todo. Entonces podría darle la idea a su jefa limpiamente, como un regalo. Solo tenía que encontrarla.

De repente, la linterna parpadeó y se apagó. Alrededor, la oscuridad absoluta del bosque era sofocante. Sacudió la linterna en un intento de obligarla a dar el último impulso.

La luz alcanzaba para iluminar un área del tamaño de una pelota de fútbol a sus pies.

Podía oír las órdenes de su jefa como si estuviera junto a ella: «Sal del bosque ahora, mientras tengas suficiente luz. La seguridad es lo primero».

Y sabía que la habría escuchado, pero el asesino hacía tiempo que se había ido y Dawson tenía una idea vaga del rumbo que debía tomar para volver a la abertura.

Se preguntaba si el asesino se habría asustado al oír el ruido del motor del coche patrulla en la parte alta, si habría salido corriendo antes de asegurarse de que Lissy estuviera muerta. Probablemente pensó que ya había hecho lo suficiente para acabar con su vida.

La linterna volvió a apagarse.

—Maldita sea —gruñó en la oscuridad mientras volvía a sacudirla.

La luz volvió a la vida, con un parpadeo, cuando un golpe se la sacó de las manos.

Capítulo noventa y seis

Kim se alejó de la caravana a trote, obligando a su cuerpo a obedecerla. Tras la carrera cuesta arriba con una niña de siete años en los brazos, había descubierto músculos que ni siquiera sabía que tenía.

Trató de sacudirse la cólera que sentía ante el jefe de su jefe. Woody jamás habría hecho algo tan ruin. Habría dicho que no desde el principio y la habría obligado a arreglárselas por sí misma. Eso no le habría gustado, pero Kim habría podido tomar sus decisiones operativas basándose en la verdad.

Habría dejado a Stacey encargarse de los residentes y del director jefe de detectives y traído a Bryant para que la ayudara con la búsqueda, y, así, su colega no se habría quedado solo allí abajo.

Por lo que sabía, Jason *Cross* estaba allí, con él. El estómago de la detective reaccionaba igual que cuando su cerebro vinculaba a Jason *Cross* con todos los crímenes. Iba en contra de las pruebas, pero, de todos modos, ahí estaba. No podía pasarlo por alto.

Cuanto más pensaba en Dawson solo en el bosque, más rápido corría.

Pero ¿era Jason *Cross*? Todo resultaba demasiado limpio, demasiado ordenado, ¿y cuál era su relación con la familia Howard?

¿Y qué había de los teléfonos? ¿Quién demonios había llamado a Deanna la noche del asesinato y por qué el asesino se había llevado el viejo móvil de Deanna, pero no el de Maxine? ¿Quién coño estaría dispuesto a matar niños inocentes?

De cualquier modo, no encontraba ninguna explicación al hecho de que el pelo de Jason *Cross* hubiera aparecido en el coche de Deanna.

De repente, bajó la velocidad cuando una cortina empezó a descorrerse en el fondo de su mente. Sus piernas frenaron hasta casi detenerse y su cerebro, acelerado, empezó a unir las piezas.

—Mierda —dijo en la oscuridad.

Sus piernas ganaron impulso y echaron a correr a toda velocidad.

Porque ahora sabía quién era.

Capítulo noventa y siete

Dawson sintió las náuseas ascender y quemarle el fondo de la garganta. El aire había sido expulsado de su cuerpo cuando, en una explosión, alguien había aparecido para darle un empujón y lanzarlo de espaldas. El dolor punzante le recordó que había golpeado algo duro, algo que lo había noqueado momentáneamente. No sabía por cuánto tiempo, pero ahora tenía las manos atadas a la espalda.

Y le estaban atando también los pies. Por instinto, pateó violentamente.

—Tenías que haberte ido cuando podías.

Oía las palabras mientras algo duro crujía contra su tobillo derecho.

Gritó de dolor con una voz que no pudo reconocer.

Su atacante dirigió la linterna hacia arriba e iluminó la cara que Dawson había visto pegada con cinta en el tablero del salón.

—Anna —dijo, y la ubicó en la casa de los Brightman.

Por un momento, se quedó perplejo. Su mirada había pasado cientos de veces por ese rostro modesto sin que en una sola ocasión se le hubiera ocurrido algo así. Los pensamientos empezaron a llegar.

—Usted trabajó para las familias —dijo Dawson a la oscuridad—. Así es como se pudo acercar a todas ellas.

»Llamó a Deanna aquella noche, le dijo algo… —Sus palabras se perdieron mientras un recuerdo se esforzaba por abrirse paso en su confundido cerebro. El teléfono—. Usted llamó a Deanna por su propio teléfono. Le robó el viejo móvil y lo usó para llamarla y decirle que lo había encontrado. Ella fue a reunirse con usted y después la dejó en Colley Gate.

»Ya la había dejado ahí antes…».

—Deanna era una mujer muy generosa —dijo ella.

Él parpadeó en la oscuridad como si pudiera así apartar la niebla en la que su cerebro estaba sumergido.

—Usted la quería mucho —dijo consternado—. La pena que usted sentía era genuina…

—Por supuesto que lo era —dijo ella, y le golpeó el tobillo con la linterna. El dolor ascendió por la pierna de Dawson—. No soy un monstruo —dijo—. Deanna era encantadora y me entristece que haya muerto, pero así tenía que ser.

Dawson pensó en que ya había un niño muerto y, posiblemente, una niña. Vaya, sí que era un monstruo.

—¿Por qué los parientes? —preguntó, tratando de hacerla hablar. El equipo de respaldo tendría que estar cerca.

—Porque ellos son quienes sufren la peor parte. Las víctimas están muertas, el dolor se ha ido. Nada hiere tanto como perder a la persona que más quieres. Y tienes que seguir viviendo. No hay salidas fáciles. Sufres. Sufres de verdad.

—Luke Sweeney era su hijo —dijo.

—Fuimos denigrados por lo que hizo nuestro hijo. De algún modo, la culpa era nuestra; no lo educamos adecuadamente; o bien, tendríamos que haber sabido lo que iba a hacer; o debimos haber hecho algo para detenerlo.

»Se burlaban de nuestros hijos, otros niños los golpeaban. Tapiaban nuestra casa un día sí y otro no. Metían mierda de perro en nuestro buzón. Todo lo que se le pueda ocurrir y más.

»Nuestras vidas eran un infierno».

—Murió en la cárcel —dijo Dawson.

No hubo respuesta ni golpe en los tobillos.

Dawson sabía que tenía que hacerla hablar. El equipo de apoyo estaría acercándose y el lugar terminaría atiborrado de policías. A la mujer no le quedaba ninguna esperanza de escapar. Mientras tanto, lo único que Dawson debía hacer era no morir.

—No tenía por qué haber estado en la cárcel —espetó—. Era evidente que estaba enfermo. Mitchell Brightman trazó la imagen de un monstruo, y entonces, en su declaración, la niña exageró todo lo que mi hijo había hecho.

En el coche, Stacey lo había puesto al corriente de los hallazgos

y había descrito las heridas de la niña. Dawson no podía creer lo que estaba oyendo, pero le era imposible reaccionar. El hecho de que el caso estuviera basado en la declaración de la víctima y no en su testimonio no parecía afectarla en absoluto. El suicidio de la niña ni siquiera le había pasado por la cabeza. Pero él no podía dejar traslucir su enfado. Debía asegurarse de que la mujer se mantuviera bien centrada.

—¿Y lo de Geraldine? Ella testificó que Luke estaba en condiciones para ser juzgado. Usted trató de matar primero a su pareja, ¿o no? Era la persona a quien Geraldine amaba más, pero ya no pudo acercarse a ella otra vez.

—Usé a su hija en su lugar —dijo triunfante—. Era su hija, nunca se recuperará, igual que yo nunca superaré la pérdida de mi hijo. La estúpida puta declaró que mi hijo era apto para ser juzgado y ese repugnante juez lo envió a prisión.

—Pero usted mató a un niño —dijo Dawson.

Podía notar que la mujer se movía alrededor de él en la oscuridad. Oía las ramitas crujir cerca de su oído izquierdo.

—Ese niño no era especialmente bueno —dijo ella sin emoción —. Pero Howard lo adoraba. Tenía que haber sido su mujer, pero me di cuenta de cómo el juez miraba a ese pequeño. Un cambio de planes. Nada más.

Dawson escuchaba atento. Deseaba poder oír algo de actividad a la distancia.

Ella seguía caminando alrededor de él en la oscuridad.

Un crujido de hojas y ramitas en su oído izquierdo. Dos pasos. Crujido en el oído derecho. Seis pasos. Crujido en el oído izquierdo.

Se le ocurrió que la mujer trataba de decidir qué hacer con él. Tenía que mantener su atención. Sabía que ella tenía un cuchillo. Dawson no podía usar las manos, pero quizás podría usar los pies.

—Conoció a Jason *Cross* en casa de Geraldine, ¿no es así? ¿Y fue usted quien lo recomendó a Deanna Brightman? Usted se topó con la oportunidad perfecta cuando él se acostó con Deanna. La ropa de *Cross* regresó lavada y seca. Usted cogió ese pelo y lo puso en el coche.

Giró el pie para ver cuánto podía moverlo dentro de los límites de sus ataduras. El pie no encontró resistencia. Recordó la patada que había dado al recuperar la consciencia. A Anna, eso tenía que

haberle impedido asegurar la brida adecuadamente.

Ella rio.

—Fue para distraerlos, solamente; para despistarlos un poco.

De repente, Dawson supo lo que tenía que hacer para salir vivo de ahí. Tenía que contar los pasos.

—¿Y qué hay del director Woodward? ¿Qué…?

—Yo estaba ahí cuando ese hijo de puta apareció para llevarse a mi hijo.

Crujido a la derecha.

—Fue fácil —dijo ella.

Dos pasos.

Crujido a la izquierda.

—Me gustó matar a esa niña —añadió.

Tres pasos.

Dawson se tragó la conmoción y el horror de esas palabras y se concentró en la cuenta.

—No está muerta —dijo.

Una pausa. La mujer está a medio camino. Alineada con sus pies.

—De qué habla.

Él contrajo las piernas hasta que sus rodillas prácticamente le llegaron a la barbilla.

Y soltó una patada.

El dolor le desgarró los tobillos cuando sus suelas hicieron contacto con las espinillas de la mujer. El chillido de sorpresa y dolor de ella, al caer de espaldas, veló los quejidos del propio Dawson.

En los ojos del sargento estallaron las estrellas, pero él sabía que tenía que aprovechar al máximo ese instante de confusión.

Se impulsó hasta quedar sentado y se metió las manos atadas bajo sus nalgas. Gritó con fuerza mientras deslizaba las manos hasta los tobillos. Ahora, con ellas al frente, tanteó el suelo, tratando de sentir cualquier parte de Anna.

Sus dedos se encontraron con un zapato. La mujer había caído directamente de espaldas.

Dawson estaba seguro de que no podría levantarse lo suficientemente rápido como para aprovechar los pocos segundos de ventaja que había ganado. Solo había una cosa que hacer, pero,

si la mujer tenía el cuchillo en la mano, que putada.

Se lanzó hacia delante y aterrizó justo encima de ella.

Anna emitió un sonido cuando el aire se le escapó de los pulmones. Ayudándose con las manos, Dawson se puso de lado y se le dejó caer encima.

—Suél… te… me —gritó ella.

El detective sabía que su peso no solo la mantendría en esa posición, sino que también le confinaría las manos. Hizo un repaso mental de su propio cuerpo y no sintió nuevos puntos de dolor.

Sabía que ya no corría peligro de que lo lastimaran con el cuchillo.

Ella balbuceó debajo.

Había una sola cosa que seguía confundiéndolo: la razón clave por la que la había descartado de inmediato.

—Su teléfono, su coartada, todo coincidía e indicaba que usted…

—Ella se envió el mensaje, Dawson —dijo su jefa desde la oscuridad.

El detective parpadeó rápido cuando una linterna iluminó el área como una luz de teatro.

La jefa dio un paso adelante.

—Ella se lo envió a sí misma para que diera en la antena más próxima a Wolverhampton. Hizo otra llamada desde el teléfono perdido de Deanna, y luego, a la mañana siguiente, recuperó el suyo, cuando fuimos a interrogarla a ella y a la familia.

Su jefa avanzó otro paso hacia la cabeza de la mujer que yacía en el suelo.

—A veces son las cosas sencillas —dijo ella, y dio un paso más. Ya estaba lo más cerca que podía estar, pero no se detuvo.

La punta de su bota dio contra la cabeza de la mujer.

—Ay, lo siento, pero esto fue por los niños.

La mujer gritó y luchó por liberarse.

—¿Estás bien, Dawson? —preguntó Kim mientras se agachaba y le daba la mano.

—Sí. ¿Qué te retuvo? —preguntó él, y aceptó la ayuda.

Ella sonrió.

—Oye, tengo que daros un poco de diversión de vez en cuando.

Él pegó un grito cuando todo el peso de su cuerpo erguido se

apoyó en los tobillos. Se tambaleó, pero el brazo de su jefa lo rodeó por la cintura y lo estabilizó.

No dejó de notar toda la ironía de ese sencillo gesto.

Sonrió, y ella también.

Se quedaron de pie observando el cuerpo derrumbado en el suelo.

La jefa fue la primera en hablar.

—Vale, es hora de levantarla. —Hizo una pausa y lo miró—. ¿Te apuntas para hacer el interrogatorio?

Él sintió que una sonrisa se le dibujaba en el rostro. Después de lo que había hecho, ella estaba depositando en él un voto de confianza.

—Sí, sí, jefa, claro que me apunto.

Capítulo noventa y ocho

Kim se detuvo en el camino de entrada diez minutos antes de las dos de la noche.

Lo que su agotado cuerpo anhelaba más que ninguna otra cosa era un abrazo de su peludo mejor amigo.

Como era de esperar, todas las luces de Charlie estaban apagadas. Ya iría a buscar a Barney por la mañana.

Tendría que contentarse con una ducha caliente y la cama.

Giró la cerradura y abrió la puerta.

La ausencia de la cola silbante y el golpeteo de patas de perro en el laminado era desconcertante, pero había algo más. Algo en su casa estaba fuera de lugar, desequilibrado.

Afinó todos sus sentidos y escuchó atentamente. No había ningún sonido.

La luz de la farola exterior y la familiaridad con su propia casa le permitieron llegar al salón sin sobresaltos.

La cocina estaba completamente a oscuras.

Encendió la luz y se quedó paralizada.

Leo la esperaba del otro lado de la barra del desayuno.

Frente a él estaba una Gemma aterrorizada. El tipo tenía un cuchillo en la garganta de la niña.

La habitación se balanceó ligeramente mientras el cerebro de Kim calculaba que este no era el escenario de una pesadilla, sino la vida real. Tragó hondo y se quedó mirando a los ojos del torturado joven.

Trató de inyectar fortaleza y calma a la voz, pero no se atrevía a acercarse.

—Leo, suelte ese cuchillo.

Él le devolvió la mirada y negó con la cabeza.

—No puedo —dijo.

Kim asintió, sin romper el contacto visual ni por un instante. No podía ofrecer a la aterrada niña ninguna palabra tranquilizadora. Si apartaba la mirada, a él solo le tomaría un segundo.

—Sí puede —dijo.

—Usted no entiende —alegó él, y bajó la mirada a la cabeza de Gemma.

Kim esperó a que volviera a levantar los ojos.

—Sí, Leo, sí que entiendo —dijo con toda intención.

Él parpadeó, y entonces ella notó que la comprensión aparecía en los ojos del joven.

Alex tenía un plan. Igual que antes. Solo dos cosas se interponían entre ella y una apelación: Ruth y Kim. Había mandado matar a Ruth a través de dos personas distintas. Y, una vez más, había tratado de que Kim perdiera la cordura.

Pero también aquí tenía un plan de contingencia. Y ese era Gemma.

Alex había metido la pata cuando mencionó el hábito de Kim de recoger niños abandonados. ¿Qué mejor persona para infiltrarse en su vida que alguien tan parecida a ella?

—Le doy mi palabra, Leo, de que lo entiendo —dijo suavemente.

En un ágil movimiento, él se deshizo de Gemma y la alejó de sí lanzándola al suelo.

La niña se deslizó por el suelo de la cocina y fue a dar contra un armario.

Kim escuchó el gimoteo aturdido a un lado, pero no miró. No le importaba. La niña había venido a matarla.

Ahora solo quedaban ella y Leo.

—Nunca va a dejarme ir —dijo él con voz entrecortada.

Kim dejó de avanzar hacia él, a pesar de que quería seguir haciéndolo.

El dolor fue a meterse directamente en su corazón.

—Leo, sé cómo lo ha hecho sentir esa mujer, pero conozco a alguien que podría…

—Nadie puede vencerla. Arruina las vidas como si no valieran nada.

Kim no quería hablar de Alex, porque sabía que no podría estar en desacuerdo. Quería hablar acerca de Leo.

—Pero ya no tiene por qué controlarlo, Leo. Usted ya sabe lo que es ella, así que ahora podrá armarse en su contra.

—Yo le creí, ¿sabe?, allá, en la casa Hardwick. Creí que me haría sentir limpio. Creí que me devolvería la sensación de normalidad. Creí que pondría un alto a las pesadillas y que borraría de mi mente la imagen de esa cara. Pero la suciedad sigue aquí. Él sigue aquí.

Cada fibra de Kim quería abrazar a esta alma torturada y envolverla en sus brazos protectores para que nadie volviera a lastimarla.

—Leo, yo puedo…

—Se mueve por mis venas como fango. Se mete en mis órganos. Creí que, al matarlo, lo detendría, pero, en algún sentido, lo empeoré. Es lo peor que pude haber hecho, y ni siquiera ha sido suficiente, porque eso es algo que puede hacerse una sola vez. —Derramó una lágrima—. No hay manera de escapar de ninguno de los dos.

Kim quería tomar a este joven entre los brazos para tratar de aliviar su sufrimiento. El dolor le oprimía fuertemente la garganta.

—Leo, por favor. Permítame…

—Los dos sabemos que solo hay una manera de liberarme —dijo, y se puso el cuchillo delante.

Frente a ella, la escena corrió en cámara lenta cuando el joven hundió el cuchillo en su pecho.

Kim recorrió de un salto la barra del desayuno y se echó al suelo. La hoja no le había dado en el corazón, pero la herida chorreaba sangre.

—Llama a una ambulancia, ahora mismo —exigió a Gemma en un ladrido.

Gemma se puso de pie y sacó su móvil.

Kim se sentó en el suelo y presionó un paño de cocina alrededor de la herida.

Sacar el cuchillo lo mataría instantáneamente.

Leo se apoyó en ella.

—Por favor…, pare… —dijo.

Kim sintió que la emoción la ahogaba.

Siguió presionando. No había otra cosa que hacer.

Él puso una mano en las suyas.

—Por favor…, Kim…, no…

El sonido de su nombre en los labios del joven le partió el corazón. Sabía lo que él quería. Sabía lo que él necesitaba, pero no si tendría la fortaleza necesaria para concedérselo.

—Viene en camino —dijo Gemma.

—Bien. Ahora, lárgate —gritó Kim.

Gemma vaciló.

—Lárgate —gritó Kim. No vio a la niña salir por la puerta.

Se volvió al rostro de Leo, que estaba acunado en su regazo.

Los ojos del joven eran suplicantes.

—Tengo… que… ser li… libre. Tengo… que… dejar…

Kim lo miró a los ojos y vio la verdad.

Lentamente, aflojó la presión sobre la herida.

Las lágrimas le nublaron la vista, pero quitó un mechón de pelo de los ojos del joven.

Notó que la paz empezaba a llegar mientras le acariciaba la frente y las sienes.

—Usted es la… única… que la… cono… ce —susurró. Kim asintió—. Dígale al… algo de mi… parte —pidió.

—Por supuesto —balbuceó ella, mientras sus lágrimas caían en el rostro de Leo. Los ojos del joven se clavaron en los de ella.

—En este momento… Limpio… Ahora soy… feliz…

Ella asintió.

—Se lo diré, Leo, pero usted siempre estuvo limpio.

Antes de terminar la frase, ya sabía que estaba muerto.

Aulló y sollozó como si le hubieran partido el corazón, pero se quedó quieta, acariciándole la cabeza.

En ese momento llegaron los paramédicos.

Capítulo noventa y nueve

Kim entró al área de visitas de la cárcel en la que, bien lo sabía, sería su última visita.

En el pasillo, había pasado junto a la joven agente. Una sonrisa y un leve movimiento de cabeza le dijeron todo lo que necesitaba saber.

Se tomó un momento para sacar dos cafés de la máquina expendedora y sentarse a la mesa que había ocupado con Alex el otro día.

En cuanto las dos tazas estuvieron en la mesa, se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Sin importar cuántas veces se las hubiera lavado, seguía viendo en ellas la sangre de Leo. Había pasado la noche sin dormir.

Lloró y limpió y lloró otro poco. Se lamentaba por el pequeño que había sufrido, pero las últimas palabras del joven se quedarían con ella para siempre.

Y ese era el mensaje que venía a traerle.

Había conseguido dedicar un momento para hablar con el alcaide antes de aparecer en la sala de visitas. La anterior compañera de Alex, Cassie, sería liberada en la fecha prevista y podría reunirse con su familia a principios de la próxima semana. Kim había explicado al señor Edwards cómo Alex se hizo daño a sí misma para enviar a Leo de vuelta a prisión. Él había escuchado estupefacto, pero había escuchado y le había creído.

No le costó mucho trabajo averiguar que Gemma había sido compañera de celda de Alex antes que Cassie. Disfrazada con una peluca rubia, Gemma había ido de visita a la cárcel bajo el nombre de la hermana de Alex, Sarah Lewis.

Kim tuvo razón al suponer que Sarah jamás habría ido a ver a

Alex a la cárcel. Por otra parte, Barrington, el abogado, había admitido que era él quien sacaba de un apartado de correos las cartas de la madre de Kim para traérselas a Alex.

El destino de Tanya y Tina estaba aún pendiente de resolución mientras la cárcel, la policía y el fiscal de la corona se ponían de acuerdo acerca de los cargos adecuados y las medidas que debían tomarse.

Alex también había chantajeado a Natalya, la madre de Elenya. Había descubierto que esta mujer tenía otra hija, la cual había participado en robos a mano armada y aún no había sido detenida. Se ganó su confianza y averiguó dónde se escondía la segunda hija. Después, había amenazado a Natalya de entregar a esa hija en caso de que Elenya no cumpliera sus deseos.

Natalya se había visto obligada a contemplar la idea de sacrificar a la hija que ya estaba en la cárcel para garantizar la seguridad de la que aún se encontraba en libertad. Por ese motivo, había dado a Elenya órdenes de matar a Ruth.

La propia Ruth ya estaba fuera de peligro, pero permanecería en el hospital un poco más de tiempo hasta que le encontraran un lugar seguro. Dos atentados contra su vida eran motivo suficiente para que no regresara a Eastwood Park.

—Kim, no esperaba verte —dijo Alex. Se sentó.

—Sí, sin duda —dijo Kim, sonriendo—. Pero los planes cambian, ¿o no?

Vio cómo Alex se fijaba en las tazas de café y las relegaba enfáticamente.

La psiquiatra inclinó la cabeza hacia Kim.

—Parecías un poco nerviosa cuando te marchaste el otro día, ¿te encuentras bien?

Kim sonrió.

—Sí, era solo un virus, pero ya casi desapareció.

—Me alegra oírlo. ¿Qué te trae por aquí?

—Leo ha muerto, Alex. Finalmente se ha librado de ti. Ya no podrás hacerle daño. —No esperaba detectar ninguna emoción en la mujer, pero, como recompensa, recibió un destello de enfado—. Me pidió que te diera un mensaje. Quería que supieras que había muerto en mis manos y sintiéndose limpio. Por unos instantes, fue feliz. Él quería que lo supieras.

Kim contuvo la emoción que se le ahogaba en la garganta al recordar.

Las noticias no tuvieron el menor efecto en la expresión de la mujer. Kim sabía que estaba pensando en sí misma y preguntándose dónde se había echado todo a perder.

Kim continuó:

—Tu pequeña marioneta, Gemma, estaba preparada para llevar a cabo tu plan de contingencia y matarme, pero Leo me salvó la vida.

Kim vio la confusión reflejada en los ojos de la mujer. Ese imprevisto no se le había ocurrido en ningún momento.

—Pero ni siquiera lo conocías —dijo Alex.

—Sí, pero él sí me conocía a mí. Me estuvo vigilando, Alex. Y surgió aquello que tú nunca tomas en cuenta en tus planes: la emoción. Como tú no sientes ninguna, ni siquiera puedes tener un vislumbre de cómo afecta los actos de las personas.

«Él sabía que Gemma, supuestamente, debía matarme, y no podía permitírselo».

Alex no dijo nada. Su mirada estaba rebosante de odio.

—Y estarás encantada de saber que Ruth está fuera de peligro y que se ha iniciado una investigación. Obviamente, les he ofrecido toda mi ayuda —aclaró Kim.

—¿Cómo está tu madre, Kim? ¿No tiene hoy su audiencia de libertad condicional?

Kim rio a carcajadas ante el intento desesperado de la mujer por minar su compostura.

—De verdad, no veo qué tiene esto que ver contigo. No es asunto tuyo, Alex, pero quisiera darte las gracias por el regalo. —Kim sonrió abiertamente—. Me dará mucho más de lo que pensaste.

Alex parecía estar a punto de explotar.

—Y, ahora que ya te he dado el mensaje que me pidió Leo, me temo que debo irme —dijo Kim. Miró duramente a los ojos de la mujer cuyo cerebro calculador seguía tratando de dar con una ecuación que le funcionara.

Kim movió la cabeza de un lado al otro.

—En resumen, esta semana ha sido un fallo bestial para ti, ¿o no?

—Sabes que no te puedes ir, así como así, Kim. Tenemos un

vínculo.

—Ay, Alex, eso solo está en tu cabeza. Ya te he dicho que tu obsesión conmigo será tu perdición. Si no hubieras elegido implicarme esta vez, habría habido muchas posibilidades de que funcionaran tus planes con Ruth, pero no podías dejarme en paz, ¿verdad?

—No finjas que no hay un vínculo, Kim —dijo Alex, confiada—. A veces piensas en mí.

—Tienes razón, Alex, a veces pienso en ti, pero no me consumo pensando en ti —dijo Kim, y se puso de pie—. Tú, mejor que nadie, sabes lo que hago con las cosas que no me gustan. Las meto en una caja y las almaceno lejos.

Alex sonrió.

—Pero hay una caja para mí.

Kim hizo un gesto con la mano. Puso el índice a menos de un centímetro del pulgar.

—Una muy pequeña, Alex, solo una pequeñísima.

—No puedes fingir que no existo. Siempre habrá algo entre…

—Sí, Alex, los muros de una cárcel.

Sonrió por última vez y pasó por detrás de la mujer. La asaltó un recuerdo repentino, una especie de danza de la victoria que la psiquiatra se había concedido a sí misma un día en que se sintió vencedora.

Era hora de devolverle el favor.

Se inclinó y besó a Alex en la mejilla izquierda.

—Adiós, Alex, y esta vez es para siempre.

Capítulo cien

A Kim le habría gustado quedarse a charlar más tiempo con Alexandra Thorne, pero había otro lugar donde tenía que estar.

Cortó por lo sano y alcanzó a llegar al centro de cuidados Grantley dos minutos antes de que empezara la audiencia.

—Pensé que no vendrías —dijo Lily, que apretaba una gruesa carpeta contra su pecho.

—No me lo habría perdido por nada —dijo Kim con toda sinceridad.

Siguió a Lily a lo largo del pasillo hasta una sala de reuniones que estaba al fondo.

Había dos hombres y una mujer ya sentados a una mesa redonda. Cada uno tenía delante una pila de papeles.

Kim sabía que la junta de libertad condicional era un cuerpo independiente encargado de evaluar riesgos en casos individuales. Su objetivo principal era determinar la posibilidad de que el prisionero reincidiera. Los tres especialistas también estarían observando muy atentamente el comportamiento de la madre.

Lily se sentó a la mesa e invitó a Kim a ocupar la silla de al lado.

Pero la detective, en vez de sentarse ahí, se dirigió a una silla sola que habían puesto aparte, en un rincón.

Metió la mano en el bolsillo y sintió la presencia tranquilizadora del sobre que le habían entregado. Aún no lo había abierto, pero el recuerdo de ese día y sus implicaciones seguían frescos en su memoria.

Lily presentó a Kim e hizo una breve llamada por el teléfono que estaba en el centro de la mesa.

La puerta se abrió dos minutos después. Entró la mujer que Kim había visto el otro día.

La madre miró alrededor de la sala. Finalmente, sus ojos se posaron en el rincón.

—Kim… —susurró.

La detective seguía con la mirada fija al frente.

Cuando la mujer se sentó, se reveló a Kim de perfil, y entonces la detective pudo notar alguna semejanza con la madre que había conocido.

Una vez pronunciadas las formalidades relacionadas con el propósito de la reunión, una joven, que estaba sentada en medio de los tres oficiales, se inclinó hacia delante.

—Entonces, Patty, ¿podría empezar diciéndonos por qué cree que está lista para ser liberada?

La madre respiró hondo.

—Supongo que haber pasado tanto tiempo aquí, en estas instalaciones, ha sido lo correcto. He tenido tiempo de mejorar como era debido.

—¿Cree usted que está curada? —preguntó la mujer.

Patty sonrió.

—No, no, por supuesto que no. Siempre tendré esquizofrenia. Pero, con los medicamentos adecuados y el apoyo continuo, siento que ahora está bajo control.

«Maldita sea, qué bien lo hace», pensó Kim, que la miraba muy atentamente.

Las manos de su madre descansaban recatadamente en su regazo. Su rostro parecía sereno y relajado y su voz era uniforme y tranquila. Miraba a los ojos a todo el que le hablaba.

—¿Y cómo se siente con respecto a los sucesos que condujeron a su encarcelamiento? —preguntó el hombre corpulento de la izquierda.

Kim tenía ganas de gritar ante tanto tacto. «Pronuncie las palabras —quería decir—. Pregúntenle cómo se siente de haber asesinado a su propio hijo». Se refrenó de inclinarse hacia delante. Esta vez quería escuchar.

La madre tragó saliva.

—He tenido mucho tiempo para pensar en lo que hice.

«Hemos tenido, zorra».

—Y nunca podré volver atrás y deshacer lo que hice.

«Dilo, hija de puta. Di que asesinaste a tu propio hijo».

—Tendré que vivir con la muerte de Michael durante el resto de mi vida.

«Te voy a arrancar ese nombre de la boca, mujer. Y lo llamábamos Mikey».

—Nunca me perdonaré por su muerte.

«Ni yo te perdonaré a ti».

—Pero ahora entiendo por completo las consecuencias de mis actos, y, aunque en esos tiempos estaba desequilibrada mentalmente, me responsabilizo por la muerte de mi hijo.

«Y cómo cojones no». Kim observó asombrada cómo las preguntas se sucedían con el mismo tono suave e inofensivo y eran contestadas con las mismas respuestas repugnantes y ensayadas.

En esa mesa se lo estaban tragando todo. Cada uno de esos rostros miraba a esta mujer agradable, bien vestida, tranquila y mesurada y creía en la fortaleza y validez del sistema.

Kim sentía que las palabras burbujeaban en su garganta. No estaba segura de cuánto tiempo más podría soportar esta farsa.

Estas personas se daban palmaditas en la espalda, se felicitaban por una historia de rehabilitación. La funcionaria se inclinó hacia delante y sonrió.

—Lily, aquí presente, cree que usted tiene buenas posibilidades de adaptarse a la vida en el exterior. Ella piensa…

—¿Te acuerdas de la cámara? —dijo Kim, interrumpiendo a la mujer.

Todos los rostros en la habitación se volvieron hacia Kim, pero ella miraba solo a su madre.

Kim sabía que todavía no llegaba su turno de hablar. Sin embargo, había decidido interrumpir.

Lentamente, la madre se volvió hacia ella.

—Lo siento, Kimberly, no recuerdo…

—La cámara, madre. La gran Instamatic del *flash* enorme. La robaste de una farmacia, con rollos y rollos de película.

El rostro que tenía delante empezó a cerrarse.

—¿Recuerdas cuánto miedo tenía Mikey de que le tomaran una fotografía en el colegio? —La madre no dijo nada—. Yo sí me acuerdo, madre. Era porque lo inmovilizabas en la cama y le tomabas fotos de cerca a los ojos hasta que él ya no pudiera ver. Disparabas ese *flash* una docena de veces por minuto, convencida de

que con una sola foto bastaría para demostrar que tu hijo, en realidad, era el diablo.

Los ojos de Kim estaban clavados en los de su madre. En esa habitación no había nadie más.

—Y cuando no pudiste verlo, lo abofeteaste, ¿no fue así, madre? Le diste una bofetada por esconder al diablo en su interior. No había modo de que él ganara, ¿o sí?

Todos en la habitación esperaban una respuesta. Kim les traía acontecimientos. Ellos habían leído la historia de la familia. Sabían lo que Patty había hecho, pero, ahora, en esta habitación, un niño pequeño gritaba porque su madre lo tenía sujeto a la cama mientras buscaba al diablo que llevaba dentro.

Querían pruebas de que la madre había aprendido una lección de lo que había hecho; que estaba arrepentida, pero, sobre todo, que entendía que eso había estado mal y que nunca más debería volver a ocurrir algo así.

Y eso era, también, lo que Kim esperaba.

—Simplemente no estabas dispuesta a dejarlo solo, ¿o sí? —preguntó la madre mientras su rostro volvía a ser aquel que Kim reconocía—. No me creías cuando te decía la verdad.

—¿Qué verdad, madre? —preguntó Kim.

—Que tu hermano era el jodido demonio. Cada minuto, yo veía al diablo en él. Se burlaba de mí, se reía de mí. Podía verlo tan claro como el día —gritó, y su rostro se convirtió en una mueca furiosa—. Te dije que tenía que morir y tú no te apartabas de mi camino. Estabas con él cada minuto, y solo yo sabía la verdad. Estaba poseído —le gritó únicamente a Kim—. Yo no tenía elección. Él debía morir.

Kim suspiró mientras la vergüenza se sentaba a la mesa.

Se puso de pie.

—Nunca estarás en condiciones para salir libre. Nunca entenderás que asesinaste a tu hijo y jamás te arrepentirás de lo que hiciste.

Kim se acercó a su madre hasta ponerse cara a cara.

—Y, por eso, arderás en el infierno.

Se enderezó y se marchó sin mirar a nadie. El trabajo estaba hecho.

Su madre no saldría libre hoy.

Del otro lado de la puerta, inhaló mientras las voces iban de un lado al otro de la mesa de reuniones. No había triunfo en su corazón; ni siquiera la satisfacción de haber logrado lo que se había propuesto hacer. Se sentía reivindicada, justificada en lo que había sido una solitaria opinión acerca de la habilidad de esa mujer para desenvolverse en el mundo exterior. Si, después de todos esos años, su madre seguía creyendo que el diablo había vivido dentro de su hijo de seis años, Kim podía sentirse segura de que nunca sería liberada.

Mientras avanzaba lentamente a lo largo del pasillo, sintió emociones desatarse en su interior. Nunca dejaría de sentir esa cólera hacia su madre, jamás le concedería ni una pizca de perdón, pero se llevaría consigo la certeza de que podía enfrentarse a su madre… y sobrevivir.

Salió del edificio para encontrarse con el aire más puro que jamás había respirado… y con un coche que reconoció en el acto.

Rio a carcajadas, sintiendo que la tensión desaparecía de su cuerpo.

—¿En serio? —dijo a Bryant, que estaba apoyado en su Astra.

—Solo pasaba por aquí y vi tu motocicleta ahí aparcada…

—Bryant, ¿de verdad? —preguntó, negando con la cabeza. El edificio estaba a más de tres kilómetros de la carretera cercana y a unos ciento diez kilómetros de casa.

—¿Y? —preguntó él.

—Creo que la respuesta oficial será «necesita un tratamiento más prolongado».

Él sonrió, y luego frunció el ceño.

—¿La vida sería un poco más fácil para ti si se muriera, simplemente?

Kim negó con un movimiento de cabeza.

—No quiero que muera —dijo sin más.

—Maldita sea, Kim, me sorprendes. Odias…

—No por ella —aclaró—. Por mí, que se pudra en el infierno. Pero ¿y si hubiera una vida después de la vida, Bryant? No lo creo, pero ¿y si me equivocara?

—No hay noticias de que eso hubiera ocurrido alguna vez —dijo él, sonriendo.

—Pero ¿y si yo me equivocara y Mikey estuviera ahí y ella

llegara antes que yo…? No soporto esa idea.

Bryant guardó silencio. No tenía respuesta; ella tampoco.

—¿Todo bien en la comisaría? —preguntó. Woody había rehusado darle permiso de participar en cualquiera de los interrogatorios tras el incidente traumático con Leo.

Ella sabía que Lissy había respondido bien a la cirugía y que estaba consciente.

La pequeña sobreviviría. Woody no se había apartado de su cama; y no lo haría, sospechaba Kim, hasta que Lissy saliera del hospital.

Aún no sabía qué planes tenía Woody en relación con el fallo de Baldwin, pero sí que su jefe tomaría medidas. Estaba segura. Y estaría ahí, a su lado, para apoyarlo.

—Ayudé a Dawson con el interrogatorio, tal como me lo pediste —dijo.

—Gracias. Necesita un poco más de libertad. Se la ha ganado.

—De hecho, ha estado bastante bien —dijo Bryant—. Creo que, después de la conversación en el bosque, él ya tenía una buena idea de lo que debía preguntar.

En veinte minutos, la mujer ya había soltado toda la sopa —rio —; para gran pesar de su abogado.

—¿Por qué ahora? —dijo Kim, que se preguntaba qué había motivado esos asesinatos nueve años después de los hechos.

—Observar y esperar —contestó Bryant—. Anna quería asegurarse de asesinar a la persona más cercana al objeto de su aversión. No solo quería a alguien cercano a Mitchell, Geraldine, Harold y Woody. Quería a la persona más próxima a cada uno de ellos, y eso requería paciencia.

—¿Alguna noticia de Jason *Cross*? —preguntó.

—Se largó a ver a su madre, en Norwich. Lloró en su hombro, regresó a casa, le dijo la verdad a su mujer, toda la verdad, y ahora están viviendo temporalmente separados.

Kim no podía sentir nada por aquel hombre. No le caía bien, aunque tampoco le disgustaba, y ahora él estaba pagando el precio de su deshonestidad. Ante los ojos de Kim, eso era justo.

—¿Todas las familias han sido informadas? —preguntó.

Bryant asintió.

—Barbara Howard ha confirmado que Anna trabajó para la

familia solo tres meses mientras vivían en las Tierras Medias. Cuando tuvieron que mudarse a Uttoxeter, la mujer dejó el trabajo. Sabía a dónde se estaban mudando y, un día, simplemente siguió a Tommy al cole, se puso a charlar con una de las madres y se enteró de la excursión. No era una desconocida para el niño, así que este se fue muy contento cuando ella lo atrajo.

Kim se estremeció.

—¿Cómo está Barbara?

—Satisfecha de que hayamos encontrado a la homicida, pero aliviada de que su marido no estuviera ahí para presenciar la conexión entre él y su trabajo. Él no lo habría soportado, me ha dicho.

Kim la entendía.

—He tenido una conversación parecida con Geraldine, quien está preparando un reportaje especial sobre drogadicción para la semana que viene. Reconocerá públicamente a su hija y enseguida renunciará.

—No me sorprende —dijo Kim. Era el trabajo que su madre quería para ella.

—Y ha estado en contacto con la madre adoptiva de Maxine. Las dos asistirán juntas al funeral.

Por alguna razón, ese hecho hizo sonreír a Kim.

—Me he guardado lo mejor para el final, jefa. Esta tarde, Mitchell Brightman llevará a su hija a tomar café.

—No me digas —expresó Kim, sorprendida.

—Como lo oyes —dijo Bryant sonriente.

Kim le ofreció a la adolescente un invisible puñetazo al aire.

—Ninguno puede creer que Anna estuviera detrás de todo esto. Hizo brillantemente el papel de empleada respetuosa y atenta.

—Un trabajo enrevesado —dijo Kim, preguntándose, una vez más, qué había hecho Anna para eludir el radar. Y, de repente, llegó a una conclusión: el pesar de la mujer era genuino. No sentía rabia ni amargura contra la gente que mataba. Su tristeza por Deanna había sido auténtica.

—¿Qué has sabido de su verdadera familia? —preguntó Kim. Anna había tenido, alguna vez, un marido y otros dos hijos.

—Emigraron a Nueva Zelanda, sin ella, hace unos seis años. Anna no quiso irse.

Para ella, era más importante buscar venganza que seguir adelante con lo que le quedaba de vida.

—Mierda —dijo Kim.

—Ni se te ocurra invertir una pizca de tus emociones en esa mujer tan retorcida, Kim —dijo Bryant—. No siente la más mínima culpa de haber asesinado a un niño y haber hecho otro intento —dijo.

Tenía razón. No dedicaría a esa mujer ni un solo pensamiento más. Pero sí que rezaría en silencio por sus víctimas.

—¿Estás bien? —preguntó él, con toda seriedad. Habían sido unos cuantos días muy largos.

Ella asintió sin fingimientos.

—¿Sabes? Siempre estaré aquí para ayudarte, quieras o no.

—Oh, sí, lo sé —dijo ella secamente.

—Para eso son los amigos —añadió él.

Ella se puso dos dedos en la boca y simuló arcadas.

Él rio y se volvió hacia la puerta de su coche.

Kim pasó una pierna por encima de la moto y cogió el casco.

Sí, habían sido unos cuantos días muy largos, y, como de costumbre, Bryant había estado con ella en todo momento. Incluso aquí, el brazo fuerte de su amistad estaba listo para que ella se agarrara de él si llegaba a necesitarlo.

Kim sintió una súbita ola de gratitud por la presencia de este hombre en su vida, aunque nunca encontraría palabras para decírselo.

—Oye, Bryant —gritó con una sonrisa ladeada. El sobre seguía bien abrigado en su bolsillo—. Nos vemos en la ciudad. Necesito que me ayudes a escoger un marco.

Porque para eso estaban los amigos.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero expresarte todo mi agradecimiento por haber elegido *Hilos de sangre*. Espero que hayas disfrutado de esta quinta entrega del viaje de Kim y del regreso de su némesis, Alexandra Thorne.

Si esta obra te gustó, te estaré eternamente agradecida de que escribas una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios podrían ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. A lo mejor podrías recomendarlos a tus amigos y familiares…

Después de escribir *Juegos diabólicos*, supe que la historia entre Kim y Alex no había terminado. Yo quería exhibir cuán poderosa puede ser una verdadera sociópata incluso mientras está confinada. Aun desde la prisión, Alex se las arregla para afectar las vidas de quienes la rodean, para esparcir su veneno y, también, para afectar de nuevo a Kim Stone. Quise explorar en mayor detalle la relación de la detective con su madre para ofrecer una mejor comprensión de la mujer que Kim es ahora.

A medida en que los personajes y el relato se me iban revelando, esto se convirtió en una historia que yo no quería terminar.

Espero que nos acompañes de nuevo, a Kim Stone y a mí, en nuestro siguiente viaje, a dondequiera que nos lleve.

Si así fuera, me encantaría saber de ti. Ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, en Twitter o directamente en mi sitio web.

Y, si quieres estar al día de mis últimos lanzamientos, suscríbete en el sitio web que aparece un poco más abajo.

Muchas gracias por tu apoyo. Lo valoro muchísimo.

Angela Marsons

https://bookouture.com/authors/angela-marsons-5/
http://angelamarsons-books.com/
www.facebook.com/AngelaMarsonsAuthor/

Agradecimientos

En *Hilos de sangre* quise explorar las motivaciones que hay detrás de un crimen y entender de dónde vienen las fuerzas que lo originan. Quería retratar un tipo de castigo diferente, según lo percibe el homicida.

También sentí que era hora de continuar el viaje de Kim Stone y su némesis, la doctora Alexandra Thorne, así como explorar, al mismo tiempo, la relación de Kim con su madre.

Al final, esto se fue convirtiendo en un libro que yo no quería terminar.

Como siempre, tengo que reconocer la complicidad de mi compañera, Julie: su ayuda al mecanografiar el primer manuscrito, su búsqueda de incongruencias en la trama y el regalo de esa franqueza que tanto valoro. Me baja del techo y me saca de los arroyos. Su espíritu y determinación en todo lo que hace me inspiran día a día.

Quisiera agradecer al equipo de Bookouture su entusiasmo por Kim Stone y sus historias. En particular, a la increíble Keshini Naidoo, quien tiene el genuino y excepcional don de saber exactamente lo que los escritores pueden lograr; a Oliver Rhodes, quien posee la pericia de saber qué hacer con nuestros libros una vez que llegamos ahí, y a Kim Nash, quien nos da té, simpatía, profesionalismo y una feroz protección en el recorrido.

Vaya un agradecimiento especial para la increíblemente brava y tenaz Lorella Belli, quien sigue vendiendo en el extranjero los derechos de las historias de Kim Stone y, a la fecha, ha conquistado dieciocho territorios.

Debo un reconocimiento a la creciente familia de autores de Bookouture. Cada uno es un talento singular y, en persona, es aún

más maravilloso. Su entusiasmo por los demás es genuino y provoca un ambiente de amistad, consejo y apoyo. Caroline Mitchell, Renita D'Silva y Mel Sherratt no solo poseen talentos extraordinarios, sino que son amigas increíbles. Y también quisiera dar las gracias a Christie Barlow, por ser una de las personas más singulares que he conocido, y a Holly Martin, por colmarme con sus deliciosos destellos.

Tengo un agradecimiento especial para Amanda y Steve Nicol por su apoyo y ánimo infinitos. ¡Os quiero, chicos!

Mi gratitud eterna va para todos aquellos maravillosos blogueros y críticos que han dedicado se tiempo a conocer a Kim Stone y seguir su historia. Esta gente maravillosa grita a todo volumen y comparte generosamente, no solo porque ese es su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por su apoyo, tanto a mí misma como a mis libros. Todos han hecho de los foros de las redes sociales un lugar acogedor y agradable donde pasar el rato. Muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, especialmente a los que le han hurtado un poco de tiempo a un día ajetreado para visitarme en mi sitio web, en mi página de Facebook, en Goodreads o en Twitter.

ANGELA MARSONS (Black *Country*, Reino Unido, 1968). Autora británica de ficción criminal. Ha vendido más de tres millones y medio de copias de sus novelas, que han sido traducidas a 28 idiomas. Fue guardia de seguridad en el centro comercial Merry Hill. Habiendo sido rechazada por numerosas editoriales durante 25 años, lanzó tres libros en su serie de crímenes en 2015 bajo la editorial digital Bookouture. Todos sus libros tienen un escenario de Black *Country*, pero la autora dice: «Nunca escribo sobre un grupo determinado de personas o sobre alguien en particular que conozco, todos mis personajes son ficticios». El personaje principal de la serie policíaca es la detective Kim Stone. El éxito de los libros de Kim Stone publicados digitalmente resultó en un acuerdo de impresión con la editorial Bonnier Publishing Fiction. Marsons firmó con Bookouture por un total de 16 libros en la serie de Kim Stone. En 2020, Marsons firmó un contrato con Bookouture por 12 libros adicionales en la serie de Kim Stone, lo que eleva el total a 28.